Silvina Ocampo

Poesía completa I

emecé



Poesía completa I

Poesía completa I

Silvina Ocampo

Edición a cargo de Sara Luisa Del Carril y Mercedes Rubio De Zocchi, con la colaboración de Daniel Gigena

Índice de contenido

Ocampo, Silvina
Poesía completa I : colección Juan Gelman / Silvina Ocampo. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2017.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-04-3857-5

1. Poesía Argentina. I. Título.
CDD A861

Foto de tapa: Clarín Contenidos

Editorial Paidós SAICF
Publicado bajo el sello Emecé®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: enero de 2017
Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-3857-5

Nota del editor

Considerada una de lasmejores cuentistas argentinas del siglo XX, Silvina Ocampo fue también una admirable poeta. Por esta última labor recibió varios premios y distinciones; sin embargo, su Poesía completa no se había editado hasta hoy.

En este primer volumen se reúnen cuatro de sus libros aparecidos entre 1942 y 1953, traducciones de poemas realizadas para Sur *y tres poesías tomadas de antologías y revistas, que intercalamos según su fecha de publicación. La edición lleva una página final de referencias bibliográficas, que figurará en el volumen dos.*

Al ordenar cronológicamente los textos, excluimos Sonetos del jardín, 1948, y Pequeña antología, 1954*, cuyo contenido figura en* Enumeración de la patria, 1942, Espacios métricos, 1945, y Poemas de amor desesperado, 1949.

Cuando reunimos el conjunto de la obra poética, notamos que en algunos casos hay poemas que llevan el mismo título o un título similar. Con una nota al pie remitimos a la página y al volumen correspondientes.

Poesía completa*, editada en dos volúmenes, constituye un justo homenaje a Silvina Ocampo, que hace sesenta años se inició como poeta con la aparición de* Enumeración de la patria*, 1942, y que dos décadas después mereció el Premio Nacional de Poesía, en 1962.*

ENUMERACIÓN DE LA PATRIA Y OTROS POEMAS

- 1942 -

ENUMERACIÓN DE LA PATRIA

Enumeración de la patria

Oh, desmedido territorio nuestro,
violentísimo y párvulo. Te muestro
en un infiel espejo: tus paisanos
esplendores, tus campos y veranos
sonoros de relinchos quebradizos,
tus noches y caminos despoblados
y con rebaños de ojos constelados.
Entre bandadas de árboles mestizos,
entre múltiples sombras y basuras,
te muestro con nostalgias asombradas,
con niñas de trece años y maduras,
en las puestas de sol inmoderadas.

Trémulas nervaduras de una hoja,
los ríos te atraviesan de agua roja
sobre el primer cuaderno con paisajes
pintados por la mano de algún niño.
Tienes plantas y pájaros salvajes,
somnolientas mujeres en corpiño
trenzándose los dedos, quietas balsas
para vadear los ríos, cangrejales
devoradores de hombres y animales,
montones de hijas negras y descalzas
cruzando tus desiertos y estaciones.
Tienes provincias y gobernaciones,
poblaciones vacías y distancias
con nombres melancólicos de estancias,
indomables cansancios y mortales,
pavorosos pantanos estivales,

médanos, viento norte y osamentas,
fragancias de altamisas y de mentas,
almacenes en todas las esquinas,
grandes patios con muchas ventolinas.
Tienes plantas perversas y sumisas,
con todos los venenos predilectos
de muertes repentinas y precisas,
como en las grandes cajas con insectos
colecciones de arañas venenosas,
palúdicos mosquitos, mariposas.

¡Patria, he nacido tantas veces muda!
Inmóvil como un árbol he dejado
tu cielo iluminarme de rosado.
He visto la llanura tan desnuda
quedándose sin pastos, y sin riegos
tus plantaciones, tus huertas escasas.
He visto disparar caballos ciegos.
En distintas ventanas de tus casas,
deslumbrada y atenta, he conocido
inclementes tormentas. He oído
el grito del chajá y del terutero,
el grito de la garza y de la iguana,
y llevando la tropa cotidiana,
alto y nocturno, el grito del resero.
He respirado todos tus olores:
frescura de jazmín en los calores
de febrero, magnolias, malvarrosas,
perfumes de tumbergias pegajosas
y el fervoroso olor de los zorrinos.
En quintas con glorietas, y en las noches
vuelo de pájaros azulmarinos,
tu canto de piedritas y de coches
me ha regalado infancias prolongadas,
dulce de leche y siestas desveladas,
verdes y embalsamados picaflores,
la fuente sostenida por amores,
bombas de carnaval anaranjadas
y hamacas paraguayas olvidadas.

Patria, en una plaza, de memoria
he sabido pasajes de tu historia.
Debajo de la mano indicadora
de San Martín, he sido la impostora
de indios en los límpidos ponientes.
He transformado próceres dolientes
con cuidadoso lápiz colorado,
invasiones inglesas he soñado
en azoteas llenas de imprevisto
aceite hirviendo y pelo suelto. He visto
a la Santa de Lima desatando
los temporales turbios y adorando,
sobre un papel de encaje, corazones
y tocayas con muchas perfecciones.

Patria vacía y grande, indefinida
como un país lejano, interrumpida
por la llegada lenta de los trenes,
con jubilosa espera en los andenes.
Es en la madrugada incierta, cuando
tus gauchos invisibles van cruzando
potreros alambrados y cañadas,
jagüeles y tranqueras atrofiadas,
que tu alma lenta y de madre se queda
con silencios de urraca en la arboleda.
Tu ancho río tiene mimetismos
secretos con tus dulces, con tus cielos
y tus grajeas lilas de bautismos.
Ecuatorial calor y azules hielos
en tus montañas, derramadas piedras
como bandadas de tortugas, hiedras.
Eres esplendorosa y desvalida:
con un frío y ardor que no descansa,
desde el Seno de la Última Esperanza
al Pilcomayo de agua bienvenida,
la indolente violencia de tus tierras
se repite con lunas o entre sierras.

Buenos Aires

Anterior a tus casas, Dios te amaba.
Solo, imitando al sol, te contemplaba.
Hombres, después te amaron: desde un barco
el navegante, el indio con el arco,
el señor que está incómodo en su arcano
retrato con el lente en una mano,
el que murió sin un retrato y triste
de no dejar un rostro que subsiste.
Mucho antes de Solís y de Mendoza,
como una delirante nebulosa,
muchos te imaginaron desde lejos,
caminando en la arena o en cortejos.
Sin saber que existías te inventaron
entre ambiguas llanuras, te anhelaron
sin fiebres, sin tirano, sin serpientes,
con tus soles de ahora, tus relentes.

Triste el Duque de Wu te imaginaba
cuando la peste negra se acercaba.
En múltiples espejos con lombrices
vio tu río pintado con barnices.
Y entre los *Libros de Elefantis*, quieto
como el agua, Tiberius en secreto
te vio en la isla de Sicilia. Verde,
semejante al oasis que se pierde,
te vio María la Egipcíaca envuelta
en su cabello, extática y resuelta.
Y los vidrieros árabes en China,
que llevaban incierta en la retina
una insistente luz del meridiano,
te vieron de un azul mahometano.
Mahmud de Gasni en ochocientos meses,

atravesando diez y siete veces
con sus huestes las índicas llanuras,
te imaginó en las grutas muy oscuras
con magnolias, sin viento sudoeste
y rameras vestidas de celeste.
Con quioscos y tridentes, con la rosa,
el árbol y la historia procelosa,
te pobló de un millón de personajes
Murasaki Shikibu en los encajes.
Cuatro falsos *Delfines* condenados
y los enfermos de Ilmenau cansados,
te vieron en la mancha de humedad,
durante años, con larga brevedad.
Y De Quincey, en los sueños más horribles,
entre hombres de cabezas reversibles,
te imaginó en el mueble, en la palmera,
en las hojas y flores de madera.

Y yo, Silvina Ocampo, en tu presencia
abstracta he visto tu posible ausencia,
he visto perdurar sólo tus puertas
con la insistencia de las manos muertas.
Entre piedras y latas y cementos,
debajo de alterados firmamentos,
como en un gran desierto me traspasan
diarios soles y veo cómo pasan
dejándote basuras exultantes,
el Puente Alsina y lo que queda de antes:
el monumento atroz que persevera,
tus seccionadas casas, la severa
nostalgia de jardines ya baldíos,
los amputados árboles sombríos
y los últimos patios, las señoras
saludando la tarde en mecedoras,
tus palomas teñidas y tus flores
y tus confiterías, tus olores.

En el Jardín Botánico, en Palermo,

rodeando los balcones de un enfermo,
en el Parque Lezama habré buscado
plantas que son de un verde afortunado.
Bastantes veces no me habré sentado
debajo del gomero señalado
por la mano del público que aplaude
al perro perseguido, al tango, al fraude.

No habrá una esquina ni una costurera,
un paisaje pintado en una estera,
no habrá ninguna quema de basuras
ni habrá muros ni techos con molduras,
dos mujeres que se amen como hermanas
ni una niña que escupa en las ventanas,
un hombre en una plaza desdichado,
una rosa en el turbio Maldonado,
que no absorba el color que hace la tarde
en el cielo violeta y rojo que arde
cuando los vendedores ambulantes
cuentan sus mercancías como amantes.

San Isidro

A mi hermana Victoria

Quinta de San Isidro, en tus pacientes
barrancas para siempre yo habré amado
las mareas, las cicas, los tridentes,
la malva, el quitasol artesonado,
el sedante abanico, el gana-pierde,
también el niño pobre y la hoja verde.
Con persistencia yo habré amado el cedro,
el triángulo, la esfera y el poliedro,
el complicado adorno, las glorietas,
las melodías que parecen quietas,
una mujer encinta coronada
con luz eléctrica en una alta entrada,
un vestíbulo oscuro, con jazmines
prolongando en la casa otros jardines,
el cuarto de la plancha y la costura,
la almibarada telaraña impura,
el bordado naranja y la azucena,
el doblado mantel en la alacena.
Habré escuchado para siempre un piano,
Chopin, Ravel y Schumann en verano,
el canto de la urraca en un declive,
la rueda que se oxida en el aljibe,
la compra de algún árbol y la estatua,
la esperanza de ver una luz fatua.

Todo en las quintas es vegetación.
Como el árbol serán tu dilección
el jardinero, la maceta, el banco,
yo misma, el escalón, el guante blanco,

las fogatas vidriosas, la humareda,
el viento entre los árboles de seda,
el consabido techo de pizarras,
la constancia del grillo y las chicharras.

Después que los rastrillos enmudecen,
cuando parece que tus plantas crecen
entrelazadas por la madreselva,
cuando esperas que todo se disuelva,
el rubor del durazno en los canastos
y los soles del día entre los pastos,
duermen tus habitantes, prisioneros
entre la red de tul de mosquiteros,
con silencio de público en concierto.
Nadie puede escaparse ya despierto,
ni en la noche del perro apuñalado
ni en el camino nuevo alquitranado.
Nadie puede escaparse en las barrancas
porque las lunas pintan sombras blancas.
Privilegiado algún ladrón, con alas
livianas como de ángel, no señalas
cuando salta la reja y las ventanas,
evitando escaleras y campanas.
Noches de la escopeta y del casero,
noches que desvelaron al jilguero.

Quintas de San Isidro, alucinada,
mirando el cielo como una emigrada,
os conocí con el triciclo, el llanto,
la tos ferina y el tejido manto,
con ríos lilas y lombrices lisas,
y el Sarandí con zanjas imprecisas,
con luna y los anillos de Saturno
ampliados sobre el cielo taciturno
en el bélico y frío telescopio,
con misteriosa luz de estereoscopio,
con variaciones y sombreros viejos
colgados de las perchas, entre espejos,

y con la bétula alba y la araucaria
y el timbó pacará y la arbitraria
duración de la tarde abanicada
por una lenta palma acanalada,
en la contemplación meticulosa
de las nubes y el gusto de la rosa.

La estatua de Adrogué

A Jorge Luis Borges

Recuerdo de Adrogué las calles bienvenidas
paseadas tan despacio después de las comidas.
Una inclinada estatua que siempre descubrimos,
probando varios cielos, guardaba los racimos
de su peinado inmóvil. Fue encuentro de las yedras,
modelo de señoras sentadas como piedras.
La estatua estremecida por sombras de jazmines,
vecina de la fresca fragancia de jardines,
espera como el árbol, maciza y obediente,
oscuros paraísos nacidos del relente
y un piano interrumpido que a veces la visita.
La duda inexpugnable de ser hermafrodita,
violencias de los viajes y lunas delictuosas
marcaron en sus pechos heridas arcillosas.
Narcóticas palmeras la quieren, le dan sueño,
las palmas y las palmas la muestran con empeño
en tardes prometidas a un sol de catecismo.
Ni calas entreabiertas con pálido erotismo,
ni enfermas casuarinas le roban la dorada
paloma en el follaje y la lluvia delicada.
Ha visto los columpios con soles meridianos
y jóvenes absortos que se aman con las manos,
ha visto por los vidrios secretos de una casa
la infiel mujer y el brazo dormido que se enlaza.
No le es indiferente mi accidental presencia.
Le oí en el ocaso decir con elocuencia:
¡Oh ramas de las plantas! ¡Oh todo lo que vuela!
Retratos en tus ojos, los pájaros en vela,
altura de los pinos que sube hasta la estrella,

banderas afligidas, festón de la centella,
desaten hábilmente mis brazos y mis cintas,
que pueda yo sin irme quedar en muchas quintas.

Plegaria de una señora del Tigre

Yo fui quien dibujé con lápices violetas
tu nombre de animal salvaje en las glorietas;
yo te adulé en la infancia haciendo reverencias
al barro, y no a la arena, durante tus ausencias;
pensar en cómo duermen tus peces ha ocupado
un sitio del ocaso que no será olvidado,
y al ver las superficies que abarcan tus espejos
he percibido cómo será lo que está lejos
y cómo será un crimen con un temido y triste
cuchillo en tus orillas, y el agua que persiste.

En láminas he visto, terriblemente hermosas,
cascadas coloreadas y grutas, y anhelosas
Ofelias y Narcisos, y todos merecían
tu náutico paisaje y no el que tenían.
Yo creo en la nostalgia que hace crecer tus plantas
queriendo con sus frutos alimentar a santas;
a veces Egipcíacas Marías, y Marías
a veces Magdalenas, amadas y sombrías,
coinciden con la imagen que ambiciona el follaje
de alguno de tus árboles con paciencia de encaje.

Por las enredaderas de madreselvas suaves
me escoltan las canciones de agradecidas aves,
y tienes que escucharme: no en vano habré escuchado
la voz de las sirenas del barro acaudalado.
Si quedas algún día sin mí, yo temo Tigre
que cambies y que mi alma buscándote transmigre
y no te encuentre nunca. No quiero otro lugar
de interminables playas, de rocas hasta el mar,
ni quiero en San Isidro barrancas, ni en Olivos,
donde se ven de lejos los barcos fugitivos.

Cantidades de cielo te dan agua rosada,
durante muchas horas la misma agua admirada
parece hecha de tierra si no intervienen albas
o tardes donadoras de curativas malvas;
a veces he dudado que tu agua sea de agua,
que pueda naufragar mi cuerpo o la piragua,
y tienes que mostrarme flotando por tus cauces,
para saberte de agua, las ramas de los sauces.

Mezclándote a Venecia delante de una puerta
habitarán mi sueño cuando me quede muerta:
las sombras preferidas por tus flores de caña,
las violencias de enero, el goce que acompaña
al nadador lustroso, tus canales cruzados
por pasajeras frutas en barcos asoleados,
y siempre en el camino la ninfa con un jarro
y las muertes del bagre profundas como el barro.
Entre constantes álamos donde hay un benteveo
cantando diariamente, en tu delta me veo
fervorosa de ausencias como se está en un templo.
¡Lejana, y sometida, y atenta, te contemplo!

Conozco lacerantes delicias del recuerdo:
las palabras, los brazos amados, el acuerdo
que dicta el corazón, los gestos más frustrados
que vuelven incansables, los ojos invariados.
Me es fácil precisar un vestido lejano
con lisura de pétalo que usé un solo verano,
importantes y nítidas manchas de un cielo raso,
el ritmo indiferente o aterrador de un paso.

Me encuentro cada día más habituada al puro
recuerdo. Por tu acuática floración te conjuro:
con islas empalmadas y con pequeñas selvas,
con remos y recreos, oh Tigre, cuando vuelvas
y ya nadie me vea buscando tus paisajes,
no inventes laberintos. Encontraré pasajes
hasta el río Luján, cruzaré el Abra Nueva

como en el paraíso la deslumbrada Eva,
me internaré en arroyos, como entre dos cristales.
Que no te falte nada, ni un canto de zorzales,
ni la podrida fruta, ni el negro caracol
con su inmundo secreto que al sol es tornasol,
ni tu íntima pobreza de ranchos sostenidos
en lo alto por estacas, ni tus líquidos ruidos,
tus sapos y murciélagos que estremecen tus noches
tibias como invernáculos, ni tu ausencia de coches.
Que no te falten lanchas, la soga que se anuda,
ni el desembarcadero con mi sombra desnuda,
ni días de regatas y solitarios gritos,
no, ni los esplendentes ocasos con mosquitos.

¡Qué interminable lista de cosas veneradas
tendría que nombrarte para ser agotadas!
Igual que el pez oscuro surcando la corriente
busca monotonías en el agua inherente,
con dicha de alcancía aguardo cumplimientos
de las repeticiones de todos tus momentos.
Me complace que Lohengrin se asocie a tus glicinas
y a los cisnes de Leda que en sueños me destinas,
me gusta el afectado olor de tu jazmín
del Paraguay: marchito, lo respiro hasta el fin.
Presérvame de miedos (de algunos) de una puerta,
de pozos en el barro donde me dejes muerta
con todas tus mareas, con latas y botellas
que tienen por las noches dobladas las estrellas.

Las horas de una estancia

A Adolfo Bioy

EL ALBA

Tiene un nombre con alas esta estancia,
parece una isla sola en la distancia.
La yerra dejó manchas de amapola,
la esquila dejó nubes en el suelo.
Con venturosos cantos en mi cielo,
el patio y el aljibe me agradecen
esta naciente luz. Rosadas crecen,
como si no crecieran, ramas. Quieta,
la madreselva sube en su glorieta,
y lenta la trenzada mecedora
evoca una pacífica señora.
Soy la dorada espera en las persianas.
Me contemplan sin verme las paisanas
atentas, con saludos apacibles,
deslumbradas por trenes invisibles,
con las manos sombreándose los ojos,
buscando las lecheras, los rastrojos.

LA MAÑANA

Parece de humo el polvo que levantan
las ruedas. Los caballos no se espantan.
De terracota una mujer suspira
y la palmera plácida se estira.
Aquí será la rosa más rosada
y la tarde más dulce y prolongada.

Se oirá mejor la forma del silencio.
El estudioso canto de la urraca
y la sagrada imagen de la vaca
y el árbol y la sombra reverencio.

EL MEDIO DÍA

No omito la tormenta venerada,
tampoco omito la ornitología,
la botánica tan enumerada.
Hago dormir la agusanada oveja
con hilo negro atado en una oreja.
Abunda en mí la fiel monotonía:
ocupan lentas horas los modestos
diálogos y las frutas en los cestos,
las sentenciosas voces en la sombra
y una melancolía que me asombra.
Oscuras casuarinas y el umbral
de las puertas me temen. El ritual
comienzo de la siesta, suavemente
me espera enamorado y elocuente.

LA TARDE

En las largas entradas de eucaliptos,
el coche de caballos y el otoño,
el follaje herrumbrado y algún moño
que vuela con el viento, circunscriptos
quedarán en la estancia, como el sol,
como el ámbito azul del parasol,
como el mugido triste del ganado.
En horas de la siesta y del peinado,
en la penumbra inmóvil, una rosa
nocturnamente blanca y temblorosa,
inventando un pasado que la enciende,
en la cerrada habitación trasciende
con un zumbido musical remoto,

la ancha distancia y el recuerdo ignoto.
La grávida mujer y el mes de enero
son míos, y las moscas, la osamenta
y aquella flor podrida y macilenta
que llevará la hormiga a su hormiguero.

LA NOCHE

Soy el sueño de Elisa y Micaela,
y el relente que busca la diamela.
En mis horas las alas del murciélago
vuelan, las cabelleras se estremecen,
despacio las hortensias convalecen.
Mi noche sin orillas, como un piélago,
entra al cuarto del peón que está dormido,
lo abandona a sus sueños, abstraído,
o en insistentes y callados lazos
le cambia la postura de los brazos.
Mi noche no ha de ser interrumpida
ni por tranvías ni por muchas casas,
mi noche en un declive, indefinida,
con silenciosas plumas de torcazas
se acerca lentamente a las lagunas
y en el fondo del barro deja lunas.

El almacén

Suntuosa es la moneda
de la creciente luna.
Entre la polvareda
o en la triste laguna

con luces naranjadas,
mis paredes han visto
sus líneas transformadas.
Yo como ella persisto.

Sus caras enigmáticas
resuelven el destino
de las plantas extáticas,
de los partos, del lino.

Pero jamás el Mío.
La consulta el paisano,
mientras yo los espío
con mi poder arcano.

En mi ventana baja
el poniente me pinta
la flor de una baraja.
Atesoro la cinta,

el cuchillo, la pala,
los recuerdos y el vino.
Conozco al que apuñala
y me une a su destino

sin luego darse vuelta;

y en una americana,
a la mujer envuelta
en abrigos de lana,

furtiva como el alba,
la conozco esperando
con un ramo de malva...
Bajo el cielo que agrando

si oigo pasar un grito
nocturno, es el tropero,
sobre el trébol marchito,
arropado y austero.

Cayendo de algún cielo,
desafinado, el piano
canta notas al vuelo
cautivo de una mano.

Una hermana mayor
toca el piano, y es bella
(sobre su prendedor
de lata hay una estrella).

Nadie oye la canción
que muere entre sus labios;
su poca erudición
deja dulces resabios.

Me circundan ladridos
cuando llegan las noches
con sus perros perdidos
y sus lejanos coches.

En mi puerta los hombres,
dejando su caballo,
se olvidan de sus nombres
y en un tieso desmayo

con la mirada aleve
se quedan como en barcos
y se van, cuando llueve,
oscuros y entre charcos.

El silencio me habita
en tardes apagadas
y con la lucecita
que espera madrugadas.

Soy importante como
la estación con su andén
tan amado. El aromo
florecido y el tren

son fugaces: Yo quedo
en esta esquina el mismo.
Solitario y sin miedo
ofrezco un magnetismo

igual al de la rosa
de los vientos que indica,
útil y misteriosa,
algún pueblo y lo ubica.

Evocación de Córdoba

Es tuyo el encendido recuerdo del verano.
Tu lentitud es gracia. Rimado es tu desgano:
lo he visto por las tardes en las niñas que pasan,
en los hombres que esperan, en plantas que se enlazan.
Melódica tu voz provinciana se eleva
—ya reunidos los bancos, en las puertas de calle—,
discurriendo con vago, con mínimo detalle
de dulces y de flores que la noche renueva.
Los enfermos espían detrás de las persianas
la procesión que baja, que sube los caminos:
lleva santos con ojos oscuros de adivinos
y origina tristezas que alaban tus campanas.

Pálido San Jerónimo es tu patrón; lo adoran
atareadas señoras y ávidas lo decoran.
En horas de la tarde sientes que al sol destilan
tus almacenes, agrios olores de humedad,
y el invisible entierro, la mujer, la piedad,
entre aureolas de moscas y tul negro desfilan.

En tus serranas casas, cuando quiere el destino,
se muere “un angelito”: sentado está en la mesa
con su mejor vestido, celeste de turquesa
si es varón, y rosado si es niña. Toman vino
y juegan sus parientes: es memorable el día.
El angelito espera con sus ojos de estatua
palabras de alabanza de la visita fatua:
Es un Niño Jesús, dirán por cortesía.
Un serafín de azúcar. Sólo le faltan alas.
Le traje del jardín las más hermosas calas.
Dulces mujeres grávidas se asoman a las puertas:
aman las ceremonias y las personas muertas.

Quién no habrá visto Córdoba, repetir en enero
afuera de los ranchos, debajo de las ramas,
la intimidad labrada y arcana de las camas
(tal vez el nacimiento que presencia un cordero)
y las tiernas muchachas, oscuras, de rodillas;
quién no habrá visto en diálogos elocuentes de sillas,
extáticos y nobles, un hombre, una mujer,
cuyo gesto asevera que es fácil obtener,
en las noches hermosas que a las plantas amparan,
que las horas se vayan como si no pasaran.

En los cerros más altos donde se esconde el puma,
he visto en los arbustos, con blancura de espuma,
abrirse las semillas y la baba del diablo
tirar hebras de seda. Un tibio olor a establo
reúne tus ganados en las sombras heridas
por encajes de luz que en sierpes dilapidas.
Imitan a la Virgen las madres con un niño;
en sus cabezas llevan un género celeste
que les sombrea el rostro; en el camino agreste
se alejan sin moverse con gracia y desaliño.

Tu pretérito suelo tiene bellezas huídas
en el misterio, iguales a tus madres dormidas.
En desiertas auroras, despacio te poblaron
dóciles indios geófagos, cazadores, sumisos:
les regalaste siestas, les diste paraísos,
y ellos con gravedad tus valles decoraron;
te hicieron conocer la elocuencia del arco
cuando vieron llegar a los conquistadores
del Perú como sombras, y con armas mejores.
Llamaron tu primera ciudad, Ciudad del Barco.
Ostentaste en tu historia, hiperbólicamente,
la cabeza cortada de un general ferviente:
durante todo un año, en una de tus plazas,
pudo verla tu pueblo cambiar sus amenazas.
En tus noches románticas San Martín se alojaba;
su perfil minucioso de prócer adornaba

un muro de Saldán como un fugaz retrato.
Y Facundo Quiroga buscó su asesinato
por tus caminos secos, entre crines y ruedas:
hasta Barranca Yaco entre las polvaredas...
¡Oh Córdoba! Tu suelo de sangre se teñía
por las revoluciones, por la genealogía.
El fulgor de estandarte de tu matra rosada
no hizo palidecer tu sangre colorada.
Tus indios se extinguieron, con caras imprecisas,
perseguidos por tantos gobernadores; solos,
con heridas abiertas de color de gladiolos,
perecían en tu ámbito fragante de altamisas.

La cadencia oscilante de las blandas hamacas
y las víboras húmedas que fascinan tus vacas
regalan a tus ásperos, asoleados paisajes,
candor paradisíaco y suaves personajes.
Tu arborado vestido tiene como los santos
flores de lentejuelas y algunos desencantos.
Tus canteras de piedra, tus canteras de cal,
son rosadas, son blancas; tu agua es medicinal:
en secretas vertientes al niño la prodigas,
la beben en las manos las líricas mendigas.

La virtud del tejido, la paloma-alcancía,
tus cintas de agua buscan la fiel fotografía.

¡Córdoba de las santas de los cabellos sueltos,
del papel de puntilla, de alfajores envueltos!
Es oscuro el imperio del niño que trabaja
con dicha de cinco años; sube cerros y baja
arriando a tus vacunos, el látigo en la mano,
látigo con el cual también pegó a su hermano.
Yo encontré en ti la planta que da urticaria, el asma
curada por el perro, el jardín de un fantasma,
el hombre que recrea junto al arroyo unívoco
a toda su familia. Con un canto inequívoco,
en tu miseria, Córdoba, suenan los cascabeles

de tus enredaderas. Con tus duros cinceles
has hecho asilos de árboles, de juncos o de piedra
para tus vagabundos. A ti nada te arredra,
ni el criminal ni el santo, y podrás presidir
la violación de un niño, la caridad de un pobre,
con tu cara benévola con reflejos de cobre
que sabe melancólica y lenta seducir.
El bello cubrecama, el ciempiés y la rosa
de Jericó te habitan. Tu quietud obsequiosa,
tus grutas de silencio al amor favorecen:
tus pastorales días traen lunas de miel
en la llamada oculta del tímido burdel.
La canción y la siesta en tu alma prevalecen.
Córdoba, eres amada: tu nombre de moneda
americana es célebre; lo dicen los turistas,
de lejos, con nostalgia y los seminaristas
lo escriben en membretes mirando tu arboleda.
Heridas por el sol, cuando caen tus aves,
en las marchitas sombras y la lluvia se ausenta
en los sedientos meses, aún te queda la atenta
frescura del crepúsculo: sabios relentes suaves
llegarán con las noches y las albas expertas,
para los corazones de tus plantas abiertas.

Como a la intimidad de un jardín yo te he amado.
No por ser tu paisaje el edén encontrado
por los itinerarios de trenes y automóviles,
ni por sanar enfermos en tus faldas inmóviles,
ni por ser argentina, serás mi preferida.
Venero tu modestia, tu voz indefinida,
su estricta languidez. ¡Con las formas del mar,
como te ven las nubes te puedo recordar!
Tuya será la gracia de la palabra lenta,
del minucioso cuento de las hojas de menta.
En tu seno la hora como el picaflor vuela:
el brillo de sus alas arbitrarias revela
la quietud de la pirca, la pasionaria, el cántico
esquivo de tus lluvias y el recuerdo romántico.

POEMAS BÍBLICOS

Lot, los ángeles y la estatua

¿Cómo eran el ocaso y el umbral de esa puerta,
oscura y sin falleba, donde estaba sentado
mirando el horizonte Lot? ¿Y el afeminado
perfil de un par de ángeles en la noche desierta?

Los anhelados ángeles que Sodoma quería
conocer con premura ¿cómo eran? ¿Y la fría
continuidad de un lago que la Escritura omite,
cuya agua no tolera que el lirio se marchite...?

Las anónimas plantas, el aire inmaculado,
ignorados antípodas, ocupaban el mundo.
Infernal o seráfico, el amor transformado
en la antigua Pentápolis se volvía infecundo.

Lot rezaba en silencio: *No olvidaré el amor*
tan incestuoso y puro que nos impuso Eva.
Nocturna prorrumpía una esperanza nueva,
secreta y laberíntica, como una sola flor.

Eran altas y hermosas las árabes palmeras;
un arco iris perfecto, palomas mensajeras
con devoción postal hubieran conmovido,
hubieran aplacado al dios enfurecido.

No vaciló el castigo, tampoco la inocencia
proclamada por ángeles de idénticas venturas
que amables auguraban la exaltada inclemencia:
lluvias de azufre y fuego, brillantes y seguras.

En el amanecer huía la familia
de Lot, como en las guerras, y la madre resuelta,
cumpliendo su destino de estatua, se da vuelta
y en la llanura atónita entrega a la vigilia

perpetua su blancura. Quieta y furtiva espera.
Ni un hombre ni un espejo le reveló cómo era.
Desdeñada por buitres y lombrices, ya nada
le interrumpe el delirio en el alba invariada.

Saúl

Persistente Jehová ¿por qué me torturaste?
Un rey de Benjamín buscabas: lo encontraste.
Más alto que los otros, yo era un adolescente
y dócil como el barro me viste. Diferente
me pareció aquel día, la retama cambiada,
el silencio visible, la tarde inesperada.
Me volví adulto, aciago. Presentí mi destino:
desde lejos venía, fatal como el camino.

El odio circular como los pabellones
me tuvo prisionero. Las dagas, los leones,
los duros precipicios soñados, progresaron
en mis retinas grávidas, y lentos me poblaron.
Primero cesarán los flotantes corpúsculos,
serán menos porfiados los trémulos crepúsculos,
tendrá menos constancia en renacer la vid,
que el odio deslumbrado que me inspiró David.
Ni las noches en Ziph, ni en Engaddi el experto
y amado Jonathan, ni mi sueño desierto
quisieron liberarme de un crimen repetido
en todos los momentos, porque no fue cumplido.
Incesante, con leves variaciones ansiaba
la inalcanzable muerte de David, y la amaba;
le fueron dedicadas mis importantes horas,
el valor, la penumbra, las temibles demoras.

Yo soy el rey Saúl. No conocí el descanso
obsequioso a las plantas y piedras. Un remanso
que puede ahogar a un hombre, las paladas de tierra
que necesita un muerto, el puñal que se entierra,
un solo corazón, cautivaron mi alma.
Con ínfimos detalles yo conocí la calma
hipócrita. Asombrado, en mi dorada carpa,
David adolescente me hizo escuchar el arpa.

Yo conocí también el paraíso aleve:
la reconciliación, innumerable, breve.

No fui muerto en Gilboa por un Amalecita;
yo no me suicidé: la muerte fue fortuita.
Huyendo de las flechas penetré en una gruta
y en sus cóncavas sombras me alimenté de fruta.
Me asustaron mis miembros, como en otra existencia,
terribles, abundantes, con lánguida inclemencia
me dejaron inmóvil. Una herida en la mano
propagó su veneno. Fue el último verano.

Las lunas del futuro, de mármol o de cera,
mis soldados, mis uñas, la pegajosa higuera,
no creerán en mi muerte. El mundo no descansa:
quedaré en la Escritura, la guerra, la esperanza.

SONETOS DEL JARDÍN (1)

A la memoria de mi madre

El retrato

Al recuerdo futuro, fiel, le diste
una fotografía que persiste.
No supo tu modestia lo importante
que era tu imagen en aquel instante.

No elegiste tal vez la balaustrada
del jardín donde estabas reclinada,
ni la postura de tus manos juntas,
ni la expresión de hacer graves preguntas

de tu mirada. Con melancolía,
tiernamente distante de tu hermana,
me presentiste en busca de aquel día:

paciente, preparabas esta arcana
virtud que te hace, inmóvil, acudir
a un pálido jardín para vivir.

1- Silvina Ocampo escribió tres series de sonetos que tituló “Sonetos del jardín”. Esta primera serie de 1942, junto con la que publicó en Espacios métricos, 1945, véase Sonetos del jardín, integraron el libro *Sonetos del jardín*, Buenos Aires, La Perdiz, 1948. La última serie data de 1949 y se encuentra en Poemas de *Amor desesperado*, véase Sonetos del jardín.

El espejo (2)

Un corredor me guiaba hasta el espejo
ceremonioso de tu puerta. Allí
estabas repetida. El alelí
violeta tiene a veces el reflejo

de tus batas con cintas delirantes
cuando salías para el teatro. Sola,
como una flor perdida, sin corola,
más bien como en tu armario ciertos guantes

no usados, me sentía abandonada.
En tu ávida, nocturna ausencia nada
prometía tu vuelta, ni ese mágico

espejo que esperaba el esplendor
de tus imágenes, ni el después trágico
silencio de ese mismo corredor.

2- Hay un poema titulado “Los espejos”, véase pág. 102 de *Poesía Completa* II.

Las manos

Tus manos que eran sol en el invierno,
en verano tenían la frescura
insubstancial del agua. Un rostro tierno
reclamaba sus palmas, cuando oscura

por los cuartos las noches te llevaban
hasta el jardín con árboles que amaban
tus vestidos violetas y sencillos.
En la canción perpetua de los grillos,

y entre sillas de mimbre reunidas,
recuerdo tus dos manos parecidas...
Fragantes de jabones y de rosas

adivinaban fiebres. Candorosas,
sin edad, eran hojas, eran alas,
evocaban los campos en las salas.

La siesta (3)

Los días de calor cuando cantaban
demasiado los grillos y el jazmín
se afligía, tus manos encerraban
con puertas respetuosas el jardín.

Rumores de abanicos aturdidos
vagaban por la casa. Misteriosas,
tranquilas como noches minuciosas,
las horas de la siesta hacían tejidos

con infinita actividad botánica.
En las glorietas, en las verdes fuentes,
con avidez angélica o satánica

inventaban complejas y pacientes
muertes, infinitesimales mundos,
laberintos de pétalos profundos.

3- Hay otros poemas titulados “Siesta”, véanse págs. 24 y 216 de *Poesía Completa* II.

El balcón

En el verano de un balcón, en Francia,
mirábamos los cedros extranjeros
y un demasiado azul en la distancia
lago, lejos de ceibos y jilgueros.

Nos gustaba una patria más vacía:
No hay aquí una palmera, yo decía.
¡No nos despierta el canto de las aves
con las aguas barrosas, con las naves!

¡Ah! yo prefiero el Río de la Plata.
Fiel a la ausencia y todavía ingrata,
soy a veces aquí una forastera:

falta ahora el balcón, no la palmera,
faltan cedros, y no costas barrosas.
¡Ah, qué azul era el lago y había rosas!

La tormenta (4)

¡Te recuerdo en los días de tormenta!
Abrías la ventana y proclamabas
la lluvia como el árbol. Venerabas
la aparición benigna de la menta

y del trébol. La tierra distendía
espacios naranjados. Era el riego
espontáneo, económico, el sosiego
inexpugnable. Era el propicio día:

con cintas mágicas de lencería
trenzabas y enjaulabas el espliego.
Blanco destino de alacena fría

dabas a las espigas tan fragantes,
camisón y vestido veraniego,
hilo de sábanas dulcificantes.

4- Hay otro poema titulado “Tormenta”, véase pág. 218 de *Poesía Completa* II.

El paseo

Del jardín se alejaba y volvía,
aquella tarde, el cascabel de un coche;
lo escuché todo el tiempo, hasta la noche:
como un recuerdo ya me entristecía.

Subía las barrancas del poniente
por los caminos que conozco tanto:
te deslumbrabas cuidadosamente.
El pasado habitaba ya aquel canto

de una torcaza acompañando el día.
Yo estaba excluida voluntariamente
del circular paseo y lo seguía

como lo sigo todavía ausente:
cerca del río tu vestido lila
se aleja entre los álamos en fila.

SONETOS DE LA OPUESTA RIBERA

Palinuro insomne

“nudus in ingnota, Palinure, iacebis harena”.

ENEIDA (V. 871)

Las olas y las algas y las alas,
los caracoles rotos y sonoros,
la sal y el yodo, las tormentas malas,
los delfines inciertos y los coros

de sirenas cansadas de cantar,
no te reemplazarán las tierras suaves
donde vagabas con el quieto andar
que aleja siempre a las profundas naves.

Palinuro: tu rostro clausurado
y marítimo ofrece a la serena
noche insomnios. Desnudo y acostado

perpetuarás tus muertes en la arena,
y crecerán con distracción de piedra
tus uñas y tu pelo entre la hiedra.

Santa Verónica

Aquella santa con variados nombres
sanó en Roma a Tiberio; a Vespasiano
lo libró de la abeja o del gusano
que devora las frutas y los hombres.

Lo conoció mejor que a sus hermanos;
llevó el autorretrato en sus dos manos:
esa predestinada cara auténtica
de Jesús, con su frente austera, idéntica.

Fiel enemiga del iconoclasta,
Verónica nos muestra el lienzo amado
que reclamaba el mundo castigado.

Como un feliz prestidigitador,
enseña una bandera sin el asta
que en lugar del dragón tiene al Señor.

Simón el mago

Dositheus le dio la erudición
mágica en Samaría. Era temido.
Como los ángeles, con precisión
pudo hacerse invisible, e inadvertido

pasó por muchos cuerpos. Nunca el fuego
logró quemarlo, y ya decapitado
reasumió su cabeza cruel, y luego,
en Roma, con Nerón, resucitado,

no pudo él ni su esclava asomada
en todas las ventanas (la variada
Helena), prevenir su mortal vuelo.

Con modestia, apartándose del suelo,
movimientos seráficos tenían
sus vestiduras que volar sabían.

El pueblo en los balcones lo aclamaba,
pero un grupo de apóstoles rezaba;

murmullos venerables lo asediaron
y religiosamente lo mataron.

El perro de Cornelio Agripa

> *“...lo acompañaba siempre un gran perro negro, que era un demonio familiar. Al morir, Agripa renegó de la magia y lo apostrofó de la siguiente manera: ¡Vete animal falaz, plena causa de mi destrucción!”*

LEWIS SPENCE: *Enciclopedia de Ocultismo*

Réprobo y mudo, atravesaba el hondo
campo siguiendo un leve rastro frío.
Fielmente reflejábase en el fondo
de su mirada agonizante el río.

Subalterno y feroz iba buscando
la luna repetida, fragmentada,
y una azul protección de agua imantada
que guardara los sueños. Adorando

paredes, charcos, árboles, basura,
quedaba inmóvil en la tierra oscura.
Ladraba llantos, sin tener descanso,

y conturbado por la noche en calma
lo vio a Cornelio Agripa en un remanso
llevándole en su oblicuo espejo el alma.

EPITAFIOS E INSCRIPCIONES

Doce epitafios de nubes chinas grabados en las piedras de una terraza

I

¡Tú que puedes mirar mi tumba abstracta
llora mi ausencia en la terraza quieta!
Yo fui de un parricida la memoria.
Mis esplendores fueron un suplicio
tan bien organizado, que un tirano
para buscarme atravesó desiertos.

II

Fui doscientos sesenta y dos palacios
comunicados por secretas sendas
donde paseaba el Hombre Verdadero,
llevando un doble espejo en una mano
e ignorando el dolor, la estrella, el miedo.
Fui el ambiguo reverso de esa vida;
entre tambores capturados y hombres
fui la espada falaz del vencedor.

III

En posturas rituales del lamento,
con no acabados brazos de mujeres,
con muertes imperfectas, mejoré
la Clasificación de los Dolores.

IV

Fui el muro que otorgaba a los orines
de aquel león tibetano, la virtud
de reflejar el ávido futuro
de los graves *tulkús* del Himalaya.

V

No mostré ni el seguro crisantemo
ni la fácil figura de una niña;
no en vano fui estudiada por un santo:
en la región central de mi blancura
convertí en una música mis formas,
con el zumbido ecuánime del tábano.
Me llamaron La Savia del Espacio,
La Traducción Amable de los Ruidos,
La Sexta Forma de Esperar el Verbo,
La Visión del Futuro y del Pasado,
El Impulso Falaz, El Laberinto
Traslúcido y El Quieto Movimiento.

vi

Las nubes del pasado no tuvieron,
como ella, trenzas y uñas dibujadas,
un laberinto en miniatura, cópulas,
tres mil jardines donde se anunciaron
las *Memorias históricas*, la noche,
y Seuma-Tan, altivo entre las sombras,
viendo una nube extraña y amarilla,
con sus oblicuos ojos estudiosos.

VII

Su tristeza fue de oro y con figuras.

Las olas que rompieron en sus costas
construyeron el Templo de la Eterna
y Amabilísima Felicidad,
cuyas ventanas daban cuatro cielos
donde se vieron simultáneamente
cuatro caras absortas de la misma
concubina del rey, con ocho lágrimas.

VIII

Fue el corazón de una paisana encinta.
Tuvo los pies desnudos y bailaron
sobre las orquídeas designadas;
la fecundó el desconocido río
donde K'ui Yan se suicidó cansado,
después del último y nefasto diálogo.
Fue la mujer que se transforma en hombre
y el caballo que vela en una tumba.

IX

No conocí las formas de mis caras.
El color del poniente me inquietó:
pude ser un incendio, una batalla,
un jardín adornado con basuras.
¡Oh eminentes señores del futuro!
Me contemplaron dieciséis terrazas,
tal vez un pájaro en las piedras húmedas,
una mujer, un niño (tristes, jóvenes)
y no el Emperador que me esperaba.

X

Las nubes del futuro envidiarán
su compleja y veloz metamorfosis;
sus gladiadores altos y nocturnos;
su traje de etiqueta complicado

(del Primero y Augusto Soberano);
sus dedos que formaron cinco lunas;
plácidamente efímera su playa,
extensa y memorable como el mundo.

XI

Con un color de mandarina pálida,
como un dios extranjero aparecí.
Torpe fue la tristeza de mi carne:
engendró melancólicos discípulos.

XII

Lo más noble es el pueblo, luego vienen
los altares del suelo, las cosechas,
y en el último sitio estará el príncipe:
la hermosa voz hostil a los tiranos,
la voz de Mencius en mi seno hablaba
en las primeras horas de una rosa.

Epitafio de un árbol

Como una copa de agua di la sombra
en verano. Mi savia capturaba
el oro de las tardes y la pálida
insistencia del río en la paloma.
Tan desatentas fueron las miradas,
que no alcanzó ni un hombre en este mundo
a enumerar mis hojas y mis cantos.
Mi ausencia ocupa ahora mucho espacio:
un vuelo de aves incesantes marca
el lugar donde falto, que se agranda.

Epitafio de un trapecista

Aquí descanso con la malla rosa.
Quietas están mis pruebas, mis saludos
que inspiraron aplausos y los mudos
asombros en el circo. Peligrosa
era mi vida mientras un tambor
traía en sus redobles el terror.

Epitafio de un enamorado

Perseguiré aquel mundo prometido
por tu mirada extática. En las vidas
sucesivas, en campos o en ciudades,
cuando las modas sean diferentes,
cuando se estén exterminando razas
enteras de animales y de flores,
te hallará mi constancia: las retamas
iguales viven esperando soles.

Epitafio de un poeta

Como un ciego que escucha la forma de las cosas,
o una mano olvidada que palpa entre los brazos
de algún sillón de mimbre sus románticos lazos,
como un mago recluso del Tibet, o las rosas

que se imitan y el árbol que ha contado sus días
entre cantos del ave diariamente invisible,
como la cala estricta, la muerte previsible,
yo me obstiné, inmóvil, en las hojas vacías.

Epitafio de un náufrago

Éste es mi primer sueño con naufragios,
no tendré que olvidarlo nunca. Oscura
es el agua en los sueños, fría y dura.
Mañana tendré miedo de presagios.

Epitafio de una rosa

Como la hoja de Moebius fui admirada,
repetida en mis pétalos, amada.
La mano inmóvil que me tuvo presa
me puso un nombre de señora inglesa.

Epitafio de Pao Yu

(Héroe del Sueño del aposento rojo, de Tsao Hsueh-Kin)

Lectores: soy Pao Yu. Tened cuidado
con mis futuras vidas que han quedado
en el sueño infinito y el espejo
y la señora Fénix. Yo me alejo
y vuelvo, tú te quedas en el mundo;
con mi existencia a veces te circundo.

Epitafio de un marino

No mirabas las hojas ya caídas.
Te alejabas de todas las seguidas
estaciones sintiéndote inmortal.
Amabas los tatuajes y la sal.
Marino, con dos remos conociste
el mar como un jardín... después te fuiste.

Epitafio de una paloma del ejército inglés

Yo, descendiente de las mensajeras
de amor, y símbolo de paz: ahora,
bélica y obediente auxiliadora,
atravieso el océano. Viajeras
hermanas me apartaron del camino.
Estoy perdida, estoy ya muerta. ¡Dios
de las estampas, del laurel! Adiós
indicadoras cúpulas y el pino.

Epitafio de un aroma

Entre estambres futuros y corolas,
ayer cuando bajaron los relentes,
perecí en un jardín que regalaba
sombras con formas de árboles, y el agua.
Me enlazaban dos cintas, aquí están:
más que mis pétalos duraron, pálidas,
como las cintas de la gente muerta.
La misma asociación de flores, tácita,
las parecidas manos, el cuidado,
la estación y la sangre de la tarde,
no podrán repetir exactamente
los túneles oscuros de mi aroma:
infinitos serán en la memoria
los complejos caminos del perfume;
también será infinita la falaz
reaparición de todos los momentos.
Y aunque los días quieran restituirla,
y aunque se asocien muchas circunstancias—
repetición de frases o de gente,
la misma inclinación de una cabeza—
ya no existe tampoco la persona
para quien fui en secreto destinado.

Inscripción para un cuadro de Héctor Basaldúa

Elocuente el color —nunca se olvida—
agregará recuerdos en tu vida.
Este momento hermoso del ocaso,
el abanico y el discreto abrazo
de muchas sombras, y la mecedora,
el pelo desatado, una señora,
te inventarán como te inventa a veces
la música, un pasado que agradeces.

Inscripción para un dibujo de Norah Borges

He copiado, y después he transformado
los arcanos paisajes y las manos,
los veranos, los ángeles hermanos.
He venerado en sombras el rosado.
Con tintas puedo iluminar las quintas
extintas, las sirenas ya distintas.

Inscripción para un cinematógrafo suburbano

No se ignoran, entrando en mi vestíbulo,
la vecindad del río y del prostíbulo.

Inscripción que una mujer pretendió hacer tatuar con su retrato y una amapola en el pecho de un marinero

Ni en el mar, ni en la arena,
desnuda o con sombrero,
no te acerques, sirena.
Con este marinero
no te dejaré sola.
Esta hermosa amapola,
con esta cara, es mía:
no busques tu agonía.

PACÍFICAS LLAMAS

Euterpe

I

El milagro del ave que en su vuelo
se va alejando con fervor del suelo,
es menor que el milagro prometido
por tus labios secretos en mi oído.

Previsto fue tu rostro ya. Tu mano
me señaló el botánico verano,
sueños, objetos tristes, inmortales
las cosas más modestas o casuales,

el don de la presencia, el quieto adiós.
Alambicada, estricta como un Dios
te he visto aparecer, múltiple y única,
entre cóncavos pliegues de una túnica,

escoltada por ángeles y dudas.
Me parecieron mis palabras mudas,
sonoro al encontrarte mi silencio,
tanto escuché tu voz que reverencio.

¡Ah! si pudiera yo esculpir tu estatua
sobre algún pedestal de fuego. Fatua
y arrodillada te dedicaría
una oración que me perpetuaría.

II

Oh rosa laberíntica del verso,
verso que juntas lo que está disperso,
imagen meditada largamente,
cielo del estudioso, ambigua fuente.

No he conocido el sol si no era tuyo,
no conocí modestias ni el orgullo
si no eran de tu frente el más precioso
adorno elaborado y cadencioso.

No conocí el dolor sino abrazada
a ti, como a una hermana mutilada
que para consolarme recibía
con esplendor mi ofrenda de agonía.

No conocí el amor si en mis oídos
no lo nombrabas con tus indebidos
cantos. Sin ti la dicha me es adversa.
La paloma sin ti sería perversa.

Podrá llegar la hora en que mi mano
obedeciendo tu secreto, hermano
de la música, me haga dibujar
palabras memorables. Junto al mar

podrá llegar un día afortunado
en que el musgo escondido en el sombreado
tronco de árbol, me dicte su palabra.
El brillo de las hojas que se labra

inútiles paisajes entre piedras,
llegará al fin con profusión de hiedras
al paraíso donde están los suaves
goces del verso puro con sus claves.

III

¿Qué haré sin ti cuando me encuentre un día,
en una casa de mampostería,
entre floreros altos y escalones?
¿Algo me hará olvidar tus perfecciones?

¡Qué haré si no te veo en el arcángel
o en la rosa de yeso de algún ángel!
¡Qué haré cuando en mi vida ya no sienta
tu insistido secreto que atormenta!

Y tú ¡qué harás cuando me vaya sola,
cuando olvide tu voz y tu aureola
y no haya tinta ni hojas para mí!
Cuando me adorne un ávido alelí,

y oigas en el silencio de otra casa
un memorable verso que me enlaza.
Qué harás cuando me envíen los jardines
en papeles de diario sus jazmines,

algún día de sol y de los muertos,
cuando la sombra encierre mil desiertos,
cuando en mi frente oculta, la pasión
se haya borrado como una agresión,

dejando adoradores parecidos,
con los ojos abiertos y abstraídos.
Qué espacios cruzarás y qué distancias
te obligarán a regresar con ansias.

¡Ah! difícil serás tú, sola, ausente,
aun sin mí, difícil, persistente
como es un laberinto con espejos
donde lo que está cerca está muy lejos.

A una persona dormida

No lograrás que ciega sea tu frente:
en tus cerrados ojos persistente
será el mundo que has visto; sus reflejos
serán los dibujados azulejos
de trémula memoria que has guardado:
escalinatas blancas, un pescado,
un león que tiene cara de señor.
Todo es mentira y todo es cierto ahora:
podrás ser criminal o ser cantor,
la tarde infiel, la pacificadora
costa donde el océano comienza,
de un grabado las palmas y una trenza,
la bofetada, el lívido estileto,
el principio falaz de algún soneto.
¡Ah! si tuviera el sueño un argumento
como el de la vigilia, largo; un cuento
diverso de la vida, otros amores,
otros antepasados, y en colores
ultravioletas vistos por palomas
otros jardines, piedras con aromas.
Si los sueños atónitos pudiesen
buscarse unos a otros, si se viesen...
para seguir tu sueño tan fraterno
sin asombro yo iría hasta el infierno.
Cruzaría las cárceles oscuras
de Piranesi o Kafka, las torturas
con certeza de sombra, con paciencia,
y en deslumbrados tiempos de clemencia,
como Polícrates no arrojaría
mi anillo —toda dicha guardaría
en inmóvil postura de diseño,
para llevar mi sueño hasta tu sueño.

Despedida (5)

Con su tristeza oral, la despedida
nos guareció en el marco de las puertas.
Todas las cosas parecían muertas:
la intermitente vida,
el mundo ya sin plantas.
Con la resignación de algunas santas,
las manos se juntaban,
luego se recordaban...
Quedaba algo seguro:
como un símbolo impuro
el jardín se alejaba, minucioso,
y en su esplendor ya ocioso,
como la flor del techo de cemento,
evocaba la ausencia del momento...

Perdurábamos ya en las melancólicas
voces de las ventanas hiperbólicas.

5- Hay otro poema con este título, véase pág. 121 de *Poesía Completa* II; véase también aquí “La despedida”.

POEMAS DE LA GUERRA

A Francia en 1942 (6)

Quisiera al venerarte olvidarme de mí.
Demasiado lo sé, Francia, tú que has dictado
el himno más heroico y el verso más amado:
estos alejandrinos no son dignos de ti.

Perdóname si busco la evocación biográfica:
la vana inspiración, los versos imprecisos,
los lánguidos recursos de perpetuos Narcisos,
tal vez te han abrumado ya en tu lengua seráfica.

Debajo de tus mesas en mi infancia calqué
láminas que no fueron nunca identificadas.
Mas empezaba a ver... Por ti me fueron dadas
las formas de las cosas: sin saberlo te amé.

Te amé porque me dabas la devoción ambigua:
en tu idioma que no es enteramente el mío
admiré un primer cuadro terrible, un primer río,
el poema primero, su verso que apacigua.

Como un hada invisible, con palabras seguras,
con cielos y hojas trémulas, me señalaste objetos;
llevaban inscripciones y brillantes secretos,
meticulosas líneas musicales y puras.

Pienso ahora que entonces me enseñabas tus signos
sensiblemente claros, tus bosques y tus santos,
la precisión de un lago, tus encendidos cantos,
como si fuera adulta. En jardines benignos

me mostrabas Europa. En mí tal vez no había
confusiones de patrias: eras el mundo entero,
eras la rosa abierta y el frío mes de enero,
eras todos los viajes, la despedida, el día;

eras la playa larga donde un rey de Inglaterra
se paseaba mostrando su cara ya lejana
a todos tus balcones; eras la esquiva hermana,
la enternecida voz y en mis manos la tierra.

Después de algunos años, cuando yo volví a verte,
te descubrí de nuevo. Sobre otra imagen tuya
tu imagen superpuesta doblemente fue tuya,
y fuiste toda Europa... dilecta de la suerte.

Lloré en tu capital las calles argentinas,
el gomero y el pájaro demasiado elocuente.
En tus brumas de otoño bajé tal vez la frente
recordando las cuadras de frecuentes esquinas.

En tus campos busqué la formación quimérica
de un almacén rosado, de un alambrado gris,
las sirenas de un puerto al llegar a París.
Me extrañaba que fueras tan distinta de América,

que no fueras confusa, que no fueras vacía,
que exigieras del hombre una atención constante
como debe tener por su amada el amante...
Cantaré tu esplendor, pero sin cortesía.

Las lágrimas perturban las hondas reverencias
y sé que no podré sin desfallecimiento
decir con venturosa métrica lo que siento.
Me hiciste conocer dulces magnificencias

y para agradecértelo yo necesitaría
la voz estremecida de uno de tus poetas,
vocablos luminosos, con frescuras secretas,

para cantar tu suave, tu amarga apología.

En ti nacieron, Francia, la clara, afortunada
música de Ravel, del lúcido Racine
el puro alejandrino, macizo el querubín
de Fouquet, y de Verlaine la rima enamorada;

con cintas desteñidas, en el pasado, fatuas,
por Degas modelada la dócil bailarina;
de Marcel Proust las páginas del tiempo que se obstina,
rostros como jardines, devoradas estatuas;

las pensativas manos en las tapicerías,
el Sena donde tu agua se desliza distinta
como un agua ya sabia de recuerdos encinta,
las ninfas de las fuentes con sus genealogías

y las tumbas marítimas, y los trémulos pinos
con palomas de mármol. ¡Ah! no te faltó nada,
ni modestias de trébol, ni la paisana atada
por delicadas sombras a los anchos caminos,

ni lo que yo diría en los versos que omito.
Con dulzura imperiosa tus colinas proclaman
la intimidad del árbol: todavía me llaman
tus palpitantes plátanos, el sendero fortuito.

Los nombres de tus pueblos, los nombres de tus ríos
y de tus catedrales, no sólo son tus nombres.
Cuántas veces te dije: *Oh Francia no me asombres:*
antes me contentaban los clamados rocíos

de una borrosa patria, su orilla apasionada,
la inmodesta llanura, el delictuoso puente...
Me faltarás un día, serás preeminente
—ahora lo presiento— serás la prolongada

ansiedad del regreso. No penetro en tus casas,

no me llevan tus trenes, no te miro bastante,
a tu literatura puedo ser inconstante,
y sin embargo siento que en el tiempo me abrazas.

Pienso en tu ahora afable, lúgubre primavera.
¡A quién das en los parques la quietud de tus sillas!
¡A quién das tus misterios! Como en las pesadillas,
en tus lagos verdosos, ¡por qué ávida extranjera

figura mortificas tus antiguos reflejos!
Cuántas niñas que yo crucé un día en tus puertas,
más lejanas están que si estuvieran muertas,
buscando a sus hermanos en los vacuos espejos.

El retrato admirado de Mademoiselle Rivière
con guantes amarillos, ¿qué ojos irreverentes
o qué ojos apenados lo admiran diferentes
viendo la torturada cara de otra mujer?

En qué alto laberinto de admirables auroras
entre tus habitantes sabes que hay algo triste:
una herida implacable, oscura, que persiste
y en un delirio atónito va siguiendo las horas.

En qué horror subterráneo trabajan tus obreros
con todas las desdichas, en su tierra escondidos:
hombres que protegías, sonámbulos y heridos
no ven cielo en tus cielos ahora tan severos.

Creerán que te han perdido los que te aman, Francia.
Lejos de ti no encuentran los mares que los lleven
a lugares soñados que en tus labios conmueven:
sin ti perdieron algo virtual como la infancia.

Pero yo sé que un día serás la Francia de antes.
Yo sé que tus soldados mueren entre murallas
execradas. Imploran las fúlgidas metrallas
y una sangre piadosa para que te levantes,

Francia de Juana de Arco, de las celestes voces,
de los querubes de oro, de los más puros goces.
Francia de los Franceses Libres, que ya se arroja
con alas y con túnica azul y blanca y roja.

Dejarán de sufrir tus obreros cansados,
volverán a tus bosques suaves caras humanas
como aquellas que adornan tus blancas porcelanas.
Vendrán días felices. Venturosos y alados,

sobre las sombras gratas se abrirán ventanales,
reflejarán los lagos tu pristina virtud,
tus follajes, tus frases, tu grave plenitud,
y sólo quedarán las voces fraternales.

Y no será esa dicha, dicha para ti sola.
Repartirán los ángeles la luz de tu aureola.
Para eso está el futuro: un cielo embanderado
fiel y resplandeciente llegará, liberado.

6- Hay otro poema titulado “A Francia”, (véase).

La aldea abolida

No conocí, Lidice, tu paisaje,
no sé si te visita un suave río,
sé que te lleva la incesante Clío,
que te lleva, arrasada, a otro paraje.

Con numeroso y delincuente celo
mataron a tus hombres. Sin mujeres,
sin niños: tu enemigo cree que mueres.
Cree que tu nombre se ha borrado. El cielo

límpido está en pletórico verano.
Ahora pérfida la luz de junio
sigue tus aves en el plenilunio.
No te queda una madre ni un hermano

ni una sombra. Tu fin parece el sueño
de una persona enferma y persistente:
rostros y casas, todo en ti está ausente
y la tierra quemada, como un leño.

Tus jardines te habrán ya repudiado,
de ti no habrá quedado ni un espejo
ni un muro calmará el tenaz reflejo
del mediodía duro, despoblado.

Con los ojos cerrados te visito:
prehistórica luz, ignotos puertos,
me conducen sin mar junto a tus muertos.
Bíblica y abolida, sin delito,

el bronce de la historia te atesora

y ya por ti nace un clamor fecundo.
Como una rosa herida sobre el mundo
abandonada en sangre estás ahora.

En un absurdo mundo embanderado
ocultaste virtuosos asesinos,
y por culpa de Heydrich, entre pinos
tal vez tus enemigos han llorado.

Obediente a tu fin, infatigable,
darás remordimientos como Abel,
y en un futuro, para siempre fiel,
serás la delatora venerable.

ESPACIOS MÉTRICOS

Para Adolfo Bioy Casares

- 1945 -

Árboles silenciosos

Árboles silenciosos sobre los campos de oro
se extienden en el mundo acercándose al cielo
y remotas distancias oscuras en su vuelo
congregan los racimos misteriosos de un coro.

Ya los recuerdos grávidos de una ciudad ausente
se pierden en las hojas con esmeradas llamas,
ya los brazos desnudos de las últimas ramas
contemplan los efímeros pórticos del poniente.

Tiemblan en la incesante vaguedad de las fuentes,
debajo de follajes, las horas incendiadas;
en busca de frescura regalan sus aladas
sombras para las hierbas y las flores fulgentes.

Quiero dormir al borde de la oscura fragancia,
quiero de los follajes el cielo interrumpido,
por claridades trémulas de amor semidormido,
quiero la forma azul de esa eterna sustancia.

La busca del cielo

> *Así en el Mantik al-Tayr (Coloquio de las Aves), los Pájaros, emblemas de almas, en busca del gigantesco bípedo alado Simurgh, su dios, atraviesan los siete Mares...*

BURTON: *The Arabian Nights, X, 130.*

Se alejaban de Persia: las voces y las alas
hablaban de nostalgias en las altas escalas.
—Lejos de los follajes el cielo que nos llama
no quiere que pidamos favores a la rama.
Yo recuerdo otras lunas, entre los bosques, pálidas,
sobre láminas de agua en las arenas cálidas.
—¡Oh firmamento, terso como la miel del lino,
invariada quietud sin ansias del destino!
—Todo lo que me aflige va acercándome a Dios,
la densidad del aire, mis heridas, mi voz.
No me inspiró este horror la sangre de la tierra
cuando murió el caballo que volvió de la guerra;
en sus crines con barro una cinta celeste
detenía los íntimos destellos del Oeste.
—¡Qué secreta la voz de los hombres que asiste
a la luz del poniente! Hasta el amor es triste
y surgen combativas nubes y precipicios
en el espacio estrecho donde no hay edificios.
—En la inmovilidad morirá la belleza.
Yo no quiero del polvo, del páramo ser presa.
El racimo regala sus reliquias amadas,
no teme ver sus formas en vino transformadas,
ni espera recibir el agradecimiento.
—Ah, si nos devolvieran aquel tiempo tan lento
en que no nos amábamos, cuántos años tendría

ahora que otorgarnos un efímero día.
—Es la embriaguez más pura del bienaventurado
sentir que al despojarse sólo ha resucitado.
—¡Caricias de los muros, de los palacios! Ávidas
ramas apaciguadas en los veranos, grávidas.
Amaba yo a los hombres cuando estaban dormidos:
suavidades de arena extinguían los ruidos.
—Los umbrales de mármol con honor presenciaban
despedidas y encuentros de la gente que amaban.
Tristes y más ardientes, con un canto más claro,
las voces que se odiaban no buscaban amparo:
—Tu presencia envilece la posible ternura
del aire, y en la tierra del mármol la ventura.
—¿Por qué me sigues? Pérfidas son tus alas celestes
como las aguas pútridas de una ciudad con pestes.
—No te sigo, yo busco a Dios, y mi plegaria
incesante me aleja de tu alma secundaria.
—Me robaste semillas de los trigos, mi canto
que hacía sonreír al leproso y al santo.
Y la nostalgia tácita volvía a renacer
al cruzar las ciudades en el amanecer:
—Qué hermosa despertábamos la luz con nuestros coros
repartiendo el anhelo entre los sicomoros.
—Attar piadosamente me acarició en su pecho:
el color de este abismo me recuerda aquel lecho.

Se alejaban de Persia dejando los umbrales,
las formas de las casas infinitesimales,
los barrios con basuras y las pequeñas hojas
y el fulgor de la noche sobre las piedras rojas.
Se alejaban del mundo dejando entre los graves
delirios de las ramas, en los jardines suaves,
los reinos de los hombres con secretos distantes
donde bebían gotas de agua como diamantes.
Dejaban los estanques familiares, las manos
de las estatuas plácidas, los sonoros veranos
profundos en los bosques, las semillas sabrosas
del trigo y de los campos una embriaguez de rosas.
Se extendía la imagen del mundo en miniatura

y en el paisaje helado de las nubes, la altura.
¡Qué exiguo era el espacio! ¡Qué inmóvil, la distancia
llevaba en sus confines sus formas sin fragancia!
Atravesaban lluvias y atravesaban vientos
y noches y apacibles días como aposentos.
Atravesaban ríos y bosques incendiados
con cantos de otros pájaros por ellos desdeñados,
y las tierras serenas, con esplendores, solas,
y montañas profundas del color de las olas.
Ellos que conocían con rigor los detalles:
las nervaduras de hojas como las grandes calles,
el número de gotas de rocío en las flores,
las diferencias hondas de un cáliz, sus errores,
veían los volcanes y las nubes marinas
y en los trópicos, selvas y ciudades en ruinas,
como en una pupila, terribles, diminutas
imágenes del mundo brillando entre volutas.
Para buscar a Dios tenían que vivir
la dulce, la incolora resignación; sufrir
el temor de caer en las playas ardientes,
sobre furiosas cúpulas, tigres adolescentes,
o sobre hombres dormidos con las manos vacías.
En el aire hay fantasmas, crueles analogías,
con sus múltiples filos el espacio abre heridas,
hace correr la sangre para borrar las vidas.

Locos, ensangrentados por un deslumbramiento
cayeron muchos pájaros, muertos, del firmamento.
Sólo treinta llegaron después del largo vuelo
a esa isla sin ángeles donde reside el cielo.
Con temores aciagos, como frente a un palacio
se acercaron a un Dios más grande que el espacio.
Contemplaron sus ojos serios, tímidamente;
sus plumas de arco iris, su quietud inclemente.
Era Dios ese pájaro como un enorme espejo;
los contenía a todos; no era un mero reflejo.
En sus plumas hallaron cada uno sus plumas,
en los ojos, los ojos con memorias de espumas.
Hallaron en colores el fragmento radiante,

su complicada forma de flor alucinante.
Cantando como al alba, con una exaltación
estridente y dulcísima, trémulo el corazón,
entraron en su cuerpo como flores con vuelos
que embeben en el campo la virtud de los cielos.

Ellos mismos se oían hablar como en un sueño:
—Este color es mío. —De estas flores soy dueño.
—Siento mi corazón latir en tantos pechos
que ya no encuentro el mío. —Cuántos frutos y helechos.
—¡Qué tibia fue la mano que me tuvo tan quieta
adentro de tus plumas, dormida en la glorieta!
—Oh ruiseñor, recuerda tu resplandor nocturno
que desterraba el cierzo del bosque taciturno.
—La impenetrable llama de una piedra preciosa
anticipó la forma de una faz tenebrosa:
la visité en un brazo ya muerto, cuatro días
hizo palidecer lunas y cortesías.
—¡Oh brisa cuidadosa sobre la dura roca,
bálsamo del jacinto que mi destierro evoca!
Recuerda que en la ausencia pude seguir tu paso
a la hora en que duermen los ciervos, al ocaso,
y mientras alojabas a una extraña, en tu amor,
tal vez era tu dicha menor que mi dolor.
—No envidies a la rosa ni al jacinto: perfuman
un momento el espacio y en el aire se esfuman;
han de esperar en vano que les dé la fortuna
una muerte más pura conmoviendo la luna.
—No admires a los tigres: la sangre que han bebido
en la venganza triste tal vez les ha dolido;
por eso se lamentan y buscan los desiertos
y en la arena, indefensos, imitan a los muertos.
—Música del silencio, de la inmortalidad,
seráfica guirnalda, invisibilidad.
El odio de las voces se unía ya de nuevo,
parecido al amor. *—Por ti no me conmuevo,*
decía la más tenue con inflexión amarga.
—Hermosa como el sol es mi canción más larga
cuando se abren los frutos en el follaje verde

y me oyen los amantes y el mundo que se pierde.
Ah, yo no tuve miedo de los ojos humanos:
fui el prisionero alegre de seis distintas manos.
Y una voz apacible, sinuosa contestaba,
la misma que en los bosques atentos encantaba:
—*Es indigna tu voz. ¡Por qué te habré encontrado*
entre plantas felices que a mi memoria has dado!
En esta celestial unión eres el dardo
que envenena mis noches con dulzura de nardo.
—*Eres de los crepúsculos la pérfida invectiva*
que me hace de este cielo ser la infausta cautiva
y en la memoria quedas como los hombres vanos
que agitan vanamente, en diálogos, las manos.
—*Cuántos se han ido y vuelven al amor desolados*
sabiendo que sólo aman a Nadie, enamorados,
y en un rostro cualquiera otro rostro colocan
y hasta en las desventuras ávidos se equivocan.
—*Ni el peinado con víboras de una alta cabellera*
que un día descubrí sobre una enredadera,
ni la cisterna donde dos niños me abrazaron
tanto como tu sórdida presencia me asustaron.
—*¡Dulzura impenetrable del mundo! Adiós, espejos*
de la orilla del mar donde morimos, lejos,
mirando las penúltimas estrellas tristemente,
con los ojos abiertos, con un amor ausente.

León cautivo en una medalla

Et j'ai pris, ô lions, dans cette intimité,
L'habitude du gouffre et de l'éternité.

VICTOR HUGO: *Les Lions.*

Pretéritos veranos me visitan
y por eso la sombra me ilumina
y trémulos mis párpados se entornan
como si respiraran una rosa
si una rosa existiera para mí.
El clamor de mi voz, como el clarín
en hiperbólicas y oscuras grutas,
en mi recuerdo mágico, perdura.
Conocí antiguos mundos y estoy preso
en los jardines tristes, en la piedra.

Prófugo, en Libia, en el desierto, Androcles,
esclavo de un procónsul me salvó:
contemplé sus pacíficas dos manos
y en la profundidad, como de un cáliz
de África, en sus pupilas el oasis
y mi cabeza aterradora al sol.
En la Ciudad de las Cien Puertas, solo,
busqué la muerte una remota noche.
En Berenice y en Tentira el frío
del agua con estrellas me afligía.
Contemplé el manto de San Atanasio.
Con San Pablo cavé una fosa larga
para dar sepultura a San Antonio
en cuyo rostro hallé el color del polvo.

Sobre las flores yertas del crepúsculo
me asediaron visiones en las nubes.
Ah, qué próximo estaba lo lejano
y qué lejano lo más cerca estaba.
Ah, qué lejana era mi piel, la arena.
Qué cercana la arista de la estrella.
Desde la sombra incierta de un pantano
un tigre me acechaba exasperado,
sinuoso como el agua que se estira
se acercaba mirando mis pupilas.
Qué parecido es el amor al odio:
del mismo modo se murió aquel tigre,
del mismo modo me acerqué al amor,
en la llanura de un poniente asirio.

En la indeterminada arena, absorto,
mi paso, conocido de las noches,
me aproximó a María la Egipcíaca,
en los senderos pálidos de asfódelos
la vi secretamente enamorada
iluminando lunas con su cara.
Amé las dimensiones de sus trenzas
como una delicada enredadera
y acostado a sus plantas largas horas
en su quietud de palma hallé la sombra.

Como frente a Daniel en una fosa,
como Caín por Dios aborrecido,
o como Eva anterior a su pecado,
descubrí que lo eterno está en el miedo.
Fui insultado en el norte extremo de África.
Recuerdo las llanuras de Tesalia,
en Macedonia los camellos pálidos,
los corazones tiernos de mis hijos
que alimentaron, en Argel, los niños.
A veces he creído vanamente
que una tarde es idéntica a otra tarde,
que todos los desiertos son iguales

y que el tiempo es idéntico al desierto.
Atravesando el fierro y el cemento,
oros entristecidos, graves treguas,
la tierra inventa circunstancias nuevas:
por ellas sé que ha transcurrido el tiempo.
Los Césares, el circo, los aplausos,
las luchas y los santos me abrumaron.

Los árboles me roban horizontes
y no me ofrece ya el espacio nada,
ni la sangre, ni el miedo, ni el desorden.
Sufro como los hombres creen que sufren,
como la estatua adusta, sin laureles,
como en el circo Elena Iller, pálida,
hipnotizada en su desesperanza,
sufro junto a estos muros y jardines
con la debilidad de Tisbe y Píramo.
En un sueño me vi en una medalla
y desde entonces temo estar en su ámbito.
¡Qué pesado es el sueño ahora y cierto!
Me demoro en la fuente de memorias
como los hombres vanos en las rosas.

Tácita

I

Qué hórrida es tu llegada si vanamente he hablado.
Un asombro de espacios, un temor detestado
dentro de impenetrables murallas, inhumanas,
destruyen tu dulzura con memorias profanas.
Implacable, te acercas a las plantas celestes,
las abrumas de frutos inútiles y agrestes.
En los oscuros pórfidos de tus reinos helados,
qué perversa es la voz de los labios callados
cuando buscan palabras como busca un ausente
desterrado del mundo anticipadamente.
Las pálidas Euménides nacidas del silencio
hacen sufrir nuestra alma más que el cuerpo a Terencio.
En vano buscaremos los sitios que te honoran;
los bosques retirados, las manos que te imploran.
En vano hemos de huir de la muerte en tus ojos,
la severa altivez de tus tristes despojos;
cuando el amor se pierde en tu mansión oscura
sentimos que nos busca sólo en ti la locura.
Apareces vestida con túnicas heladas,
con las hermosas rosas de tus pechos cerradas,
con la mirada ausente vagando en un desierto,
desdeñando el amor como si hubiera muerto.
Qué tristes en tus faldas se escuchan las canciones
de los más bellos pájaros. Con duras precauciones
te acercas a la epístola de la desesperanza
y enmudeces sus lágrimas. Con tu terrible lanza
reinas en los jardines más serenos del día
mostrando en tu belleza larga melancolía.
En tu presencia, oh Tácita, enamoradamente
la noche multiplica la forma del presente.

Yo he visto destrenzar tus hermosos cabellos
por manos despiadadas; he visto los destellos
de tu claridad íntima destrozada por voces
que en tus profundas bóvedas retumbaban, atroces.

II

Qué dulce es el silencio después de haber hablado:
un asombro de espacios, un dintel admirado
se abre en el firmamento, en las brumas lejanas
de algún jardín brillante, junto a plantas hermanas
trémulas de hojas, de alas y de frutos pesados.
Qué dulce es el acuerdo de los labios callados
cuando buscan silencios como busca el relente
sobre la tierra grave que le entrega el poniente.
Un enjambre de signos nacidos entre auroras,
del tiempo que demora sus predilectas horas,
trasciende de los versos que adornan la memoria.
Ser triste es una dicha, ser vencido una gloria
si de esas dichas nacen las graves perfecciones
que buscaron palabras en tus hondas mansiones.
En tu cristal lejano de aguas apaciguadas
con fulgores de cuentos, con ruiseñores y hadas,
déjame ver el fondo de tus ojos, sus ruegos,
sobre la oscuridad la gracia de tus juegos,
de aquella nube de oro los caballos oscuros
que asisten a tus noches y a tus cielos más puros.
Dame el brocal de piedra cuidado por leones.
De todos tus secretos quiero los eslabones.
Yo conozco lugares de tus días pasados
(¡devuélvemelos todos, todos serán amados!).
Devuélveme, oh Tácita, lo que no dije entonces
en tus jardines tristes de mármoles y bronces.

Memoria irremisible

A nadie

Me habita ese infinito recinto impenetrable
donde también creíste descubrir el futuro;
en la voz de su sombra, como a través de un muro,
te asedió del olvido el murmullo implacable.

Un murmullo de imágenes que no indica la hora,
la estación ni el lugar, que las lleva temblando
a un futuro incesante, lo irá multiplicando,
y no sabemos qué ángel, qué fervor, lo atesora.

Esas solas imágenes conservadas, perdidas,
que la vida recoge como una inmensa casa,
bien sabes que persisten en el tiempo que pasa,
tejiendo entre sus redes secretas, otras vidas.

Sabes que allí está el verso olvidado en los sueños,
la inadvertida frase, la puerta que se vio
un instante, una noche, el rostro que pasó,
y en las cenizas pálidas retratados los leños.

Allí te será fácil olvidar a tu amado.
Allí me habré ya muerto con un veneno amargo,
en un atardecer que en mi tristeza alargo
entre bosques altísimos. Allí no habré llorado.

El cedro imaginado junto al cedro estará
como junto al amado esa fotografía
tan imperiosa y vívida en su melancolía,
que no ha de abandonarnos ni en la infidelidad.

Existen cada tigre que vimos y el jardín
que plagió nuestro sueño imaginado en viajes.
Cada noche perdura, numera sus follajes,
y existe el primer día del mar y del jazmín.

Todo lo que hemos visto con nuestra distracción,
como si el mundo fuera a repetir sus actos,
ha quedado en nosotros con detalles exactos,
ardientemente puros, como en una pasión.

Y tú que no he amado, que no evoqué jamás
al oír una música, con trémula insistencia,
tú que no me inspiraste el dolor de la ausencia,
tú que en vano podrías amarme a mí... Quizás

en ese lugar pude amarte todavía,
pasando por zaguanes vislumbrados apenas,
entre calles manchadas por el tiempo y sin penas,
entre guirnaldas pálidas de indecisa alegría.

Fidelidad

Yo no quiero alejarme de tu lado y volver
como sobre el rosal se va y vuelve la rosa
bajo distintos cielos para volver a ver
la dicha deslumbrante retornar, venturosa.

Ah, yo quiero quedarme para verte de nuevo
con un distinto asombro para siempre esperado.
En el centro de pálidos días por ti renuevo
la inquietud de tu ausencia cuando estás a mi lado.

Fidelidad, sin tregua prevalece tu canto.
Va subiendo tu escala entre la favorita
memoria, la esperanza con admirado manto.
El verdadero cambio, el más sutil, te habita.

Ni aquellos blancos pasos de la estatua descalza
invocando tu amor, parecidos, se alejan.
Ni el laberinto de hojas y de ramas que se alza
ni los campos de trébol al volver se asemejan.

Puedo evocar tu rostro cuando estoy a tu lado.
Me abrumarás de ausencias para no repetir
ademanes, palabras, palabras que he invocado.
Idéntico a ti mismo, no quieres acudir.

Promesa

Seale then this bill of my Divorce to All.

JOHN DONNE: *A Hymne to Christ.*

Han de buscar la forma de tus labios
en un helado vidrio mis dos manos
y en el fondo indeciso de tus reinos
con un antiguo río, en el silencio
mis ojos las distancias de tus sombras
donde se extinguen todos los favores.
Querer vivir es todavía amarte
en lugares que creemos alejados
de tu mirada oscura y persistente
que en la pasión acude a tus secretos.
Entrarás en mi pecho ávidamente
como el fulgor letal del firmamento
nocturno entre los árboles felices,
como el amor a veces, como el frío.
Los racimos azules de tu frente
irradiarán la luz que entrega el sueño,
tus silencios los lazos de amatista
que el oro de los árboles aflige.
¡Arcángel del abismo y del veneno,
de los mares profundos y del fuego
del lamento que entrega al viento gritos
de plantas y de pájaros heridos!
Me otorgarás la impávida blancura
que escoltará mi cuerpo con sus túnicas,
la posibilidad de revivir
en los campos que sueñan la alegría.
En el crepuscular desierto pálido

de una ciudad te buscaré temblando
para hallar en tus labios el delirio
de la perfecta soledad y el tibio
renacimiento dulce de palabras
que desconocen todos los mortales.
Conoceré tu palidez, tus llamas
y en los pliegues amados de tus faldas
imperturbable esconderé mi rostro
en donde no podrá alcanzarlo el sol.
Ya las noches de Alcmena son efímeras,
los amores de Píramo y de Tisbe
sombríos como el barro se deshacen.
Ya el delirio inclemente de Casandra
se apaga entre las rosas de la Biblia
y los brazos de Leda, esos dos cisnes
sobre el cuello del cisne, ya se mueren.
Todo podrá borrarse al mismo tiempo.
Oscuras como páginas de historia
van muriendo las caras de mis hijos,
y las sombras de Marius y Yugurta
en un poema inglés se alejan juntas,
entran en la elegía de Propercio
mezclándose a los metros de otros versos.
Se junta y se disuelve todo amor
como en un blanco lecho de gladiolos.
Sobre los vastos mármoles del tiempo
donde no queda el agua ni la tierra
quiero seguir mi vida enamorada
en las ciudades hondas que preparas.
Así acude la noche a las ventanas
para esconder los ojos que han llorado.
Así acude la luz sobre las cumbres
para borrar el alto hielo duro.
Así acude la piedra en el abismo
alcanzando con su odio la alegría.
¡Rosa estival de los adioses! ¡Cúpulas
donde duermen los últimos perfumes!
¡Memorias de la dicha hallada en versos!
Suavidades que vienen del infierno.

Ríos, montañas, mares dulces, pájaros
cuyas canciones claras en los campos
me hicieron creer en Dios y no en tu sombra
que me deslumbra triste, con amor.
En tu elaboración secreta y pálida
has de borrar las líneas de mis manos.
Y mi agradecimiento será largo:
contigo asistirá al juicio final.
Me tornaré más suave que la arena
más sutil que las formas del relente
y más imperturbable que las aguas
de un lago por el viento abandonado.

La abandonada

Por la oscura región de vuestro olvido.

GARCILASO, *Soneto XXXII.*

No se le ocurre al tiempo repetir
sus caras en las nubes del poniente,
y se mueren impenitentemente
tiempos entristecidos al huir.

Ella sola se irá como en un sueño,
como en un sueño donde brilla el frío,
costeando márgenes de un vago río
donde el destino forma su diseño.

Y Dios que la contempla omnipotente
de indiferencia, siente su destreza
crecer al otorgar tanta tristeza.
Ella repite persistentemente:

Ah, si quisieras ser como te amé
volvería la luz a ser como antes;
no habría primaveras repugnantes
ni fragmentos heridos en mi fe.

Ah, si pudiera ser como me amabas,
sin la inquietud que vuelve tan cobarde,
volverían los cielos de otra tarde
a penetrar mi anhelo, que encantabas.

La abandonada

segunda versión

¡No se le ocurre al tiempo repetir
sus caras en las nubes del poniente!
Y se mueren impenitentemente
tiempos entristecidos al huir.

Por eso estoy acá como en un sueño,
como en un sueño largo que no es mío,
costeando márgenes de un vago río
donde el destino forma su diseño.

Y Dios que me contempla en su impotente
indiferencia, siente su destreza
crecer para otorgar sólo tristeza
o una terrible dicha negligente.

Mas si quisieras ser como te amé
volvería la luz a ser como antes,
no habría primaveras repugnantes
ni fragmentos heridos en mi fe.

Ah, si pudiera ser como me amabas,
sin la inquietud que vuelve tan cobarde,
volverían los cielos de otra tarde
a penetrar mi anhelo que buscabas.

El crimen (7)

En otro cuarto vi esta luz de enero,
en otras horas vi estos quietos ojos,
esta penumbra, estos colores rojos
con la temperatura del acero.

Este mismo silencio infernalmente
antiguo, esta postura que me da
terror oscuro entre los muebles, ah,
los reconozco irremisiblemente.

Este vaso de vidrio y esta mano
mía que siento ajena y que no sabe
moverse los he visto y esta llave
y este helado calor en el verano

y este júbilo suave y delirante
yo los sentí llegar a estos balcones
entre hojas que formaban corazones
y un olor a tumbergias, repugnante.

7- Hay otro poema con este título, véase pág. 130 de *Poesía Completa* II.

Los caballos infinitos

Los he visto dormidos sobre el pasto,
repetirse acostados en los campos;
furiosos los he visto, arrodillados,
como dioses altivos, todos blancos,
vestidos y con cintas, y salvajes
con crines como el pelo desatado
de sirenas antiguas en las playas.
Las víboras con ellos han soñado,
los juncos y las madres acostadas
los temían debajo de las palmas.
Trémulos anunciaban las batallas,
anunciaban el miedo y la constancia,
como el redoble del tambor trotaban,
como un aplauso en un profundo teatro.
Vieron sangrar heridas en el barro,
murieron entre flores, en los charcos,
visitados por aves y gusanos.
Se acercaban trayendo hombres amados,
se acercaban con hórridos tiranos,
revestidos de púrpura y de sangre.
Recordaré caballos implacables:
los tarpanes de Rusia; los Przewalski;
los ciento veinte nombres de caballos
que hay en Roma, grabados en un mármol;
en el Olimpo de Dionisio de Argos,
con un duro pentámetro en el flanco,
de bronce afrodisíaco, el caballo
cuyo amor cautivaba a los caballos
que acudían al Altis; el que amaba
tanto Semíramis, la reina de Asia;
los que probaron con fruición arcana—
mucho antes que los chinos las probaran—

del té las verdes hojas inspiradas;
construido por Virgilio ese caballo
cuya sombra virtuosa tan amable
conseguía sanar a los caballos.
Recordaré en un cielo anaranjado
caballos en la sombra iluminados,
uniendo ansiosamente a los amantes
en grutas apacibles de distancia.

Diálogo de Narciso

Vous n'êtes que lumière, adorable moitié
D'une amour trop pareille à la faible amitié!

PAUL VALÉRY: *Étude pour Narcisse.*

Sui amantes, sine rivali.

CICERÓN.

—¿Recuerdas en tu infancia aquella piedra
que mató, con tus manos, en la hiedra,
un pájaro y tus llantos en mi pecho
cuando no conciliabas en tu lecho
el sueño y el reposo?
—Secretamente hablabas y el sedoso
dorado gusto de la miel del día,
lejos de tu presencia me afligía.
—Yo que tanto sufrí por tu tristeza
te hago sufrir ahora con destreza.
—En las hojas manchadas por mi llanto
mis penas son un canto
que de los árboles en lluvias de oro
caen en tu memoria que atesoro.
—En el mármol helado te presiento
y te contemplo entero en un fragmento.
Como en las hojas, en cada árbol claro,
te veo, y a ti mismo te comparo.
—En nuestro amor el tiempo ya se extiende
y comprendemos lo que nadie entiende.
—Ah, cuántas veces en un libro abierto
vi florecer tu rostro en un desierto,

y en las palmas con sol tus labios solos
restituían frescuras a las olas.

—Ya no me pertenece
este amor que en nosotros sólo crece.
—La afortunada sombra de los vuelos,
los cambios de los cielos
y el gusto de los frutos en mis labios,
sin ti son, de la vida cruel, resabios.
—La fiel docilidad y la constancia
son mis virtudes. —Amo tu arrogancia
y esa dulzura equívoca y violenta
que en tu alma me sustenta.
—En los altares del poniente, piensa
que el día es mi difícil recompensa
y que nunca me asiste
una noche sin luna menos triste
y que en mi humedecida cama de hojas
espero que en la noche me recojas
herido por las invisibles armas
del dolor que desarmas.
—Sabrás que de mirarte la costumbre
aflige en mí una oscura incertidumbre.
Mudan los coloridos
de tus mejillas lisas. Desvalidos
tus ojos a otros ojos se parecen
y los míos por eso se oscurecen.
—Como la abeja va a la flor por miel
si solamente en mí pensaras, fiel
tal vez sería el sol y no se iría
dejándonos la diaria noche fría.
—De las ondas azules del Cefiso
naciste con el pelo suelto y liso.
Antes de conocerte supe que eras
como las ávidas enredaderas
para el contemplativo
amor, pero más tierno y persuasivo.
Antes de verte ya te amaba tanto
que del silencio tuyo nació un canto

más bello para mí que el de las aves.

—Evocaban tu nombre blancas naves.
—Yo en la noche sentía en las entrañas
de la tierra acostada, entre las cañas,
en tu cuerpo la forma de un secreto
más que el espacio y que las hojas quieto.
—Cuántas veces de ti yo me he alejado
para correr dichoso hasta tu lado.
—En la noche que llega el triste coro
de voces que se eleva de las plantas
a tu voz se asemeja, cuando cantas.
Con qué dulzura pálida repites
mis palabras y admites
el argumento adverso y dividido
que nos ha dócilmente reunido.
Como el árbol que muda su corteza
hemos mudado alegres de tristeza.
—Dame de tu belleza los momentos
más venturosos con los movimientos
de cisne de tus brazos
y la visión yacente de tus pasos.
—Qué lejana la flor,
que me ofrece tu mano con amor,
roza apenas el agua de tu frente
y la piel de tus brazos lentamente.
—No dormiremos como desposados
repitiendo las noches asombrados...
No dormiremos nunca como amantes.
—Ah, tengo miedo que te mueras antes
que llegue el alba muda
a este follaje que la noche anuda.
—El agua fría de tu boca en vano
en las profundidades del verano
me llama con su acento enamorado.
—Un resplandor azul nos ha borrado.
—Dame la rosa pálida
con su estupor y su fragancia cálida
que en tu pecho temblaba al mediodía,

dame la forma de tu boca fría
que responde a mi queja
y dame para oír mi voz, tu oreja.
Has querido alejarte de mi lado
para volver a verme enamorado.
—Es cierto, y qué distinto y parecido
a mí mismo, por mí has permanecido.
¡Delirio inmaterial de mi tristeza!
En nuestra sombra unida mi alma reza.

Primer encuentro (8)

—Esa trémula rosa que en tu pecho
me parece de mármol, ese helecho
de tu pelo trenzado atardecido,
yo los he como a ti reconocido.
—Esa forma redonda de tu cuello
y en tu boca el asombro como un sello
pidiendo a mis palabras un secreto,
ese consuelo efímero, indiscreto,
de tus abiertos ojos ¿los visito
por vez primera? No. ¿No será un rito,
de formas de palabras, restituido,
que nos ha ardientemente reunido?
—Agitando reflejos como un río
ese constante desencuentro mío
con tus dulces palabras, esa mano
que me indica algún cielo de verano,
ese recuerdo tímido en la fuente
con esa misma voz no es diferente
del que evocaste en mí ya muchas veces.
—Secretos ya confiados no confieses
como si regalases un misterio
nacido de tu dulce cautiverio.
—Como parece arder en llamas rojas
una nube con lluvia entre las hojas
te amaré con un llanto de esperanza
pues la dura alegría en ti me alcanza.

8- Hay otro poema con este título, véase pág 77 de *Poesía Completa* II.

La tentación del santo

He dejado a mi amada en la ciudad.
Sus ojos eran de oro y sus pestañas
brillaban como el agua entre las cañas.
Mas ésa no era mi felicidad.

Ah, fue en la sombra dulce del pecado
cuando mi rostro oscuro era inocente
que pusiste tus manos en mi frente
para dejarme luego abandonado.

Y no te diré nada y ya mis cantos
quedarán en la noche sepultados.
Me habrás hecho sentir que mis pecados
provienen del amor y de sus llantos.

Por ti traicionaré suaves amigos,
haré sufrir con sangre la hoja verde
para que tu clemencia me recuerde.
Buscaré en mis pecados tus castigos.

Visitaré la sombra del deleite
en los remordimientos más impuros;
aquietarás mis odios más oscuros
como en los mares derramado aceite.

Y me habrás enseñado perfecciones
que me hacen creer ahora que estoy muerto
y sentir que mi vida es un desierto
apresando el fervor de tus razones.

Te veo desde lejos y sonrío

a la terrible imprecisión del día
que prolonga en las plantas su alegría
en los bordes ocultos de ese río

que las baña de eterno goce verde
entregando un amor que no divide
sus pétalos extraños, y que impide
buscar la muerte si algo en él se pierde.

Ah, no quiero extasiarme ya en las ondas
ni escuchar en los cantos la arboleda.
No quiero amar el mundo que me hospeda
si no es para que amando me respondas.

Palabras de Caín

He visto morir pájaros en el sol que apresura
la muerte de las hojas, morir plantas enormes,
y en la pequeña muerte de mundos multiformes
he visto la apariencia de la verdad futura.

Con un dolor celoso, con un brillo sediento,
ya me escoltan los buitres, ya contemplan mis ojos
la sangre ineludible entre los pastos rojos
y esta insólita sangre hace llorar el viento.

Yo no elegí a mi hermano, yo no elegí esta senda.
Logré con esta piedra que mi hermano muriera
pero con él no ha muerto lo que en mí desespera.
¡Dios agresivo y cruel, declinaste mi ofrenda!

Sobre el follaje lloran incestuosos amores.
¡Por qué tienen memoria el canto de tus aves
y por qué esas memorias tienen acentos graves!
¡Ah, por qué me conturba la dicha de las flores,

el gusto de la lluvia y el puñado de tierra,
y por qué me conturba la calma de la tarde,
el calor de la piedra después del día que arde!
Jehová, tu espacio pérfido como un antro me encierra.

En la colina oscura mi madre se lamenta
del cielo sobre el agua que en barro se diluye
y la majada pálida que entre las hierbas huye
lleva el color del polvo y de su mano atenta.

Con invisibles armas Jehová solo ha matado

las bestias y los árboles con su soplo divino,
infligiendo su amor injusto, adamantino.
No ve mi sacrificio, ni mi amor desolado.

En el espacio estrecho me persigue la vida,
todavía no ha muerto Abel muerto en el suelo.
Nítidamente he visto su ojo azul en el cielo
con una extraña luz de amor indefinida.

Los caballos me temen, se afligen a mi lado
y la sombra feliz de las plantas me deja
quemaduras ardientes en mi frente y se aleja
hostilmente de mí todo lo que he admirado.

Más fuerte que mis fuerzas es esta penitencia:
me persigue en la noche y el día oscurecido
la voz divina y trémula de un Dios enfurecido.
La soledad no existe, y si existe la ausencia

sólo es la mutación persiguiendo mi vida
de estos campos borrosos, de este sol que asegura
la muerte de la rosa, que pudre el agua pura
y la ternura hipócrita de Abel que no me olvida.

Siento crecer la inmóvil tristeza en mis cabellos,
y en mi cara, en el frío, el ardor del verano.
Como una incierta fruta que devora un gusano
siento en mi pecho ansioso un horrible destello.

El reproche ha vedado en mí el remordimiento
alejando el fulgor dulce de la confianza,
ha destruido el pudor de mi desesperanza.
No puedo ya vivir sin él: es mi sustento.

Mora ya en mis futuros hijos, en mis amores,
en la irascible llama del ansia que no apaga
la implacable agresión de la palabra vaga,
en la fidelidad del trigo, en los alcores.

Mora ya en la sustancia del agua, en las cisternas,
en la brisa callada que por las tardes pasa
detrás de las montañas y a las ramas enlaza,
mora ya en el color de aquella órbita eterna.

Estrofas a la noche

Madre de las Espérides que tienes
en recuerdos trenzados tus amores,
inmoladas ovejas, y entre flores
algún versificado honor que obtienes.

Inauguró tu culto en Grecia Orfeo.
Comían tus adeptos sólo frutas.
¡Tú que llevaste graves prostitutas
como reinas heridas a su empleo!

Altura quieta de alas, de aguas solas,
de hojas hereditarias, elocuentes,
dulzuras vanas traen en los relentes
a la pasión helada de las olas.

En el jardín final del Paraíso
como Eva te habrá visto delirando,
al dejar tantas hijas esperando
en tus estrellas luz de algún aviso.

El insistido anhelo de estar muerto
presidirá las vendas que hace el brazo
para añadir oscuridad de abrazo
a la esperada luz de amor incierto.

¡Oh Tisbe y oh Cleopatra y oh Heloísa
de sueños y memorias perseguidas
en la noche total, y consabidas
en las trémulas formas de la brisa!

¡Oh Nemrod y oh Androcles totalmente

en la nocturna tierra confundidos!
¡Oh asfódelos profusos y perdidos
en la forma del sueño del ausente!

Devuélvele la mano de la amada
al amado: enlazados, si es posible,
déjalos alcanzar la inextinguible
reverencia de tu alma enamorada.

¡Dilección de las plantas con diamantes!
Parecido al deseo de existir
es el deseo oscuro de morir:
lo han pronunciado todos tus amantes.

Junto al silencio de lesbianas pálidas
sobre el mármol medido por los pasos,
qué espacio agradecido en tenues lazos
de azul jardín y de esperanzas válidas.

Qué amable simetría y luz ausente
vigila los objetos ya perdidos,
los jóvenes que piensan afligidos
apoyadas las manos en la frente.

Una felicidad de aguas dormidas
con transparencias de bambú sin luna,
un mecimiento oral, como de cuna,
van tramando las voces parecidas.

¿Es tu voz que me invita o es la mía
que señala tus frases mensajeras?
Hermana plácida, ah, si no tuvieras
que abandonarme siempre por el día.

Noche: sobre mi alma absorta, admira
la encendida visión que me ha guiado
hasta el umbral desierto de tu alado
edificio de sombras que trepida.

Yo sé dónde está el rostro que preexiste
descubierto sin tregua en tus orillas,
y aquellas increídas maravillas,
misterios de un jardín que no era triste.

Puedo encontrar el tigre que ha brillado
sobre el fondo ulterior de tus desiertos:
tu crimen y el oasis eran ciertos.
¡A qué recintos, noche, me has guiado!

Conocí en ti posibles otras vidas,
reclinada en extrañas balaustradas,
con inflexible dicha, y prolongadas
personas que me son desconocidas.

Escucha: todo se ha borrado ya,
salvo tu cántico y el astro grave
que ascenderá en el alba con la suave
despedida de un cielo que se va.

El fuego en ti se ve, pero las rosas,
que parecen de fuego hasta en la aurora,
no tienen su color de fuego ahora
debajo de tus sombras afectuosas.

Y aquel soldado que amó tanto a Europa
transformado en estatua sobre el suelo
ha perdido su vida. Ya es de hielo,
si ya es de hielo tu árbol y tu copa.

Hora en que todo ha desaparecido,
la glorieta y la rosa y hasta el banco
donde estaba sentada y que era blanco
aquella señorita que ha sufrido.

Le otorgarás nupciales sueños, llantos,
y ese narcótico rosado y frío
de los suicidios y el discreto río

que Ofelia reclamaba con sus cantos.

Ni la santa que guía el destinado
brillo de amables serafines que ama,
ni en las buscadas Pléyades la llama
de los cantos de Safo, te han bastado.

De San Juan de la Cruz ni aquellos suaves
versos que dan al centro de tu espacio
con vértigo y subiendo muy despacio
escalas de tu cielo y de tus aves.

Tampoco te han bastado ni el diamante
pintado en la imagen de tu altura
ni esa “visible oscuridad” tan pura,
a Milton dedicada, alucinante.

Buscas los afligidos cantos míos,
los que ansiaba en tu honor recitar, muda,
en un lugar incierto que saluda
una presencia en tus falaces ríos.

Con inocencia, noche, habré creído
que estos versos podrían habitar
alguna voz hermosa y entregar
en tu oído un poema agradecido.

¿En dónde está la voz de la sirena
que mueve azules túnicas y avanza
con ademán secreto de confianza
y a tu nombre los metros encadena?

Llamas en las tinieblas son tus horas
y esplendores cerrados, laberintos,
tus versos que serán como jacintos
cuyos íntimos ritmos atesoras.

Tus penumbras de cántaro han llevado

cabelleras radiantes de pobreza,
vigilias en tus lechos de tristeza
y todo lo que al hombre le has negado.

Con resplandor de umbrales cuando pasas
en ciudades horribles para el día
entre calles que buscan lejanía
qué piadosa eres, noche, con las casas.

Legiones de ángeles se acercan, sabios,
a tus fuentes erguidas en los parques,
para que en los encuentros dulces marques
enlazados destinos en los labios.

Salmo bucólico

No leaf does tremble in the wind
Which I, returning, cannot find.

ANDREW MARVELL

En un tibio jardín
donde hay árboles que aman
la dicha que proclaman
aspiraba el jazmín
que en mi pecho moría
y en los altos pilares
de los días, los mares
de la pura alegría.

Y desaparecías
del jardín, de mi lado,
debajo del poblado
follaje te perdías,
para oír en el viento
mi voz que te buscaba.
La dicha se agravaba
como en un aposento.

En la noche el ganado
mugía con tristeza
y en la quietud espesa
brillaba diamantado
el temblor de las hojas
que a veces se adivina
con una luz marina
en las violetas rojas.

Ya como dos hermanos
nuestras sombras seguían
nuestro paso y vivían
con ramas en las manos.
Cada árbol otorgaba
diferencias al cielo
y en las hierbas un vuelo
de claridad quemaba.

En la áspera tranquera
terminaba el espacio.
Andábamos despacio.
Honda la enredadera
en su tejido inquieto,
del pájaro ocultaba
el canto que brillaba,
como el agua, secreto.

Qué suaves en el frío
de invierno eran la helada
y el cielo y la velada
flor envuelta en rocío;
con hojas y botellas
el derruido brocal
de ladrillo y de cal
y aquel rumor de estrellas.

Ah, recuerda las lunas
lejos de la ciudad,
y esa felicidad
del alba en las lagunas;
los pájaros rosados,
que en sus costas se anidan,
como hombres ya no olvidan
los lugares amados.

Recuerda en el calor
las sombras de febrero

debajo del alero
y aquel dulce sabor
de madreselvas, lento,
que el espacio satura
de claridad oscura
con estremecimiento,

y en las fugaces nubes
de polvo que adelantan
los coches que levantan
un cielo sin querubes.
No olvides los corderos
en las pajas dormidos,
ni los callados ruidos
de celestes veneros,

ni en las desiertas sendas
a esos niños atentos
con ademanes lentos
que llevan las ofrendas
de sus manos sombrías,
ni esa palabra hermosa
del pobre, ni esa rosa
en las piezas vacías.

No olvides el olor
del almacén cerrado,
el vino derramado
del barril, y el fulgor
de la lámpara encima
de la trémula mesa,
y aquella mano tiesa,
que al despedirse intima.

Ah, recuerda la lluvia
sobre las plantas lisas:
esas celestes brisas
del árbol que diluvia

y el relámpago verde
(penetrando el secreto
del campo en sueños quieto)
que en el trueno se pierde.

Y el albor de las rojas
luces de madrugada
en la blanca majada
que designa las hojas,
y el astro ya encendido
que ilumina en el puente,
con el brazo en la frente
un mendigo dormido.

Y recuerda a ese niño
de nueve años apenas
en las tardes serenas,
con grave desaliño,
y la virtud que emana
con inmóvil premura
de su mirada oscura
dulcemente inhumana.

No olvides los caballos
que acuden misteriosos
a lugares borrosos
del campo, como rayos;
se detienen atentos
sobre el trébol marchito,
como siguiendo el rito
de sus encantamientos.

Ah, no olvides la infligida
crueldad de los hombres
de campo, no te asombres
si al contemplar la herida
del animal doliente
con vanidad lo hostigan

y luego lo castigan
con un fervor paciente.

Y en la grávida lumbre
del fogón escondido
el canto diluido
por una incertidumbre
desafinando voces
que embriagan la amargura,
no olvides esa pura
afonía en los goces.

No olvides el cardal
que forma un cielo vago
que avanza con aciago
colorido pluvial
y entra en el aposento
donde sucedió un crimen
que los muros redimen
con un nuevo argumento.

Y en la entornada puerta,
a esa oscura mujer
que en el anochecer
sola cree que está muerta
y se acuesta en su cama
escuchando en la voz
del silencio algún dios
monstruoso que la llama.

Y recuerda en la brisa,
ah, recuerda el olor
del sol usurpador
en la flor que agoniza,
y entre plantas que alteran
las sombras suavemente
ese olor diferente
de los campos que esperan.

Del diario de Porfiria (9)

¡Qué incendiados espacios he cruzado
para llegar ansiosa hasta tu lado!
Volver a verte es otra vez perderte
en la prosecución de un mundo inerte
(y la salvia no enlaza al querubín
ni las distancias llegan hasta el fin
de la tarde en el ámbito del lago).
En tu presencia atónita, qué hago
si no es huir de ti, ya que no me amas,
si los cielos me robas, y las ramas.

Es para mí tal vez la mejor suerte
una esperanza triste de tenerte:
me dará en el secreto de la noche,
trémula dicha incierta en ese coche
que por las avenidas hondas llega
trayendo tu visión que me sosiega.
Amado de mis sueños, nunca ausente
está el goce en tu obsequio, que no miente:
de tu soñada mano el verso esquivo
y el dulce anillo conmemorativo.

¡Oh vuelve amado al centro de mi sueño!
Laberínticamente eres el dueño
de todos sus recreos y sus fuentes.
Vuelve ya que a mi lado no me sientes
parecida a una Euménide con llantos
adornada, en tus suaves desencantos.
Secretamente seguiré tus pasos,
como si fuera ciega, dando abrazos,
a nadie, a tu recuerdo solamente,
con vana precisión resplandeciente.

Ya que estás lejos, deja que se doren
mis lentas túnicas, y se atesoren
nuestros cabellos juntos, nuestras manos,
con júbilo, sintiéndonos hermanos;
deja que el viento a nuestras voces una
la malva, y entre palmas nos reúna;
deja que me demore en un jardín
con sus nombres de flores en latín,
si puede restituirme nuestros diálogos
en la ventura de árboles análogos;
deja las tardes que pasé contigo
enamorarte como a un nuevo amigo,
cuando elabora la paloma acantos
de rizadas volutas con sus cantos;
sobre el descanso oculto de un balcón,
con venturosa multiplicación
deja sobre la rosa de mi pecho
heridas con la forma de un helecho:
quiero que en la vigilia todos vean
estas hojas de púrpura y me crean.

Como contempla el mar al cielo ausente
(al cielo, que no existe, indiferente),
vigilo tu presencia desde lejos,
cautivándola en férvidos espejos;
reconstruyo tu cara en el espacio
(cerca de ti lo haría más despacio);
con un deslumbramiento de aureola,
tu voz la escucho en el silencio, sola.
Es cierto que no olvido ni un color
que en tus ojos refleja cualquier flor,
es cierto, ni una línea de la vida
he dejado en tu palma, inadvertida,
pero también es cierto que tu ausencia
no podrá ya evitarla tu presencia.

9- Véase el cuento “El diario de Porfiria Bernal”, en Silvina Ocampo, *Las invitadas*, 1961, *Cuentos Completos* I, Buenos Aires, Emecé Editores, 1999.

El Carmen de las Flores

Se van y vuelven, lentos, del día los colores,
florecen los contornos de hojas en las fragancias
que mueren y renacen, y en las anchas distancias
forman siempre los campos vastos alrededores.

Del silencio la voz trémula es más sonora,
y se acerca la línea del horizonte vago,
con la serenidad persuasiva de un lago
a ese pueblo apacible que al cielo se incorpora.

Helechos y retamas, altas retamas crecen,
más blancas son las lunas que refleja la fuente,
y amables, reclinadas, con la mano en la frente
en los balcones pálidas, las sombras se estremecen.

Y las rosas que vieron la iglesia envuelta en llamas,
hace ya más de un siglo nos ofrecen el mismo
perfume y, como leves tapas de catecismo,
el alba antigua entre árboles, un sol todo de escamas.

En la enorme laguna, ah, qué amable la noche
adormece en el agua sus líquidas canciones,
cuyos bordes soñados con suaves precauciones
llevan en tenues nubes los rumores del coche.

Otras amigas tengo yo en los hondos umbrales
del Carmen de las Flores, y con perseverancia,
como inspira la música, otra posible infancia
que asigna a mi memoria versiones prenatales.

Una plaza, una iglesia, tiendas iluminadas

por la predilección de las íntimas calles
no esconden de las horas los preciosos detalles
ni oscurecen el día con sombras conturbadas.

Muestra apenas el tiempo su alucinado paso,
multiplicando púdicas plantas en los jardines,
dando a las vestiduras anhelantes carmines
para intimar la paz ardiente del ocaso.

Pienso en Francisco Sausa: se alejó en la quietud
de este pueblo, a caballo. Pienso que su tristeza
no brilló en una lágrima, sino en esa belleza
que le arrancó en secreto su áspera gratitud.

Ya muertas como estatuas vio las cuatro estaciones,
y su futura ausencia sin frutos en los brazos:
del fondo de los campos, con rezagados pasos
alejarse llevando todo en sus corazones.

Ni en solitarias calles de pueblos más antiguos
ni en la Biblia imagino estrellas milagrosas
tan cerca de la tierra, de casas afectuosas
cuyos portales traman sortilegios ambiguos.

Qué luminosidad de follaje abrasado
detiene la distancia. Qué invisibles vertientes
surgidas de silencios de astros incandescentes
nutren con suavidad ese pueblo rosado.

Autobiografía de Irene (10)

Some men a forward motion love,
But I by backward steps would move.

HENRY VAUGHAN: *The Retreat.*

Como un sendero de árboles poblado
de casas y de gente, me ha llevado
la vida a estos lugares silenciosos
donde apaciguará, con sus obsequios,
la muerte mis recuerdos tenebrosos.
No me conturba el ávido misterio
que prepara el destino con sus velos,
con sus venas de mármol y sentencias
marchitando en las flores advertencias.
En la contemplación de los desvelos
no me persigue la visión del coche
que me llevará a un solo cementerio
para entregarme a la infinita noche.
El ángel del pasado es suave, alegre.
Escucho su pacífico lenguaje:
“Si quieres que al pasado te reintegre
tendrás que hacer conmigo un largo viaje.
El cielo que has mirado está en mis ojos,
la frescura del agua está en mis túnicas,
y la brisa en tu frente está en mis alas.
Cuando encontrabas tristes a las calas
y consuelo en los altos crisantemos,
ansiosa me buscabas. En tus rojos
vestidos y en tus vértigos extremos
acaricié tus largas esperanzas.
Yo cerraba tus párpados heridos

por los rayos de sol como por lanzas.
Las penas eran tus hermanas únicas.
Yo besaba tus labios afligidos,
yo ocupaba el lugar de los ausentes.
De tu alma vi las sombras elocuentes
engalanadas por la soledad
vanamente llamarme con piedad".

¡Qué dulce es el progreso de la muerte!
Oigo las voces con murmullo de agua
crecer como las rosas, y la suerte
que me acechaba en los zaguanes, triste,
con alegría múltiple me asiste.
Las estridentes aves que cantaban
burlas despreciativas, en la aurora
tienen la voz ahora candorosa.
En los más altos cielos ya me alaban
los besos del querube que me honora
entre nubes rosadas y bucólicas.
No intercala el futuro en mi semblante
ningún cambio. Me asombra en este instante
mi rostro solo en un espejo y quiero
en estas despedidas melancólicas
contemplar mis facciones con esmero.
Son atentos mis ojos y brillantes
como el agua, con sombras de violetas
(tiene el iris colores vacilantes).
Mis dos cejas reunidas están quietas
ignorando el fervor de mi alta frente
y de mis silenciosos dulces labios,
apaciguan mi cara duramente.
Ahora me parezco a algunas santas
con blancura de cera entre las plantas,
cuando el alba desnuda las alumbra.
Ahora palidecen esas ramas
de azules venas, mis distantes brazos;
siento que van trenzándose los lazos
que incendiaron mi vida con sus llamas.
Se deposita ahora ya el cansancio,

repetidos cansancios, en mi cara,
cansancios que han nacido en la niñez,
y en un sendero con guirnaldas de horas
me hubieran conducido a la vejez.
Lo que antes me dolía ya me agrada.
Contemplo la virtud desamparada
de mi penúltimo apacible rostro.
Es como si no fuese mío ahora
este rostro, ¡y fue mío tanto tiempo!
Imaginar su ausencia no me asusta.
¡Ah, ya no me asusta el porvenir!

Las horas van pasando muy despacio.
Estoy pálida y me llamo Irene
(podría disolverme en el espacio,
sin que un cambio en el mundo se advirtiera).
Hace treinta años que nací en Las Flores
y esta plaza del pueblo lentamente
seguirá con veranos y con gente
renovando sus tardes, sus colores.
Con gratitud de planta en el relente
voy conociendo ahora del pasado
tranquila allá, y meticulosamente
la dicha del recuerdo que he anhelado.
De este momento nada me separa.
Recuerdo los jardines y las casas
donde jugué en mi infancia. Fui admirada
por mi cabello largo y sobornada
por caramelos ávidos y dulces.
Llevaba siempre cintas en mi pelo,
cintas alguna vez de terciopelo.
Recuerdo mis asombros, mis vestidos,
y mis parientes tristes reunidos,
y aquel busto de mármol con un velo
de mármol que volaba como al viento
y un florero con lirios de papel.
Recuerdo de mi padre el paso lento
y el color implacable de sus ojos,
de mi madre el olor a lavandina,

y de la oscura y alta ligustrina
un vendedor de helados que anunciaba
los helados de fresas que yo amaba.
Recuerdo atardeceres despoblados,
el calor y los perros acostados,
las moscas y el hotel y un gran misterio
y una tranquilidad de monasterio
que ni el sol ni los cantos alegraba.
Llena de sombras y temores vanos,
en mis dedos recuerdo las espinas
de las robadas rosas de la plaza
y aquel señor con marcas de viruela
que inventó con mi padre penitencias.
Allá en el fondo de una senda oscura,
al escaparme sola de mi casa,
ineludible, encuentro la memoria impura
de un diálogo de amor en los veranos
(podría repetirlo pero es largo;
no se aviene el rubor a estos momentos).
Puedo ver sobre el cielo todavía,
como un gusano alado, el largo vuelo
de una bandada azul de golondrinas;
y en los días de fiesta de la escuela
esa lánguida fruta que en mis faldas
en la hora abismal de la doctrina
dejó un beso dorado y las guirnaldas
con olor a canela y a glicina.
Estas cosas no tienen importancia
pero siempre deseaba recordarlas.
En vano lo deseaba con instancia.
Tantos días se agregan a los días
y hay tantos cambios tristes de alegrías
que para las personas más normales
el recuerdo no es puro en la memoria.

Me amaba el cielo y la melancolía
al oír de una tímida ventana
la persistencia trémula de un piano.
A veces con pasión me redimía

una esperada lágrima en mi mano.
¿De quién era esa lágrima? No sé,
ni sé de dónde me llegaban ciertas
frases que dije en alta voz al cielo
o en la penumbra al entornar las puertas.
Pero algo misterioso me guiaba:
de mi oscuro poder yo era la esclava.
En las calles finales de este pueblo,
cuando en la lejanía se escuchaba
el relincho que alegra a los caballos,
mi tristeza de niña se agravaba:
los caballos heridos por los rayos,
transformados en negras osamentas,
los preveía en próximas tormentas
o bien muriéndose en la tierra dura
sin encontrar jagüeles de agua pura,
sin descubrir del alba la caricia.
Y el rumor de los carros que alejaban,
trasladando en la noche circular,
cargamentos de pasto me llevaban
a lugares remotos y futuros
de la provincia quieta entre las quintas,
cruzados por caminos entre cintas
de rosales ceñidos a los muros.
Con transparencias trémulas de velo
el porvenir me revelaba nombres,
rostros antes de haberlos conocido,
sendas antes de haberlas recorrido.
Yo veía las cosas transformadas
por el tiempo anhelante, reformadas.
Podía recordar sólo el futuro:
cómo iba a ser mi casa y no como era,
los niños todos ya con rostros de hombres,
marchitos los botones de las rosas,
florecida la ausente enredadera.
Muertas podía ver a las personas
que estaban por morirse, y esas zonas
en mis recuerdos del futuro ansiosas
no las comunicaba nunca a nadie.

Me enmudecían frases misteriosas.

Era callada y me gustaba oír
a los que recordaban el pasado
(ese recinto para mí vedado).
¡Yo sólo recordaba el porvenir!
Trataba a veces de modificar
las partes tristes del futuro en vano:
no conseguía lluvias del verano
y perdían mis padres las cosechas,
no lograba tampoco hacerle amar
a mi prima aquel joven que la amaba.
No tengo que pensar, yo me decía,
con tanta rapidez, pero eran flechas
que me hacían sangrar mis pensamientos
como a San Sebastián en su agonía,
en las estampas, con arrobamiento.
Trataba de inventar cosas hermosas,
destinos y personas afectuosas,
pero reconocía claramente
la esencial diferencia que existía
entre la previsión del porvenir
y la invención únicamente mía.
Esas imágenes del porvenir
eran inconfundibles pues llegaban
con perfume de plantas cuando llueve.
No eran vagas como otras. Se agrandaban.
Al verlas, siempre oía claramente
los rumores del viento que nacía.
En la distancia un vidrio se rompía,
un vidrio solo altísimo y helado
cuyos fragmentos siempre han alcanzado
con misteriosa y líquida frescura
a salpicar un lado de mi frente.

Yo fui hacendosa y suave desde niña.
Me gustaba la historia y la gramática
y en la plaza entre flores la enigmática

apaciguada sombra de la fuente.
Yo bordé las celestes margaritas
de un mantel que comentan las visitas
mientras me ven morir amablemente.
Una vez me asusté al imaginar
la figura del diablo que llegaba
de una casa vecina y me miraba
con los brazos cruzados sobre el pecho.
Me asombró que su altura fuera escasa,
que pareciera un hombre abandonado,
y después de pasar días ansiosos
esperando el horror de su llegada,
nerviosa y trémula, desesperada
encontré un día en esa misma casa
(ahora al fin lo puedo recordar)
en un libro de cuentos religiosos
al mismo diablo pálido y maltrecho.

No se pueden cantar algunas músicas:
igual a los amores infinitos
claustral es el recuerdo de sus ritos.
Pero ya he penetrado en tu memoria,
oh Gabriel, cuyo asombro me deslumbra,
yo esperé este momento para verte
(este momento, el fin ya de mi historia).
Te conocí mucho antes de encontrarte:
ya presentía cómo iba a olvidarte,
y traté de esquivar tu encuentro en vano.
Te olvidaba al llevarte de la mano.
Tu dócil cabellera de oro alumbra
una canción de estrellas y de muerte.
Corregí tus deberes, tus dictados
con la felicidad de tu mirada.
Sabía que serían olvidados
del amor nuestros diálogos. Cansada
me alejé de tu lado sin recuerdos...
Busqué tu rostro en las espigas de oro,
en otros jóvenes que por ti lloro,
entre lluvias celestes, entre altares,

en las fotografías de los mares.
Ahora aunque esté sola no te pierdo.
Un recuerdo de amor es infinito,
podrá no llevar nada entre los brazos.
Yo te llevo en la rosa de mil lazos,
en la conformación de mis deseos,
en la seráfica pasión del alba,
en la elegida y venerada flor,
en la alegre visión de mis paseos.
Y es sólo acá en la muerte que hallaré
la verdad deslumbrante del amor.
Ya la veo llegar. Oh enredadera
brillante de mis días, cómo espera
la sombra dulce...

10- Véase el cuento "Autobiografía de Irene", en Silvina Ocampo, *Autobiografía de Irene*, 1948, *Cuentos Completos* I, Buenos Aires, Emecé Editores, 1999.

Formas de la música

Sphear-born harmonious Sisters, Voice, and Vers.

MILTON: *At a Solemn Musick.*

Debajo de los pórticos un viento
estremece laureles y los dobla.
Severa es la nostalgia que redobla
la pasión redimida sin lamento.

Conmovidos follajes, con sus hojas,
sobre otras ya de piedra, se entrelazan.
¿Son desiertos aquéllos que se abrasan
entre las sombras de las albas rojas?

Son estatuas sin rostro y la tristeza
corre en vano buscando ese otro canto
que busca dichas de agua y de amaranto
en los destruidos bosques donde reza.

Secreto como el fondo del mar, su forma ofrece
indicados espacios con seráfica mano.
Un paraíso de alas y de amor prevalece
en el violín con luz, en las dichas del piano.

El movimiento, a veces, tan sólo es la quietud:
el agua se derrama, como el trigo, dormida,
modularán las aves su inmóvil gratitud,
y esa túnica al viento se mueve inadvertida.

Se abrieron en el seno de una serie de espejos
que abrevian la distancia, perpetuando la voz

en trémulas quietudes, reunidas en reflejos,
esas tenues guirnaldas dedicadas a Dios.

De qué mundos tan diáfanos en minuciosidades,
el follaje del canto nos reserva otros cielos
con albas incesantes, renacientes edades,
y sombras tan celestes que asemejan los hielos.

Qué antiguo ya es el mundo y qué despacio
ha transcurrido el alba. Cuántas plantas
se extinguieron sin nombre, cuántas santas
legaron sus miradas al espacio.

Déjame contemplar de este desierto
la férvida esperanza que renueva
la palma en otra palma que se eleva.
Permanece y no es polvo lo que ha muerto.

Una tristeza ardiente como el fuego,
diversamente heroica y tranquila,
debajo de las cúpulas rutila
y entrega de sus rosas el sosiego.

Hallará sus abismos, un meteoro,
o el suicidio anhelante de Artemisa;
logrará la columna ser precisa
entre nostalgias y entre espigas de oro.

En la luz afectuosa de secretos
el amor se parece a estos acordes
cuyo íntimo paisaje son los bordes
apaciguados de los ríos quietos.

Yo he visto renacer el tenue velo
de la aurora que plácida entretiene
su adamantina luz, y nos retiene
con movimiento próvido de vuelo.

En las violas profundas, las más suaves,
espera ser visible con más ansia
esa misma ansiedad de la fragancia
en los senderos de las noches graves.

Quiero quedarme. Este central camino
no encontrará otras dichas más perfectas:
éstas son mis moradas predilectas.
Ah, déjame el jardín de este destino.

Mas seguiría al fondo del infierno
tus tiempos, visitando los recintos
de otros ilimitados laberintos,
o a las cumbres azules del invierno.

Será posible un mundo ya sin nada,
sin agua, sin distancias, sin amores,
sin rostros elegidos, sin valores:
bastará tu voz sola enamorada.

Afectuosas penumbras de secretos
y de amor crecen hondas, en acordes;
nos lleva el Paraíso hasta sus bordes
una tranquilidad de ríos quietos.

Atraviesan el aire dulce, amadas,
las anáforas graves de su acento,
van tramando un celeste acercamiento
de palmas entre palmas dedicadas.

De una rosa en cenizas una rosa
Paracelso quería rehacer.
Perpetuamente vemos renacer
mundos, de tu silencio, y esa rosa.

A Francia (11)

Le monde est fait comme la France.

VOLTAIRE: *A Mon Vaisseau.*

Asombrando la efigie de Juana de Arco, un día,
o contemplando el ángel que llevó el alma clara
de Rolando a los cielos, junto a su inmóvil cara,
noble, en el triste pasto que acogió su agonía,

imaginé tu dulce rostro infinito, Francia.
Indeleble es la rosa de esa mejilla suave
y el amor de sus labios; en la constancia grave
de sus pupilas vi reflejada mi infancia.

Mi voz que aún no es adulta para cantar atada
a la gratitud, ávida modifica las llamas
de un recuerdo incesante de templos y de ramas
con precisas bellezas en la bruma dorada.

Pálido o incendiado, enternecidamente,
tu cielo comunica su espacio a estos cielos,
nuestro río a tus mares. Los numerosos vuelos
de las noches nos traen tu imagen elocuente.

¡Francia donde de nuevo volvemos a nacer
después de haber nacido! De mi tierra te ofrezco
distancias y nostalgias y el deslumbrado fresco
en llanuras impávidas del hondo amanecer.

Conmovida te ofrezco la canción estridente
del verano y la flor del paraíso lila

y las suaves virtudes del jardín que vacila
con cedros y palmeras tan misteriosamente.

Un libro tuyo siempre podrá llevar mi mano,
frases con tus palabras acuden a mi boca,
una anáfora extática o un verso que se invoca
y que nunca podríamos decir en castellano.

Con qué ambigua alegría tu luminosa fronda,
tus estatuas, tus ángeles me llevan hasta el Sena,
me hacen besar tus flores, tus versos para Helena,
y buscar tu memoria que en mi tierra se ahonda.

11- Hay otro poema titulado “A Francia en 1942”, (véase)

EPITAFIOS

Epitafio del orgulloso

No tengas miedo de morir en vano
como una dalia triste en el verano.
No se atrevió la muerte ni el gusano
a devorar mi cuerpo cotidiano.
Como amó sus jardines Diocleciano,
amo yo estos recintos. Ven, hermano,
entre los muertos soy el más humano.

Epitafio de una mujer celosa

Y quién se acercará mañana, altiva,
a estos jardines, como yo cautiva,
y luego te incluirá en versos postreros
siguiendo de tus formas los senderos.
Quién se amará en tu pecho, amado, lejos,
después de haberse unido a tus reflejos.
Ah, con quién hablarás de mí, amado,
y quién verá esa luz de enamorado
por la cual muero ahora estando muerta
de esta vida de muertos que no es cierta.
En las noches del mundo de oro frío,
entre helechos y hortensias en un río,
con qué interlocutor podrás amar
tropicales orillas en el mar.
Al fin del día a quién reprocharás,
de los celos, la pena ineficaz,
y esa mirada torva y circunspecta,
en los comienzos del amor, dilecta.

Epitafio de una rosa

Siento lo injusta que es la vida, oh rosa,
al sentir tu fragancia minuciosa.
Por qué no muero herida en tu fragancia
cuando atraviesas toda mi sustancia.

Epitafio de un lago artificial

En qué intrépidas sombras, en qué sendas
te he visto entre las flores desmayadas,
mientras las estaciones asombradas,
fieles, depositaban sus ofrendas.
En qué mundo de cisnes vi en tus velos
una mínima gruta en mis desvelos.

Epitafio de una casa

There where the long street roars, hath been
The stillness of the central sea.
TENNYSON: *In Memoriam.*

Acércate a mi sombra lentamente,
mira el oro de bronce de mis flores
y en el jardín de invierno los amores
en el espejo de hojas, insistente.

Escucha el ruido antiguo de mis puertas,
el ascensor, la lluvia que golpea
vidrios de claraboyas, la azotea
y el patio que oye las campanas muertas.

Escucha en mis vestíbulos perdidos
las formas de los nombres que se oyeron,
moviéndose en el tiempo que vivieron,
esos muebles con fundas revestidos,

y el piano negro y perpendicular
que hace oír en la tarde sus acordes
como en un lago quieto en cuyos bordes
se oye la voz del tiempo claudicar.

Contempla una por una mis persianas,
abriéndose y cerrándose en el día
sobre el cielo alto y la pared sombría.
Contempla mis molduras: son humanas.

Contempla el cielo quieto de la sala,
y en un cuadro brillante a esa señora

con una extraña mano que enamora
la mirada inocente y que señala

las horas de la cena. Suavemente
aspira mis olores imprecisos
nacidos de la alfombra y de los pisos,
del mármol y del fierro indiferente.

Contempla una por una cada cara
que se miró en mis puertas con espejos,
las cabelleras, todos sus reflejos
y la alegría que el dolor prepara.

Atraviesa mis piezas, silenciosa.
Ah, no hay nadie, y el sol de mediodía
traspasa vidrios con melancolía.
¡Qué oscuridad con luz bituminosa

sigue tus pasos en mi claridad!
En el último cuarto ¡quién te espera
que tu presentimiento desespera!
Tal vez hay alguien en mi soledad.

Por qué lo temes tanto si no existe
sino en tus sueños ese oscuro instante
de esta mansión antigua, trepidante,
donde un fantasma anónimo persiste.

Epitafio de un fantasma que vivió en el partido de Azul

1930-1941

Yo renací en la noche despoblada,
en esta casa. Un hombre me llamaba.
Ese hombre tímido que examinaba
la mitad de mi cara ya borrada,

mi vestido punzó, mi pelo suelto,
durante once años de fidelidad
recibió mis visitas, mi bondad.
Y ahora me abandona. Ah, no ha vuelto,

no conoce mi nombre —soy Fermina,
la huérfana de Azul, soy argentina—
no sabe que en esta alba de febrero,
con miedo, es por segunda vez que muero.

Epitafio de Lurón (12)

Eres un trozo de árbol en las fotografías,
y a los pies de un aromo duermen tus cortesías.

Ahora como entonces, tendido bajo el cielo
eres como la sombra que estremece este suelo.

12- En su cuento "Nueve perros" Silvina Ocampo menciona a Lurón. En la primera edición de *Espacios métricos* "luron" va sin acento. Es posible que el nombre provenga del idioma francés, ya que la palabra *luron* (persona alegre y divertida) se encuentra en los estribillos de las canciones infantiles y populares en ese idioma. (*N. del E.*)

Epitafio en un jardín zoológico

Este jardín, vecino del Botánico,
es un bosque de horror triste, de pánico:

Mis compañeros ya se han transformado
todos en plantas, yo el predestinado

a ser palmera, vi en la lejanía,
en el Jardín Botánico, en un día,

transformarse las plantas desiguales,
con la ayuda del viento, en animales.

Yo vi el temblor de mis orejas suaves
seguir el mismo canto de las aves,

el color de mi piel en la distancia
ignorarme con suave extravagancia.

El agua pálida a mis pies en vano
me ofreció la dulzura del verano.

La vida de las palmas no es serena:
he muerto entre las hojas con mi pena.

Epitafio para un tirano

Oh soledad del árbol, y del río,
sangre del trébol rojo y de las hierbas,
rocas heridas por las guerras vanas,
aquí yace un tirano desdeñado:
no lo recibas en tus senos hondos
donde renacen tus constantes flores.
Oh muerte, tú que abrazas bellas vidas,
no mereces un huésped tan abyecto.
Este favor te lo pidió la tierra,
te lo agradece aseveradamente
con sus hombres sonrientes, sus balcones,
con sus fieles pañuelos y banderas.
Qué inesperada dicha has repartido,
oh muerte, tú que estabas habituada
a recoger el llanto de los hombres.

Epitafio de un soldado alemán

No tuviste la culpa de esta guerra:
la música marcial y la bandera,
el tirano a quien nadie ya venera,
patria mía, incendiaron esta tierra.

Bebí mi sangre triste en tus pantanos.
Ni una voz perduraba allá en Berlín,
y entre fierros heridos ni un jardín
rememoró a mi muerte tus veranos.

Calcinados mis ojos no pudieron
ver tu cielo de horror iluminado
y en un futuro para mí vedado
tus llamas de mis ojos te escondieron.

¡Oh torturas! ¡Oh cámaras letales!
¡Batallas vanamente ya perdidas!
¡Tiranos en las sombras afligidas
en dédalos de guerras infernales!

Ahora oigo el tambor en las entrañas
de la tierra llevándome en su marcha
a un cielo que arde en llamas, en la escarcha,
y los ángeles son las alimañas.

Epitafio de un soldado inglés

Vislumbro de los rostros sólo el cielo
y no el odio guerrero que devora
al soldado germano en esta hora.
¡Cuán dulcemente emprenderás tu vuelo!

Madre, ya que has vencido al enemigo,
dame la bendición del verde prado,
los reflejos del Támesis amado
y en tu miel el fulgor suave del trigo.

Mi sangre que ha manchado tantas flores
en esta primavera delictuosa
se ha condensado en una sola rosa
que te ofrece mi muerte y mis amores.

Mis últimos recuerdos fueron nombres
en tus mapas con ríos como helechos,
la dicha que sentí bajo tus techos
fue mi última memoria entre los hombres.

Guardé en mi corazón el verso tuyo,
acostado en el agua, tiritando,
lo repetía al contemplarte cuando
sentía que moría mi orgullo.

Madre, sabías que en cualquier lugar
del mundo en que me hallaba te veía,
y ahora, muerto, en un ignoto día
te encontraré en el cielo, sin llorar.

SONETOS DE LA MUERTE Y DE LA DICHA

Sonetos de la muerte y de la dicha

I

En qué recinto de nuestra alma quedan
los jardines, el miedo, y en la mano
todas las palmas del amor en vano,
y esa luz de las tardes que se heredan.

Con qué insistencia lenta se acumulan
la persuasión visible de las voces
y esas fulgentes flores que vinculan
su aroma a un pensamiento de otros goces.

En qué lugar penetran tan despacio,
en el olvido, en busca de otro espacio,
ademanes y rostros conturbados

o por la indiferencia visitados,
cuando la muerte, delictuosa, llega
con su antigua quietud de estatua griega.

II

Con sus cantos de sombra, de arboleda,
en jardines de mármol sentencioso,
cuando se aleje el mundo que me hospeda
tal vez me abrace un ángel vanidoso.

Querrá quitarme todo, no dar nada,

ir borrando las líneas de mi vida,
el goce de sentir, de estar dormida.
Y me hablará con voz enamorada:

“Me has esperado tanto en las oscuras
sendas buscando cosas más seguras,
que mi llegada no parece cierta.

Me acechabas detrás de cada puerta,
me llamaste al sentirte afortunada,
por mí te deslumbró el suicidio, ¡Amada!”

III

Rememoradas dichas y bellezas
que se hicieron amar fervientemente
han llegado en el tiempo confidente
a parecerse a próximas tristezas.

Tornándose en acuerdo el desacuerdo
en el seno alterado de la ausencia,
a menudo se vuelve en el recuerdo
dulce el dolor, y aun la indiferencia.

Y tal vez en la última visión,
al apoyarnos en el vidrio frío
que da sobre otro espacio, con fruición

veremos esas cosas que el hastío
empañaba de sombra y desaliento,
crear, con resplandor, otro argumento.

IV

Ese perdido y último argumento,
no dedicado, entre guirnaldas muertas,
detrás de las conciencias, de las puertas,

que esconden luces de florecimiento,

en el agua del tiempo, recordado,
tiembla como el reflejo delicado
que dejan las estatuas desdeñosas
al inspirar las ondas con sus rosas.

¡Ah, de qué abismos llega inalterado,
atroz o hermoso, lento, ese dictado!
¡En qué propicias y sensibles horas

escuchan los poetas esas voces,
ya mudas, que enlutaron las auroras
extasiadas de cantos a los dioses!

LOS PARAÍSOS

Con qué oscuro rigor nos llevas, vida,
por tu senda profunda y dividida
con lentitud de sueño que revela
el valor de nuestra alma y la consuela

con lo que nos hará después sufrir.
Ah, sólo de árboles y de jazmines,
de libros y de amor, por tus jardines
con qué dicha podríamos vivir.

Desde tiempos remotos, asombrados
en distintos lugares, cultivados,
en las memorias, moran Paraísos.
¡Fundados por tus vastos desamparos
hay en tus laberintos imprecisos,
mi vida, cuántos paraísos raros!

SONETOS DEL JARDÍN (13)

Sonetos del jardín

LA RAMA

Largas hojas unidas por el viento
que habían, en los cambios de estaciones,
buscado agua y espejo en las canciones
y en la savia tranquilo movimiento,

poblaban esa rama que tenía
en sus contornos ávidos un cielo
con pesadez azul de terciopelo
y una sangre de pétalos sombría.

Igual al árbol con sus ramas era
esa rama y su aroma laborioso
otorgaba un deleite numeroso.

En su tallo escuchó tu palma un grito
y el agua que le diste en su postrera
hora la redimió en el infinito.

LA VENTANA

En tu cuarto asomada a la ventana
antes que yo naciera te adivino
entre felices cantos, más cercana
de los follajes vagos del camino

que de tu casa y de tu fiel belleza.

No te daba mi ausencia esa tristeza
que me dejaste en el jazmín fragante
o en la voz del verano exuberante.

Lentas eran las horas. Me esperabas
y yo he desesperado. Suavemente,
en tus recuerdos, sola, me buscabas

con dicha al alejarte de la gente
y de la pena antigua de aquel coche
que dejaba las quintas en la noche.

LOS PENSAMIENTOS (14)

Amabas en el campo indefinido
los árboles piadosos que asistían
nuestro paso entre hierbas y seguían
cada cambio del día agradecido,

y esa dorada tregua en el camino
del rumor de las aves que volaban
buscando en las distancias el destino
de los pinos oscuros que se amaban.

Atentamente la naturaleza
nos mostraba sus hojas con pureza,
montañas en las nubes de oro dobles,

caras de apóstoles y plantas nobles,
y tu mano con suaves movimientos
entregaba a mi mano pensamientos.

LA TARDE DESDEÑADA

Recuerdo aquella tarde. Ah, no hay nada
en ella de importante ni preciso;
y esa tarde que fue tan desdeñada

fue, sólo en mi memoria, el Paraíso.

No era una tarde trágica, esplendente.
Se oía en vano un piano vecinal,
y el jardín nos mostraba débilmente
sus flores y el ciprés piramidal.

No quedan en memoria de aquel día
una palabra, una fotografía...
nada que pueda ahora repetir,

y esa nada persiste en subvertir
aquella forma de mi indiferencia
en el ámbito férvido de ausencia.

LA ETERNIDAD

En el estereoscopio me dejabas
y en la tierra inclemente te alejabas;
allá para mí sola me tenías
en el jardín de las fotografías.
Yo penetraba ese apacible mundo
prenatal de silencio y vaguedad;
como por galerías de bondad
hasta el centro de un tiempo más profundo.

¡Ah, cómo hería el ave en los caminos
y marchitaba rosas en los pinos
y mudaba tus faldas y tu frente

con su constancia infiel la realidad!
En el estereoscopio más clemente
hallé tu delicada eternidad.

LA ETERNIDAD

segunda versión

Cuando en el mundo oscuro te alejabas
en el estereoscopio me dejabas:
allá para mí sola restituías
la inmóvil dicha en las fotografías.

Como por galerías de bondad
yo penetraba ese apacible mundo
alcanzando ya un tiempo más profundo
prenatal de silencio y gravedad.

Ah, cómo hería el ave en los caminos
y marchitaba rosas en los pinos
y te cambiaba el alma alegremente

con su constancia infiel la realidad.
En el estereoscopio claramente
se formaba tu dulce eternidad.

13- Ésta es la segunda serie de sonetos que Silvina Ocampo tituló “Sonetos del jardín”. Véase la primera serie en *Enumeración de la patria*, 1942, en pág. 41. Ambas integran el libro *Sonetos del jardín*, Buenos Aires, La Perdiz, 1948. Una tercera serie se encuentra en *Poemas de amor desesperado*, 1949, véase pág. 265.

14- Hay otro poema con el título “El pensamiento” en pág. 253 de *Poesía Completa* II.

SONETOS DEL RÍO

Sonetos del río

I

Un barco se parece a una esperanza
en la quietud del río anochecido;
con dulzura de sueño compartido
su mástil como el árbol nos descansa.

Mar será el agua dulce y también cielos,
los cielos que al huir amaba Eneas
buscando otros semblantes, otros vuelos
que suben con la luz de las mareas.

Escuchando en la noche de esta orilla
la persistencia astral de las sirenas
resplandecen los mundos, las arenas,

el amor y la flor más amarilla,
y en los vientos amados, marineros,
memorias que nos llevan prisioneros.

II

En un lugar del mundo yo he nacido
en las costas de un río cuyo lecho,
no de arena, de barro agradecido,
daba sombras con formas del helecho.

Las Santas Catalinas y las almas

de las plantas dormidas, tanto cielo
y día memorable, algunas palmas,
daban al corazón un dulce anhelo.

Lo quisiera decir cuando haya muerto:
No deseo nacer en otra parte
y no por patriotismo se ama un puerto,

jardines de un recuerdo prenatal,
estridencias del alba, un dulce umbral
y esta seguridad de siempre: amarte.

Del mismo período de *Espacios métricos*

Esta primavera de 1945, en Buenos Aires (15)

Hoy, en la sombra tibia, con detalles,
en la inscripción de tiza, en la basura,
lloro la suerte de mi patria, oscura,
entre los paraísos de las calles.

Esas molduras pálidas de acanto,
esas flores violetas en el suelo
muestran su imagen a través de un velo
que enturbia el puro goce de mi canto.

¡Con qué impudicia la naturaleza
no suspende una sola de sus rosas!
Como cuando alguien muere: en estas cosas
pensamos en las horas de tristeza.

He oído como en sueños a un tirano
con una quejumbrosa exultación
interrumpir la noche, en un balcón,
amenazando un trágico verano.

En distintas ventanas de las casas
he visto disparar ciegos caballos,
y elevarse los sables como rayos
castigando a mujeres en las plazas.

Vi morir a estudiantes tristemente,
asesinados por la policía;
y en la profundidad azul del día
la cobardía, abyecta, impenitente.

Yo vi una turba histérica, incivil,
que a la Casa Rosada se acercaba,
mientras que en la memoria se mezclaba
como un recuerdo, ya, el presente hostil.

El niño envuelto en una azul bandera
y los caballos inocentemente
acompañaban a esa triste gente
que escribía palabras en la acera.

Por esas mismas largas avenidas
ángeles nunca vistos en las puertas
surgieron de las casas descubiertas
al oír nuestras voces encendidas.

Quise pintar avergonzada a Clío
escondiéndose el rostro con el brazo,
en el fondo apenado del ocaso,
allá por donde acaba el caserío.

De las provincias y gobernaciones
llegan hasta mi oído los clamores
tan melancólicos, entre las flores,
y siento en mí crecer los corazones

de este país tan grande como el mundo.
¡Oh, desolada confusión del día,
que ha transformado en odio la armonía
de un territorio plácido y profundo!

En las confiterías, en los coches,
en los confines de los arrabales,
en arcanos y férvidos umbrales
con plantas, en las casas, en las noches

de terrenos baldíos y de luna
donde se adoran las palomas quietas,
en las últimas pálidas glorietas,

en la luz del amor, en la infortuna,

en los gomeros hondos y en la reja,
en la sombra del río, en la pobreza,
en los jardines siento esta tristeza.
Es la voz de mi patria que se queja.

15- En *Antinazi*, Buenos Aires, Año I, Nº 40, 29 de noviembre de 1945.

TRADUCCIONES DE *SUR*

- 1947 -

Se recogen a continuación las traducciones de nueve poemas, publicadas en un número dedicado a la literatura inglesa contemporánea, véase Sur, Buenos Aires, Año XVI, Nº 153-154-155-156, julio-agosto-septiembre-octubre de 1947.

My Dreams Are of a Field Afar

de A. E. Housman

My dreams are of a field afar
And blood and smoke and shot.
There in their graves my comrades are,
In my grave I am not.

I too was taught the trade of man
And spelt the lesson plain;
But they, when I forgot and ran,
Remembered and remained.

Mis sueños son de un campo muy lejano

Traducción de Silvina Ocampo

Mis sueños son de un campo muy lejano
entre la sangre, el humo y los disparos:
allí están mis amigos en sus tumbas
pero yo en mi sepulcro no me encuentro.

Conocí los oficios de los hombres
yo también aprendí la lección simple;
mas cuando yo olvidé y corrí, sólo ellos
rememoraron y permanecieron.

All that’s Past

de Walter De La Mare

Very old are the woods;
And the buds that break
Out of the brier’s boughs,
When March winds wake,
So old with their beauty are —
Oh, no man knows
Through what wild centuries
Roves back the rose.

Very old are the brooks;
And the rills that rise
Where snow sleeps cold beneath
The Azure skies
Sing such a history
Of come and gone,
Their every drop is as wise
As Solomon.

Very old are we men;
Our dreams are tales
Told in dim Eden
By Eve’s nightingales;
We wake and whisper awhile,
But, the day gone by,
Silence and sleep like fields
Of amaranth lie.

Todo lo que está en el pasado

Traducción de Silvina Ocampo

Muy viejos son los bosques;
y los pimpollos que irrumpen
de las ramas espinosas,
cuando el viento de marzo despierta,
tan viejos son con su belleza —
oh, ningún hombre sabe
a través de qué siglos salvajes
vuelve a vagar la rosa.

Muy viejos son los arroyos;
y los riachos que surgen
donde fría duerme la nieve debajo
de los cielos azules
cuentan tantas historias
de llegadas y de partidas,
que cada una de sus gotas es sabia
como Salomón.

Muy viejos somos los hombres;
nuestros sueños son cuentos
contados en el vago Edén
por los ruiseñores de Eva;
despertamos y susurramos un instante,
pero el día ha pasado,
el silencio y el sueño como un campo
de amaranto se extienden.

The Greater Cats

de Victoria Sackville-West

The greater cats with golden eyes
Stare out between the bars.
Deserts are there, and different skies,
And night with different stars.
They prowl the aromatic hill,
And mate as fiercely as they kill,
And hold the freedom of their will
To roam, to live, to drink their fill;
But this beyond their wit know I:
Man loves a little, and for long shall die.

Their kind across the desert range
Where tulips spring from stone,
Not knowing they will suffer change
Or vultures pick their bones.
Their strength's eternal in their sight,
They rule the terror of the night,
They overtake the deer in flight,
And in their arrogance they smite;
But I am sage, if they are strong:
Man's love is transient as his death is long.

Yet oh what powers to deceive!
My wit is turned to faith,
And at this moment I believe
In love, and scout at death.
I came from nowhere, and shall be
Strong, steadfast, swift, eternally:
I am a lion, a stone, a tree,

And as the Polar star in me
Is fixed my constant heart on thee.
Ah, may I stay forever blind
With lions, tigers, leopards, and their kind.

Los gatos más grandes

Traducción de Silvina Ocampo

Los gatos más grandes con ojos dorados
miran afuera entre los barrotes.
Hay desiertos y diferentes cielos
y noches con diferentes estrellas.
Rondan por las montañas aromáticas;
con igual ferocidad matan y se acoplan
y mantienen libre la voluntad
para vagar, vivir y beber hasta saciarse;
pero más allá de su entendimiento esto sé yo:
El hombre quiere un poco y morirá por mucho tiempo.

Estas especies a través del desierto moran
donde los tulipanes florecen entre piedras,
ignorando que sufrirán cambios
o que los buitres picotearán sus huesos.
La fuerza es eterna para ellos,
gobiernan el terror de la noche,
cazan el ciervo en su fuga
y con arrogancia hieren;
pero yo soy sabia si ellos son fuertes:
El amor de los hombres es transitorio como es larga la muerte.

Mas ¡qué poder de engaño!
Mi entendimiento se ha transformado en esperanza,
en este instante creo
en el amor y me burlo de la muerte.
Vine de ninguna parte y seré
fuerte, inmutable, rápida, eternamente.
Soy un león, una piedra, un árbol,

y como la estrella Polar en mí
está clavado mi constante corazón en ti.
Ah, quede yo para siempre ciega
con leones, tigres, leopardos y sus semejantes.

The Separation

de Stephen Spender

When the night within whose deep
Our minds and bodies melt in love,
Instead of joining us, divides
With winds and seas that tear between
Our separated sleep —

Then to my lidless eyes that stare
Beyond my dark and climbing fears,
Your answering warm island lies
In the gilt wave of desire
Far as the day from here.

Here where I lie is the hot pit
Crowding on the mind with coal
And the will turned against it
Only drills new seams of darkness
Through the dark-surrounding whole.

Our vivid suns of happiness
Withered from summer, drop their flowers;
Hands of the longed, withheld tomorrow
Fold on the hands of yesterday
In double sorrow.

The present voices and the faces
Of strangers mirroring each other
In their foreign happiness,
Lay waste and populate my map
With meaningless names of places.

To bring me back to you, the earth
Must turn, the aeroplane
Must fly across the glittering spaces,
The clocks must run, the scenery change
From mountains into town.

Against a wheel I press my brain,
My blood roars through a night of wood
But my heart uncoils no shoot
From the centre of a silence
Of motionless violence.

And when we meet — the ribs will still
Divide the flesh-enfolding dream
And the winds and seas of time
Ruin the islands with their stream
However compassed be the will;

Unless within the turning night
Where we are ever separate,
Our eyes drink in each other’s silence,
Unmeasuring patience

Threaded upon their secret light.
Shuttered by dark at the still centre
Of the world’s circular terror,
O tender birth of life and mirror
Of lips, where love at last finds peace
Released from the will’s error.

Separación

Traducción de Silvina Ocampo

Cuando la noche en cuya profundidad
se funden nuestras mentes y nuestros cuerpos
en vez de unirnos nos divide
con vientos y océanos entre nosotros rompiendo
nuestros sueños separados —

en mis ojos sin párpados que miran
más allá del ascendente y tenebroso terror
tu isla cálida que me responde se extiende
sobre la ola brillante del deseo
lejana como el día.

Aquí donde estoy yaciendo está el ardiente foso
agolpando la mente con sus carbones
y la voluntad contraria a ella
sólo elabora nuevas grietas de oscuridad
a través de sus oscuros alrededores.

Nuestros soles vívidos de felicidad
marchitos por el verano, pierden sus flores;
las manos del ansiado, retenido mañana
se enlazan a las manos de ayer
en un doble dolor.

Las voces presentes y los rostros
extranjeros reflejándose
en su dicha forastera,
yacen perdidos y pueblan un mapa
con nombres de lugares sin sentido.

Para acercarme a ti de nuevo, la tierra
tiene que girar, el aeroplano
volar a través del rutilante espacio,
apurarse los relojes, el escenario tornar
las montañas en una ciudad.

Contra una rueda oprimo mi cerebro,
mi sangre brama a través de una noche de madera,
pero mi corazón no lanza ningún brote
del centro de un silencio
de inmóvil violencia.

Y cuando nos encontremos — las costillas todavía
dividirán el sueño que incluye la carne
y los vientos y los océanos del tiempo
destruirán las islas con sus arroyos
por acompasada que sea nuestra voluntad;

salvo que en la noche giratoria
donde estamos siempre separados
nuestros ojos beban en nuestro mutuo silencio,
inmensurable paciencia
hilada en su secreta luz.

Resguardados por la oscuridad en el quieto centro
del circular terror del mundo,
oh nacimiento tierno de la vida y reflejo
de los labios, donde el amor por fin halla paz
liberado de los errores de la voluntad.

Colonel Fantock

de Edith Sitwell

To Osbert and Sacheverell

Thus spoke the lady underneath the trees:
I was a member of a family
Whose legend was of hunting — (all the rare
And unattainable brightness of the air) —
A race whose fabled skill in falconry
Was used on the small song-birds and a winged
And blinded Destiny… I think that only
Winged ones know the highest eyrie is so lonely.

There in a land austere and elegant
The castle seemed an arabesque in music;
We moved in an hallucination born
Of silence, which like music gave us lotus
To eat, perfuming lips and our long eyelids
As we trailed over the sad summer grass
Or sat beneath a smooth and mournful tree.

And Time passed, suavely, imperceptibly.
But Dagobert and Peregrine and I
Were children then; we walked like shy gazelles
Among the music of the thin flower-bells.
And life still held some promise — never ask
Of what —, but life seemed less a stranger then
Than ever after in this cold existence.
I always was a little outside life —
And so the things we touch could comfort me;
I loved the shy dreams we could hear and see—,

For I was like one dead, like a small ghost,
A little cold air wandering and lost.

All day within the straw-roofed arabesque
Of the towered castle and the sleepy gardens wandered
We; those delicate paladins the waves
Told us fantastic legends that we pondered.
And the soft leaves were breasted like a dove,
Crooning old mournful tales of untrue love.

When night came sounding like the growth of trees,
My great-grandmother bent to say good night,
And the enchanted moonlight seemed transformed
Into the silvery tinkling of an old
And gentle music-box that played a tune
Of Circean enchantments and far seas,
Her voice was lulling like the splash of these.
When she had given me her good-night kiss
There, in her lengthened shadow, I saw this
Old military ghost with mayfly whiskers —
Poor harmless creature, blown by the cold wind,
Boasting of unseen unreal victories
To a harsh unbelieving world unkind —,
For all the battles that this warrior fought
Were with cold poverty and helpless age —
His spoils were shelters from the winter's rage.
Through all that martial trumpet's sound, his soul
Wept with a little sound so pitiful,
Knowing that he is outside life for ever
With no one that will warm or comfort him...
He is not even dead, but Death's buffoon
On a bare stage, a shrunken pantaloon.
His military banner never fell,
Nor his account of victories, the stories
Of old apocryphal misfortunes, glories
Which comforted his heart in later life
When he was the Napoleon of the schoolroom
And all the victories he gained were over

Little boys who would not learn to spell.

All day within the sweet and ancient gardens
He had my childish self for audience —
Whose body flat and strange, whose pale straight hair
Made me appear as though I had been drowned —
(We all have the remote air of a legend) —
And Dagobert my brother whose large strength,
Great body and grave beauty still reflect
The Angevin dead kings from whom we spring;
And sweet as the young tender winds that stir
In thickest when the earliest flower-bells sing
Upon the boughs, was his just character;
And Peregrine the youngest with a naïve
Shy grace like a faun's, whose slant eyes seemed
The warm green light beneath eternal boughs.
His hair was like the fronds of feathers, life
In him was changing ever, springing fresh
As the dark song of birds... the furry warmth
And purring sound of fires was in his voice
Which never failed to warm and comfort me.

And there were haunted summers in Troy Park
When all the stillness budded into leaves;
We listened, like Ophelia drowned in blond
And fluid hair, beneath stag-antlered trees;
Then in the ancient park the country-pleasant
Shadows fell as brown as any pheasant,
And Colonel Fantock seemed like one of these.
Sometimes for comfort in the castle kitchen
He drowsed, where with a sweet and velvet lip
The snapdragons within the fire
Of their red summer never tire.
And Colonel Fantock liked our company.
For us he wandered over each old lie,
Changing the flowering hawthorn full of bees
Into the silver helm of Hercules.
For us defended Troy from the top stair

Outside the nursery, when the calm full moon
Was like the sound within the growth of trees.

But then came one cruel day in deepest June
When pink flowers seemed a sweet Mozartian tune
And Colonel Fantock pondered o'er a book.
A gay voice like a honeysuckle nook —
So sweet — said, "It is Colonel Fantock's age
Which makes him babble." ...Blown by winter's rage
The poor old man then knew his creeping fate,
The darkening shadow that would take his sight
And hearing; and he thought of his saved pence
Which scarce would rent a grave... that youthful voice
Was a dark bell which ever clanged "Too late" —
A creeping shadow that would steal from him
Even the little boys who would not spell —
His only prisoners... On that June day
Cold Death had taken his first citadel.

El coronel Fantock

Traducción de Silvina Ocampo

A Osbert y Sacheverell

Debajo de los árboles así habló la señora:
Yo pertenecía a una familia
cuyas leyendas eran de cacerías (de todas las extrañas
inalcanzables luminosidades del aire),
a una raza cuya encomiada destreza en cetrería
se ejercitaba en los pájaros cantores y en un alado
y ciego destino... yo creo que sólo
los seres alados conocen la soledad de los más altos nidos.

Allí, en una tierra austera y elegante,
el castillo parecía un arabesco musical;
nos movíamos en alucinaciones nacidas
del silencio, que nos alimentaban como la música de loto
perfumando nuestros labios y nuestras largas pestañas
mientras vagábamos por los tristes pastos del verano
o nos sentábamos debajo de un árbol liso y quejumbroso.

Pasaba el tiempo, suavemente, imperceptiblemente.
Pero Dagoberto, Peregrino y yo
éramos entonces niños; nos perdíamos como tímidas gacelas
entre la música de las finas campánulas.
Y la vida aún conservaba alguna promesa —no me pregunten
qué promesa—, pues la vida parecía menos extraña entonces
que después, a lo largo de la fría existencia.
Yo siempre estaba un poco fuera de la vida,
las cosas que tocábamos me reconfortaban;
yo amaba los tímidos sueños que podíamos oír y ver,

estaba como alguien que está muerto, como un pequeño fantasma,
apenas como una ráfaga de aire frío, errante y perdida.

Todo el día dentro de las habitaciones techadas de arabescos
de las torres del castillo y en el jardín dormido vagábamos;
y esos delicados paladines, las olas,
nos contaban fantásticas leyendas que nos seducían.
Las suaves hojas con pechos de palomas
arrullaban antiguos y tristes cuentos de un falaz amor.

Cuando caía la noche, sonora como el crecimiento de los árboles,
mi bisabuela se inclinaba para darme las buenas noches,
y la mágica luz de la luna parecía transformarse
en el plateado tintineo de una antigua
y suave caja de música con melodías
de encantos circeanos y lejanos mares;
su voz era arrulladora como estos rumores.
Cuando me daba con un beso las buenas noches,
allí, en su alargada sombra, yo veía
un viejo fantasma militar con bigotes de insecto —
pobre e inofensiva criatura, llevada por el frío viento,
jactándose de invisibles, irreales victorias
en un áspero y descreído mundo despiadado —,
pues todas las batallas, este guerrero
las libraba contra la pobreza helada y la desvalida vejez,
los refugios contra las furias del invierno eran su único botín.
Y de ese modo para siempre a través de su voz jactanciosa,
a través de todo ese sonido de marciales clarines, su alma
lloraba con un sonido lastimero,
sabiendo que estaba fuera de la vida para siempre
y que nadie acudiría a consolarla...
No estaba ni siquiera muerto, era un bufón de la muerte
en un escenario desierto, un encogido arlequín.
Su estandarte militar jamás cayó,
ni los relatos de sus triunfos, ni las historias
de antiguas y apócrifas desventuras, ni las glorias
que reanimaron su corazón más tarde en la vida
cuando fue el Napoleón de las clases

y obtenía todas sus victorias sobre los niños que no sabían leer.

Todo el día en los dulces y antiguos jardines
su auditorio era mi infantil persona
cuyo extraño y liso cuerpo, cuyos lacios cabellos pálidos
me asemejaban a los ahogados —
(todos teníamos el aspecto remoto de una leyenda) —
y Dagoberto mi hermano cuya gran fuerza
y ancho cuerpo y belleza grave, que aún refleja
los Angevinos reyes muertos de quienes descendemos,
cuyo carácter justo era dulce como los jóvenes
tiernos vientos que estremecen la maleza
cuando las nacientes campánulas cantan en las ramas;
y Peregrino el más joven con su ingenua
tímida gracia de Fauno, cuyos oblicuos ojos parecían
la cálida luz verde debajo de eternos follajes.
Sus cabellos eran como frondas de plumas, la vida
en él era siempre cambiante, surgía fresca
como el canto de los pájaros... El calor de pieles
y el murmullo de llamas en su voz
jamás dejó de abrigarme y de alentarme.

Fantasmas frecuentaban los veranos del Parque Troya
cuando toda la quietud florecía en hojas;
escuchábamos como Ofelia anegados en blondas
y fluidas cabelleras, debajo de árboles con astas de ciervos;
y en el antiguo parque las amables campesinas
sombras pardas caían como los faisanes,
y el Coronel Fantock se asemejaba a ellos.
Algunas veces para su comodidad en la cocina del castillo
dormitaba, junto al fuego donde el antirrino
con un dulce y aterciopelado labio
nunca se cansa de su rojo verano.
El Coronel Fantock amaba nuestra compañía;
para nosotros se demoraba en cada antigua mentira,
transformando el florecido espino cubierto de abejas,
en el plateado yelmo de Hércules,
para nosotros defendía Troya subido en la escalera

lejos del cuarto de juguetes, cuando la luna en calma
era como el sonido del crecimiento de los árboles.

Mas sobrevino un día cruel en pleno junio,
cuando juntar flores rosadas parecía una armonía mozartiana,
y el Coronel Fantock meditaba sobre un libro.
Una voz alegre como una gruta de madreselvas —
muy dulce — dijo: “Es la vejez del Coronel Fantock,
que lo hace balbucear.” ...Llevado por las furias del invierno
el pobre anciano conoció entonces su furtivo destino,
la oscurecida sombra que le robaría la vista
y el oído; y pensó en las monedas ahorradas
que apenas le pagarían una tumba... Esa voz juvenil
era una oscura campana invariable “demasiado tarde” —
una sombra que arrastrándose le robaría
hasta los niños que no sabían escribir,
sus únicos prisioneros... En ese día de junio
la fría muerte tomó su primera ciudadela.

Merlin

de Edwin Muir

O Merlin in your crystal cave
Deep in the diamond of the day,
Will there ever be a singer
Whose music will smooth away
The furrow drawn by Adam’s finger
Across the meadow and the wave?
Or a runner who’ll outrun
Man’s long shadow driving on,
Break through the gate of memory
And hang the apple on the tree?
Will your magic ever show
The sleeping bride shut in her bower,
The day wreathed in its mound of snow
And Time locked in his tower?

Merlín

Traducción de Silvina Ocampo

Merlín, ¿en tu caverna de cristal
en la profundidad del diamante del día,
jamás existirá un cantor
cuya música suavice
el surco que hizo el dedo de Adán
a través del prado y de la onda?
¿O un atleta más ligero en su carrera
que la sombra del hombre que viaja fugazmente
para que penetre por la puerta de la memoria
y cuelgue en el árbol la manzana?
¿Tu magia no mostrará jamás
la novia dormida en su glorieta,
el día coronado en su túmulo de nieve
y el tiempo clausurado en su torre?

Chambre d'hôtel

de David Gascoyne

While a sad Sunday's silver light
Slid through the rain of afternoon
And slimed the town's grey stone,
We side-by-side without a word
Above the cobbled island quays
Round which rolled on the swollen Seine,
Lay staring at a white
And barren ceiling: till it seemed
We'd lain forever thus entombed
Deep in unspeaking spleen.

Oh, when at last I tried to take
Your hand in mine, your stranger's face
Towards my mouth to bend,
You sprang up from the bed and went
Away, across the room, to stand
And watch, through muslin'd window-glass
The plane-trees lean to ask
The river what you too asked then,
A riddle without answer and
As old as earth's disgrace.

Chambre d’hôtel

Traducción de Silvina Ocampo

Mientras la triste y plateada luz dominical
se escurría en la lluvia de la tarde
y ensuciaba las piedras grises de la ciudad,
nosotros, el uno junto al otro, sin una palabra
en la isla de guijarros del muelle
en torno al cual gira el Sena henchido,
yacíamos contemplando fijamente un blanco
y desnudo cielorraso: hasta que nos pareció
que habíamos estado siempre enterrados
en ese profundo y mudo esplín.

Cuando por fin traté de tomar
tu mano en la mía, inclinando tu rostro
extranjero hacia mi boca,
saltaste del lecho y te fuiste,
cruzaste el cuarto para asomarte a mirar
a través del vidrio con muselinas una ventana
el plátano inclinado preguntando
al río lo que tú también preguntabas,
un acertijo sin respuesta
y viejo como la ignominia del mundo.

Invocation

de Kathleen Raine

There is a poem on the way,
there is a poem all round me,
the poem is in the near future,
the poem is in the upper air
above the foggy atmosphere
it hovers, a spirit
that I would make incarnate.
Let my body sweat
let snakes torment my breast,
my eyes be blind, ears deaf, hands distraught,
mouth parched, uterus cut out,
belly slashed, back lashed,
tongue slivered into thongs of leather
rain stones inserted in my breasts,
head severed,

if only the lips may speak,
if only the god will come.

Invocación

Traducción de Silvina Ocampo

Hay un poema en la senda,
hay un poema que me circunda,
el poema está en el futuro cercano,
el poema está en el éter,
encima de las brumas de la atmósfera
oscila; es un espíritu
y yo lo haré encarnar.
Que sude mi cuerpo,
que las serpientes atormenten mi pecho,
que estén ciegos mis ojos, mis oídos sordos, mis manos enloquecidas,
mi boca reseca, mi útero cortado,
mi vientre acuchillado, mi espalda azotada,
mi lengua desgarrada como una lonja de cuero,
que se inserten en mis pechos las piedras del granizo,
que yo esté decapitada,

si tan sólo mis labios pueden hablar,
si tan sólo Dios puede acudir.

The Silver Stag

de Kathleen Raine

My silver stag is fallen—on the grass
Under the birch-trees he lies, my king of the woods,
That I followed on the mountain, over the swift streams,
He is gone under the leaves, under the past.

On the horizon of the dawn he stood,
The target of my eager sight; that shone
Oh from the sun, or from my kindled heart—
Outlined in sky, shaped on the infinite.

What, so desiring, was my will with him,
What wished-for union of blood or thought
In single passion held us, hunter and victim?
Already gone, when into the branched woods I pursued him.

Mine he is now, my desired, my awaited, my beloved,
Quiet he lies, as I touch the contours of his proud head,
Mine, this horror, this carrion of the wood,
Already gone, when into the branched woods I pursued him.

Oh, the stillness, the peace about me
As the garden lives on, the flowers bloom,
The fine grass shimmers, the flies burn,
And the stream, the silver stream, runs by.

Lying for the last time down on the green ground
In farewell gesture of self-love, softly he curved
To rest the delicate foot that is in my hand,
Empty as a moth's discarded chrysalis.
My bright yet blind desire, your end was this

Death, and my winged heart murderous
Is the world’s broken heart, buried in his,
Between whose antlers starts the crucifix.

El ciervo plateado

Traducción de Silvina Ocampo

Mi ciervo plateado cayó—en la hierba.
Debajo de los abedules yace, mi rey de los bosques,
lo perseguí en la montaña, sobre los ligeros arroyos
y se fue bajo las hojas, bajo el pasado.

En el horizonte de la aurora se detuvo;
fue el blanco de mi ávida mirada; brillaba
en el sol o en mi enardecido corazón,
recortado sobre el cielo, modelado por el infinito.

¿Con qué deseo mi voluntad iba tras él?
¿Con qué anhelo buscaba la unión de la sangre o del pensamiento
que nos poseía en una sola pasión juntando el cazador y la víctima?
Ya se había ido, cuando dentro de los enramados bosques lo perseguía.

Ahora es mío, mi deseado, mi esperado, mi bienamado,
quieto yace, mientras toco los contornos de su orgullosa cabeza,
mío es este horror, esta osamenta de los bosques,
ya derritiéndose bajo tierra, en el aire, fuera del mundo.

Ah, quietud de la paz que me circunda
mientras el jardín sigue viviendo, las flores se abren,
la fina hierba resplandece, las moscas arden
y el arroyo, el plateado arroyo, corre.

Yaciendo por última vez en el suelo verde
en postura de adiós a la egolatría suavemente dobló
para que reposara la delicada pata que ahora tengo en mi mano
vacía como la crisálida descartada de la polilla.

Mi brillante pero ciego deseo, tu fin era esta muerte,
y mi alado corazón criminal
es el corazón roto del mundo, sepultado en él,
entre cuyas astas brota el crucifijo.

POEMAS DE AMOR DESESPERADO

- 1949 -

Poema de amor desesperado

Todas, todas las tardes con su fases,
alucinantes y ceremoniosas,
con sus reinos de nubes ingeniosas
lejos de tu presencia son falaces
y fatuas y espantosas.

Las vi con pena, pero atentamente,
como en las galerías, mal pintadas,
se ven sobre las telas arrumbadas,
las guirnaldas, las frutas y la fuente
con flores nacaradas.

Las vi en la circular paz de las plazas
donde los árboles escrupulosos
elevan sus follajes venturosos
ocultando en los muros de las casas
balcones tenebrosos.

En vano las he visto y demasiado
a través del cristal enrojecido
de las ventanas, o en un desvalido
jardín entre las rejas olvidado
como un niño perdido;

debajo de los plátanos dorados
las vi aspirando en la fragancia pura
del follaje esa insólita amargura
que sólo han de sentir los desterrados
con igual desventura.

Cuando elevan los vientos sus murallas

nocturnas en el agua azul del mar,
yo las he visto en vano iluminar
con esplendores largos, en las playas,
la arena sublunar;

las vi en la levedad de las espumas,
en los acantilados donde velan,
en las piedras, palomas que revelan
el mar, el aire, el cielo, hechos de plumas,
trémulas, cuando vuelan.

Mientras pensaba en dónde vagarías
contemplando las mismas deslumbrantes
virtudes de la tarde, suplicantes,
rutilaban vedadas lejanías
para mí en sus diamantes.

Las vi en los cielos de oro perdurables
con nubes que pendían como flecos
purpúreos entre rocas o en los huecos
donde nace en reflejos memorables
la hermana voz del eco.

En sus rosados y altos frontispicios
los cupidos, los leones, las sirenas
dieron formas de sueños a mis penas
en las molduras de los edificios
que creí ver apenas.

Podría dibujarlas una a una
con sus volutas de humo alambicados
en largos arrabales alumbradas
por el fulgor naciente de la luna,
con ramas abrazadas.

Como en los libros más arrobadores
de la infancia, en que todos los objetos
conservan en las láminas secretos

que atesora el amor —con los colores
de algunos alfabetos—,

grabados por tu ausencia en mi memoria
están la esfinge, el quiosco verde, el puente,
el terreno baldío en la pendiente,
la rosa, cualquier rosa invocatoria,
y la estatua obsecuente.

En los senderos grises del invierno
están las plantas del jardín botánico
donde canta un zorzal dulce y tiránico
que podría agravar cualquier infierno
con su canto mecánico.

Están en las anchas márgenes del río
con suaves y patéticas neblinas,
como en un marco de oro las glicinas,
en la desolación del caserío
final de las esquinas;

en el boscaje, oculta está la flor—
cuyo nombre jamás he conocido—
esa flor que el silencio ha conmovido
y que satura el aire de frescor.
¡Oh tardes que no olvido!

Tardes en que las calles habituales
llenas de vanidad y de banderas
tiznan de hollín las plácidas palmeras
y el cielo que se mira en los claustrales
patios con sus higueras.

Tardes en que la música es palpable
como una joya de oro entre las manos,
o un jazmín o el teclado de los pianos
o el agua donde el sol dibuja un sable
de luz en los veranos.

Tardes en que mi oscuro corazón,
al sentir mis tristezas tan ajenas,
se helaba de congoja entre mis venas
viendo la impura representación
lejana de mis penas.

Cuánta felicidad me prometieron,
cuántos milagros mientras he esperado
que retornen estando yo a tu lado
no vanas mas hermosas como fueron
en mi amor conjurado.

Sonetos de amor desesperado

I

Mátame, espléndido y sombrío amor,
si ves perderse en mi alma la esperanza;
si el grito de dolor en mí se cansa
como muere en mis manos esta flor.

En el abismo de mi corazón
hallaste espacio digno de tu anhelo,
en vano me alejaste de tu cielo
dejando en llamas mi desolación.

Contempla la miseria, la riqueza
de quien conoce toda tu alegría.
Contempla mi narcótica tristeza.

¡Oh tú, que me entregaste la armonía!
Desesperando creo en tu promesa.
Amor, contémplame, en tus brazos, presa.

II

¡Que me den un castigo como el tuyo,
pastor de Frigia! Dulce, en los pinares,
aunque fuera distante de los mares,
mi voz se anegaría en un murmullo.

Me abrasaría el sol, el largo viento,
y la noche en mis ramas oportuna,
oscura en el silencio de la luna
me daría su plácido alimento.

No iría, ansiosa, en busca de mi amado,
hasta su puerta, el corazón quemado
y el llanto en mi cabello derramado;

no moriría porque me ha olvidado.
Atis, con tu follaje, noblemente
podría al fin ser yo la indiferente.

III

¡Oh torcazas cantando en los vestíbulos
de la muerte! El jazmín perfuma en vano
los labios de las brisas del verano.
Como en la noche oscura de un prostíbulo

busco el falaz amor en las tinieblas.
En una habitación, sin tus retratos,
odiándote cometo asesinatos
¡oh regiones de limbos y de nieblas!

Vuelven los pájaros entre las hojas
y se abre como un lago azul el suelo.
Iluminan las sombras flores rojas.

Oigo crecer los árboles del cielo,
pero todo es de polvo si no me amas:
del color de la muerte de las ramas.

IV

Si de mi vida el último suspiro
termina con la noche de mi muerte,
si no queda en mis versos un retiro
para amarte en el tiempo y conocerte;

si de nuestras palabras el espacio
no guarda un eco místico y profundo

que arrebate en las sombras el topacio
de la luz de los soles de este mundo,

tendré razón de creer que yo he soñado,
que la vida no es más que este momento,
que los otros no existen y que el lento

transcurso de los siglos no ha pasado;
que entre datos históricos falaces
somos de Dios, de un sueño, meras fases.

V

Helíades, hermanas en la pena,
derraman los follajes vuestros llantos
en los álamos trémulos de cantos
sobre la tierra, el agua azul, la arena.

Yo que tanto lloré, no he merecido
vuestro destino, hermanas, y el dolor
que os entrelaza ahora, y vuestro amor
no puede compararse al que he sentido.

¡Fraternales follajes!, yo estoy sola,
y la tierra no me ama y la ola,
de la brisa en los campos, tan lejana
al pasar por el trigo deslumbrante
no enlazará a la sombra de una hermana
el llanto de mis ojos, humillante.

VI

Si soy en vano ahora lo que fui,
como la blanda y persistente arena
donde se borra el paso que la ordena,
no he sufrido bastante, amor, por ti.

Ah, si me hubieras dado sólo pena
y no la infiel intrépida alegría
tu crueldad no me lastimaría,
no podría apresarme tu cadena.

Quiero amarte y no amarte como te amo;
ser tan impersonal como las rosas;
como el árbol con ramas luminosas

no exigir nunca dichas que hoy reclamo;
alejarme, perderme, abandonarte,
con mi infidelidad recuperarte.

El maleficio

Antros de oscuridad. Elaborada
venganza del amor enamorada.
Han de nacer tus versos de este suelo
donde se oye, embriagado por el cielo,
llegar de las montañas de Erimanto
de los lejanos pájaros el canto.
La abandonada Eumetis en la puerta
misteriosa y cerrada, yace muerta;
tiene una piedra oscura en una mano
(brilla en la piedra un gris dibujo arcano),
en la otra mano tiene un manuscrito
que muriendo en la antigua noche ha escrito.
De los remotos labios de su amado
escuchad el secreto revelado:

Oh tú que eras valiente, abre tu puerta:
soy Eumetis, me amabas, estoy muerta.
Acostada en el mármol del umbral
no escucho tu silencio temporal.
Mis hombros y mi mano están azules
debajo de los pliegues de los tules.
No te detengas en la oscuridad
de tu aposento. Ven con tu impiedad;
pensarás que bebí un veneno amargo,
que me mataste al fin en un letargo.
No tengo frío porque ya estoy muerta.
Toda la noche quise abrir tu puerta.
Te acusarán mis padres o mi hermano;
supieron que me amabas en verano.
¡Cómo quisieras, pobre amante triste,
volver a ser lo que en mis brazos fuiste!

Nadie podrá reconocerte, amado,
porque mi corazón abandonado
te entregó al azaroso oscuro río
de mi indomable olvido cruel y frío.
Los astros que verás en las ventanas,
las libélulas verdes, las manzanas
serán imitaciones deshonrosas
de las formas que amábamos, hermosas.
Como un fantasma observarás el día
en tu ciudad natal, y la alegría
te parecerá vana y solitaria
como una antigua pena hereditaria.

Me he transformado en una estatua, mira
del laurel la guirnalda que me admira.
Esta inmóvil mirada, esta belleza
no contienen mi amor ni mi tristeza.
Serenamente brilla mi semblante,
brilla sin esperarte infiel amante.
Los santuarios relumbran en las alas
de mis ojos abiertos que señalas,
ya mi brazo se eleva y edifica
la forma del espacio: modifica
el barro y las estrellas que me adoran.
Ya no escucho tus cantos que me imploran.

Busco la oscuridad azul, altiva,
busco la noche conmemorativa,
sus misteriosos árboles casuales.
¡Oh absorto mar, asísteme! ¡Oh letales
condiciones de amor! ¡Oh patria grave
que regalas trigales de oro suave!
En las arenas ávidas, muriendo
las visiones de mi alma, que te ofrendo,
y el coro infatigable de las musas
cantando te dirán frases confusas
que tratarás de comprender en vano
en la claridad vasta del verano.

En el aire verás lo que está escrito
con esta letra en este manuscrito.
Quisieras olvidarme en esta hora,
en esta luz serena, abrumadora,
no sentir que en tu sangre corre el frío,
entre flores radiantes de rocío,
buscando la quietud de tu aposento.
Pobre amado, tu pena no la siento.

¡Oh racimos, palomas, miel dorada,
me demoré en el campo enamorada!
Guardé esta piedra; la encontré en el suelo
cuando abrazándote oí en el cielo
llegar de las montañas de Erimanto
de los lejanos pájaros el canto.
Las aves son felices en sus nidos,
nosotros moriremos desvalidos.
Conservé tu memoria en tantas cosas
que te parecerán a ti asombrosas.
Diríase que guardan los objetos
como esencias sutiles de secretos.
Guardaba yo esta oscurecida piedra
que acarició tu mano entre la hiedra.
En ella descubrí nuestro destino
dibujado con trazo sibilino:
reconocí tu puerta alta y cerrada
y me encontré en la noche abandonada.
¡Oh censurables rosas que perfuman
las alegrías crueles que se esfuman!
Lloré entre las fragancias, desmayada —
cuanto tiempo, no sé—, desesperada.
Por la piedra maléfica no existo
y en tu desventurado amor te asisto.
Allí descubrirás que estás perdido,
entregado al asombro del olvido.
Los bosques y los barcos, los amores,
las ciudades, los mares y las flores,
ah, todo, todo, te será vedado,
mas no el terror diverso, bienamado.

En las sombras propicias, en un día,
en un crimen, harás mi apología.
Ese sitio, en un bosque está marcado.
¡Rostro de mi rival, inmoderado!
Tu exterminio en la piedra ya lo he visto
mientras que en estos versos yo subsisto.

Nocturno (16)

Oh luna, cuántas veces consintiendo al dolor,
a través de los ávidos vidrios de las ventanas,
y en los reflejos húmedos que en tus luces desgranas
esperé conmover el alto resplandor
de tu lumbre que he amado.

Cuántas veces, herida de amor te he contemplado
dentro de los secretos puros de tus jardines
que entrañan musicales perfumes de jazmines
sintiendo que la pena me había abandonado
en el mundo que encantas.

Cuántas veces me viste morir entre las plantas
y buscarte entre nardos rosas y querubines
como te busco ahora para que me ilumines
y penetres en mi alma, cuando en las ramas cantas,
derramando tu lumbre.

Cuántas veces temblando seguí con pesadumbre
los rayos serenísimos de tu luz con horror
aspirando en la dulce claridad de un albor
con esplendor de joya tu aviesa mansedumbre
que me hacía llorar.

Ah, cuántas veces triste, tratando de olvidar
al que olvida toqué con mis manos tus hebras,
tu zafiro en el agua cuando quieta celebras
en medio de las sombras el silencio del mar.

16- Hay otro poema con este título, véase pág. 275 de *Poesía Completa* II.

Castigo

Transformará Minerva tus cabellos
en serpientes y un día al contemplarte
como en un templo oscuro, con destellos,
seré de piedra, para amarte.

Plegaria

¡Oh luz esquiva de la dicha! Vuelve
al centro oscuro de mi corazón
aunque tu rostro aguce mi aflicción.
Para arrancar la pena que me envuelve
destruye los pintados cofres de oro
que guardan con piedad
vanos objetos de fidelidad,
sin destruir mi fervor, yo te lo imploro.

Canto

¡Ah, nada, nada, es mío!,
ni el tono de mi voz, ni mis ausentes manos,
ni mis brazos lejanos.
Todo lo he recibido. Ah, nada, nada es mío.
Soy como los reflejos de un lago tenebroso
o el eco de las voces en el fondo de un pozo
azul cuando ha llovido.
Todo lo he recibido:
como el agua o el cristal
que se transforma en cualquier cosa,
en humo, en espiral,
en edificio, en pez, en piedra, en rosa.
Soy diferente a mí, tan diferente,
como algunas personas cuando están entre gente.
Soy todos los lugares que en mi vida he amado.

Soy la mujer que más he detestado,
y ese perfume que me hirió una noche
con los decretos de un destino incierto.
Soy las sombras que entraban en un coche,
la luminosidad de un puerto,
los secretos abrazos, ocultos en los ojos.
Soy de los celos, el cuchillo,
y los dolores con heridas, rojos.
De las miradas ávidas y largas soy el brillo.
Soy la voz que escuché detrás de las persianas,
la luz, el aire sobre las lambercianas.
Soy todas las palabras que adoré
en los labios y libros que admiré.
Soy el lebrel que huyó en la lejanía,
la rama solitaria entre las ramas.
Soy la felicidad de un día,

el rumor de las llamas.
Soy la pobreza de los pies desnudos,
con niños que se alejan, mudos.
Soy lo que no me han dicho y he sabido.
¡Ah, quise yo que todo fuera mío!
Soy todo lo que ya he perdido.
Mas todo es inasible como el viento y el río,
como las flores de oro en los veranos
que mueren en las manos.
Soy todo, pero nada, nada es mío,
ni el dolor, ni la dicha, ni el espanto,
ni las palabras de mi canto.

Injusticia

Ya que la enfermedad puede matar —
la infección o la herida en un momento —
¡ah, por qué no me mata el sufrimiento
ya que viviendo muero sin cesar!
Dentro del corazón al escuchar
los golpes de la sangre como el viento
siento que la esperanza vanamente
mintiéndome me hace resucitar.

La metamorfosis (17)

Entré por el portón del jardín silencioso.
Elevaban los árboles su mole gigantesca
y morían las rosas de un cielo tenebroso.
Pensé: “Antes que amanezca

conoceré por fin la múltiple verdad.
Me esconderé en la sombra de este antiguo follaje
y hallaré claramente aquí en la oscuridad,
sin que nadie me ataje,

la llave del secreto que hace mi desventura”.
Me detuve un instante. Como un crimen sentía
mi imperiosa desdicha, mi curiosidad pura
lejos del albo día.

Me aproximé a la casa. No se oían mis pasos
sobre las rumorosas piedritas del camino,
me acerqué a tu ventana a contemplar los lazos
que tramaba el destino.

Sobre vidrios helados apoyé mi cabeza
y vi en la luz eléctrica de la pieza encendida
lo que yo había en sueños visto con mi tristeza.
Cambió toda mi vida.

Fui la sombra, el obstáculo, fui un abismo infinito
donde el perfume pérfido del jazmín se elevaba.
En un furioso mar, fui el no escuchado grito
de un hombre que me amaba.

Fui veneno y cuchillo, lepra en una mejilla,

fui el ladrido del perro, en mi desolación,
la muerte numerosa y en su lejana orilla
fui sólo un corazón.

Quise golpear el vidrio, mas no pude; mi mano
se había transformado en manojo de plumas.
Quise golpear el vidrio con mi cuerpo lejano
y huyó como las brumas.

No me conoció el perro y en la oscuridad lila
eran nuevos los húmedos perfumes del rocío,
y sobre las corolas de las flores en fila
brillaban como un río.

“¿Quién vive en esta casa? ¿He muerto cuántas veces?
¡Cómo será mi sombra! Oh amor ¿qué es lo que soy?
Ave, piedra o araña, uno de los cipreses
o nada, tal vez hoy.

La verdad es mentira. La mentira es lo cierto.
Morir es transformarse en lo que no se espera.
¡Oh rayos de la luna! Yo muero y aún no he muerto.
Soy una enredadera”.

Y mi voz se mezcló a las voces heladas
de la estatua, y al hierro del oscuro portón,
y a las voces del banco de maderas gastadas
que oyó mi corazón.

17- Hay otro poema titulado “Metamorfosis”, véase pág. 250 de *Poesía Completa* II.

La dicha

De un momento de dicha recordamos
después los más efímeros detalles:
un olor a fogatas en las calles,
los árboles, la luz, los pobres ramos,
las palabras grabadas en un banco,
el sabor de una fruta, dulcemente,
el rumor de una música inocente,
en el barro un jazmín que ya no es blanco.
¡Ah, por qué recordamos tanta cosa
con nitidez palpable y nos perdemos
ineludiblemente si queremos
llegar a la felicidad! Sinuosa,
recóndita, de un modo deshonesto,
como una maga hechiza con sus ojos
la felicidad cruel esos despojos
que el tiempo en la memoria nos ha impuesto,
ocultando en los pliegues de su manto
las almas y los rostros, los abrazos,
la esencia, la dulzura de los lazos,
todo lo que perdimos en su encanto.

Inmortalidad

¡He muerto tantas veces, oh mi amado,
con un dolor insólito en mi pecho!
He muerto tantas veces en mi lecho
de oscuridad, de amor desesperado,
que tal vez una muerte verdadera
me desdeñe como a esta enredadera
que mataron en vano, sin piedad,
y que surge en la dura soledad
con sus desesperadas flores rojas,
en la sombra furiosa de sus hojas.

Ansiedad

¡Ah quisiera por vez primera verte!
(¡Como se pierde un cielo entre cortinas,
entre adornos y estatuas y vitrinas,
en mi ansiedad atroz temo perderte!)
Ah quisiera por vez primera hablarte
y con las mismas dichas delirantes
acudir a tu lado, amor, como antes
para poder con perfección amarte.

Ruego

Quiero otras sombras de oro, otras palmeras
con otros vuelos de aves extranjeras,
quiero calles distintas, en la nieve,
un barro diferente cuando llueve,
quiero el férvido olor de otras maderas,
quiero el fuego con llamas forasteras,
otras canciones, otras asperezas,
que no hayan conocido mis tristezas.

Anáfora (18)

Tendría que morir para entregarte
la soledad que te robé al amarte,
apartarme del mundo como Marte.

Tendría que dejar el tiempo lento,
huir entre los rosales en el viento,
invisible como un presentimiento.

Tendría que dejar los soles de oro,
de las voces distintas el sonoro
recuerdo que en tus labios rememoro;

huir amando y seguirte transformada,
en los jardines hondos, azorada,
como la nube al agua, reflejada.

Con las alas resueltas, temblorosas,
quemándose como las mariposas,
para alcanzar el seno de otras rosas;

tendría que alejarme, sola, muda,
no sintiendo en el dardo de la duda
la tristeza que me ama y me desnuda.

Si consiguiera que la tierra oscura
me transformara con esa dulzura
que transformó a Aretusa en onda pura,

con qué deleite te daría mi alma,
en los reflejos dulces de una palma,
el restituido asombro de la calma.

Ah, tienes que saberlo, amado mío,
fluye el amor constante como el río:
no puede detenerlo ni el impío

abandono, ni el dédalo y los lazos
tejidos por el número de pasos
que te llevaron lejos de mis brazos.

Mucho antes que esta llama en mí se muera
el sol se deshará como de cera.
No quedará una ansiosa enredadera.

No entregará la aurora el sol del día
a las plantas que esperan su alegría
y morirán las flores, la armonía,

de frío o devoradas por las llamas
que abrasarán las retorcidas ramas
desgarrando los siglos en sus tramas.

El mar será de brasas, y este pliego
y el océano de humo, y aun mi ruego
te seguirá como el fulgor al fuego.

18- Hay otro poema titulado “Anáforas”, (véase)

El olvido

Desesperado amor, buscas olvido
como buscan la luz las mariposas
en el fulgor del fuego entristecido.
Yo siento que al sufrir en mí te posas
como en esos escuálidos jardines
donde canta la voz de una torcaza
perdida en la cornisa de una casa
doliente, en la ciudad, entre jazmines.

Juegos de la desesperanza

Mientras somos dichosos preparamos
las próximas desdichas, dócilmente;
como Eva en el Edén con la serpiente
lo que nos ha de traicionar buscamos.

Con voluptuosas ansias entregamos
en las frívolas manos del Presente,
sin vacilar, el arma refulgente
con la cual podrá herirnos quien amamos.

Mas la imaginación, que es semejante
a Dios, mientras lloramos, arrogante
desvía cuando es tarde, en vano, el curso

de ese arbitrario e insólito concurso
de palabras y de actos del delirio
que fueron nacimientos de un martirio.

Tiempo encandilado

Campos de mi provincia tan tranquila,
qué breves son las horas, los letargos,
todo lo que es fugaz, los días largos,
el pájaro, en el aire, que vacila.

La soledad de sueños encandila
con su mirada múltiple como Argos
el tiempo que en los pastos de oro, amargos,
en tu llanura circular rutila.

¡Oh, alucinante soledad preciosa!,
buscaré otros lugares, otro puerto,
podré morir en Rusia o en Egipto;

mas si mi corazón fuera una losa
de amados nombres cuando yo haya muerto
refulgiría en él tu nombre inscripto.

Transformación

Rememoro mis llantos en dicha transformados:
pasaba por la angosta ventana transparente,
de un ave, la canción. Desesperadamente
miraba los dibujos de unos hierros calados.

Esa canción que escucho yo ahora en los veranos,
que hace crecer los árboles, como una lluvia verde,
sobre el balcón oscuro, que en la ciudad se pierde,
me lleva hasta la orilla de los cerros lejanos,

donde el arroyo claro llenaba el sol de sombra.
Impetuosas fragancias reunían en su cántico
el aire que evocaba rumores del Atlántico.
¡Y ahora mi tristeza de ese día me asombra!

Sueños

I

DE LA FELICIDAD

En un jardín hermoso yo vivía
en verano. Las fuentes que elevaban
su agua ingeniosa y pálida brillaban.
Era la eternidad de un solo día

como en un cuadro y nada sucedía.
Falaces, tiernas flores perduraban;
grandes rayos de sol iluminaban
el cielo y, para nadie, la alegría.

"Terminará este día cruel, Dios mío".
"Nunca, Silvina". "¿Dónde está la gente?
¿No bajará la tarde sobre el río?

No bajará la noche". Lentamente
un silencio profundo me advertía
que era sólo mi voz que respondía.

II

DEL MIEDO

El fulgor de las plantas diligente,
la fragancia liviana del espliego,
el murmullo del agua azul del riego

traicionaban mi dicha sutilmente.
La estatua parecía complaciente,
como si el mármol ya no fuera ciego
resplandecía su alma igual que el fuego,
sobre el pedestal blanco de la fuente.

Formando flores el jardín buscaba
en las ventanas otra realidad,
en sus senderos la infidelidad

un término, en mi dicha, señalaba.
Y quise despertarme y me envolvía
el miedo oscuro y su genealogía.

III

DE UNA PRISIÓN

Oí los gritos de alguien que soñaba,
en una tarde gris, de invierno, en Francia.
En mi estrecha prisión sin vigilancia
un verso mi memoria recordaba.

Y después otro y otro, tenebrosos,
iban formando sobre aquellos muros,
que me encerraban, los diseños puros
de un jardín con senderos armoniosos.

No había un solo espejo. Para verme,
alcé mis manos: eran otras manos
quemadas por el sol de otros veranos.

Tratando en vano de reconocerme
escuché mi voz pálida, extranjera.
Pensé en mí. ¡Tú, quién eras, prisionera!

IV

EL SUEÑO DE LA MUJER DE PILATOS

En la noche crucé el campo de avena
y llegué al suelo oblicuo y escarpado
donde brillan las piedras del collado
debajo de la fronda nazarena.
Un hombre en la distancia, amenazante,
por la senda a mi encuentro caminaba.
No pude huir, pues ya me cautivaba
su imagen como el fuego de un diamante.
Llegué a la cercanía de su cara
y una líquida luz azul, de llanto,
no me dejó mirar su alado manto
ni sus dos manos, ni su frente clara.
Como un día festivo y admirable
poblose el mundo de invisibles cosas,
de harpas y de guirnaldas voluptuosas.
Perdura en mi recuerdo, memorable,
la ráfaga de olores delicados
que borrando en su espacio las ciudades
elaboraba en las oscuridades
los cedros, los olivos, los granados.
Sin hablarnos bajamos a los valles.
En el silencio de los campamentos
acudían los perros con lamentos.
La noche recorría enormes calles.
El humo del follaje melancólico,
fugitivo, en las estrellas, levemente
abría su frescura de relente
en un ámbito pródigo y simbólico.
Me pareció que era el final del mundo
y que en el interior de mi retina
obediente, surgía la divina
visión que me infligía un vagabundo.
Temiendo que mi dicha se acabara
con mis palabras, quise retener

lo que sabía ya que iba a perder:
el universo entero en esa cara.
El diálogo inicié de mi tristeza.
Con una voz que no era mía dije:
—¡Por qué la dicha tanto nos aflige!
—Como el dolor o como la pobreza.
—Ah, cuándo podré hallarte yo en mi vida,
y entre murallas o en la tierna hierba,
ser dócil como es dócil una sierva,
respetuosa, despierta, agradecida.
El brillo de tu rostro y la belleza
son del color del aire que nos une:
no quisiera, señor, que me importune
otra visión de la naturaleza.
Soy casada y el tibio mediodía,
en la huerta, debajo de un manzano,
guarda mi sueño dentro del verano.
Para esperarte siempre dormiría.
—No será vana tu desolación
en el abrazo amargo de este lecho.
Transido el corazón late en tu pecho,
como si vieras mi crucifixión.

Septiembre

¡Qué nueva me pareces, primavera,
con tus árboles rojos y con tus ambiciosas
fragancias y tus rosas!
¡Qué nueva me parece, en flor, tu enredadera,
y qué celeste y como el hielo,
como los heliotropos o como el nomeolvides,
en los senderos de álamos, tu cielo.
De qué modo tan nuevo das amor y lo pides!
Ah, qué triste y qué nueva me pareces
en el bambú que meces
con rumores de seda
o en el viento de la arboleda
debajo de tus frondas refulgentes
en las profundidades suaves
que derraman tus sombras elocuentes
encantando los cantos de las aves.
¡En qué prisiones, detrás de qué ventanas,
podrás parecer triste, sucia, oscurecida,
sin flores delirantes, sin campanas,
ausente, con tus árboles, sin vida!
¡Ah ninguna prisión ignorarás, ninguna!
Con íntimos reflejos
penetras en las celdas con el sol, con la luna,
con guirnaldas y espejos.
Entras en la vedada casa.
En un vaso de vidrio, en una humilde taza
con promesas indefinibles
tu diminuta imagen refulgente aparece:
con cestos y con cintas, con flores invisibles,
con dulzura de musgos y de helechos
trémula florece,
entra en la habitación donde no hay nada,

se abre como una rosa dentro de los pechos
y se posa en el alma enamorada.

Diálogo de la diosa

—Di quién no supo adivinar, Mentira,
el rostro que en tu velo se ha escondido,
y quién a tu aposento no ha acudido
como un enamorado que delira.

—Aquel que no perdió en mis callejones
las horas predilectas del amor
y no conoce el ávido esplendor
que deslumbra al que vive en mis mansiones.

—Y aquel que no ha esperado, atenta Diosa,
vengarse un día de la providencia
y buscando el olvido con vehemencia
no dejó entre tus pechos una rosa.

En tus vestidos, largos, recamados,
quién no vio aparecer por un instante
los destellos de un cóncavo diamante
y un imperio en tus labios admirados.

En los tenues paseos del poniente,
quién no te confundió con la Verdad
y al mirarte con dulce autoridad
no te ofrendó el amor solemnemente.

—El que no ha conocido en mi ventana
el cielo gris de una ciudad sombría
y no dijo "Qué larga es la agonía
en tus labios variados, cortesana".

—Quién, dime, quién no acarició los lazos

que forman tus collares de azucena
y te ignoró, hierática sirena,
sin ver la huella ubicua de tus pasos.

—El que no oyó jamás aquella oscura
voz con secretos crueles como insultos,
y en los altares de oro los tumultos
de la ardiente oración de mi locura.

—Para ocultar los celos, y la ira
debajo de tus mantos arrogantes
acuden a tus brazos los amantes,
oh religiosa, intrépida Mentira.

Eres como un espejo donde el ansia
engalanada cree que halla sus alas
y se pierde en tus reinos y en tus salas
y en tu flora de triste exuberancia.

Quién no quiso en las sombras ultimarte
y perecer te vio y te vio en las brisas
renacer como el Fénix, de cenizas.
Quién no quiso y no pudo abandonarte.

—El que no vio en mis torres elevadas
por la luz estridente de mi suerte
la pálida amenaza de la muerte
en mis habitaciones olvidadas.

—Orgullosa Mentira, ya tu historia
es más larga que el mundo; y la riqueza
que en tu falda intranquila siempre pesa
acecha a la Verdad en la memoria.

Hidra verde teñida de dorado,
te conozco mejor que a mi conciencia.
Vete, monstruo que guías la inocencia
a un ambicioso abismo desolado.

Un numeroso mundo desvalido
con tus armas pretendes defender.
Es mejor estar ciego que entrever
todo lo que en tu gruta has escondido.

La fuente de Saldán

Serena era en los cerros la mañana en la orilla
del agua transparente donde se reflejaban
las casas y los niños con jarros que bajaban
al arroyo buscando el manantial que brilla;

deslumbrante la luz diamantina en las gotas
caídas de las fuentes en las hojas de menta;
las voces tenebrosas y la palabra lenta
que acompañaba el ritmo de las manos devotas.

Recuerdo que el domingo, perfilado en los muros,
afuera entre las sombras, un peluquero serio,
ritualmente cortaba el pelo con misterio
a los hombres erguidos, en los atrios oscuros,

y un canto que ascendía, entre riscos, inválido,
triste en el quejido del aire afortunado
indiferentemente, y en vano enamorado,
se extinguía en el fondo de la penumbra, pálido.

Borraban las violencias del sol colores tiernos,
sobre las piedras grises y el silencio y las aves
entre hojas deliraban con alegrías graves.
Parecía imposible que existieran inviernos.

Fue allí que descubriste, serrano adolescente,
en las albas doradas, en las grutas desiertas,
pasando muchas tardes de tus siestas despiertas,
qué secreto hechizaba la lechera obediente.

La seguiste a la cumbre de los ásperos cerros,

por las sendas ardientes del poniente y del alba
hasta la alta vertiente que nace entre la malva:
la llamaste en las sombras, seguido por los perros.

La viste detenerse junto a un follaje espeso
y entre las ramas verdes retorcidas del suelo
hallaste una imperiosa víbora sin recelo.
Pronto viste el sutil intento en su progreso:

como una enredadera, a la pata enlazada
de la lechera inmóvil, la víbora ascendía
en busca de su leche como de una ambrosía.
Arrancaste del árbol una rama alargada.

Te costó deshacer de la pata ese nudo,
un vínculo sediento la adhería a su presa.
La mataste despacio: se retorcía espesa,
al pie de la lechera, con un furor agudo.

Como si fueras viejo hablabas de esa vaca
y del ternero tímido que murió abandonado,
con los ojos abiertos, y en el sol abrasado.
Hablabas de la rosa de Jericó y la albahaca.

Gris y negro era el tronco del algarrobo viejo
en el sendero estrecho y el canto desolado
del “Crispín” en los montes sobre el cerro azulado;
lenitivo el arroyo, el murmullo, el reflejo;

noble el rostro del ciego con el sombrero, el traje,
la barba y los cabellos desteñidos, que amaba
las piedras que vendía y a veces descansaba
atento sobre un banco inventando el paisaje.

¡Oh dulces, perfumados ponientes violetas
que extienden como un mar las montañas lejanas!
En los troncos brillaban colores de manzanas
y las flores silvestres entre las tijeretas.

Esplendores oscuros de los soles brillantes
donde los niños juegan trabajando en la tierra
en los ranchos de barro, perdidos en la sierra.
Noches iluminadas para siempre y como antes.

Epístola a Giorgio de Chirico

Giorgio de Chirico, yo fui su alumna.
Recuerdo el perfil griego y la manzana
y el cielo de París en la ventana
donde soñó el espacio y la columna.

Mientras pintaba yo impetuosamente,
en el silencio, atenta, su mirada,
me asustaba en su cara aprisionada;
Giorgio de Chirico, era usted paciente.

Y recuerdo, en sus cuadros, con un yeso,
pescados cuya sangre no manchaba:
usted para asombrarme la tocaba.
Yo me reí. Perdóneme por eso.

En el ámbito trágico del mar
de sus cuadros, el viento azul se calla,
y en el relámpago se ve en la playa
dos caballos con furia triangular.

Del carro de mudanza con espejos,
de los muebles que pueblan un desierto,
del ventanal, con sombras, entreabierto,
sobre el místico ardor de los reflejos,

de aquellos habitantes de mi sueño,
de aquellos gladiadores en la arena,
de la niña del arco en la serena
calle patética, es usted el dueño.

Europa está sangrando; así es la guerra

con los follajes de las explosiones
que ha destruido los tiernos corazones,
los hijos, los hogares y la tierra.

Pero el mundo en sus cuadros, admirable,
que buscó el edificio y la moldura
y desdeñó del árbol la dulzura,
permanece en el tiempo, irrevocable.

Las alas del papel, los muros rojos,
la oscura catedral, el cisne triste,
lo que aún no pintó, para mí existe
con imágenes suyas en mis ojos.

El negro, el ocre y el azul —misterio
del aire de sus cuadros— me ha seguido
con fulgor en la vida. Ha prometido
la realidad buscar su cautiverio.

La centáurea es más densa, más abierta;
las estaciones oyen más secretos,
levantando los brazos, altos, quietos;
hay rumores de mar en cada puerta.

Giorgio de Chirico en un sueño arcano
a un muerto habló en las sombras del laurel:
“Oh Piranesi, el bello capitel
conmueve más, sin flores, que un verano.

No invocaré las hojas ni las ramas,
para pintar paisajes duraderos;
no invocaré los hombres verdaderos:
quiero del edificio el muro en llamas,

el hombre como un leño sobre el suelo,
las arañas de sombra estremecida,
la máscara, la espuma definida,
la atormentada formación del cielo”.

Oración del sueño

¡Oh sueño que me robas tanta vida!
¡Que me robas un tiempo tan amado!
Sueño que me deleitas, que he buscado
en la vigilia, que mi amor no olvida.

Alza tu cortinado muy despacio:
en los jardines de tu oscuridad
no me amedrentes con la claridad
de otros mundos brillando en el espacio.

Es anterior tu dicha a tus amores.
Se acercan el futuro y el pasado
sin asombro en el tiempo entrelazado
en páramos con rocas y con flores.

¡Con qué sabiduría fiel concibes
tu mágico, tu inédito argumento,
esa esencia de vida, ese fragmento!
¡Con qué amor en tus sendas me recibes!

El aguaribay (19)

Aguaribay, tu sueño era más verde
que en la hierba la lluvia donde pasa,
en mis recuerdos, el amor que enlaza
tus hojas al arroyo que se pierde.

Tu follaje lloraba como el sauce.
Eras más grande, amable y prisionero
en el jardín, que el cielo de febrero,
que el Sarandí en las ondas de su cauce.

Ah, cuántas veces admiré los versos
del Rubaiyat de Omar Kaiam, dispersos,
y los rocíos tristes de diamantes

que amaban en la noche los amantes
en tus ramas y el llanto y la alegría
que al amor tu follaje prometía.

19- Hay otro poema titulado “Aguaribay”, véase pág. 219 de *Poesía Completa* II.

La llanura

Nada, nada, ni un árbol ni una casa
quiebra la soledad y entre alambrados
brilla el vellón de lana que se enlaza
al vuelo de los pájaros variados.

¡Oh fragancia! que envuelve la llanura
sobre el cardal azul y el aire de oro,
de esperanza, de espigas, de ternura,
de noches y de pájaro canoro.

Tus noches que se entreabren como rosas,
cuyos pétalos de oro se aventuran
transformando las horas venturosas,
fluyen como los ríos que perduran.

Qué sueños de esperanzas tan acerbas
penetran en los ojos ya dormidos
de los hombres que viven como hierbas
en tu suelo, a tus campos adheridos.

Sobre la arena

Quisiera penetrar en los hondos reflejos,
penetrar en la luz de esos grandes espejos
que forma en sus orillas el mar en las arenas
y en sus profundidades horizontales, lejos,
morir, vivir apenas.

A Cecilia

Todavía en tu pueblo las tardes resplandecen
y desapareciste como desaparecen
sin jamás despedirse, la paloma jaspeada,
o sobre los retratos, el escondido beso
o la guirnalda antigua en la pared de yeso.

El lebrel

En los campos desiertos largamente
escuché los ladridos de los perros
vislumbrando violetas y altos cerros
y ruinas en las nubes del poniente.

Evoqué las adustas cortesanas
del cuadro de Carpaccio. Oscuramente
crucé las sombras lúgubres de un puente.
Vi dos mujeres pálidas, lejanas.

Todo era de oro, el árbol, la basura,
la liebre estremecida por el viento,
el barro del camino, hasta el cemento
de las alcantarillas, la negrura.

Como una prenda amada, insustituida,
como los girasoles o la miel,
como el trigo dorado era el lebrel
y huyó para ocultar su ardiente herida.

Ensangrentado huyó por la maleza,
entre la tierra seca, levantando
nubes de polvo circulares, cuando
cantaban los zorzales con destreza.

Huyó como la luz huye en los prados
finales de la tarde y moribunda
sin desdeñar la cosa más inmunda
posa en el lodo labios delicados.

Oyó el sutil silbido de la suerte:

vio a través de una vida de cinco años,
como a través de un vidrio, los extraños,
turbados ademanes de la muerte.

Nadie lo vio alejarse en su infortunio
(y dependió de mí como tal vez
dependo yo de Dios con embriaguez)
ese día feliz del mes de Junio.

Ahora siempre en el recuerdo espera
no morir, pero morirá conmigo
pues no tuvo su vida otro testigo.
Así moriré yo, cuando Dios muera.

El río y las rosas

Lleguemos a la orilla de ese río
donde las brisas mecen el follaje
de los sauces dormidos del paisaje
que buscan en la sombra del estío

las frescuras del agua misteriosas.
Hundamos nuestras manos en las ondas
y en el tumulto de las hierbas hondas
besemos nuestros labios en las rosas.

A un poeta

Ah qué vana sería la memoria
si no existieran versos para amarla;
si no brillaran para conservarla
esos ámbitos líricos de gloria.

Gris sería el amor, gris y desierto.
¡Ah cómo perderíamos las horas,
con qué tristezas tan devastadoras
veríamos el sol, el cielo yerto!

Nuestras penas serían sólo penas,
no habría infierno en nuestra dicha en llamas;
en la fragancia fiel de las retamas
no surgirían templos y sirenas.

La ciudad

La indiferente luz brillando en la ventana
sobre las casas grises, amarillas y lilas
llega hasta las orillas de la costa cercana
del Río de la Plata cruzando hojas tranquilas.
Ah, qué lejos está la fragante armonía
del trébol, de las lluvias, de las quietas distancias
sobre el cielo tiznado de esta ciudad, con ansias.
¡Todos los muros traman dolores cada día!

Lamento de Abdurrahmán

Como un rey que ha agotado su impaciencia,
a través de las horas, de los días,
añorando a Damasco llorarías
si el suplicio sintieras de la ausencia.

Mas quieta resplandece tu indolencia
en mi quinta andaluza, en lejanías;
las lágrimas, las lágrimas son mías
como es tuya la dulce indiferencia.

Mientras te mece el viento, amargamente
me recuerdas mi tierra, que tu olvidas.
Olvidas tus hermanas del Oriente

que en el Eufrates estarán dormidas.
Palma, compartes mi hado, no mi duelo.
¡Como yo eres extraña en este suelo!

Lamento de una palma

Yo quise arrodillarme, Abdurrahmán,
como se arrodillaban tus caballos
en Damasco, de noche entre mis tallos
escuchando los gritos de un faisán;

luego quise alejarme esquivamente
en la onda del Eufrates naranjada
que reflejó la sombra prolongada
de mi alta soledad prevaleciente.

Quiero llorar ahora entre las hojas,
que enumeran inviernos, todas rojas,
en esta quinta azul de Andalucía,

con flores que tu mano solicita
y que el tiempo a un abismo precipita
entre las sombras de la muerte fría.

A Consuelo

Un silencio de siestas, prisionero,
de salvias en los huertos cristalinos,
de esquilas apacibles, de molinos
entre los girasoles y el romero,

con nostalgia me lleva al mes de enero.
En la hierba profusa, en los caminos,
cuántas piñas cayeron de los pinos,
cuántos cantos se oyeron del jilguero,

mientras esta memoria que nos ata,
con diferente asombro elaborado,
en su tapicería azul retrata

tu rostro y en España el río helado
que conocí al oír brillar tu anhelo
en la voz de tus cantos ¡oh Consuelo!

Memoria de las lluvias

Cuántas veces las lluvias del alba en sus caminos
me llevaron soñando, lentamente y dichosa,
al cristal de los campos, entre hileras de pinos,
buscando los favores de una luz asombrosa;

cuántas veces las vi reintegrar las extintas
ventanas, en los árboles perdidos en los puros
tumultos de sus ondas, que enlazaban las cintas
del recuerdo que puebla sus transparentes muros.

Las oí, deslumbrada, golpear las claraboyas
con la suave insistencia que precede los rayos
mientras en los follajes relucían las joyas
líquidas que bañaban las flores y los tallos.

Cautivando el jardín con dulces lejanías
escuché en sus rumores siempre el eco de un piano
y descubrí en la forma de sus tapicerías
un profundo invernáculo, celeste en el verano,

las columnas de un templo con estatuas asiáticas,
jaurías que bajaban al pie de una vertiente,
un Mercurio entre plátanos y fragancias extáticas
que en la noche morían desordenadamente.

Vi en sus tramas más turbias los antiguos diluvios
que encerraban los árboles, las torres y los hombres,
las nacientes ciudades y los trigales rubios
en sepulcros de barro que no llevaban nombres;

y en las más detalladas, solos, predestinados,

en círculos giraban los nombres preferidos
hasta encontrar en suaves metros enamorados
los versos recordados, los versos prometidos.

La belleza

¡Ah, quién podrá decir qué es la belleza!
Secreta en su envoltura celeste de cristal
como un reloj o un ángel debajo de un fanal
que brilla y nos otorga la dicha o la tristeza
de un modo natural.

¡Qué es la belleza! Trémula, desnuda y dibujada
sobre el polvo o el mármol del tiempo que sedientas
largas horas contemplan, liman, pulen atentas
como la suave piedra por los mares besada
que atraviesa tormentas.

No supo Schopenhauer definirla y fue en vano
que Platón en sus Diálogos hablara tanto de ella.
Tiembla como en el agua, que la oscuridad sella,
el reflejo perfecto de un ala o de una mano
o de una antigua estrella.

¡Ah, quién podrá decir de qué ansiosas sustancias
nace y en qué momento y con qué proporciones
descubrieron sus rostros con tantas perfecciones
misteriosas, fugaces, como son las fragancias
de una flor sin razones!

La tumba de Tulia

Para Cicerón existía en Roma
sobre las doradas campiñas itálicas,
que el viento acaricia con lluvias metálicas,
cicas enlazadas, pechos de paloma,

ese templo hermético de mármol fanático
donde, Tulia intacta, yacías, y el fuego
de la ardiente lámpara elevaba un ruego
paternal y dulce con fulgor dramático.

Como la red de oro cuidaba tu suave
cabellera vívida que brilló en tu frente,
cuidaba tu vida apasionadamente
esa llama trémula con sus alas de ave.

El mirto, la alondra, el ciprés, los astros
entre las columnas de la eternidad,
en el aire amaban tu divinidad,
suspiraban, Tulia, buscando tus rastros.

Se apagó la llama, y en polvo deshizo
el viento, tu cuerpo, la luz de tu pelo,
tu boca tranquila, tu suave desvelo,
tus cándidas manos, como en un hechizo,

y aún no mueres, Tulia, oh Tulia espectral,
dentro de la efímera luz de un monumento
entre atentas piedras marcas en el lento
transcurso del tiempo, la virtud filial.

La cascada

¡Ah, recuerdo en la luz de una cascada,
los cristales del agua derramada,
cuando de las montañas la distancia
rasgaba el velo azul de la fragancia!
Escuché entre las piedras los rumores,
precipitados, quietos, de las ondas
y contemplé en las soledades hondas,
el amor entre espinas y entre flores.

Sonetos del jardín (20)

I

LA AURORA

En una anaranjada galería
me mostraste la faz del sol naciente;
y en sus espejos de oro incandescente
la augusta suavidad, la lejanía.

Me pareció escuchar la melodía
de la luz en el vuelo transparente
de las aves y el aire convergente
dio a la tristeza albores de alegría.

Ah, cómo te admiré en aquella aurora,
cuando, después de contemplar la muerte,
en la desnuda oscuridad inerte,

acudiste a la luz de aquella hora
para que atravesara con su fuego
el cristal de la vida con tu ruego.

II

LA PREDILECTA ROSA

Ah, cuántas veces admirando el cielo
te vi entre los follajes acercarte
al agua de la fuente y alejarte,

luminosa y con sombras en tu pelo.

Cuántas veces corriendo en mi desvelo
te busqué entre árboles para llevarte
la predilecta rosa que al besarte
quedaba en los dobleces de tu velo.

En la araucaria, el cedro y las palmeras;
en el ombú que anida el sol de estío
junto a las pálidas enredaderas;

en el reflejo usurpador del río;
como en aquella rosa en mi memoria
quedó grabada tu dedicatoria.

III

EL ROSTRO INALCANZABLE

En el silencio rememoro el ruido
que hacían las piedritas cuando el coche
alejaba en las sendas de la noche
gente que nos había desunido.

Entonces un color desconocido
brillaba en la amatista de tu broche
y la felicidad como un reproche
turbaba mi silencio agradecido.
La culpabilidad me perseguía.
¡En mi remordimiento solitario
la luz con sus racimos encendía

como en las transparencias de un santuario
tu rostro inalcanzable. Y se perdía
dentro de mi conciencia tu alegría!

IV

EL INFIERNO

Mientras mudaba de color el río,
inclinada en las hojas del cuaderno,
entreví los abismos del infierno
en la claridad tibia del estío.

Entreví del infierno el fuego, el frío,
las variedades del dolor eterno
y como estatuas tristes del invierno
los ademanes de mi amor sombrío.

El lúgubre jardín en el rumor
de los follajes, me inspiraba horror.
En los frutos dorados de una planta

se ocultaban hipócritos gusanos.
¡Ah cómo acariciaba con sus manos
para matarme, el viento, mi garganta!

V

EL PONIENTE

Qué largo era el poniente y qué inseguro
cuando en los ventanales se moría
la luz celeste de la galería
y el cielo se elevaba como un muro.

El mundo perturbado del futuro
en las baldosas rojas se afligía
y la última esperanza azul del día
me amenazaba en su reflejo impuro.

Ah, qué cercana de la despedida
brillaba tu llegada misteriosa.
Qué pronto me sentía ya perdida

al renacer en mi alma tenebrosa
esa melancolía que me daban
las plumas y la piel que te adornaban.

20- Ésta es la tercera serie de sonetos que Silvina Ocampo tituló “Sonetos del jardín”. Véase la primera serie en *Enumeración de la patria*, 1942, en pág. 41 y la segunda serie en *Espacios métricos*, 1945, en pág. 159.

La amazona

Amazona furiosa, desmembrada
en el llanto de Aquiles lamentada,
tus amputados brazos,
transformados en lazos,
al corazón de Aquiles anudados,
con reproches, quedaron abrasados.

Danza

Vertiginoso dédalo de espejos
donde se aman las ondas de los pasos
que transforman en cisnes lentos brazos
de oro, de hielo, de agua y de reflejos.

Semblante de la música dilecto,
que habla sin voz y sin palabras canta,
en un centro de nubes que levanta
los misterios de un mágico proyecto.

Círculo de incesantes movimientos
entre guirnaldas de papel, brillantes.
Prefigurado amor de los amantes
que enlazan con las manos pensamientos.

Distancia acariciada por las alas
de la luz que se eleva y que se inclina
como el vuelo del ave que ilumina
el color de sus ávidas escalas.

Constante brillo trémulo y fecundo
que perdura en lo efímero y varía
en los ritos de pena y de alegría
sobre los atrios pálidos del mundo.

Fantasmas de las glicinas

Soy muy seria. Me llamo Beatriz. Tengo doce años.
Tengo una falda azul y cintas en el pelo.
A través de estas flores como a través de un velo
veo confusamente los detalles extraños
de un infierno en el cielo.

Si es cierto que son flores ¡qué mal pueden hacerme!
Penden sobre los muros en el patio tranquilo
de esta casa amarilla donde no encuentro asilo,
donde llegan las ráfagas del campo azul que duerme
con fragancia de silo.

Una voz persuasiva me cuenta cada noche
de estas flores un cuento que me ha desesperado:
fragmentario y oscuro, de mí se ha apoderado
y al oírlo yo siento que me lleva en un coche
a un infierno privado:

“Antiguamente no eran las glicinas, glicinas.
Eran el agua clara de unas grandes montañas
que bajaba entre piedras con violencias extrañas
mostrando con furor en ondas cristalinas
sus líquidas entrañas.

“Nacieron del milagro de Jazán aquel día
que transformó las aguas de una alta catarata
en flores suspendidas con reflejos de plata,
sobre un niño travieso, que buscaba la fría
muerte en el agua grata.

“Oyeron los lamentos del niño revivir

y dieron a un milagro, solamente tristeza:
¿Por qué eres vida igual a la muerte? Me pesas.
Qué horribles son tus flores. No me dejan morir.
¡Vanas son tus promesas!”

¿Qué fue del contristado Jazán entre la sombra?
¿Qué fue del niño intrépido mientras se creyó muerto?
¿Huyó de los fantasmas en un mundo desierto?
¿Se vengó del milagro? ¡Ah, nadie ya los nombra!
Yo sola sé que es cierto.

Con qué perversidad invisible florecen
sobre el portón austero de las quintas dormidas,
engañando las tórtolas que en la ciudad perdidas
buscan pacientemente vuelos que favorecen
horas agradecidas.

Son ellas, ellas solas que extienden en las rejas
y en las columnas vínculos lisonjeros de flores,
en las abandonadas casas donde hay señores
severos, en el mármol, nimbos de oro y de abejas
sobre los corredores.

Son ellas que vigilan mientras reposa el día
en los cóncavos atrios de la noche y resuelven
el destino terrible de mi vida y me envuelven
como lentos gusanos con la caricia fría
de mis penas que vuelven.

Vedlas caer sinuosas como cintas mojadas,
con luminosidad terrible de pupilas,
con podridas corolas, como flores tranquilas,
como una lluvia azul, extintas, desmayadas,
tratando de ser lilas.

Ved cómo se transforman en rememorativas
formas, en laberintos, en peces, en insectos,
en prisiones de espejos, en monstruosos proyectos.

Ved cómo me torturan con almas vengativas
crueles y desleales.

Cuando me hayan matado desaparecerán
buscando las distantes formas hexagonales
de las oscuras rocas de sus bosques natales;
volverán a ser de agua y cantando bañarán
sus piedras tropicales.

Apocalipsis

Si la constancia de la aurora cesa
y un día el sol no se levanta y muere
el esplendor puntual que lo anunciaba,
si no brilla en los mármoles del agua
la memoria celeste de la estrella
sobre una oscura noche para siempre,
si un temblor leve de alas en los árboles
el silencio señala de los pájaros,
si deja de ser bálsamo la noche
para volverse infierno de agua y lodo,
si no abre su corola el pensamiento,
si muere la porfiada enredadera,
si el fruto y la fragancia de las rosas
desaparece en los jardines hondos,
pensaremos que estamos aún soñando:
Recordaremos días similares
que no pudimos compartir con nadie,
días en que el dolor en nuestros ojos
puso la imagen del apocalipsis.

El cisne

Puebla los lagos tristes de erotismo
cruzando vagos territorios áticos
como en esos retratos enigmáticos
donde hay trofeos del espiritismo.

Elegía de la arboleda derribada

Un ciclón ha destruido la arboleda.
En la fronda reluce la humareda
de lágrimas, de lirios en las brumas,
de hojas de otoño y nacaradas plumas.
El oscuro laurel de la glorieta
resplandece en la sombra, verde, quieta;
y el canto de las aves, rumoroso,
penetra en el follaje, fervoroso.
¡Cruel firmamento, desagradecido,
por qué no queda el árbol imprimido,
muerto, en la infiel blandura del espacio
donde quedan la estatua y el palacio!
¡Hermosa dicha! ¡Fuente de los días!
Generosos veneros de alegrías.
Hirieron las Euménides el alma
de esta arboleda que vivió en la calma.
En el sendero de oro entristecido
beso las altas ramas que han sufrido;
miro las aves en el barro muertas,
las plumas rotas, las cabezas yertas.
Sobre la húmeda tierra delictuosa
se enlazan las granadas y la rosa
y tiembla la agonía de las hojas.
Sobre las últimas maderas rojas
de vuestros altos troncos yo he sentido
latir un corazón estremecido;
el mismo afortunado corazón
que elevaba en las ramas un festón
tenebroso de pájaros, el dueño
de la naturaleza, del sueño.

Elegía de la arboleda derribada

otra versión

Pórticos, edificios infernales,
serpientes de follajes adornadas
esculpieron las manos de las Furias
con la madera de las plantas dulces.
No me asustan tus máscaras, violencia,
estos árboles son los que yo quiero.
Son mansiones angélicas de pájaros,
recintos de las siestas de las tardes,
son las raíces de las horas puras,
el tamiz de las lluvias, de la luna,
las galerías de las noches altas,
del Paraíso las más fieles láminas.
Qué venturosas sombras se han perdido,
qué nocturnas canciones, qué alegrías
de oscuridad, de vuelos rumorosos
que no sean de luz en la memoria.
Estos árboles son también mortales:
en un lenguaje antiguo, el de las plantas,
hablaban a los seres más sensibles,
a los que eran felices, a los tristes,
a los que contemplaban en sus hojas
el complicado rostro del amor.

Antorchas, cúpulas de las estrellas,
columpios de las aves, de los elfos,
tabernáculos hondos de las brisas,
columnas de la luna, casuarinas,
eucaliptos benignos, torturados,
que han asistido a todas las auroras:
son estos mismos árboles que me hablan,

estos que están heridos y acostados
en el barro caliente de las sendas
improvisando en vano largos puentes
sobre los hormigueros de la tarde,
sobre la enredadera que se salva.

Oh Aristeo, llorad en estos versos,
como cuando murieron las abejas
en las manos ardientes de las ninfas
que vengaron a Eurídice y a Orfeo.
Sumiéndola en las rosas de sus dédalos
un ciclón ha destruido la arboleda.
Hija incestuosa de Ciniras, pálida,
ocultando tu crimen en Arabia;
Helíades, los llantos de las hojas,
la claridad de vuestros verdes ojos
en las hierbas oscuras se adivinan;
vuestras túnicas siembran el rocío.
Dafne, recuérdate entre los laureles
para llorar las púrpuras tristezas
de estas plantas que son de mi provincia
más bellas que los nardos y los lirios.
Ved cómo beso las heridas ramas
que no creyeron alcanzar mis labios
sino en sueños intrépidos, remotos,
en un mundo más leve, en otros bosques,
en Paraísos de los pensamientos
que la mirada extática contiene.
Ved la niebla rosada, el horizonte
que aleja con sus velos la paloma,
las granadas brillantes, las ofrendas
de malvas deshojadas, las violetas,
y en el barro los pájaros que han muerto,
las alas voluptuosamente yertas,
los frutos de los pinos, las semillas,
como a través del hielo el sol de abril,
el lacerado tronco, las cortezas,
sobre la rosa que fulgura, el cielo.

Oh fraternales árboles, las Furias
nos acechan atentas, taciturnas.
La misma luz nos ilumina a todos,
nos protege y nos deja unidos, solos.
Las Parcas que han tejido los destinos
con la muerte enriquecen nuestra vida.
En grutas de follajes y de sombras,
aves más doctas ya que el ruiseñor
encantan las mansiones de estos campos
donde se oye el silencio musical.
Las guirnaldas del tiempo están creciendo,
en sus ámbitos nada las detiene.
Los bosques subterráneos de raíces
se renuevan y fluyen como ríos.
Cuando morimos, árboles, atenta
vuestra fronda parece entristecerse,
y un plácido rumor de colmenares
se aviene a la expresión de nuestro llanto.
Las palmas tienen graves movimientos
y comunican a la flor conciencia,
se inclinan sobre el viento, en las ventanas,
oscureciendo soles de verano.
Ah, cuántas veces escuché en mis penas
el corazón del árbol responderme.
En su fragancia insólita de armario
qué bien guarda el recuerdo. Ved mis manos;
las nervaduras que en sus palmas tienen
imitan los armónicos diseños
que son no sólo adorno de las hojas
sino claves de dioses misteriosas.
A mi memoria acuden los relentes
—un minucioso amor los diferencia—,
los del otoño de oro y los azules
del invierno en las flores de abedul.
En cada gota ardiente de rocío
veo en jardines pájaros distintos:
como cielos las veo diferentes.
Árboles ¿fuimos en algún momento
nosotros árboles, vosotros hombres,

o sola sufro esta metamorfosis
entre las sombras derribadas, altas,
con las manos, las hojas enlazadas?

A una bailarina esculpida por Degas

Recuerdo aquella cinta desteñida en su pelo
y en el vestido blanco de tarlatán, el cielo
y los brazos de bronce por el tiempo besados.

El sol

El resplandor del sol en su camino
donde los árboles se elevan ávidos
entre vuelos de pájaros impávidos
traza tal vez la forma del destino.

Después de contemplarlo atentamente
a veces en la clara paz del día
alcanzo a descubrir la honda alegría
futura en las penumbras del presente.

Y, como Arquímedes con sus espejos,
a través del silencio desde lejos
viendo temblar el aire en sus espigas

puedo incendiar las fuerzas enemigas.
¡Oh esplendores ingénitos del alma
que sólo en un incendio hallan la calma!

Diálogos del silencio

En los arcanos, múltiples catálogos
del tiempo, en qué lugar habrán quedado
aquellos lúcidos y largos diálogos
que imaginé tener con los que he amado,

con los que tantas veces me esperaban
y siguiendo los ritos de la ausencia,
dándome pena o dicha, contestaban
a mi deseo y nunca a mi conciencia.

¿Dónde quedó mi voz contemporánea,
en el espacio, en su morada incierta
(que el sueño como el agua subterránea
cruza en la oscuridad, con luz, desierta)?

Como en la estatua negra de Memnón
que emitía armonías verdaderas,
¿retumbará en qué siglos de evasión,
asociada a otras voces forasteras?

¿Dónde están con sus láminas constantes
con bosques, y personas y mansiones
conservadas entre hojas deslumbrantes
esas apócrifas conversaciones

que no fueron por nadie pronunciadas?
¿Existen en las alas de los vientos,
en el vínculo cruel de las miradas,
en las memorias de los firmamentos?

¿Existen con sus dédalos y amores

como las casas medio derruidas,
que llevan del recuerdo los colores
en las baldosas rotas o perdidas?

¡Dónde está ese intrincado manuscrito
con su trémula letra en el espacio,
que la noche parece haber escrito,
siguiendo pensamientos, muy despacio!

Creo que está en alguna parte y siento
que transforma los árboles, las rosas,
las dudas del dolor, el pensamiento,
la mentira, el amor, todas las cosas;

que no me dejará morir tranquila
ignorando la flor del cielo raso
o el resplandor del sol, rosado y lila,
sobre las nubes largas del ocaso

que forma ya en el tiempo otro universo;
lo vislumbro en las noches, aterrada,
como en un hondo espejo que al reverso
conserva otra verdad, la imaginada.

TRADUCCIONES

Oda V (21)

del *Libro Primero* de Horacio

Qué adolescente, Pirra, delicado,
de líquidas fragancias perfumado
te urge en la gruta sobre muchas rosas
para el que anudas trenzas amorosas.
Cuántas veces tendrá que deplorar
la fe, los dioses que han variado, el mar
en su violencia insólita el que ahora
confiado en ti te goza y enamora.
De las brisas falaces ignorante
como el oro te cree pura y constante.
Desdichado es aquél a quien te ofreces,
para quien no probada resplandeces,
mas yo dentro del templo he ofrecido
al Dios del mar este húmedo vestido.

21- La revista *Los Anales de Buenos Aires*, Año I, N° 8, agosto de 1946, publicó esta *Oda* en latín, con una traducción al español por Lupercio Leonardo de Argensola (1559-1613); la versión en inglés de John Milton (1608-1674), con su traducción al español por Adolfo Bioy Casares; y una versión en francés de Lucien d' Abancourt (1819-1871), con esta traducción de Silvina Ocampo. (*N. del E.*).

Sonetos

del *Libro de Los Amores* de Pierre de Ronsard

XII

Me has vencido y por esa victoria yo te entrego
esta hiedra que trepa y estira alrededor
de árboles y de muros, pliego encima de pliego,
nudo encima de nudo, su lazo abrazador.

De hiedra esta corona a ti te pertenece
y de noche y de día como esta enredadera
doblando sobre ti mi amor que languidece,
a tu hermosa columna enlazarme quisiera.

¡Ah! no habrá de llegar, entre hojas luminosas,
entre cantos de pájaros con apacibles cielos,
un día en que despiertas en la aurora las cosas

entreabriendo mis labios te bese y los anhelos
te cuente de mis penas, y con brazos gemelos
abrace como quiero tu marfil y tus rosas.

LI

Cuando estoy inclinado sobre tu cara hermosa
en tus ojos encuentro no sé qué claridad
que traspasa mi sangre, no sé qué oscuridad
que llega al corazón y por mis venas pasa.

El amor está en ellos mudando de lugar,

desde arriba hasta abajo contempla sin cesar
mi vida con su arco las flechas apuntando.
¡Razón, qué puedo hacer si me equivoco amando!

El gobierno de mi alma para mí está vedado:
traicionaría al rey, vendería a mi padre,
a mi patria, a mi hermana, a mi hermano, a mi madre,

tan grande es mi demencia después de haber probado,
de Amor, los largos tragos de ese veneno amado
nacido de tus ojos que me han alucinado.

CLX

Ya que no encuentro un modo de salvarme
(ya que no tengo el hilo esclarecido
que en Creta halló Teseo) y retirarme
del laberinto que me ha seducido,

por lo menos quisiera que mi pecho
de cristal o de vidrio fuera un lecho
donde se viera todo el corazón
transparente, mi Fe y mi devoción.

Si pudieras saber con qué amor vivo
soy de tus perfecciones el cautivo
podría ser la muerte mi consuelo;

y aunque fuera piedad tal vez tu duelo,
sobre mi tumba pálida daría
tu alma un suspiro de amistad tardía.

CLXXI

No permanece el bosque eternamente
blanco y nevado en cimas de cristal;
de los dioses el rayo criminal

no asedia el suelo, permanentemente;

del mar Egeo el viento, siempre el viento
no brama en la borrasca desatada;
pero mi vida siempre está ultrajada
por el cuidado cruel de un dardo atento.

Si me esfuerzo en hacerlo perecer,
con ímpetu se ingenia en renacer
dentro de mí trayéndome la guerra.

Poderoso Tebano, si en la tierra
con este monstruo hubieras combatido,
tu hazaña máxima ésta hubiera sido.

CLXXII

Quiero quemar la vana imperfección
de mi corteza humana y elevarme,
entre dioses, con fuego eternizarme,
como el hijo de Alcmena en su ascensión.

Ya en mi rebelde cuerpo el alma insiste,
quiere mi salvación y estremecida
la víctima en tu honor ya está ofrecida,
al rayo de tus ojos que la asiste.

Oh santa hoguera, oh fuegos vigilados,
divinos, que el ardor que me reviste
destruya mis despojos conocidos

y libre y desnudado yo al volar
pueda hundirme en el cielo y adorar
la otra mitad de donde tú viniste.

CCXV

De sus maridos la industriosa Helena
con la aguja en la tela fiel seguía
los combates y tú con alegría
vas trazando en mi vida mucha pena.

Oh bien amada, si tu lana alcanza
a tramar mis oscuras agonías,
di ¿por qué del revés no agregarías
a mi dolor un verde de esperanza?

En tu lienzo yo sólo he contemplado
(testigos tristes de mi sufrimiento)
dos colores: el negro, el naranjado.

Destino altivo, el ojo diligente
de mi amada me mata y aún me afianza
todo lo que hace en mi desesperanza.

A Casandra

de Pierre de Ronsard

La ausencia y el olvido y el curso de los días
no borraron el nombre, la gracia y el amor
que se imprimieron dentro de mi corazón tierno
cuando yo era, Casandra, tu nuevo enamorado,
cuando eras más preciosa para mí que mis ojos,
que mi sangre y mi vida y en todos los momentos
el tema predilecto que mi musa elegía
para poder cantarte mi larga poesía.
La flecha que salió de tu mirada hermosa
no fue de las que rompen la piel sino de aquellas
agudas que penetran dentro del corazón,
dentro de los pulmones, las venas y la médula.
Casandra mía, cuando yo me vi tan herido,
era arrogante y joven, pensaba sólo en vos
que me habías robado, del corazón, del alma,
porque estabas ausente, la razón y la vida.
Si el destino no hubiera enseñado de nuevo
a mis ojos tus ojos, el tiempo aún no podría
suprimir una línea o aminorar la imagen
que retrató mi amor de tu vívido rostro;
después, rememorándolo, te amé incesantemente
como el prístino día en que fuiste mi anhelo.
Y si el tiempo que rompe muros y fortalezas
perdió al correr un poco de nuestra juventud,
no te inquietes, Casandra, pues es más importante
para mí que el presente la primera mirada,
cuyo dardo me hirió, con tu gracia infantil,
que aún ensangrentada llevo dentro del pecho.
Venturoso fue el día que volví a ver tus ojos:

¡fui cercano y lejano, distinto de mí mismo!
Y si yo fuera el rey que las cosas ordena
para conmemorarlo pondría una columna,
como emblema de amor donde todos vendrían
a besar el pilar recordándonos siempre.
Me transformó en un ídolo la luz de tu mirada,
sin movimientos, mudo, tan perturbado estaba
mi espíritu, Casandra; yo era como un extraño
que solamente vive de tus ojos, soñando.
Siempre recordaré esas horas primeras
cuando en la mocedad perdí en tu luz mis ojos,
y ese coloquio dulce que una noche tuvimos:
no tengo otro recuerdo, ningún otro, más grato.
Entonces como ahora, era la primavera,
en la misma estación otra vez volví a verte:
Amor, haz que este abril en que me enamoré
me otorgue tantas dichas como el otro infortunios.

A la púdica amada

de Andrew Marvell

Si universo y si tiempo nos sobrara,
no sería crimen tu pudor, señora.
Sentados, lentamente pensaríamos
cómo pasar nuestro amoroso día.
Tú en las índicas márgenes del Ganges
rubíes hallarías: yo, lamentos
junto al Humber azul. Te hubiera amado
diez años antes del diluvio, y tú
podrías rechazarme, si quisieras,
hasta la conversión de los judíos.
Mi amor vegetativo cundiría
más vasto que un imperio y más despacio:
pasaría cien años de mi vida
celebrando tus ojos y tu frente;
doscientos adorando cada seno;
treinta mil años para todo el resto;
dedicaría un siglo a cada parte,
para llegar, por fin, al corazón.
Tú, señora, mereces este culto,
y yo, por menos, nunca te amaría.
Pero detrás de mí oigo, sin descanso,
llegar, del tiempo, la carroza alada,
nos circundan, se extienden, persistentes,
los desiertos de vasta eternidad.
Se perderá muy pronto tu hermosura,
y en la tumba de mármol no se oirá
el eco de mi canto y los gusanos
probarán tu ritual virginidad;
tu arcaico honor se habrá tornado en polvo,

se volverá en cenizas mi codicia.
La tumba es un selecto sitio, íntimo,
mas sospecho que allí nadie se abraza.
Ahora que el clamor de tu frescura
brilla en tu piel con diáfanos rocíos,
mientras exhala tu alma venturosa
por cada fibra tu inmediato fuego;
dejémonos gozar mientras podamos,
como amorosas aves de rapiña
devoremos el tiempo ávidamente,
y, sin languidecer en su dominio,
envolvamos las fuerzas que tenemos,
nuestra dulzura, en un cerrado círculo;
entremos sin temor con nuestras dichas
por el portal de hierro de la vida;
y ya que no podemos detener
el sol, forcémoslo a correr, señora.

Epístola de Eloísa a Abelardo

de Alexander Pope

De estas hórridas celdas y soledades hondas
en donde la celeste Contemplación reposa,
donde reina la fiel Melancolía atenta,
¿qué expresan los tumultos de las vestales venas?
¿Por qué mis pensamientos huyen de este retiro?
¿Por qué en mi corazón arde el fuego escondido?
La culpa es de Abelardo, si yo amo todavía,
y ha de besar su nombre, todavía, Eloísa.

¡Fatal y amado nombre! Sigue siendo el secreto
de estos labios sellados con sagrado silencio;
mi corazón, escóndelo en su íntimo disfraz
donde mezclado a Dios su amada Idea yace;
visible se hace el nombre —¡ah, no escribas, mi mano!—,
íntegro está ya escrito — ¡mis lágrimas, borradlo!
Eloísa perdida, vano es que llore y rece,
su corazón aún dicta, y su mano obedece.

¡Inexorables muros cuyo orbe oscuro tiene
tristezas voluntarias, suspiros penitentes!
¡Oh rocas desgastadas por piadosas rodillas!
¡Oh grutas y cavernas con ásperas espinas!
¡Túmulos donde vírgenes de ojos pálidos velan,
santos cuyas estatuas a llorar aprendieron!
Silenciosa, inmutable como vosotras, fría,
no me ha tornado en piedra todavía el olvido.
Divide el corazón la ardua naturaleza;
soy parte de Abelardo, no soy toda del Cielo;
ni llantos que por siglos vanamente existieron,

ni oraciones, ni ayunos, de la ansiedad son frenos.

Cuando llegan tus cartas y las abro temblando
el conocido nombre despierta mi ansiedad.
¡Oh nombre para siempre amado y siempre triste!
¡Aun murmurado en lágrimas, que en suspiros persiste!
Cuando descubro el mío también yo me estremezco,
alguna atroz desdicha lo persigue de cerca.
Recorriendo las líneas derrámanse mis ojos
guiados por una triste variedad de dolores.
¡De amor ardiendo o bien mustia en mi lozanía,
en un convento sola, y en tinieblas perdida!
La religión severa calmó indómitas llamas,
de la pasión murieron aquí el Amor, la Fama.

Mas escríbeme todo para que unirse puedan
todos nuestros suspiros, mis penas a tus penas.
Ni enemigos, ni dichas, ese poder nos roban,
¿y Abelardo podrá ser menos bondadoso?
Las lágrimas son mías, no pretendo ahorrarlas,
reclama el amor llantos que en la oración sobraron.
Mis ojos no persiguen otra labor amable;
lo que pueden hacer sólo es leer y llorar.

Comparte mi dolor, admite ese consuelo;
¡ah, más que compartirlo dame toda tu pena!
Enseñó a escribir cartas el Cielo a desdichados,
a doncellas cautivas, a amantes desterrados:
inspirados de amor, respiran, hablan, viven,
constantes a su fuego, el alma enardecida.
Desea vincularse la virgen sin temor,
eximir los rubores, dar todo el corazón,
avivar intercambios suaves del alma al alma,
del Polo hasta las Indias propagar su ansiedad.

Cuando el amor llegó con nombre de amistad,
sabes con qué inocencia sentí tu primer llama;
con virtudes angélicas te formó mi conciencia,

la emanación total de un bello entendimiento.
Esos ojos sonrientes, atenuando sus rayos,
brillaban con dulzura de una luz celestial.
Te contemplé inocente: tu canto el Cielo oyó;
las verdades divinas las enmendó tu voz.
De labios semejantes, ¿qué preceptos no encantan?
Bien pronto me enseñaron que no es pecado amar:
retorné a los senderos de los sentidos goces,
no quise hallar un ángel, lo que amaba era un hombre.
De los santos la dicha, vaga y remota veo;
ni les envidio el Cielo que por ti sólo pierdo.

Inducida a casarme, recuerdo que exclamaba:
¡Maldigo toda ley que el amor no ha inventado!
Liviano como el aire frente a lazos terrestres
abre alas el amor, y en un momento vuela.
Riqueza, honor aguardan a la fiel desposada;
augustos son sus actos, venerada su fama;
transformará todo eso la pasión verdadera.
¿Qué son para el amor, fama, honor y riquezas?
Y cuando profanamos del Dios celoso el fuego,
para vengarse inspira un amor sin sosiego,
y ordena equivocados lamentos a mortales
que buscan el amor y solitarios aman.
Si el dueño de este mundo sucumbiera a mis pies,
despreciaría todo, su trono y sus riquezas:
ser yo la emperatriz de César no quisiera,
sólo del hombre que amo la amante quiero ser,
y si es que existe un nombre todavía más libre
y más enamorado, por ti lo llevaría.

¡Oh dicha afortunada! Cuando se atraen las almas,
cuando el amor es libre y la ley natural,
entonces poseer, ser poseída, no es
un vacío vehemente, un dolor en el pecho;
los pensamientos se unen al salir de los labios,
y mutuos los deseos del corazón renacen.
Esto podrá ser dicha, si es que en el mundo existe,

la dicha que una vez fue de Abelardo y mía.

¡Ah, cómo cambió todo! ¡Un nuevo horror asciende:
un amante desnudo yace atado, lo hieren!
¿Dónde estaba Eloísa y su voz y su mano,
su puñal deteniendo el horrible mandato?
¡Ah, Bárbaro, detente!, y el ultraje refrena;
si el crimen fue común, que lo sea la pena.
Muda ya de vergüenza, reprimido el furor,
dejo que hablen mis lágrimas, mis ardientes rubores.

¿Podrías olvidar aquel solemne día,
cuando al pie del altar yacíamos las víctimas?
¿Podrías olvidar qué lágrimas cayeron
diciendo adiós al mundo con juventud ferviente?
Cuando con fríos labios besé el velo sagrado,
palidecieron lámparas, temblaron los altares.
Se asombraron los santos al oír mis promesas;
la conquista lograda vaciló en creer el Cielo,
y a los tristes altares cuando yo me acercaba,
no en la cruz, en tus ojos, mis ojos se clavaban.
Ni indulgencia ni celo pedía, sino amor;
y si pierdo tu amor habré perdido todo.
Con miradas, palabras, ven, alivia mi pena;
todo eso para darme por lo menos te queda.
En ese amado seno deja que me demore
bebiendo el delicioso veneno de tus ojos,
en tu labio anhelante, abrazada a tu pecho;
dame lo que tú puedas — y soñaré yo el resto.
¡Ah, no!, más bien instrúyeme a gozar de otras cosas,
y con otras bellezas encántame los ojos.
Muéstrame claramente la morada suntuosa;
que Abelardo se aleje de mi alma y busque a Dios.

Piensa que tu rebaño merece tu cuidado,
niños en tu oración, plantas entre tus manos.
En la primera edad del vasto mundo huyeron
buscándote en montañas e infinitos desiertos.

Elevaste altos muros; y el desierto sonrió,
abrióse el Paraíso en el yermo, en las sombras.
Ningún huérfano vio los bienes de su padre
irradiar esplendores sobre nuestros altares;
ningún santo de plata de algún avaro obsequio
sobornó acá la ira de un defraudado Cielo;
simples son nuestros techos, piadosas construcciones,
vocales solamente de elogios al Creador.
Entre estos muros tristes (que atan los días solos),
de agujas coronadas, con musgos estas bóvedas
donde terribles arcos tornan días en noches
y confusas ventanas vierten luz majestuosa,
tus ojos difundían rayos conciliadores
y alegraban las horas con fulgores de gloria.
Ningún rostro divino nos trae ahora dichas,
todo es dolor turbado y lágrimas continuas.
En los otros que rezan yo busco mi fervor
(¡oh fraude tan piadoso de caridad, de amor!),
y ¿por qué depender de oraciones ajenas?
¡Ah, tú, que eres mi padre, mi hermano, esposo, ven!
Y deja que conmueva con numerosos nombres,
hija, hermana y esposa, congregados, tu amor.
Reclinados en rocas esos pinos oscuros
murmuran en el viento y ondulan en la altura,
los arroyos que vagan brillando entre montañas,
las grutas que hacen eco a los torrentes de agua,
jadeantes en los árboles, los moribundos vientos,
por la brisa ondulada el lago estremecido:
todas estas escenas a meditar no inspiran
ni entregan al descanso la visionaria virgen.
Entre las arboledas nocturnas y las grutas,
sonora es la aflicción, se entremezclan las tumbas,
y la Melancolía inmóvil nos prodiga
un silencio de muerte y un reposo temible;
su lúgubre presencia ensombrece estos ámbitos,
entristece las flores, oscurece los pastos,
de las altas cascadas los murmullos ahonda
e inspira un más profundo horror entre los bosques.

¡Quedaré para siempre en este claustro, siempre!
¡Qué entristecida prueba de amor y de obediencia!
Sólo podrá la muerte romper eternos lazos:
y aun permanecerá mi frío polvo aquí,
con todas sus flaquezas, sus llamas sometidas,
cuando no sea un crimen que a las tuyas se mezclen.

¡Desdichada! Me creen de Dios, en vano, esposa:
¡soy consabida esclava del amor y del hombre!
¡Cielo, asísteme! ¿Cómo nace en mí esta plegaria?
¿Nace en mí por piedad o por desesperanza?
Aquí donde la helada castidad se retira,
el amor halla altares con fuegos prohibidos.
El arrepentimiento no me aflige bastante;
lloro por el amante y no por el pecado;
considero mi culpa, su visión me enardece,
me arrepiento de goces pasados, quiero nuevos:
ora contemplo el Cielo, lloro ofensas antiguas,
ora pensando en ti, mi inocencia maldigo.
De tantas enseñanzas pérfidas para amantes,
la ciencia más difícil, sin duda, es olvidar.
¿Podré olvidar el crimen sin perder la razón?
¿Aborrecer la ofensa y amar al ofensor?
¿Del pecado arrancar el adorado objeto?
¿Podré yo distinguir nuestro amor de la pena?
¡Tarea irrealizable, abjurar la pasión
para alguien que ha perdido como yo el corazón!
Antes que llegue mi alma a un apacible estado
¡cuántas veces tendrá que amar y detestar!
La desesperación, el pesar, la esperanza,
el desdén logran todo, todo salvo olvidar.
Si el Cielo se apodera del alma le da llamas,
no la toca, la rapta; la inspira, no la apaga.
¡Oh, enséñame a vencer a la naturaleza,
renunciar a mi amor, a mi vida — a la nuestra!
Llena mi corazón con la imagen de Dios;
puede rivalizar y sucederte Él sólo.

¡Feliz es el destino de la Vestal sin culpas!
Por el mundo olvidada, se olvidará del mundo:
eterna luz del sol, inmaculada mente,
aceptadas plegarias, resignados deseos;
labores y descansos puntualmente cumplidos;
“obediencia del sueño, que llora o que despierta”;
deseos sosegados, siempre iguales afectos,
lágrimas que deleitan y que inspiran el Cielo.
La gracia la circunda, la iluminan sus rayos,
le dan sueños dorados ángeles en voz baja,
la rosa del Edén que eternamente brilla
y alas de serafines con perfumes divinos;
por ella blancas vírgenes epitalamios cantan;
oyendo celestiales arpas ella se muere;
con visiones de eterno día se desvanece.

El alma errante emplea otros sueños distintos,
otros arrobamientos de una profana dicha:
al fin de cada día triste y atormentado
devuelve la venganza ilusiones robadas;
entonces la conciencia dormida ya está libre,
y mi alma sin sus lazos se entrega toda a ti.
¡Maldecidos horrores de la noche consiente!
¡Con qué esplendor exalta el pecado deleites!
Demonios tentadores suprimen restricciones
y reavivan en mi alma las fuentes del amor.
Yo te escucho y te veo, estudio tus encantos
y enlazo tu fantasma con mis ávidos brazos.
Despierto — y ya no te oigo, no te contemplo ya,
me esquiva tu fantasma, como tú, sin bondad.
Clamo en voz alta el nombre: no escucha lo que digo;
si le tiendo mis brazos vacíos se desliza.
Para soñar de nuevo cierro mis ojos dóciles;
¡surgid, amados fraudes, vosotras, ilusiones!
¡Ah!, no, ya me parece que vagando seguimos
llorando nuestras penas, entre páramos tristes,
donde hay pálidas hiedras y una ruinosa torre,
y ahondando el abismo oscurecidas rocas.
Te elevas prontamente; me llamas desde el Cielo;

las nubes se interponen, braman olas y vientos.
Me estremezco gritando, la misma pena encuentro;
me despierta el dolor que había abandonado.

Severamente buenas, por ti ordenan las Parcas
del placer y la pena la fresca interrupción;
larga muerte tu vida, calmo y fijo reposo;
ni la sangre se aviva ni el pulso se enardece:
tranquila como el mar antes que hubiera viento,
o espíritus que ordenan al agua movimientos,
dulce como los sueños de un perdonado santo,
de un Cielo prometido, como el destello suave.

¡Ah, ven aquí, Abelardo, no tienes que temer!
La antorcha de Afrodita no arde para los muertos.
¡Refrenado el deseo seremos condenados;
permanecerás frío — aunque Eloísa te ame!
Llamas sin esperanza, eternas como aquellas
que iluminan los muertos y las urnas estériles.

¡Ah, qué imágenes surgen donde llevo mi vista!
Mis amadas ideas sin cesar me persiguen,
se elevan entre árboles, frente al altar se elevan,
oscureciendo mi alma ante mis ojos juegan;
gasto la luz del alba, suspiro por tu amor,
tu imagen se intercala entre mi Dios y yo,
parecería que oigo tu voz en cada cántico,
las cuentas del rosario van marcando mis lágrimas.
Cuando fragantes nubes del incensario vuelan
y el sonido del órgano profundo mi alma eleva,
de ti un solo recuerdo elimina la pompa;
confunde los altares, cirios y sacerdotes;
mi alma se hunde y se ahoga entre mares de llamas,
mientras tiemblan los ángeles, y los altares arden.

Mientras estoy postrada, con una pena humilde,
la virtud de las lágrimas en mis ojos se aflige.
Mientras que imploro, trémula, rodando sobre el polvo,

una incipiente gracia se abre en mi corazón.
Ven aquí si te atreves, con todos tus encantos,
y oponiéndote al Cielo dispútale mi alma;
con tus alucinantes ojos mírame, ¡ven!
Borra cada brillante idea de los Cielos,
toma todas mis lágrimas, mi gracia y mi tristeza;
toma los infructuosos castigos y oraciones;
mientras asciendo, ráptame de las santas mansiones,
asiste a los demonios y arráncame de Dios.

¡No!, huye de mi lado — a distancias polares;
eleva entre nosotros océanos, los Alpes.
¡Ah!, no vengas, no escribas y no pienses en mí,
no compartas ni un ansia que por ti yo he sentido,
renuncio a tus promesas, tu memoria abandono;
renuncia a mí, olvídame, otórgame tu odio.
¡Semblante seductor (que aún miro), bellos ojos,
pródigo amor, dilectos pensamientos, adiós!
¡Oh Virtud celestial, oh Gracia tan serena,
maravilloso olvido de las tristes tareas,
hija del firmamento, luminosa Esperanza,
resplandeciente Fe, temprana eternidad!
Entrad, amables huéspedes, todos los apacibles,
envolvedme en eterno descanso: recibidme.

Contemplad en la celda a Eloísa extendida,
inclinada en penumbras de la muerte vecina.
En el viento más tenue un espíritu clama,
voces que no son ecos entre los muros hablan.
Aquí, mientras vigilo lámparas moribundas
de vecinos sepulcros, oigo oscuros murmullos:
"¡Hermana, ven, hermana (parece que dijeran),
este lugar es tuyo, hermana triste, ven!
Temblé, lloré y recé una vez como tú,
víctima del amor aunque ahora soy pura.
Mas todo es calma en este sueño eterno;
aquí el Amor, la Pena, olvidan sus lamentos,
aun la Superstición pierde todo temor,

pues absuelve estos males no el hombre sino Dios”.
¡Ah!, ya voy, preparad las rosadas glorietas,
las celestiales palmas, las flores sempiternas,
donde haya pecadores que encuentren su descanso,
donde las refinadas llamas arden seráficas.
Y tú, Abelardo, al último oficio triste asiste,
suaviza mi trayecto a los reinos del día;
mira mis labios trémulos, mis ojos que se inquietan,
besa mi último soplo, toma mi alma que vuela.
¡Ah!, no — con las sagradas vestiduras aguarda,
con el cirio piadoso en tu mano temblando,
presenta al crucifijo mi levantada vista,
enséñame y aprende de mí misma a morir.
Y contempla a Eloísa — ¡la que un día fue amada!
Entonces no será ya un crimen contemplarla.
¡Ved!, dejan mis mejillas las transitorias rosas,
y el último destello languidece en mis ojos,
hasta que ya no queden ni pulso ni suspiro
y no seas amado, mi Abelardo, por mí.
Muerte grande, elocuente, solamente nos pruebas,
si amamos a los hombres, que es polvo el amor nuestro.

Después, cuando el destino tu semblante destruya
(la causa de mis dichas y de todas mis culpas),
en extático trance que se extingan tus ansias,
nubes brillantes bajen, los ángeles te guarden,
que el brillo de la gloria baje del Cielo abierto,
como yo enamorados, que los santos te besen.

Que ampare nuestros nombres una tumba afectuosa,
a tu fama inmortal agregando mi amor.
Dentro de muchos siglos, pasadas ya mis penas,
cuando mi corazón belicoso esté quieto,
si dos enamorados vagando trae la suerte
a estas fuentes y muros blancos del Paracleto,
unirán sus cabezas sobre el pálido mármol,
bebiendo uno del otro las abrasadas lágrimas,
con temor compasivo, presiento que dirán:

“No tengamos que amarnos como éstos se han amado”.
En medio de los salmos del numeroso coro,
del sacrificio horrible que engrandece la pompa,
en las desnudas piedras, si unos ojos amantes
se posan donde nuestras frías reliquias yacen,
del Cielo robará con devoción momentos
una lágrima humana, que será perdonada.
Y si el destino quiere que un poeta futuro
en su suerte y la nuestra halle similitudes,
condenado por años a deplorar la ausencia,
a imaginar encantos que ya no habrá de ver —
si existen otros seres que tanto tiempo aman —
deja que nuestra tierna y triste historia cante;
dirá mejor mi pena el que mejor la sienta,
y calmarán sus cantos mi pensativo espectro.

El desdichado

de Gérard de Nerval

Yo soy el tenebroso — el viudo —, el desolado
Príncipe de Aquitania del castillo abolido;
mi única estrella ha muerto, — mi laúd constelado
ostenta, melancólico, un sol oscurecido.

En noches de la tumba, tú que me has consolado,
devuélveme el Pausílipo, y el itálico mar,
la flor que mi doliente corazón supo amar,
y el pámpano, en las viñas que a la rosa ha enlazado.

¿Soy Lusiñán, Birón, soy Amor o soy Febo...?
De la Reina, en mi frente, un beso rojo llevo;
en grutas donde nada la sirena he soñado...

El Aqueronte, intrépido, dos veces he cruzado:
en la lira de Orfeo modulando infinitos
suspiros de la santa, y del hada los gritos.

Versos escritos en un álbum de Madame Émile Chevalet

de Charles Baudelaire

Entre la multitud, errantes, confundidas,
guardando las memorias de antaño que reclaman,
el eco de sus voces buscan despavoridas,
tristes como la noche, dos palomas perdidas
que en los bosques se llaman.

Remordimiento póstumo

de Charles Baudelaire

Cuando duermas mi bella tenebrosa
en la casa de mármol erigida
y tu nueva mansión oscurecida
sea sólo una gruta honda y lluviosa;

cuando la piedra al oprimir tu pecho
y tu flanco flexible y voluptuoso,
en tu cuerpo de encantos venturoso
tu móvil corazón haya deshecho,

la tumba, de mis sueños, confidente
en insomnios dirá: “Oh incompetente
cortesana, de qué te habrá valido

frente a los muertos nunca haber sabido
por qué lloraban”. — Y el gusano lento
te destruirá como un remordimiento.

LOS NOMBRES

- 1953 -

Escalas

Cuántas veces, ah cuántas, cuántas veces
mis manos repitieron movimientos,
moví mis dedos en la misma forma
para decir adiós, para llamar
o caminé sobre las mismas piedras,
como el tigre enjaulado entre los muros
de un jardín por los hombres frecuentado,
donde hay islas y puentes y fotógrafos;
cuántas veces, ineludiblemente,
con aguarrás o con pintura verde
traté de dar color a esos racimos
que mencionan los libros de la Biblia,
tratando de olvidar viñas violetas,
que yo he rememorado ritualmente
y con un lápiz negro al dibujar
con los ojos cerrados una cara
quise evitar la forma de los labios
que dibujaba con abiertos ojos;
cuántas veces oí la misma música,
(en la lámpara gris de kerosén
o en el agua del grifo gota a gota
en el silencio cuando es muy perfecto)
que no escribí porque no escribo música;
cuántas veces, ah demasiadas veces
tratando de evitar algunos versos,
y palabras que tanto he desgastado,
volvieron a mis labios sin descanso
como vuelve a la boca de los niños
una oración con miedo que prosigue,
como vuelven las lluvias y los cierzos
o la luz o la víbora a su sitio;
todas las veces que soñé en mi vida

con misteriosas piedras de obsidiana
que podrían rayarme como a un vidrio
violeta, verde, azul, rojo, amarillo,
y al rayarme en la luz modificarme
con una transparencia actual, marina,
que diera a mi pincel otros racimos,
otros cuadrángulos iluminados,
otra cara, otras caras, otros labios
por mi mano asombrosa dibujados,
otra música intrépida y precisa,
otras frases distintas, otros nombres,
para volver a repetir de nuevo
lo que jamás repetiré bastante,
siempre lo mismo que será distinto.

El secreto (a)

Varió su alma, variaron sus palabras,
su actitud, sus vestidos, su carácter;
varió como variaba yo también,
como el amor, la luz, el sexo, el ser.
Al principio encontré en su habitación
ventanales con círculos y rombos,
poliedros y rectángulos de vidrio,
música y plantas con terrores cíclicos.
Después, mucho después, adquirió un cuerpo
más extraño que un cuerpo de sirena.
Temblaba su oración en mi garganta
con el grito estridente que inspiraba.
Fue mujer, vagamente hermafrodita.
Oí sus pasos en las avenidas
de los parques. Furtiva, mi esperanza
lo buscó en el brocal verde pintado
donde arrojaba al fondo del aljibe
piedras y ramas, largos alaridos.
En un bautismo atroz me enseñó el mundo
con nacimientos y animales bruscos.
Ni Hamlet, ni Caín, ni Filomela
sufrieron como yo al sobrellevarlo.
En las hojas de un libro lo hallé un día
y pronunciando impuros monosílabos,
sobre el silencio de mis pensamientos
sus labios se movieron en mi frente.
Con minuciosidad perturbadora,
como un médico, oyó mi corazón.
Suspendía en el espacio los misterios
del tul de novia de los mosquiteros.
En las salas de espera, en la estación,
en un consejo, en un vulgar apólogo,

me llamó muchas veces con crueldad.
Los señores mayores no ignoraban
que a nuestra mesa a veces se sentaba
y que a menudo con rubor ponía
sobre mi cara su perfil siniestro.
Era amarillo, era verde, era violeta,
en la noche y silbaba con el tren.
Dibujaba paisajes, bailarinas,
una rosa entreabierta, un fácil lirio.
Como un ciervo en la nieve se acercaba
a beber mientras yo bebía el agua
—con los brazos helados del invierno—
del vaso de cristal resplandeciente.
En el pan, en el vino, en la familia
cuando estaba reunida me pedía
que hablara o que no hablara, que su nombre
quedara en los espacios de la sombra.
Su dedo en la araucaria del camino
me enseñaba la cara azul de Dios.

El secreto (b)

Inspirando temor con su escalera,
con su muro y su larga balaustrada,
con su mujer lacónica, enlutada,
con su jaula y su fuego que lacera;

inspirando temor, terror porque era
como el eco en la gruta frecuentada,
que repite y encierra ensimismada
una sílaba larga y postrimera,

me retuvo después con estupor
y fue en sus propiedades del amor,
en su lumbre, en su espejo solitario,

que yo me aproximé a la dicha un día,
y advertí que ya estaba la alegría,
entre sus puertas, como en un santuario.

El secreto (c)

Me inspiraba temor con su escalera,
con su muro y sus plumas y su almohada,
con su mujer lacónica, enlutada,
con su jaula y su fuego que lacera;

me inspiraba temor, terror, porque era
como el eco en la gruta frecuentada
que repite y encierra ensimismada
una sílaba larga y postrimera;

me retuvo después con estupor
y fue en las propiedades del amor,
en su angélico espejo frente a Dios,

que sola me acerqué a la dicha un día
para advertir también que la alegría
es un secreto y que se parte en dos.

La estatua de Abdera

“Demócrito y Protágoras amaban
mi pedestal con venas en el mármol
y el cielo azul mis perforadas órbitas
solas mirando el curso de los soles.
Y ahora sé que todos los objetos,
como en un delictuoso, impuro sueño,
obliteran sus formas y proclaman
con gritos ecuménicos de partos
frases horribles en los aposentos;
ahora sé que el muro de una casa
pierde el celeste amparo de sus sombras
si el jardín del silencio no lo habita;
que las palmeras y que el cedro presos
en el ardor oscuro de las calles
no otorgan la ilusión del campo al patio
en la habitual ventana circunscriptos;
que las nubes se atreven con el humo
a adulterar las horas del crepúsculo;
que la ropa tendida que se agita
sobre las azoteas amarillas
son como las banderas que los ángeles
en Sodoma y Gomorra vislumbraron;
yo sé que cualquier rosa modifica
deliberadamente su estructura
para volverse hedionda ante mis ojos;
que el libro como el árbol se deshoja
y que sus nuevos brotes tardan siglos
en restituir la luz de nuevo al mundo.
En las alturas diáfanas el agua
me hará pensar a veces que amo a Tracia:
cualquier otra ciudad menos marítima,
menos infausta, no sería mía”.

Las hojas

Los tritones de fierro despintados
con sus colas rosadas dormitaban
en la maceta grande cuya sombra
favorecía el barro de las noches.
Y yo, desprevenidamente triste
como los ángeles, sin asidero,
permanecía muda en el umbral
de aquel templo sin dioses y sin vírgenes
donde moraban las preciadas hojas
que eran mis ornamentos y mis bosques.
Bajo los vidrios verdes, en el vaho
del invernáculo donde las alas
de las horas detienen su trayecto,
las contemplaba huyendo de la gente.
Algunas me llamaban con sus manos,
tenían pelo largo, orejas plácidas,
y escuchaban latir mi corazón
para quemarme con amor recóndito.
Algunas me besaban lentamente
mostrando sus perfiles diferentes;
me lamían con lenguas de oro vivas
clavándome sus dientes de jaguar.
No sé si fue en la noche o en el día
que oí sus voces con estrías,
pero sé que me hablaron y recuerdo
que no fue en sueños que las escuché.
El sol, el fierro, el vidrio transmitían
la sonoridad amorfa de los timbres
que en el término azul de la mañana
reverberaba con quietud de lago.
Algunos pájaros y algunos perros,
algunos oscurísimos caballos,

en las grutas del aire y del silencio,
me veían pasar con mi secreto.
Yo escuchaba, miraba y escuchaba
las formas incesantes que en la tierra
detenían mis pasos y remotas
a mí sola en la luz me contestaban.
No tenían conciencia y eran místicas.
Perversas, asimétricas, divinas,
me amaban y me odiaban, me inducían
a pecar siempre sin remordimientos,
y yo inocentemente entre mis manos
las estrujaba, o las mordía a veces
con desesperación porque sus labios
verdes me hablaban con aquella voz
que el viento y que las horas del verano,
que el espejo y la luz y la guadaña,
que las estatuas de las estaciones,
que el rencor y los celos y el amor,
trataban de imitar perennemente.

Elogios y lamentos del verano

Estoy presa en las torres del aire tropical.
Dios mío, si estoy presa, ¿en qué fuente, en qué boca
encontraré frescura? No está lejos la roca
donde el mar atesora en sus olas la sal

que apetecen los peces y que yo buscaría
con la espuma que agita sus diamantinos ojos
con sus capas azules y sus orientes rojos
y su arena y su espuma de sal de nácar fría.

Estoy presa en las torres altas de los veranos,
y las enredaderas que trepan por los muros
suben con azorados cascabeles oscuros
anunciando trayectos de caballos lejanos.

No sé si son horribles o perfectos los días.
Exánimes, las aves caen muertas de las plantas.
Las mujeres parecen en los balcones santas.
No lo son. Como cántaros de las alfarerías,

sudan o se adormecen sobre las duras losas,
y los hombres que pasan parece que escucharan
las voces invisibles de las plazas, que amaran
diciendo a la oración largas, lascivas cosas.

Escúchenme. Estoy presa. Los cedros que me miran
me enseñan conocidas estrellas por las noches
y pasan todo el tiempo por los caminos coches,
y los lejanos mástiles en el puerto deliran.

Selvas y selvas de oro nacen de estos momentos;

yo sé que en los caminos que alejan una casa
se estremecen los pámpanos y la hiedra se enlaza,
que hay cuchillos y crímenes, palmas y casamientos.

Yo sé que dan los pétalos frescuras amarillas,
yo sé que en San Isidro, que en San Fernando hay peces
en las zanjas y hortensias durante largos meses,
junto a la santarrita azules campanillas.

Yo sé, yo sé que el aire que respiro y es mío
pertenece a la sílice, al álamo, al chacal,
a la vaga oropéndola, al abismo, al metal,
y siento que soy sólo de tierra frente al río.

Se vuelve íntimo el mundo situado en el verano
cuando brama en los dulces resquicios de la sombra
todo lo que la voz de la alegría nombra,
la furia o la tristeza o la dicha de Adriano,

en un jardín con rosas, piscinas y cipreses
con murallas sensibles que al viento detenían
las alas de palomas que en volutas volvían
a la entrada de Roma, en tiempos de las mieses.

Sirenas que oyó Ulises con suaves epigramas,
¿vuestras voces hablaban con un furor patético
del patio y de la siesta, del verano poético,
de las torres construidas por la estación en llamas?

La visión

a J. L. B.

Caminábamos lejos de la noche,
citando versos al azar,
no muy lejos del mar.
Cruzábamos de vez en cuando un coche.

Había un eucalipto, un pino oscuro
y las huellas de un carro
donde el cemento se volvía barro.
Cruzábamos de vez en cuando un muro.

Íbamos a ninguna parte, es cierto,
y estábamos perdidos: no importaba.
La calle nos llevaba
junto a un caballo negro casi muerto.

Era de noche —esto será mentira.
Tal vez, pero en mis versos es verdad—.
Una arcana deidad
casi siempre nocturna que nos mira

vio que nos deteníamos y el día
suspendió sus fanáticos honores,
clausuró sus colores
pues también el caballo nos veía.

No digas que no es cierto: nos miraba.
Con la atónita piedra de sus ojos,
bajo los astros rojos,
nos vio como los dioses que esperaba.

Las caras (22)

Las caras de los hombres que en mi vida he encontrado
me persiguen y viven adentro de mi espíritu.
Las caras de los hombres que he encontrado en mi vida
me miran y me abruman.
Podría dibujarlas pero nunca me atrevo.
Algunas tienen cuerpos y llevan en las manos
anillos y collares, flores de terciopelo,
algunas son mansiones, son jardines, son ríos,
algunas son un viaje, una playa, un desierto.
Algunas son de mármol, algunas son fenicias,
algunas son romanas, griegas y perniciosas
con los rasgos borrados.
Algunas tienen penas, muchas penas algunas,
y largas cabelleras que lloran en el viento.
Algunas son horribles, casi siempre me advierten
que un peligro me acecha.
Algunas tienen horas marcadas en los ojos
y son como clepsidras,
me despiertan de noche.
Algunas me quisieron
y movieron los labios para decir mi nombre.
Algunas no entendieron nunca lo que les dije
ni supieron por qué las miré largamente.
Algunas son anónimas
llevan frutas y fuentes, manos de terracota,
como las estaciones.
Algunas se arrodillan, buscan algo en la tierra.
Algunas como pájaros siempre estiran el cuello.
Algunas se inclinaron
y escribieron sus nombres sobre mi corazón
sin que yo lo advirtiera.
Algunas fueron mías, algunas se alejaron

y perdieron su sexo, su virtud y su candor;
fueron como la imagen
del infierno en el mundo
que tratamos, en vano, de olvidar.
Algunas fueron deidades
que no olvidaré nunca.

22- Hay otros poemas titulados “La cara” y “La cara apócrifa”, véanse págs. 69 y 124 de *Poesía Completa* II.

El sueño recurrente

Llego como llegué, solitaria, asustada,
a la puerta de calle de madera encerada.

Abro la puerta y entro, silenciosa, entre alfombras.
Los muros y los muebles me asustan con sus sombras.

Subo los escalones de mármol amarillo,
con reflejos rosados. Penetro en un pasillo.

No hay nadie, pero hay alguien escondido en las puertas.
Las persianas oscuras están todas abiertas.

Los cielos rasos altos en el día parecen
un cielo con estrellas apagadas que crecen.

El recuerdo conserva una antigua retórica,
se eleva como un árbol o una columna dórica,

habitualmente duerme dentro de nuestros sueños
y somos en secreto sus exclusivos dueños.

Los mosaicos

a M. C. B.

Si llevaran las lágrimas inscripto su dolor,
verías que no lloro, como parece, tanto;
si fueran piedras, vidrios grabados, en mi llanto
verías el favor que me hacen al correr,
con perfección y cuánto.

Te mostrarían, créeme, que sufrir nos depara
lugares y personas y objetos que están lejos;
y que la oscuridad pánica que vibra en sus reflejos
es transitable y clara,
y como la ilusión dentro de los espejos.

Similares figuras vimos en los mosaicos:
el Minotauro, Orfeo, las vírgenes en duelo,
sacrificios de Abraham, Venus, el asfodelo,
los rostros más arcaicos
de Daniel con los leones, en el muro, en el suelo.

Al rencor

No vengas, te conjuro, con tus piedras;
con tu vetusto horror con tu consejo;
con tu escudo brillante con tu espejo;
con tu verdor insólito de hiedras.

En aquel árbol la torcaza es mía;
no cubras con tus gritos su canción;
me conmueve, me llega al corazón,
repudia el mármol de tu mano fría.

Te reconozco siempre. No, no vengas.
Prometí no mirar tu aviesa cara
cada vez que lloré sola en tu avara
desolación. Y si de mí te vengas,

que épica sea al menos tu venganza
y no cobarde, oscura, impenitente,
agazapada en cada sombra ausente,
fingiendo que jamás hiere tu lanza.

Entre rosas, jazmines que envenenas,
¿por qué no te ultimé yo en mi otra vida?
Haz brotar sangre al menos de mi herida,
que estoy cansada de morir apenas.

Presentimiento

Durante muchos días me seguiste.
En el canto del pájaro, en las sombras,
en las modulaciones del espacio:
aprendí a conocerte.
Yo sentía tu luz atravesarme
como una flecha de oro envenenada.
Te desobedecía arrepentida.
Me hablabas en secreto.
En los espejos rotos, en la tinta
azul de los cuadernos que dejabas
sobre la mesa de mi dormitorio.
Yo temblaba al mirarte, yo temblaba
como tiemblan las ramas reflejadas
en el agua movida por el viento.
Ahora que conozco tus señales,
tu piel y tus orejas, tu semblante,
no trataré de desobedecerte,
y me arrodillaré frente a tu imagen,
implacable sibila que me sigues.

En la ceniza

Como Ocrisia encerrada en el palacio
de Tarquino el antiguo, aconsejada
por la reina, mirando la ceniza
ordenar sus geométricos misterios
como ella sola entre los cuatro muros
aterrada y absorta y aquiescente,
escuchando los pasos del silencio
alejarse, volver, partir de nuevo
entregada a un milagro afrodisíaco
otorgado en la noche por los dioses.
Como el dragón alado del mosaico
meticulosamente reconstruido
junto al pez, a las liebres, a las ánforas
en los últimos puertos de Bizancio.
Como los pájaros si fuesen lúcidos
conscientes de su canto y de sus plumas
cuando duermen bajo el ala de las hojas
antes que el sol descubra el horizonte
creyendo que no son lo que ellos son,
sueños abstractos, meros corazones.
Como Job macerando su dolor,
entre los más preciados holocaustos
lamidos por las lenguas de las llamas
que traspasan los reinos del amor.
Como yo, como tú cuando descansas
y que sigues pensando y recordando
el desierto de las fotografías
o el agua que ha llegado a su destino
y que en su lecho azul se acuesta y muere
entre rocas románticas y pérgolas
esperando la luz anochecida.
Como el miedo con rostro azul de máscara

en la faz resumida de un soldado
cuyo paisaje en torno se ha diluido
en explosión de estrellas y de infancia.
Como un anillo mágico y pesado
en la mano que tiembla y que lo guarda.
Como Hipaso perdido entre las Ménades.
Como el rostro que yace en la medalla
que un mono absorto estudia atentamente
sin saber que recuerda su otra vida.
¡Así espero, así esperas, mi esperanza!,
el raro advenimiento de los versos.
Ciega la mano traza con la pluma
las palabras que estaban en el aire
inscriptas misteriosa y sabiamente:
de distintas, de anónimas personas
y en la ilusión acaso de nosotros.

Las huellas

A orillas de las aguas recogidas
en la luz regular del suelo unidas
como si juntas siempre caminaran,
solas, parecería que se amaran,
en la sal de la espuma con estrellas,
sobre la arena bajo el sol las huellas
de nuestros pies desnudos
tan lejanos, y mudos.
Dejando una promesa dibujada
nuestra voz entretanto ensimismada
se divide en el aire y atraviesa
la azul crueldad de la naturaleza
mientras solos cruzamos
la playa y nos hablamos.

Anáforas (23)

El agua vertical de la fuente alcanzaba
las cúspides del aire y jamás me cansaba
de unirme a sus destellos, con alas como Alción
originadas por mi desesperación.
El mendigo plateado con su boca de oráculo;
el claro afrodisíaco, el místico invernáculo;
las siempre abandonadas glorietas en los huecos
de arbustos subrepticios; los obcecados ecos
de las caballerizas; el ombú que anidaba
en su vientre botellas: todo rememoraba
con pacientes y largas persuasiones del río
momentos anteriores al nacimiento mío.

*

Había olor a lluvia en algunos rincones
debajo de las hojas, con muchas predicciones,
también había olor a fuego, olor a trigo.
Los árboles bajaban las barrancas conmigo,
y al bajarlas el sol calentaba los hierros
del portón, lo entreabría y asustaba los perros
conmoviendo las sombras con ramas y gallinas.
Cundía la alegría con hierbas repentinas,
y bajo la arboleda con pánica belleza
no sé qué irremisible y confusa tristeza
entraba por mis ojos mostrándome callados
pájaros en el polvo, sin sangre exterminados.

*

Vivir me parecía un acto muy lejano
que el corazón del pez desechaba en mi mano;

vivir me parecía extraño como el rito
que desolaba al pájaro salvaje con su grito
y morir simplemente un acto que las rosas
evitaban sembrando fragancias tenebrosas.

*

En un banco de ramas labradas, de cemento,
acostada escuchaba latir el firmamento
y nadie interrumpía aquel silencio salvo
el salto de un insecto o de un pez sobre el albo
y hondo recogimiento del agua que emitía
una elipse, otra elipse que después se perdía.

En las palpitaciones del bambú yo escuché
el rumor de los botes y no sé si soñé
que sus nudos en forma de pájaros subían
por la caña y buscaban el sol que preferían.

No me hubiera asombrado ver un tigre cruzar
las arboledas quietas que quise transformar
ni surgir en las ramas con un ardor cobrizo
la voz de una serpiente como en el Paraíso.
No me hubiera asombrado ver la estatua moverse
y como una persona asombrada acercarse
con su velo de piedra y sus ojos vacíos
y tocarme a mí sola con largos dedos fríos.

*

Los días eran largos con parajes oscuros
como grutas, secretos, como infinitos muros,
contenían ocultos otros mínimos días,
tampoco terminaban cuando en las galerías
del poniente moría la voz de los jilgueros
que entraba en las chirriantes llaves de los roperos
cuando se iluminaba en la hora final
de la tarde la casa con su virtud letal

y brillaba en el mármol de la escalera, Marte.
Yo escuché el viento allí mejor que en otra parte,
mejor que en las orillas del mar sus armaduras
embestían los troncos, distribuían clausuras,
y entre rojos relámpagos la alusiva araucaria
conservaba en su copa una paz milenaria.
Cuando la luna enorme iluminaba el coche
que llegaba entre piedras hasta el portón de noche
sentía repentinas ganas de persignarme,
como frente a una iglesia, silenciosa, al bajarme,
pero cuando la lluvia desplegaba sus alas
recorría temblando las largas antesalas
creyendo descubrir el infierno en las plantas,
y diablos en las caras antiguas de las santas.

23- Hay otro poema titulado “Anáfora”, (véase)

La muerte de Ascletarión

Las matemáticas, la astrología,
nada logró borrar aquellos perros
detrás del muro y de los fríos hierros
de sus sueños adultos. Los veía.

En su imaginación para buscarlo,
cruzaban ríos, montes del poniente,
basura, y sin mirarlo, finalmente,
sobre él se echaban para devorarlo.

Y vivió presintiendo cada día
los seguros detalles de su muerte.
“La duda es un suplicio, un mundo inerte”,
muchas veces sonriente repetía,

“aunque una certidumbre sea horrible
no menoscabará la actual visión
que yo tengo del mundo, la razón
de ser feliz frente a lo previsible”.

Pero el Emperador había exigido
que cuidaran su cuerpo y lo quemaran
para que las jaurías no llevaran
a su adversario el hado presentido.

Las llamas envolvían, totalmente,
en la pira expiatoria, al matemático
cuando un viento violento y enigmático
apagó el fuego y dispersó la gente:

con obediencia fiel al pensamiento

de Ascletarión los perros que llegaron,
ciegamente, sobre él se abalanzaron
siguiendo la orden del presentimiento.

Inmovilidad apócrifa

En mi inmovilidad hay cinco tigres,
incesantes se alejan y reinciden,
me esperan y me siguen y me esperan
como la arena dentro del desierto.
Los tigres saben que tengo ocho vidas.
Saben que no hay quietud en mi quietud:
las torres tiemblan y mi faz relumbra.
Idénticas, idénticas son todas
esas imágenes que rompe el agua,
que giran a mis pies continuamente
y que perduran en su azul memoria.
En mi inmovilidad hay cuatro víboras,
se retuercen, se miran y se enroscan,
se alimentan de lirios y de estiércol
silbando entre las ramas de los bosques.
Son grises, y son rojas, son violetas.
En mi inmovilidad hay ocho reyes,
tienen un manto de oro y trenzas rojas,
se acuestan y se duermen bajo un árbol;
cuando los sables brillan, se levantan,
me despierto y me ultiman con sus ojos.
En mi inmovilidad hay siete puentes:
los que tienen estatuas se entremecen,
los que son de madera todos negros
me llevan en la sombra a otra ciudad.
En mi inmovilidad hay nueve frases,
sus flores de oro están todas abiertas
y sus jardines son jardines griegos
donde los laberintos me conducen
a una playa sonora en el crepúsculo.
En mi inmovilidad hay diez violines
cuyas cuerdas se alejan en la noche

moviendo el agua azul de un lago triste.
En mi inmovilidad hay barro y cardos,
incendios que jamás se apagarán,
un rosal, una esfinge al pie de un pino,
moscas, hormigas que hablan en el aire.
En mi inmovilidad hay mucha gente,
entran y salen de los cuartos y hablan
con máscaras traídas del infierno.

La vida infinita

A veces me pregunto, al escuchar
como un recuerdo ya, el zorzal cantar

en los fondos más dóciles del sueño,
qué persigue la vida en su diseño

y en qué nos tornaremos cuando nada
nos distinga del aire y de la oleada

del mar que baña orillas de la tierra
donde nacemos y algo nos destierra.

Cuando llegue Átropos, supersticiosa,
con su cara de negra mariposa,

¿tendremos el anillo de oro mágico
que nos protegerá del hado trágico?

¿O tendremos las alas, el caballo,
que traspasará el vidrio como un rayo?

¿O perderemos todo en un momento
con el secreto y breve adiestramiento

que nos dan ya las cosas indistintas?
No escribiremos con las mismas tintas.

No pasará Alejandro Nevsky sólo
con música, armadura y protocolo

en los cinematógrafos oscuros.

No existirán los largos, largos muros

en el remoto imperio de la China;
ni en el Tibet los monjes, su doctrina.

No existirán las sombras ni los piélagos,
ni las montañas ni los archipiélagos,

ni esos bustos dorados, ni esos nombres
ni esa voz que venera el pueblo, de hombres.

No habrá tigres ni monstruos de cemento,
ni la proclamación del monumento.

No habrá teatros y gentes y mercados,
agapantos, lugares retirados,

donde canta el calor con sus chicharras
o la lluvia en los techos de pizarras.

No sabremos que existe Egipto, el Nilo,
ni leeremos las páginas de Esquilo.

No veremos en ciertos ojos almas
que besan a la nuestra en nuestras palmas.

En el itinerario de los días,
a veces víctimas de brujerías,

no omitiremos lo que más amamos
para incluir luego lo que detestamos.

No existirá el lustral Mediterráneo,
ni las plantas, ni el sol contemporáneo.

No habrá calles con nombres previsibles,
ni metales ni piedras más sensibles.

No estará el mismo río sobre el barro,
las quemas de basuras ni ese carro,

con perros que en las noches del suburbio
se pierden junto a un niño cruel y rubio.

No habrá reinas de Egipto, ni monedas
que conservan sus caras, ni habrá sedas.

Si hoy existimos, para no morirnos
mañana lograremos no eximirnos

del universo al inventar un mundo
para vivir de nuevo. Vagabundo

como nosotros nuestro pensamiento
recordará quizás un alimento,

un dolor, un estigma, una pasión,
un rostro pálido, la comunión,

y por ejemplo dentro de algún verso
de San Juan de la Cruz un ciervo, un cierzo,

para otra vez incluirnos en la historia.
¿Será como una jaula la memoria?

El Sésamo Ábrete de recordar,
de nuevo nos pondrá en nuestro lugar

o en lugares distintos como ciegos
que no se reconocen, como en juegos.

Los ojos

Como Casandra yo escuché tu paso
en las baldosas de la galería.
Como ella, adivinaba yo en los días
y en la voz recurrente del ocaso
lo que ocultabas y conozco tanto.
Ciega, sola, atenta penetré
en tu velado reino y consagré
bajo sus plantas, al rencor, mi espanto.

Transformabas el mundo en un desierto.
Como a Casandra no quisiste oírme.
Pensando junto al río sólo en irme,
en la noche incesante busqué el puerto.
Al ver los astros, con aristas, rojos,
sabía que el infierno era mirarte
y volver a tu lado y no olvidarte.
¡Ah, por qué no quemé más bien mis ojos!

¡Vanas son las mentiras y las guerras!
Nuestros ojos traicionan nuestra cara;
la vuelven transparente, fría y clara
como el agua en la orilla de las tierras.
No me perdonarás de haber llorado:
no me lo perdonabas, yo tampoco.
Tus noches y tus días los evoco.
¡Por qué con tanto amor me has engañado!

Símbolos tiene la desesperanza,
propiedades antiguas y suntuosas,
a veces tiene cosas muy preciosas.
Como la muerte, siempre nos alcanza.
Con el rostro de piedra, de la ira,

por tu amor me acerqué a sus pabellones.
Ah, fue triste en los pérfidos frontones
de sus oscuras torres tu mentira.

Vi que en su primavera con glicinas,
la languidez secreta de las ramas,
las canciones del mirlo, las retamas,
la vegetal constancia que germina,
urden una ávida y común tortura
a ejemplo de esos ramos en la muerte
que simbolizan con un lujo inerte
la soledad, el polvo, la locura.

Vi al pie de las columnas los despojos
de las fiestas en sueño, de la aurora;
te seguí paso a paso, hora por hora,
más que tu sombra guiada por tus ojos.
Oscuros en tu cuarto me rodeaban
los muebles habituales: los abismos
labraban en desorden cataclismos
mientras las furias su clamor callaban.

En los iridiscentes labios rojos
de alguna flor resplandecía el alma,
del céfiro purísimo en su calma:
mas yo estaba cegada por tus ojos.
La llanura, la nieve o la montaña
me recibía reconciliadora:
y persistía entre árboles sonora
la dicha exigua que la duda empaña.

Vi caras, muchas caras previsibles;
todos mis diálogos fueron falaces;
escuché de las voces los compases
sin oír las palabras más sensibles;
proyecté formas de mi destrucción.
En las ciudades, en la calle sucia,
en los sórdidos parques, sin astucia

llegué al infierno con obstinación.

Como alas nacen del cansancio arrojos;
busqué por todas partes el horror,
el desencanto pacificador
como los santos porque vi tus ojos.
Y conseguí morir perfectamente
sin ningún esplendor como soñaba
sola en el iris gris que me aterraba
viendo tus ojos incesantemente.

Diálogo

Te hablaba del jarrón azul de loza,
de un libro que me habían regalado,
de las Islas Niponas, de un ahorcado,
te hablaba, qué sé yo, de cualquier cosa.

Me hablabas de los *pampas grass* con plumas,
de un pueblo donde no quedaba gente,
de las vías cruzadas por un puente,
de la crueldad de los que matan pumas.

Te hablaba de una larga cabalgata,
de los baños de mar, de las alturas,
de alguna flor, de algunas escrituras
de un ojo en un exvoto de hojalata.

Me hablabas de una fábrica de espejos,
de las calles más íntimas de Almagro,
de muertes, de la muerte de Meleagro.
No sé por qué nos íbamos tan lejos.

Temíamos caer violentamente
en el silencio como en un abismo
y nos mirábamos con laconismo
como armados guerreros frente a frente.

Y mientras proseguían los catálogos
de largas, toscas enumeraciones,
hablábamos con muchas perfecciones
no sé en qué aviesos, simultáneos diálogos.

Sonetos a la imaginación

a A. B. C.

I

Yo siento que en mi pecho deposita
dibujos incesantes; que me ampara
y me tortura. Siento que a una clara
armonía feliz me precipita.

A veces el infierno que medita
es cielo, el cielo infierno: me depara
aviesas invenciones que prepara
con su paciencia azul de hermafrodita.

En sus efímeras y abiertas manos,
le entregaré, le entrego el corazón,
que es de cristal y de adivinación.

La seguiré hasta el fin de los veranos.
La seguiré por largas galerías
con la belleza y el horror por guías.

II

"Nos iremos, me iré con los que aman,
dejaré mis jardines y mi perro
aunque parezcas dura como el hierro
cuando los vientos vagabundos braman.

Nos iremos, tu voz, tu amor me llaman:

dejaré el son plateado del cencerro
aunque llegue a las luces del destierro
por ti, porque tus frases me reclaman.

Buscaré el mar por ti, por tus hechizos,
me echaré bajo el ala de la vela,
después que el barco zarpe cuando vuela

la sombra del adiós. Como en los frisos
lloraré la cabeza entre tu mano
lo que me diste y me negaste en vano”.

III

A veces te contemplo en una rama,
en una forma, a veces horrorosa,
en la noche, en el barro, en cualquier cosa,
mi corazón entero arde en tu llama.

Y sé que el cielo entre tus labios me ama,
que el aire forma tu perfil de diosa
de oro y de piedra, sola y orgullosa,
que nadie existirá si no te llama.

Entre tus manos quedaré indefensa,
no viviré si no es para buscarte
y cruzaré el dolor para adorarte,

pues siempre me darás tu recompensa,
que es mucho más de lo que te he pedido
y casi todo lo que habré querido.

IV

En tu jardín secreto hay mercenarias
dulzuras, ávidas proclamaciones,
crueldades con sutiles corazones,

hay ladrones, sirenas legendarias.

Hay bondades en tu aire, solitarias
multiplican arcanas perfecciones.
Se ahondan en angostos callejones,
tus árboles con ramas arbitrarias.

Alguna vez oí el chirrido frío
de un portón que al cerrarse me dejaba
prisionera, perdida, siempre esclava

de tu felicidad que junto a un río
bajaba entre las frondas a un abismo
de intermitente luz, con tu exorcismo.

V

“Cuando perdida vago entre sombrías
piedras sin luz y sin admiración
llego arrepentida a tu mansión,
a tus secretas y hondas galerías

donde me espera lo que me ofrecías.
Allí encuentro tu luz y tu pasión,
allí comprendo sin superstición
que me llenas de dicha y de agonías.

Quien no me sigue allí me perderá.
Quien no me busca allí no arrancará
una sola respuesta de mis labios.

En tus rosales de oro, está el futuro,
lo que veneraré, lo que es más puro
porque tus pensamientos son los sabios”.

A Dios

Cuánto sufrí por ti frente al altar
creyendo que eras sólo una invención
de personas mayores, sin razón,
para obligarme a veces a rezar.

La azucena de trapo y el collar
vivían dentro de tu corazón.
Adivinaba en tu conjuración
un afán ingenioso de salvar.

Las vidrieras azules, verdes, rosas,
tamizaban la luz sobre tus pies
y tu hijo contemplaba mi niñez.

Un murmullo de voces delictuosas
pronunciaba tu nombre y yo adquiría
la teatral timidez que me perdía.

A la sombra

Con vértigo feroz de cacería,
con clámides y cintas semejantes
a las alas del aire sibilantes
que descubren la pura lejanía,

oh Diana, si tu sombra fuese mía,
con tus lebreles de ojos palpitantes
en el centro de bosques incesantes
varia, precisa, azul, te seguiría.

Ignorando, a tus pies, que nos acecha
el futuro fragor de la oriflama,
la música que apresa el pentagrama,

estaría en tu ciervo y en tu flecha,
en tus rodillas porque más me asombra
mi sola actualidad que ser tu sombra.

La despedida (24)

a G. G. V.

¡Recuerden! Yo recuerdo los viajeros
deleites de las horas cotidianas;
el sol ardiente y nuevo en las mañanas
que urde los tiempos imperecederos.

Seguimos los rituales exorcismos
que en el tiempo nos van multiplicando:
nos despedimos de los otros cuando
nos despedimos de nosotros mismos.

Partimos como parte a la deriva
un madero en el zafiro del mar;
como todos los hombres que al amar
se entregan a una muerte progresiva;

como el rayo inasible que se quiebra
en la hermosura rosa de la tarde
y se desprende de la tierra y arde
y se desliza como una culebra;

como esa luz del alba que traspasa
las dulces concisiones de un relato
que ha quedado en la cara de un retrato
borrando el fondo oscuro de una casa.

Partimos como parte que se adhiere
al candor que lo salva del pasado,
como un niño que encierra enamorado
en cualquier cosa todo lo que quiere.

24- Hay otros poemas titulados “Despedida”, (véase), y pág. 121 de *Poesía Completa* II.

Descubrimiento de América

(Escrito en París en el año 1951)

a J. R. W.

Quién oye aquí mi voz. Es y no es castellana,
y como el ala ingénita del pájaro que vuela
rumorosa en el aire, me impulsa y me desvela
buscando yo no sé qué magia cotidiana.

“Ah, qué extraña habrás sido Europa sin América,
Europa sin saber que América esperaba.
Ah, ¿cómo eran tus pueblos, tu amor cuando nevaba,
tus palacios tediosos, tu soledad quimérica?

Entre verdes castaños y claridad de olivos
qué imperfecta alegría ritual prefiguraste
detrás del horizonte del mundo que esperaste
para adornar tus jaulas con plumajes votivos.

En la mano entreabierta de Isabel la Católica
cómo brilló en las noches el asombro y sus llaves
cuando en el largo océano zarparon las tres naves
dividiendo las olas en tempestad eólica.

El agua toda azul, el agua del Atlántico
de misterios de nácar, horadaba tus playas
mostrando a nadie, al cielo las pulcrísimas rayas
que han quedado en las láminas de los libros románticos.

Como un enamorado o un santo en su visión
miraban, se perdían, con el presentimiento
que sobrepasa a veces cualquier conocimiento

los ojos olvidados de Cristóbal Colón.

Los indios, con los duros cabellos desatados
daban a su alarido la forma del terror;
yo sé de una mujer que imaginó el dolor
llegando sobre el mar con sus llantos salados.

Al oído con sombras de los niños oscuros
que ignoran la distancia que se inicia en la arena
tal vez llegó tu voz sedienta de sirena
y el secreto que el viento llevó de tus Dioscuros.

Ya toda la llanura recogía rumores
que inventaban los pájaros del Paraná, en los codos
de los valles ardientes se acumulaban todos
los desquicios del tiempo en pétalos de flores.

Yo en mi invisible reino prenatal registraba
tal vez la iridiscente luz oscura que aloja
el pasado, el futuro, la presente congoja
del mundo y, ¿por qué no?, también yo te esperaba.

Yo veía en los patios de Italia querubines
que dan agua a las fuentes sosteniendo el cristal
derramado del agua, como bajo un fanal
mujeres que se vuelven estatuas en jardines.

Veía, yo veía el lago Trasimeno,
verde como un clarísimo prado con juncos pálidos,
los Apeninos nítidos y entre los musgos cálidos
la glicina que ahonda la luz del mar Tirreno.

Veía en el reflejo cóncavo de las lunas
recorriendo el invierno una ciudad de piedra
donde sólo habitaban la soledad y la hiedra
y la luna que humecta el polvo de las dunas.

Veía como veo ahora sobre el hielo

de todas tus montañas las nubes dibujadas
y sobre el precipicio con sus verdes majadas
de árboles el regreso de la noche en tu cielo.

El Danubio y el Sena, el Támesis y el Rin,
el Ródano y el Tíber, todos tus largos ríos
discurrían a ejemplo del tiempo con sus fríos
reflejos que el destino llevaba en su confín.

Y el insólito Río de la Plata corría
más ancho y largo que otros, sobre el barro entre cañas
—así son nuestros ríos que alumbran las mañanas—
como corre entre sombras y juncos todavía".

La isla

Todo el mar se alejaba en la fragante
impasibilidad de las riberas
y la vegetación en las laderas
abría sus orejas de elefante.

Sobre las sombras quietas que describen,
con plenitudes dóciles, las calmas,
las formas verdaderas de las palmas
que en tu luz tropical y azul conviven.

Con el prestigio de la noche entramos
en tu esperada imagen. El concierto
que oyó tal vez Ulises, en el puerto,
desde el anclado barco adivinamos:

multiplicaba el aire su esplendor
en las quietudes que la selva agita,
en la música inmóvil que suscita
bailes que al movimiento da el amor.

Nos reclinamos en los blandos lechos
que ha tendido la arena de tus playas
para sentir, en forma de medallas,
tu corazón latir en nuestros pechos.

¡Playas donde el asfalto relumbrante,
que lleva en su corriente el Orinoco,
y el Amazonas turbio, poco a poco
deja tristes secretos de diamante!

El mar con su belleza cotidiana,

con su voz de sirena reluciente,
precisaba la luz y nuevamente
contemplamos la tierra americana:

en su cálido amparo los proyectos
de floraciones de hojas tropicales,
la frescura del aire en los umbrales,
eran preámbulos de amor, perfectos.

Prismático el recuerdo nos ayuda
a reconstruir las casas y la gente,
el mercado en las calles, la obsecuente
alegría del niño que saluda;

a mí me enseña lo que nunca vi
pues las imágenes por mí supuestas,
tal vez más que las otras manifiestas,
tienen el brillo adusto del rubí.

Cubiertos con sus velos delictuosos
indios extravagantes, extranjeros,
ganan los bosques verdes, los veneros
de sombras y de frutos deliciosos;

el colibrí, que ha desaparecido,
de vuelta de comarcas europeas,
entre las cabelleras idumeas
de una estatua recobra al fin su nido;

y el látigo infernal de las serpientes
que azota a las mujeres cuando, encintas,
cruzan el bosque, mancha con sus tintas,
en las entrañas, niños incipientes.

Durmiendo llego a veces a esa enorme
arboleda rojiza que humedece
tu dulce paraíso y que me ofrece
como un helecho su alma multiforme.

Allí en la claridad ritual revivo
la presencia de enero todavía:
instante impersonal de la alegría
que es de la dicha conmemorativo.

Vivimos como insectos aquel día
como si misteriosamente hubiera
transcurrido la vida toda entera,
en miniatura, su cronología.

Aún me demoro en una de las calles
frente a la puerta gris de una farmacia,
pero no es en América, es en Asia,
que veo el sortilegio en los detalles:

sobre el mármol convexo de las caras
vislumbro santidades reversibles;
también en las vidrieras increíbles
es mística la faz de las cucharas.

Antiguas, como estatuas de pastoras
transitan tus mujeres, con sombreros
de paja y flores, y los pordioseros
sueñan con dichas ensordecedoras,

mientras desfilan como alegorías
esos carros que llevan pasto seco,
en las maderas, letras, y en un hueco,
antiguos ramos de calcomanías.

Oigo la sibilina voz del perro
vigilando la choza desolada
y la sonoridad apaciguada,
avanzando en las noches, del cencerro.

Viajera, me acodé sobre tu falda,
en tus áureos relámpagos sentí
mi nuevo nacimiento: corregí

mi vida entre tus valles de esmeralda.

En tus casas de barro, sin edad,
pendían de los muros amuletos
y un tul aprisionaba los objetos
que eran de inmaculada ingenuidad.

Agitaban campanas en la mano,
campanas que eran flores, los nativos
adolescentes de ojos pensativos
corriendo en los senderos del verano.

Al aspirar tu blanca flor de caña
queríamos volver a la Argentina.
¡Por qué era nuestra tierra tan genuina
y en el mismo hemisferio tan extraña!

Si en el calidoscopio de la ausencia
un cristal polifásico diluye
el rostro amado, el puerto, el cielo que huye
tiñe también el tedio con clemencia.

¡Con qué misterio, el muro con avisos
en la calle más sórdida y más sucia
proyectaba bellezas, y la astucia
brillaba en la basura entre narcisos!

Bajo una confusión de enredaderas
junto a las puertas que no tienen llaves,
mirábamos el mástil de las naves
pintadas sobre el mar de las esteras.

“¡Ah!, cuándo volveríamos a ver
esa lumbre, esos frutos, ordenando
tu esplendor”, preguntábamos. “¡Ah, cuándo!”
Jamás somos los mismos al volver.

Ahora, isla profusa, te buscamos

en las voces arbóricas del viento
forastero y en el deslumbramiento
de esta memoria que te consagramos.

Sonetos en las líneas de una mano

I

Quiero morir si de mi vida no hallo
la meta del misterio que me guía,
quiero morir, volverme ciega y fría
como la planta que fulmina el rayo.

Si lo que ansío decir es lo que callo,
y si he de aborrecer lo que quería
sin asco y sin vergüenza hasta este día,
si todo lo que intento es mero ensayo,

será porque he vivido de mentiras.
Por no morir quiero morir. El viento
que suena entre los muros con sus liras

o el hibisco bermejo, o el fragmento
de la luna, siempre algo, hasta mi queja,
me deslumbra y me deja más perpleja.

II

Si la verdad se vuelve una mentira,
si se vuelve dolor la dicha aviesa,
si se vuelve alegría la tristeza
con sus falsas promesas cuando expira,

si la virtud a la cual en vano aspira
mi vida frustra la habitual promesa,
si el corazón de odio o de amor me pesa
y al helarse cual mármol, aún suspira.

Si no pude enmendarme al recibir
la ingratitud de los que más he amado
ni pude ensombrecerme al eximir

de mi cariño a los que me han colmado,
será porque los dioses me han herido
del inocente horror de haber nacido.

III

Qué ángel te librará de la tristeza
y te despertará un precioso día
sin memoria de lo que te afligía
y te dirá al oído: “Escucha y cesa

tus llantos. En mis brazos no te pesa
la lentitud del tiempo ni la impía
delación de los hombres. Eres mía,
ya no eres de este vano mundo presa.

Asómate a esta fúlgida ventana
por tu dicha adornada. Ya el dolor
se marchitó como una larga flor

cuya sabiduría al fin te sana
al disolverse porque se convierte
en polvo, en ilusión, en otra suerte”.

Oración

Si algún día advirtieras que he perdido
la anafórica voz que da el amor
promete que tu pánico furor
me ultimará a la entrada de ese olvido;

que me dará tu mano el prometido
veneno con su gusto amargo a flor,
que hundirás en mi pecho desertor
la bala o el cuchillo requerido.

No quiero, no, no quiero que el espanto
o el delictuoso horror de verme muerta
te detenga en el marco de la puerta:

dejaré de morir, serás un santo.
Herida puedo ser tu redentora:
yo sé que hay crímenes que Dios adora.

Leda y el cisne

El cisne que en el agua perduraba
como una nube arcana impenitente
miró a Leda en los ojos: gradualmente
en su conocimiento la abrazaba.

El amor que en sus alas respiraba
como Dios, como el sol, ardientemente,
recorría el adorno de la frente
la cintura y los muslos que enlazaba.

Ya el agua docta en repetir figuras
mostró que el cisne y Leda eran iguales
señalando en las sombras con blancuras

el cuello, el brazo, el cuello enamorado,
como las ramas de árboles rituales
que misteriosamente se han amado.

Imprecación al mar

(Escrito a bordo en el año 1951)

¡Mar insistente y duro predilecto,
aguza en mí la luz del intelecto,

no el gusto de las muertes prestigiosas
en tus aguas violetas e impetuosas!

Déjame precisar en mi desvelo
tu horizonte y arráncame este velo

que fascina mis ojos, que me llama,
como el amor o el fuego con su llama.

En tu fulgor, que emana de los vientos,
que en tus olas dibuja movimientos,

quiero dejar de ser, no ser humana,
dejar mi vestidura cotidiana,

o aspirando a una vida más furtiva
junto al liquen, al alga, al agua viva,

ser piedra apenas, piedra o caracol,
presa en tus vidrios como en un crisol.

No tienes árboles para alternar
tus sombras, ni retoños al cambiar,

bien lo sé, ni ese olor enardecido

que brota de la tierra si ha llovido;
no otorgas esa impávida promesa
que hace creer que es hermosa la tristeza;

no tienes lo que más me ha conmovido
de la tierra el follaje adormecido.

Si en su crimen Caín abandonado
corrió a tu orilla para huir de su hado;

si Andrómeda en el borde de tu abismo,
se ofrendó en actitud de misticismo;

si Eneas y si Ulises te buscaron;
si las sirenas áticas cantaron,

secretas y espectrales, en las ondas
de tus profundas, azuladas, frondas;

dentro de tus cristales si durmieron
los marineros rubios y murieron;

si no te asocio a Grecia solamente
o a una anterior edad coexistente,

cuando en el Paraíso, usurpadora,
sufrió la dicha plagios de tu aurora;

si Isolda y si Tristán se enamoraron
y para amarse te conmemoraron;

si enjugaste los ojos de Virginia;
si brillaste en el fondo de la insignia,

al pie de las ciudades murmurante
oscureciendo el humo tu semblante;

si a tus costas llegó perdido el ciervo,
con ramas, perseguido por el cuervo;

si en las noches australes cien caballos
corrieron a tu orilla entre los rayos;

si en tus puertos quedaron recogidas
manos aladas de las despedidas;

si un lamento marino de naufragios
cubrió tus costas claras de presagios;

y si yo en el presente he recorrido
tus noches y tus días y he querido

al limitar tu soledad cantarte
y como Palinuro antaño amarte,

librar mis sueños a tu sueño oscuro;
si he perdido el pasado y el futuro

viendo en tu variación sólo volar
tu pez de plata pálido y brillar

tu espuma con guirnaldas sobre el liso
indescifrable mármol indiviso,

es que en tus dédalos de agua la muerte,
con sus memorias, vuelve el tiempo inerte,

y que si no llevara pasaporte
—como la brújula que enseña el Norte—

podría no saber cuál es el hombre
que me acompaña y olvidar mi nombre.

Irrealidad

En los estuarios lentos de la tarde
habla, fuma y camina mucha gente,
el monumento hecho de mármol arde
y pasa el tiempo hiperbólicamente.

En las paredes hay olor a orina,
letras de tiza y piedras en el suelo.
Soy apenas yo misma. Soy Silvina.
La vida me circunda como un velo.

Un velo que me resta realidad
como cuando en la noche ladra un perro
adentro de mi sueño, en la ansiedad,
y abro el portón, que da a un jardín, de fierro.

El oblicuo espejo

Vemos por espejo en la oscuridad.

I CORINTIOS XIII, 12.

Sobre tu superficie que vibraba,
escuché en el cristal, como en un lago,
la voz de las imágenes: llegaba
entre las ráfagas del mundo aciago
al pudor inicial de mis vergüenzas,
de las mentiras con sus largas trenzas.

Llegaba de muy lejos y al mostrar
con perfección los rostros ambiciosos
del mundo, me dejaba vislumbrar
en sus claros espacios cuidadosos
la derramada y viva transparencia
del rubor que subía a mi conciencia.

Cuando me abandonaban en tus puertas,
perversas y adornadas las señoras,
con la blancura sabia de las muertas,
yo seguía los meandros de las horas
para llegar por fin a tus abismos,
al laberinto de tus eufemismos.

En mi contemplativa penitencia
hallé secretos que el silencio busca:
grababas, ingenioso, en mi impaciencia,
el ala inmóvil o la mano brusca
del aire, que iniciaba sobre mi hombro
los anónimos goces del asombro.

Reducías la eléctrica pendiente
de luz en los tritones con dos colas
y removías clandestinamente
los almocárabes y las consolas
cuando sobrevenían con sus urnas
invocativas noches taciturnas.

Yo moría entre muebles, entre arañas,
envidiando la estatua sin horario,
que fluctuaba en tu espacio con extrañas
inocencias de pez en un acuario,
irisada en los rayos de tu prisma
y conforme de ser como ella misma.

Intuí mi dibujado corazón:
las arterias, las venas, y las llamas
de su indeleble beatificación
mezclábanse en las cifras de las ramas,
a la desobediencia, a las espinas,
a la hamaca, al olor de las resinas.

Tu filo azul atravesó mis pechos,
con lentitud de asombro jubiloso,
llegó a mi sangre cuando en los helechos
brotaban ya las curvas del reposo
y volví a contemplarte virtualmente
como vuelve la náyade a la fuente.

Ah, qué esplendente era tu apología
a los balaustres del balcón, al ciervo,
al tronco inexorable que subía,
sinuoso entre las hojas, y protervo,
y extático, bajaba lentamente
sin ser visto a beber en el poniente.

Escondida detrás de mis facciones,
ordenaba secretos a mi cara,
estudiando las torpes convenciones

que me ofrecían a tu sombra rara:
me querías distinta, no como era,
o vegetal, como la enredadera.

Distinta, ay, no lo fui jamás bastante,
pues quién puede olvidar ya reprimida
la individualidad que es el brillante
que raya el vidrio helado de la vida,
que repite arbitraria cada día
la progresiva y misma melodía.

No fue un presentimiento junto al marco
de ébano con racimos, desparejo,
que el temor me apresara exiguo en su arco,
porque las apariencias del reflejo
demostraban que sólo era distinta
sobre mi pelo frívolo una cinta.

Que sólo era distinto aquel vestido
del vestido anterior que en el armario,
a veces con sus pliegues escondido
me esperaba para un aniversario
en que planchado y mío nuevamente
parecía después tan diferente.

No fue el presentimiento que más tarde
hallaría que iguales son los versos
de ayer, de hoy, de mañana, y que el alarde
de citar nombres propios, entre cierzos,
dédalos, tigres, rosas o el abismo
son formas de decir siempre lo mismo.

No fue el presentimiento que jamás
dejaría de hacer lo que otros hacen,
con arbitrariedad, con un disfraz,
repeticiones que no me complacen
en este sueño de la realidad
con menor o mayor felicidad.

Quise morir, quise morir, a veces
como en la oscuridad mueren las formas
cuando en la habitación te desvaneces
abandonando objetos que transformas.
Quise vivir, quise vivir sabiendo
perder lo que gané después queriendo.

Visitas que tu luz enumeraba,
inertes actitudes repetidas;
yo involuntariamente renovaba
entreabriendo mis manos divididas,
al acercarme con el mismo paso
a la ilusión visible de tu abrazo.

Temí la muerte porque imaginé
el lugar de tu ausencia circunstante,
a veces la busqué porque esperé
que en ella no se extinga ese diamante,
esa ventana en las habitaciones
donde repite Dios sus invenciones.

Más allá de tu espectro las basuras,
los hombres y las plantas seguirían
repoblando la tierra con oscuras
religiones que en vano extinguirían
su color: así extingue el cautiverio
el color de las aves con misterio.

Cornelio Agripa, Arquímedes, Narciso,
perros, barcos, amores que anegaste
en tu agua límpida como el Cefiso,
conmigo revivían: los amaste
porque buscaron tu complicidad
en el reverso de tu claridad.

El perro Okinamaro

a Sei Shonagon
(que vivió en el siglo XI a. C.)

Él, que paseaba un día coronado
de flores de durazno y de cerezo,
el triste Okinamaro como un preso
a la isla de los perros fue expulsado.
Cuando volvió al palacio oscuro, herido,
lo llamaste, pero él no te miró,
y nadie, nadie lo reconoció,
mas era él mismo, él mismo destituido.
Y lo reconociste en el momento
en que lloró a tus pies y que lo viste
desfigurado, sucio, hinchado y triste,
y lloraste con él su sentimiento.

Los diseños

Todo lleva el diseño del sol si lo miramos
y siempre lo miramos como a un rostro que amamos,
cuando el invierno vela su contorno imperioso,
adornando un paisaje helado y numeroso.
El fierro de las jaulas, la delicada niebla,
la noche reclinada que de musgos se puebla,
nuestros ojos, el agua, la piel de los jaguares,
el pez iluminado de plateados lunares,
el bronce lapidario, las basuras, el leño,
del sol y no del árbol todo lleva el diseño.
No, no es cierto. Las hojas, el vello sobre el pecho
de un varón, las arterias, los mapas, el helecho,
la pulpa anaranjada de una fruta, el gusano,
el tigre, el alga, el mármol, la palma de la mano,
el antílope esquivo, que en su oreja lo encierra,
todo lleva el diseño de un árbol en la tierra.

Del mismo período de *Los nombres*

No siempre (25)

No siempre el agua quieta es memorable
como en el lago sucio de la noche
donde las ramas besan sus maderas
y el cielo con el suelo se confunde
por eso cuando veo en inscripciones
infiernos y retratos que proponen
una posible eternidad abyecta
pienso en el cuello largo de los cisnes
que en mis sueños guerrean contra el mal
cuyos gritos retumban y salpican
el espectro la gloria en las tinieblas
repitiendo los signos de ese lago
contemplado en la orilla predilecta
donde vivo asociada a las hormigas
que bajan del barranco sobre el barro
para comer los pétalos violáceos
de las clemátides con sus estambres.

25- En Silvina Ocampo, *Pequeña antología*, Buenos Aires, Ene Editorial, 1954.

Testimonio para Marta (26)

Brillaba el sol de octubre y apenas lo veíamos,
cantaban las torcazas y apenas las oíamos.
¡Hablábamos y hablábamos, cruzábamos las calles
como en las pesadillas cargadas de detalles!
El Río de la Plata no parecía el mismo,
la llanura amarilla tampoco. Era un abismo.
¡Durante cuánto tiempo nos persiguió el terror
con sus caras obscenas, el impune opresor!
¡Durante cuánto tiempo, la fiesta aniversaria,
el disparate, el libro de enseñanza primaria,
la incesante inscripción, la furia, la vergüenza,
la adulación ardiente, la delación, la ofensa!
¡Durante cuánto tiempo, la cárcel, la locura,
la desaparición de una persona pura!
Saberlo era difícil, pues el tiempo no cuenta
cuando los hombres sufren y la vergüenza aumenta.
Era triste, era horrible, y era también ridículo.
El infierno no es más proficuo en desventuras
ni el diablo más sagaz en inventar torturas.
Pronunciando mentiras, provocando penurias
por medio de bocinas, vociferaban furias
como las mitológicas que persiguen a Orestes.
Las tiranías son siempre como las pestes.
Tendrás que recordarlas, existen estas cosas:
hay hombres todavía que veneran a Rosas.
Nos parece después de pasar la agonía
que es un sueño esta luz de octubre, esta alegría.
Las cofradías ávidas, los bustos se derrumban
y los gritos que se oyen de libertad retumban.
No queremos gobiernos, Marta, totalitarios,
no queremos volver a ser los adversarios
de personajes crasos, de anticuados tiranos

menos originales que los peores romanos.
Que haya existido Hitler abruma todavía.
Tenemos que abolir la aviesa tiranía,
abolir las torturas, volver a ser dichosos.
Que me escuchen los Dioses más misericordiosos:
Que no renazca el sol, que no brille la luna,
si un tirano como éste siembra nueva infortuna,
engañando a la patria. Es tiempo ya que muera
esa raza maldita, esa estirpe rastrera.
Que sólo en los museos estén los dictadores
como remotos saurios y no como señores.

26- En *Sur*, Buenos Aires, Nº 237, noviembre-diciembre de 1955.

Silvina Ocampo
Poesía completa II

emecé



Poesía completa II

Poesía completa II

Silvina Ocampo

Edición a cargo de Sara Luisa Del Carril y Mercedes Rubio De Zocchi, con la colaboración de Daniel Gigena

Índice de contenido

Ocampo, Silvina
Poesía completa II : colección Juan Gelman / Silvina Ocampo. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2017.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-04-3858-2

1. Poesía Argentina. I. Título.
CDD A861

Foto de tapa: Amanda Ortega

Editorial Paidós SAICF
Publicado bajo el sello Emecé®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: enero de 2017
Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-3858-2

Nota del Editor

Este segundo volumen de Poesía completa de Silvina Ocampo reúne cinco libros aparecidos entre 1962 y 2001, y doce poesías tommadas de antologías y revistas, que intercalamos según su fecha de publicación. La edición lleva también una página final de referencias bibliográficas.

No incluimos los prólogos de Manuel Mujica Lainez y de Jorge Luis Borges que acompañan respectivamente Árboles de Buenos Aires, 1979, y Breve santoral, 1984. *De este último libro, sólo ofrecemos cinco poemas, porque los restantes, "El ángel de la guarda", "Santa Rosa de Lima", "Santa Teodora", "San Arsenio", "Santa Serafina", "Santa Inés", y "Santa Lucía", se encuentran en Amarillo celeste, 1972.*

Tampoco incluimos el prólogo de Poesía inédita *y* dispersa, 2001, *firmado por Noemí Ulla, quien realizó la selección de esta edición póstuma, y cuyas notas transcribimos con sus iniciales.*

En sus últimos libros de cuentos, Silvina Ocampo publicó algunos textos en verso que no se recogen aquí. Ellos son: "Anamnesis", de Los días de la noche, 1970*; "La fiesta de hielo", de* Y así sucesivamente, 1987*, y "La alfombra voladora", "Arácnidas", "Los enemigos de los mendigos", "Leyenda del aguaribay" y "La begonia china", de* Cornelia frente al espejo, 1988, *publicados en* Cuentos Completos II, *Emecé Editores, 1999.*

Al reunir el conjunto de la obra poética, hemos notado que en algunos casos hay poemas que llevan el mismo título o un título similar. Con una nota al pie remitiremos a la página y al volumen correspondientes.

Poesía completa, *editada en dos volúmenes, constituye un justo homenaje a Silvina Ocampo en el centenario de su nacimiento.*

LO AMARGO POR DULCE

- 1962 -

Acto de contrición

Tengo en mí tantos arrepentimientos,
tantos inútiles presentimientos,
una fidelidad ciega de perro,
un corazón que puede ser de hierro
que no conmueve a veces ni la muerte,
ni la alegría, ni la buena suerte.
¡Si tengo un corazón es para que arda!
No he agradecido al ángel de la guarda
que esté junto a mi lado noches, días,
brillando como en las calcomanías.

He pecado por faltas de omisión
y aún más por insólita obsesión.
Lo que me ocurre, ha de ocurrir mil veces
antes de tiempo y después ¡ay! con creces.

Los actos primordiales no contaron
para mí, sino cuando se alejaron,
a ejemplo de los nítidos cipreses,
de las piñas que son como los peces,
del río que relumbra hecho de mica
en mi memoria que los multiplica.

He desdeñado lo que precio ahora
los secretos del tedio, cada hora,
la diversión de la monotonía,
y ese deslumbramiento que varía
de los años que sobran y que faltan
en las agujas del reloj que saltan.
Fui y soy la espectadora de mí misma;
cambia lo que entra en mí como en un prisma.
La espectadora soy desesperada

de la malignidad con traje de hada,
del disfrazado diablo que es un santo
niño de carnaval que sufre tanto.
La que tiembla de miedo de sufrir,
que de amor a la vida ansía morir;
la que llora por sí con penas de otros,
que dice sólo “yo” al decir “nosotros”.

Pienso: el humo, el follaje se parecen,
pero sólo las hojas reverdecen.
¿Del mal, del bien podré decir lo mismo?
No. El mal reverdece en el abismo.
Dentro de un pálido calidoscopio
a veces fascinante como el opio
sentimientos dispares en mí están;
cambia así de lugar sin fe Satán.

Hay luz, hay rosas y hay basura
y repugnancia en la ambición más pura,
como hay felicidad en mi dolor
y en mi dicha siempre algo aterrador.

Tantas ventanas tiene el mundo abiertas,
tantas puertas, espejos, gentes muertas,
como remordimientos mi inocencia,
o mi maldad insólita conciencia.

¡Por qué con ojos que no llevan venda
me interné por la interminable senda
del pecado que gira en espiral
perdiendo lucidez con tanto mal
para entrar en el sórdido edificio
pobre y monótono del maleficio!
¡Por qué me desnudé frente al balcón
si no entra el sol en todo el corazón!
¿Acaso era la piel y no era el alma
la más capacitada en darme calma?
¿Por qué miré de pronto a una persona

como si viera en ella una corona
que la elevara al rango de los dioses?
¿Por qué me inspiró el bien males atroces
y el mal inextricable, algún placer
que se asemeja en suma a perecer?

***

¿Por qué no contemplé a la demás gente
a la par de un jardín atentamente?
¿Y por qué si me hablaron me alejé
pensando en otras cosas y escuché
sólo el cóncavo grito de la mala
estatua avergonzada de una sala
o el ruido lacerante de un cristal
humanamente sobrenatural?
(Apenas sé por qué me fascinaban
como voces de iglesia que cantaban).

Repugnante y atroz cual lepra aviesa
que contagia la boca que la besa
cual gangrena que horada hasta los huesos,
cual rencor humillado aun por los besos,
como si fuesen de oro y adorados
se cultivan en mi alma los pecados.
Culpable soy. No necesito vino
para embriagarme y el color divino
de cualquier rosa clava en mí su espina,
para hacerme sufrir, y la mezquina
indiferencia por la humanidad
me persigue. No digo la verdad
y si la digo es como si mintiera.
Del árbol soy la horrible enredadera
que de abrazar al árbol lo estrangula
porque el amor al crimen me vincula.
Vivo en un mundo negro y amarillo:
no sólo la alegría tiene brillo:
los juegos de artificio que son rojos

brillan como la lágrima en los ojos,
brillan también las uñas de los muertos,
el agua putrefacta de los puertos,
la forma de una herida reluciente
de alguien que está muriendo de repente.
Sólo por interés amo a quien me ama.
¡Qué diferente soy de cualquier lama
que lleva a Buda, guiado por su estrella,
mensajes como lleva una botella!

¿Por qué inventé el objeto que admiré
y el que era de valor lo rechacé?
Y ¿por qué en vano anticipé la ausencia
como un fantasma de mi preferencia
buscando siempre contrariar lo actual,
lo más perfecto o lo que fue ritual
colocando su insólita figura
junto a la realidad que ha de ser pura?
¿Por qué el remordimiento ha lacerado
mi corazón de un mal que no he enmendado
ni en la niñez en los espejos fríos
que eran cuchillos grises o bien ríos?
¿Por qué fui lo que fui? Fui lo que soy,
lo que no me acostumbro a ser ni hoy,
lo que el amor me llevó siempre a amar
o bien involuntariamente a odiar
como si en mi conciencia hubiera un león
o un santo agazapado en la ilusión.
¿Sólo la imagen sola será cierta
y el resto una ilusión tras una puerta
cerrada que jamás llegará abrirse
aunque el cuerpo pudiera redimirse?
¿Sólo la imagen permanece y vuela
como la llama que ilumina y vela?

Los mensajes

La palma de mi mano es una hoja
de árbol o de papel cuadriculado
donde escribí mensajes en mi infancia
con tinta azul, violeta, verde, roja.

Nombres inconfesablemente impuros
que jamás me atrevía a pronunciar
escritos, en la palma de la mano
se tornaban más tersos e impolutos.

Si no podía descifrar mi letra
el ser ubicuo a quien le dedicaba
los mensajes secretos, humillada
borraba con jabón y piedra pómez

los signos hasta que otros escribiera
de nuevo, con idéntico propósito
y ardientes puntos de interrogación,
mi diestra cruel sobre mi palma izquierda.

Los textos que borré, no han perdurado
en ningún sitio actual de la memoria,
ni cofre, ni cajón los atesora
para curiosidad y ansia nostálgica.

Ahora quedan líneas con sus ramas
que sirvieron de rúbrica a esos nombres,
líneas que son mera lucubración
para investigaciones quirománticas,

y no el desesperado grito ardiente,

como el que hizo morir en Roncesvalles
a Rolando en el cruel despeñadero,
de un solitario niño a un compañero.

El pecado

La hora de la cena era el momento
en que yo siempre me ruborizaba:
la visita letárgica nombraba
ese pecado que era mi alimento.

Yo no comía porque mi sustento
me saciaba de horror. Me avergonzaba
aquella flor que tanto se esmeraba
en adornar mi plato y mi tormento.

Dentro de un cuadro un perro me miraba
y cuando aparecía la bandeja
con el café y las tazas y la queja

por el calor que hacía, me escapaba.
La luna, a veces tan deforme y fría,
sin virgen, era la medalla mía.

Amor (1)

El amor es como una enorme casa
llena de adornos que no valen nada
para el que no ama y con una mirada
cree que lo reconoce y bien lo tasa.

Piensa el intruso “En cualquier parte hay cosas
como éstas y no hay nada original,
todo es imaginario y nada real.
Parecen de papel hasta las rosas”.

Tal vez se detendrá por un momento
frente al lugar común llamado lecho,
donde vuela Cupido sobre el techo,
pensando “¡Y a esto llaman sentimiento!”

Mas en recuerdo robará una rosa.
Después, volviendo a su aposento helado
rezando “quiero estar enamorado”,
abrazará a su amante o a su esposa.

1- Hay otro poema con este título, (véase). Existe también un cuento titulado “Amor”, véase Silvina Ocampo, *Las invitadas*, 1961, *Cuentos Completos* I, Buenos Aires, Emecé Editores, 1999.

Ser

Queremos ser a veces lo que somos
y a veces con pasión lo que no somos:
difícil es trocarse en otra cosa;
difícil es morir en uno mismo,
y la vida parece un cataclismo
con dédalos que son como de rosa.

Ingratitud

Cuántas veces pasé ¡oh ingratitud!
frente a tu muro impávido de piedra
llevando el corazón entre mis manos
como si fuera una torcaza gris,
herida, que podía proteger
de los embates de tu indiferencia.
“Qué importa”, murmuraba entre mis labios,
“qué importa ser el blanco del olvido.
Desdeño yo el desdén que me dedican,
mas si mi corazón fuera una piedra
lo arrojaría contra tu edificio.
Me pesa el corazón entre las manos
y envenenado está como tus flechas...”
Y cada flecha entraba más adentro
del corazón que nada protegía
porque estaba en mis manos, no en mi pecho,
como granada y no como torcaza.

Reproches de una música

Si diversa a la luz es la tiniebla,
por qué se puebla el día de exclusiva
oscuridad y sólo los colores
que te llevan al centro de la noche
brillan con lumbres sobrenaturales,
sapos que cantan sus largos amores
y otras personas que tal vez existen.
Yo creo que la luz te ciega a veces
y que la oscuridad es una lámpara.

Si diversa a tu muerte es tu existencia,
por qué te ultimas siempre cuando vives
y vives cuando estás ya casi muerto
después de haber bebido ese veneno
que es amargo y que es dulce y que no mata,
esos venenos agrios de las plantas
y de los minerales que has probado.
La muerte existirá tal vez para otros
y para ti no existe ya, aunque mueras.

Si diverso a tu goce es tu dolor,
por qué padeces tanto al obtener
la dicha que esperabas, te le acercas
atónito con íntimo desgano,
como en la arena turbia de los circos
un santo al sacrificio entre los leones,
cuando en el horizonte baja el sol
y una frescura de árboles que ignoras
dentro de la esperanza te detiene.
Yo creo que tu goce tiene aristas
duras como la arista de las piedras
y que no sólo de dolor te quejas.

Si diverso a tu amor es tu odio, escúchame,
por qué quieres herir, martirizar
al esperar, enumerando el tiempo
sin números ni agujas con el agua
de infinitas lentísimas clepsidras
en tu imaginación que se prolonga
y al tormento de amar te precipita,
a ese lugar ubicuo de la ausencia
donde te olvidas, no te olvidas, vuelves
a hablarte y a mirarte y a abrumarte.
No sé, no sé por qué, no sabré nunca
si quieres torturar o torturarte.
Si diversa a tu culpa es tu inocencia
por qué esperas que un crimen purifique
mejor tu culpa cuanto más la sientes
y buscas sólo lo que está vedado,
lo absurdo, lo distante, lo perdido
contaminado por culpas menores
que son y que no son tu propia culpa.

Dos árboles

Dos árboles idénticos ofrecen,
sobrellevando el alba y el poniente,
al cielo, a las palomas y a la fuente
una energía doble en que perecen.

Dos árboles se abrazan; no parecen
árboles; han de ser una serpiente.
Con espasmos de amor intermitente
estrechados diríase que crecen.

Dos árboles copulan, y los mata
el amor deslumbrante que prodigan;
en cada tronco y rama, como rata

que roe, les murmura “sigan, sigan”
el ímpetu ritual de cada hoja,
que los vincula, exulta y los despoja.

Mueren antes que el árbol solitario:
para unidos formar algún armario,

escalones, balaustres o una silla
bajo la luz eléctrica amarilla.

Siesta (2)

A Ayax

Con la pata del perro entre mi mano
dormí una aciaga siesta aquella tarde.
No había nadie y en el viento que arde
susurraba la fiel voz del verano,
mas sentí que la calma de mi perro
pasaba por mi brazo hasta mis ojos
volviendo en rosa los colores rojos,
en suaves plumas la cama de hierro,
y me dormí como si no existiera
otra felicidad que aquel momento,
otra persona que aquel perro atento
que dormía mi siesta en una estera.

2- Hay otro poema con este título, (véase) ; véase también “La siesta”, pág. 44 de *Poesía Completa* I.

Morir

Yo iba a morir aquella misma noche
y vi el fin de mi vida como un broche
de amatistas y de oro impenetrable
y con resignación irreparable.
¿Acaso era un espejo? Vi mi cara
y dejé que la luz la traspasara;
un tintero y mi busto eran de bronce;
un reloj invisible dio las once,
el médico me hablaba de otras cosas;
en mis muñecas puso las esposas,
miré los vidrios de las quietas puertas,
oí la voz de las baldosas muertas.
Y ahora advierto que esa muerte fría
era mi dicha: a Dios se la pedía.

Espera (3)

Ese temor, ese esperar el día
en que llega una carta, prometía
la noche desvelada en un abrazo,
la soledad, luego el temor acaso
que hizo tramar suicidios, otras muertes,
para de algo poder agradecerte...
pero el bosque existía con sus flores:
me perdí en él como en otros amores.
Eran flores abiertas sin fragancia.
¡Ah, qué lejos estaba de la infancia!

3- Hay otro poema con este título, (véase).

Grito

Vi la colcha rosada refulgente
en ese hotel, laberínticamente
intuí que ese color presenciaría
tus amores secretos, lo sabía.
Después en galerías al huir
de aquel cuarto cerrado pude oír
el grito que ella daba entre tus brazos,
que persiguió mis delictuosos pasos.
Mi dolor y tu goce han entregado
similares memorias al pasado.
Y muchas veces suelo preguntarme,
recordando mi angustia al alejarme,
si el grito no habrá sido tal vez mío
y mi silencio tuyo como un río
de sangre adentro de tu corazón
con el caudal que lleva la pasión.

En la arena

Un día moriré de saber todo
lo que no me gustaba y hoy me gusta
o lo que me asustaba y no me asusta.
Un día moriré de cualquier modo,
quiero jugar por eso hoy a estar muerta,
sin ávidos gusanos y sin pena,
cubierta como fruta por la arena
en esta playa para mí desierta.
Nada preguntará mi afán inerte.
Veré tu faz mojada. Eres mi orilla
marítima con luz toda amarilla
sin el agudo miedo de perderte
entre los caracoles y la sal
donde estoy reclinada ya sin mal.

Persuasión del sueño

¿Qué palabra callada no adivino?
¿Qué lección que no es mía has aprendido?
¿Qué destino que busco ya no es tuyo?
¿Qué te detiene en mí? ¿Qué amor? ¿Qué muro?
No existen ni el dinero ni las tiendas,
ni los remates de las casas viejas,
ni basuras lujosas, miserables
en las casas que pueblan esta tierra.
No existen los zapatos que mirábamos
en los escaparates alineados
ni esas filas de postres, de sombreros,
que esperan que alguien pronto se los lleve.
No existen los botones verdes, grises,
Dios mío, ni el vestido, cada día
el cuello, las corbatas y los trajes,
ni los prontuarios ni los pasaportes
ni el pescado plateado y las verduras
en el mercado en un rincón oscuro.
No existe aquella sala gris de espera
ni la oficina con sus anaqueles.
No existe la pobreza ya de nadie
ni la velocidad con automóviles.
Ven conmigo. La noche nos prefiere.
Sigamos un sendero que nos lleve
a un mundo sin objetos para amarnos.
Quedemos en silencio. Que el espacio
olvide las palabras que dijimos
en los lugares más inverosímiles.
Las persianas están todas cerradas
y nadie pasa por ninguna calle.
Los ladrones también están durmiendo
y el agua que no duerme nunca, duerme.

Las piedras ásperas que tienen párpados
ensimismadas nos verán pasar.
No interrumpe su voz azul el eco
en los sitios perfectos de la tierra.
Es hermosa la vida y es horrible
—por ser hermosa, horrible al ser horrible—.
Dame tus manos en la oscuridad,
contempla lo visible en las tinieblas,
sin mirar, sin pensar, sin preferir.
Como si de nosotros mismos fuéramos
una maravillosa aparición,
con nuestros pies desnudos sin movernos
a la vigilia seamos antagónicos,
que mañana seremos ¡ay! los otros.

De amor y de odio

Afuera está la primavera inmunda;
la irisada paloma que fecunda;
los insectos, que son como ladrones,
ya lo sé, en los azahares con limones;
las glicinas guarangas derramadas
ensuciando baldosas coloradas;
novios que unen su risa y sus cosméticos
junto al jazmín del Paraguay, frenéticos;
frente a columpios exhibicionistas,
en lascivas posturas de ciclistas.
El viento lleva el hálito caliente
de las bestias, y lo infunde en el ambiente,
humedece las hojas de calor,
riza el pétalo esquivo de la flor.
Y el frío sólo está en el corazón
como un pozo en la arena, sin pasión,
con espejitos que atesora el mar
que sabe a lágrimas para mostrar
el frío conmovido que se eleva
del fondo misterioso en que se abreva.

Alquimia traslúcida

¡Qué luz conmovedora hay en el aire hoy!
Las hojas no se mueven. No pienso en lo que soy.

Si fuera árbol sería el árbol que estás viendo
con su copa entreabierta, que seguirá creciendo.

Si fuera ave sería la que estás escuchando:
ese canto estridente que se va resignando,

y si fuera jardín, este mismo jardín,
mis pulmones jacintos, y mi tráquea jazmín,

o si fuera una piedra, o sólo polvo, arena,
que el viento hace girar con su ímpetu sin pena,

sería lo que soy, lo que recuerdo ser,
en tu alquimia traslúcida que me hace perecer.

A mi desesperación

Si fueras alguien,
una persona, como fuiste a veces,
no importa dónde, en una torre,
en la orilla del mar, en un mercado,
en un bosque, en la nieve,
en una dársena, en un andén,
en un hotel donde resuena música
o en un cuarto cerrado donde nadie
sabría que me amas tanto
como siempre te amaría.

¡Ah! no me dejes dentro de mis hábitos
ser la víctima sola del destino
de mis antepasados enemigos,
de mis amigos ya perdidos.
Haz de tu oscuridad surgir el rayo
que en el óvalo verde de las hojas
trueca el suplicio en goce.
Oiré tu voz ensoberbecida.
Si tu labio que besa tanto mármol,
tantas personas pobres o pudientes,
tantas bestias y tantas plantas
ayer, hoy y mañana para siempre
en el gastado anillo de las horas
no me hubiera enseñado tu cruel sabiduría
tus deslumbrantes transformaciones
no temería menos tus violencias,
pues eres más porfiada que los vientos,
que la virtud y que el pecado,
que las constantes estaciones
y que el canto enervante del zorzal.

Ah, cuánto amor nos pides...

¡Ah cuánto amor nos pides siempre, amor
cuando entreabres tus puertas y nos llamas
a tus oscuras casas donde hay llamas
y un incestuoso asombro velador!

¡Por qué, cambiando tanto tu favor,
escondes las espinas de tus ramas,
y enseñas la dulzura de tus camas
si eres un ángel exterminador!

Por qué fingiendo a veces ser distinto
de ti mismo, con sabia extravagancia,
nos conduces al largo laberinto,

donde estábamos presos en la infancia,
por ti inocentes, crueles sin perderte
dentro de todo lo que nos pervierte.

Encuentro

Evocaron personas y animales
nombres escatológicos de un muro
y aquellos juegos en el cuarto oscuro
y miedos en la noche, elementales.

Evocaron los actos desleales
que habían cometido. En un conjuro
revelaron lo que era más impuro
en ellos, prometiendo ser iguales.

Y preguntándose ¿por qué suspiras?
el uno al otro con benevolencia
evocaron con ruedas de mentiras

aquel prístino encuentro del amor
que fue un extraño y obcecado horror
a las formas del sexo, a la inocencia.

El abrazo

Como en el laberinto de una rosa
presos entre los pétalos suaves
y organizados del amor, con claves,
los dos pensaban en la misma cosa:

en la separación, que es horrorosa,
y el equilibrio del abrazo. Graves
diciéndose incesantes “¡ay, no sabes!”
y “te detesto” con voz afectuosa

evocaron echados en el lecho
las fogatas remotas de la infancia,
evocaron la arcana exuberancia

del vegetal, en su continuo acecho,
y el hábito adquirieron mutuamente
él de ser madreselva, ella serpiente.

Los días perdidos (4)

¡Qué haré, días perdidos, con vosotros!
Qué haré con vuestra invisibilidad,
con vuestro pan, con vuestra mesa diaria,
con vuestras penitencias, vuestras fiestas,
qué haré con vuestra disimilitud
que distinguí sin duda en un momento.
Qué haré con vuestra luz, con vuestras horas
fantasmas del olvido, del delirio
y del recuerdo, raudo como un río.
Días perdidos de mi vida, anáforas
que la noche del tiempo me ha robado.
Días que me parecen hoy tan bellos,
tan vacíos y lisos y perfectos.
Os buscaré gritando por los bosques,
por los ríos que mueren en el mar
cuando los últimos destellos glaucos
de mi vida hayan muerto con mi cuerpo.
¿Qué haré para recuperar la dicha
que no supe encontrar en vuestras horas
cuando las preferidas se consuman?
Os buscaré rogando sin descanso
en las casas vacías, en los pueblos,
en el jardín, en las cenizas verdes
de un magnífico mundo obliterado.
¿Qué haré con vuestra pálida constancia,
con esa gente que no conocí?
¿Qué haré del lavatorio con el grifo
que deja caer el agua gota a gota
para la oscuridad del tedio ambiguo?
¿Qué haré, Circe perversa, con la magia
en busca de la voluptuosidad?
¿Qué haré con esas voces del teléfono?

¿Qué haré con vuestra interminable infancia,
con todas las tediosas distracciones,
con los actores del cinematógrafo,
con vuestros abalorios y barajas,
con vuestros claustros y vuestras iglesias,
con vuestras numerosas cofradías?
Si no concuerdan con las cerraduras
¿qué haré, qué haré con todas vuestras llaves?

4- No sé si este poema es originariamente mío o si es una traducción del inglés. Me acompaña esta duda desde hace tiempo. Entre tanto el poema se alarga, crece, y se hace mío. Poco tendrá que ver ya con el hipotético original; si algún lector lo conoce le agradeceré que me lo señale. (*S. O.*)

Lamentos del vano amor

A una estatua rota

Por qué en las vanas alas del deseo
me acecha esta ansiedad cuando te veo,

esta ansiedad que puebla las oscuras
galerías de sueños que estructuras,

cuando desesperada al fin me duermo
en jardines nacientes o en el yermo.

Ah, por qué si eres menos importante
que un adorno afectado, extravagante,

mucho menos hermoso que el reflejo
del baldío en el fondo de este espejo,

menos que una canción o que una frase
que puedo repetir cuando me place.

Por qué, si ni siquiera eres la estática
estatua rota que te imita, asiática,

ni el corazón ardiente de tu mano
que me engaña evocándome el verano,

ni en mi boca la luz de tu cabello
que me tapa los labios como un sello.

Por qué, por qué si existe tanta gente

te elegí a ti que eres evanescente,

como un objeto sin inteligencia,
como detritos de ave, sin conciencia.

Imitaciones (5)

Calandria, jamás cantas tu canto
definitivo porque cantas
el canto de los otros pájaros:
no lo sabes y crees que inventas
siempre tus propias melodías
que otros pájaros remedan.

5- Hay otro poema con este título, (véase).

Oscuridad

Tal vez nadie te ame como te amé aquel día.
Ni yo misma. Qué oscuro estaba el aposento.
En la dicha que fue también padecimiento
tu clandestinidad era, en tinieblas, mía.

Las cortinas metálicas y las ruedas que giran,
el confuso rumor de ascensores, los cables,
en el viento afilado las escalas variables,
los gritos ambulantes, con voces que se estiran,

no anunciaban que afuera persistieran las cosas
como siempre: las tiendas, la gente, los carruajes,
los letreros políticos, las miserias, los viajes,
los portafolios rotos, los zapatos, las rosas.

Y para recordarte, sin querer, en mi olvido
compuse este catálogo de sonidos diversos
ahora descifrables, antes vagos, dispersos,
que paulatinamente adquirieron sentido,

rostros, mitos y luego complejas vestiduras,
rituales perfecciones, edificios de frente,
en esa luz que a veces aun sin amor consiente
como la eternidad a elaborar figuras.

Saber sufrir

No sabemos sufrir sino después
que transcurrió el dolor y lo perdimos.
No sabemos sufrir sino al revés
del tiempo y de su edad que revivimos.
¡No comprendo por qué, por qué no vemos
que hay flores que florecen de otro modo,
que hay esplendores que no agradecemos
en la pena que brilla hasta en el lodo!
Y por eso al oír este sonido
que mi mente registra por las noches,
vuelvo a añorar el mágico silbido
que oí, muriendo, al paso de los coches.

Recuerdo ajeno

A Francisco

Un recuerdo que no era mío ardía,
en mi corazón solo aquel verano
en las rosas vibraba y en la mano,
que alguien había conocido un día.

Las sombras no eran las que yo veía
ni el caballo, ni el muro rojo arcano,
ni aquel oscuro y quieto franciscano
que repartía estampas y partía.

¡Prehistórico recuerdo, no eras mío!
Me quité los zapatos y el sombrero
para huir por barrancas hasta el río.

Como a Jacob el ángel, me asedió
aquel desconocido que me hirió.
¡Ah, qué infinito fue aquel mes de enero!

Cama

En dormitorios que no veré más
que fueron los testigos de mis viajes;
en dormitorios hondos como bosques
y que están dedicados al asombro,
en los que se desplazan con un tren
para llevarnos a un lugar cualquiera;
en los barcos anclados al adiós
con un ojo de buey que encuadra el sol;
en los que persistieron con rumores
de chicharras, con lunas delictuosas;
en los otros que son meros pasillos
que nos adjudicaron en la infancia;
en los secretos, que el amor concede;
en aquellos que son sólo una playa
con las mesas de luz hechas de arena;
en aquellos que son una azotea
o entre los abanicos de las palmas
un pedazo de tierra de un domingo
tuve una cama que no olvidaré.

Su cabecera fue a veces de bronce,
de madera, de pecho o de follajes,
de papeles de diario o de cemento.
Su colchón fue de pasto o de baldosas,
de tigre o de león embalsamado,
de lana o de mosaicos o de plumas,
de arena suave o de algún cuerpo humano.

Cama en la oscuridad, supuesto río,
que lleva a las regiones subterráneas
del sueño, del silencio o del reposo.
Horizontal como el desierto fuiste

como el fondo del mar y silenciosa...
En ti escuché los ruidos más remotos
que llegan de los puertos y del campo.
En ti supe morir estando viva;
vivir cuando creí que estaba muerta.
Asesiné, olvidé y amé sin tregua,
bajo tus baldaquines invisibles.
Un infinito perro no sería
más constante que tú, a través del tiempo.

Poema para una muerte efímera (6)

A A. B. C.

Pasaron como naves cargadas de frutas,
como águila que vuela a su comida.
JOB, IX, 26.

I

Qué suave podredumbre, con ese imperceptible
filamento más puro, que ha de llegar del río,
oh Recoleta, frente a tus puestos de fétidas
flores de cementerio, aspiré en tus jardines
para morir después tan subrepticiamente
y renacer de nuevo como si fuese un hábito.
"Oh tiznada araucaria, oh gomero irreal
nutridos de excrementos, de semen y de vidrios.
Oh párvulos, oh cántaro, oh fuente que es batea
de mendigos ardientes que jabonan la ropa.
Oh muros que atesoran nada. Paloma herida
por niños delictuosos que juegan a enterrar".
Invariable, pensaba: *"La muerte es de los otros,*
la muerte con sus rígidos códigos y aparatos
no ha de pertenecerme. Viviré para siempre".
Mas el sueño sin sueños prefigura la muerte:
me llevó a mí a un insólito Parque de Diversiones.
Deslumbrada aprendí que sabía morir
tan bien como los otros o aproximadamente:
"Ser sólo un pizarrón, ser un papel carbónico,
ser el chiflón que pasa por la puerta entreabierta,
ser el presentimiento que se cumple por fin,

ser la oscuridad máxima de un negro terciopelo
o un gusano sin hábitos o el mar donde no hay luz
o el polvo sin pupilas no es para mí ridículo,
ni imposible, al contrario, hoy me parece fácil”.

II

Llegué a través de un túnel de nuevo a la conciencia
y desperté en un cuarto creyendo que era el mío.
“¿Dónde estará la santa que a un incendio asistió
con un libro en la mano y se quemó la diestra?
¿Y dónde estará el sol rayando la mañana?
¿Dónde las incesantes casas en construcción,
el rosado horizonte del Río de la Plata,
las naves y las nubes, la luna y el hollín,
y nosotros, espejos del desorden que vemos?
¿Dónde estamos, si yo no estoy entre vosotros?”
Para mi voz de rata soberbia no hay respuesta:
sólo una trilladora en la calle responde
al ronquido sereno de la enfermera atenta.

III

Mi cuarto era sin duda la imitación del mío
y mientras inundaba el agua a Buenos Aires
se volvían acuáticas mis constantes visiones:
presciencia de noticias que después anunciaron
los diarios cotidianos, ruidosos, estrujados
en los cuartos vecinos, con olor a tabaco.
“¿Qué hace la gente en grupos? ¿No serán monumentos?
¿Eso lila es el agua? ¿Eso amarillo es tierra?
Esas casas de piedra con ventanas exiguas
que trituran la cara de la gente asomada
¿en qué mundo se ubican, en qué Apocalipsis?”
Metálica la lluvia arreciaba en los vidrios:
sus alas arbitrarias de pájaro infinito
en la pared dejaban manchas de humedad, símbolos

que más tarde entreví como cuadros diabólicos.
¡Amarillo limón, lila, lila rosado,
ocre oscuro y azul, azul cobalto, verde!
Una historia del Arte minuciosa y perfecta
trazaban mis visiones, cronológicamente.
Ni la China ni Egipto faltaron en la serie
de imágenes, ni dioses paganos, ni Jesús
con todos sus discípulos, ni triangulares vírgenes,
ni aquel ojo de Abel incesante, ni El Génesis.

IV

Esa banda de música con silbos conmovidos
que oí toda una noche hasta el alba en las íntimas
azoteas desnudas de las casas vecinas...
esa banda de música con silbos penetrantes
recordando la muerte de un ídolo llorado
por hombres que acudían a un jardín donde juegan
las niñas sordomudas, con ira en los columpios,
me pareció más real que la cara atrevida
de aquellos nueve médicos que rodeaban mi cama.
Guirnaldas prominentes de rosas naranjadas,
bajo-relieves griegos decoraban los muros
del dormitorio avieso que no reconocía.
Un león blanco miraba mis ojos con ternura,
y bailaban en rondas diáfanos arlequines
como en el fondo de una piscina, lentamente,
esperando la augusta llegada de los carros
felices y alegóricos, con arneses lustrosos
y con caballos negros que trotaban al son
de cascabeles nítidos. *“Bailarines volved,*
con rombos en delirio. No os transforméis en monstruos
como el ángel en hiena, como Cristo en un mono,
como la juventud en vejez, como el goce
en torturas y la honra en oprobio”. ¿Por qué
nadie oía mi voz? *“Oh Dorinda Fontenla,*
¿no adviertes que una enana como un perro te sigue?
Tú, Yusefa Sicinska, ¿no sabes que en el vidrio

rosado de tus lentes llevas en miniatura
Vladivostok y un niño?” Nadie oía mi voz,
porque mi voz tenía el hermético timbre
que tienen las visiones, y el color arbitrario.
“Recorren la arborada extensión de mis venas
dominios persistentes que no son de mi sangre.
Para poder vivir dentro de mis visiones
conozco los secretos de la frivolidad,
las modas que transforman el pelo, las orejas.
Recreo en este cuarto a la naturaleza:
soy árbol: tengo sed; soy piedra: que me arrojen;
soy fuego: que me agreguen las alas que me faltan
para dejar de ser lo que soy un momento...”

V

Sólo en la cara fría del reloj pasa el tiempo
y hablando de alimentos irrumpe en los descansos
la consuetudinaria y falaz alegría
de aquella hermana de caridad alemana
y el fragmento de un árbol, allá afuera, impertérrito,
pega el cielo a los duros vidrios de la ventana
cuando las enfermeras exclaman “listo el pollo”
a la paciente incauta que gira envuelta en sábanas
entre las pinceladas del rojo mertiolate,
y el color tan preciado de la orina en los frascos.
La enfermedad se extiende con subterfugios lúcidos.
“En qué profundidad del mar me hallan, me pierden
y vuelven a buscarme con vuestras herramientas.
Doctores, vuestras caras importunan la noche:
me espantan, son diversas. Arrancad vuestras máscaras,
las lámparas de vuestras negras frentes de cíclopes.
Un día haré un poema denigrando estos ritos.
¿Qué veneno en la sangre, qué veneno en la orina
perturbaría tanto el organismo como
vuestra presencia: atisban así los hombres-ranas
el fondo del océano y aterrando se aterran?
El pavor del paciente crece como el del médico”.

Nadie oía mi voz. “*Amigos olvidados,*
que alguno de vosotros admire los arneses
de mis caballos negros, que oiga los cascabeles,
que vea las cariátides hermosas y nefandas.

VI

Nadie oía mi voz. “*Amigos olvidados.*
No busco vuestras caras dentro de mis visiones,
nadie que yo conozco aún estuvo en ellas,
pero quisiera estar con vosotros mirándolas:
mirando aquella nave de oro, griega, en el puerto,
cargada de cabezas, de cuellos y de brazos,
o aquella enredadera humana y admirable,
o aquellas dos montañas hechas de hombres de piedra
combatiendo con miembros fríos, blancos, agudos,
o aquellos rostros jóvenes, perfectos, que envejecen
en cada cielo raso o en cada frontispicio,
ineludiblemente, como flores marchitas,
o esa doble columna, labrada y emblemática,
o esos pruebistas ágiles, con peces en vez de ojos,
de todos los tamaños y de la misma edad,
o aquella perspectiva dedicada al paisaje
que desdeña a los hombres o ignora los objetos,
o el persistente armario de ébano trabajado
o de roble manchado de cal, visto en la infancia,
que pueblan sin cesar un tiempo cuyas zonas
de deleite no están por el dolor excluidas.
A la puerta me espera el resplandor agreste
de la normalidad: no acato aún su dulzura.
Nada es bastante nítido ni armónico ni auténtico:
el amarillo no es amarillo ni el verde
es verde, ni las rosas son rosas verdaderas.
Sospecho que en los fosos el santo vio en los ojos
del león el cielo entero, las jerarquías de ángeles,
y yo sin santidad también miré a mi modo
sin ir al sacrificio, un abismo radiante.

6- Todo lo que aquí relato es fruto de una experiencia personal y no una ficción decorativa. Mientras yo moría empecé este poema. Sus primeros versos recurrían a mi mente como el trapecio lanzado solo en el aire en busca del acróbata. La euforia del moribundo debe de parecerse a la euforia del acróbata en el trapecio, o del preso que escribe un mensaje con un alfiler y con su propia sangre, porque no puede hacerlo de otro modo. ¿Este poema será capaz de trasmitir de algún modo su realidad? Sólo sé que perduró en mi mente durante muchos días como una suerte de símbolo deslumbrante, recreando la vida. Porque no fue escrito sino después, cuando la convalecencia permitió que grabara sus signos en un papel convencional, o tal vez únicamente porque se acerca más a Dios es, y, seguirá siendo, uno de mis predilectos. (*S. O.*)

Frente al Sena, rememorando el Río de la Plata

A Octavio Paz

Ningún paisaje me ama y me deleita,
Octavio, si no ofrece en el misterio
de sus colinas y de sus llanuras
una joya del agua que perdure
idéntica a los ojos que adoramos
en el óvalo ardiente de una cara
o en el amor que sólo es un espejo.
Ningún paisaje tiene un corazón
ni tanta claridad en la memoria
como ese que en recreos nos regala
un cielo con estrellas en el agua,
con ciudades y gente que lo cruzan
y puentes con palomas, plenilunios.
¡Los ríos se asemejan a las venas
que de los corazones parten, vuelven!
Se asemejan a las cintas azules
que unen un corazón de oro con otro,
en los libros románticos o en un cuello.
Yo quisiera mostrarte un río enorme:
a veces se confunde con el mar,
lo llamamos el Río de la Plata,
(¡Son los ríos de América tan grandes!).
Poco importa que tenga esa virtud,
lo que importa es que yo lo vea siempre,
amarillo o rosado iridiscente,
sin casas y sin gente, sobre el barro,
un río en que las nubes se reflejan
con sus escalinatas y sus torres,
con sus cumbres de hierro, con sus ángeles,

que obedece a la luz entre las sombras,
como el ala del cuervo entre las ramas,
y ese río lo he visto en otros ríos,
en el Tíber, y el Arno, y en el Támesis,
en el Ródano verde, entre las hojas
y aquí en las ondas grávidas del Sena,
como vemos un rostro que fue nuestro
en algún rostro nuevo descubierto.

Muerte y vida

No nos consolará jamás la muerte
por segura que sea, de estar vivos,
ni nos consolará jamás la vida,
por vivos que estemos, de la muerte.

Ilusión

Existe una oración
que por nadie fue escrita
que yo pronuncio a veces,
que otros desesperados
pronunciarán también:
“Me comprometo a no
sentir otro dolor
si dejo de sentir
el que ahora me mata”.

Intercambios

Subimos al infierno muchas veces ¡hay hielo!
y bajamos al cielo muchas otras ¡hay fuego!

Presa entre vidrios

Presa entre vidrios como los insectos
que los naturalistas examinan
si pudiera acercarme yo a mí misma
frente a mi asombro me vería ahora.
Ni la esmeralda del escarabajo,
ni la emplumada rosa del flamenco,
ni los múltiples ojos de las moscas
me inspirarían tanto desconcierto.
Oh tú que puedes verme desde afuera
dime lo que sucede con los árboles,
con las esquinas, con las azoteas,
con Venus y la Luna, con los hombres,
con los jardines, con las alamedas,
con la escafandra con que estoy vestida,
con la orilla del río relumbrante,
con los largos caminos de eucaliptos,
con las flores de caña irrespirables,
con la anticipación del porvenir,
con el anillo de oro de David,
con las esperas vanas, con las manos
que despidiéndose retornan siempre,
retornan sin un diálogo, en silencio,
con los íntimos nardos, con los ojos
que busco sin querer porque ellos me hablan,
con los leones de piedra, con las dársenas,
con el raudal distante de las danzas,
con Niobe de mármol, toda en llanto,
con el Réquiem de Brahms que no escuché
para las muertes mías fracasadas,
con el rumbo versátil de las horas
divinas y patéticas, ardientes,
con lo que soy, no fui y seré tal vez,

con lo que soy y no seré jamás.

Rememorando un cedro del Líbano

Dios mío, en este cedro que murió
que no olvidé, brillante como nieve
quedó en su ausencia azul que me conmueve
azúcar y limón y un previo yo.

Dios mío, en este cedro que grabó
sobre mi corazón memoria leve
mi vida aún tranquilamente bebe
en su resina miel que atesoró.

No sé si Belcebú me asediará
como cuando jugaba entre sus ramas
o si aquellos guerreros o esos lamas

del Tíbet me hablarán o si el maná
caerá de su follaje gota a gota,
sólo sé que aún me da su savia ignota.

Variedad de impaciencias

¡Que pronto llegue lo horrible!
¡Que lentamente llegue lo maravilloso!

Tríptico de un jazmín

La infiel sirena de una fuente infausta
que abraza un pez contra su pecho análogo
con pornográfica inscripción escrita
en la nalga se torna al verte cándida
el lago en donde nada el tararira
con basura, botellas del domingo,
alambres fétidos, papel plateado
reflejándote es de agua cristalina;
y nuestro diálogo estupefaciente,
que no salva el contexto más diverso,
con tu presencia se transforma siempre.
Mi tierra no podría ser lo que es,
sin ti, jazmín, como sin mate, o tango.
No podría tener el jeroglífico
del muro, de los patios, del baldío,
tanta haraganería cuando el sol
enardece la tarde con insectos,
no podría tener en sus esquinas
ni en plazas donde mueren los hibiscos
ese hastío violento ni ese ocio
harto que besa a los trenzados novios,
no podría cantar con voz guaranga
ni conmoverme con pecados lánguidos,
ni inspirarme nostalgia intolerable;
no podría tener, no, no podría,
llanura y soledad que buscan sombras,
perros que acuden a lamer tu nombre
ni esa contemplativa mecedora
de mimbre y de caoba que detiene
como un retrato muy antiguo el tiempo
que me hace repetir estas palabras,
ni cantos de zorzal exasperantes

cuando acompañan furias y tan gratos
en los recintos para amar a alguien.

***

Bajo la lluvia de tus breves pétalos
quedará sepultado el hormiguero
como un palacio bíblico en un sueño
de horror y de abundancia, de delicias.
Si aspira tu fragancia el asesino
dentro del aposento de su víctima
con la sangre que tiene gusto a tinta
en sus manos creerá en la oscuridad
que lo asiste una escolta de querubes.
Bajo tu enredadera delicada
enredarán sus miembros los amantes
trocando el día en noche, el muro en cama,
el aire en sábanas, el sol en luna,
y en cielo el agua tornasol del río.

***

Productos químicos imitarán
con inmundos olores resumidos
el perfume que mora insustituible
sobre tu médula pentagonal.
Como un trompo de plumas o de género
con persistencia y en cualquier jardín
en los antiguos o en los que acumulan
en lugar de estaciones o de Dianas
los hongos, Blanca Nieve, los enanos,
pintados de amarillo, azul y rojo
del techo de la casa irás cayendo
en baldosas ardientes esparciendo
esa fragancia que, al cerrar los ojos,
entra por la garganta al corazón.

El corredor del río

Ese rumor, ese aire, ese recinto
donde hallé mis primeras sensaciones,
ese color al sol de los limones,
ese olor a tumbergia, a terebinto,

ese mosaico tibio y ese extinto
sillón de mimbre con dos corazones
supieron mucho de mis emociones,
todo lo similar y lo distinto.

Y si tuviera que contar su historia
a un dios apocalíptico, oh memoria,
haría sin querer mi biografía.

En minutos, en horas, cada día
quedamos en los sitios y en nosotros
quedan los sitios que verán los otros.

Soneto involuntario [7]

Cuando descanses, con tu sueño, sola,
en tu lecho final, ¡oh prostituta!
verás tu corazón que no se inmuta
en los espejos que la muerte inmola.

Los ángeles vendrán a murmurarte
que la vida termina con lujuria
y pensarás tal vez que es una injuria
y pedirás que paguen para amarte.

¿Qué diferencia habrá entre tú y la rosa,
entre el amor y el ansia delictuosa?
Muerde el gusano todas las pupilas,

se pudren también todas las lilas,
como si la inocencia y los pecados
pudieran ser igualmente valuados.

7- Hay poemas que quedan en nosotros abrumando nuestra memoria con su cadencia. A veces inopinadamente aparecen esos fantasmas que si en algún momento nos fascinaron (cuando no eran del todo fantasmas), ahora nos desagradan profundamente. A veces el subconsciente cae subyugado ante esas infernales maquinaciones de la memoria. Este poema lo revela. (*S. O.*)

Alegría

Cuando nadie te advierte, oh alegría,
partiendo en un trineo te imagino
veloz como la nieve silenciosa.
Con tu jauría que ilumina el sol
y con tu címbalo estridente y látigo
un vértigo te lleva a otros lugares
para ser admirada en otras partes.
No es sólo América, ni Europa, ni África
que tus híbridas risas atraviesan.
No cambias de ropaje, no, ni de alma.
Por tus ojos oblicuos te ama Oriente,
por tus piernas que bailan el mestizo,
por tu lengua sin freno te ama el cruel,
por tu ademán audaz cualquier idiota,
por tus aplausos el equivocado
porque, pérfida, aclamas a tiranos
agitando en el aire tu pañuelo
con tu gorro de mono o de república.
Por tus manos que rezan te ama el santo
¿y por qué no el vicioso, el criminal?
como el niño o el ave o la manzana.
Por tu vientre feliz te ama el amante.
Sirena de los tiempos ya pasados
y de un ahora que parece tétrico,
tal vez porque es presente solamente
y no pasado o bien futuro, fatuo.
Sirena de mañana y del olvido,
que sube por Viamonte hasta Florida,
alucinada, con tus oropeles,
con tu olor a frituras y a naranja,
como los mercachifles siempre atenta
al grito y al silbido y al festín.

No te destruye la melancolía
pues suele estar un tango entre tus labios,
un ciprés funerario en tu anfiteatro,
una niña escondida en tu regazo,
como una muerta, imagen sometida
al favor de tus manos caprichosas.
Te unes al sol, al barro y a la lluvia,
a la música, al gusto de la fruta,
a la forma sin fin de los paisajes,
a la pobreza que en los labios besas,
al coche fúnebre y al de basura
que convergen los dos en San Pedrito.
Me dicen que las huellas de tus ruedas
anuncian sólo tu veloz huida,
y dicen que tu cara se deforma,
que tu feliz amor se trueca en nada.
¡Por qué no has de dejar, cual pena, marcas
que no pueden borrar tus enemigos
o dejar tanta luz, tanta inconciencia
que no pueda alterarte ni el infierno!

La cara (8)

La conocí en la ausencia, en la penumbra
remota del recuerdo. Menos mágica
es una playa y menos misteriosa,
en horas del crepúsculo, entre palmas,
cuando aparece el mar detrás de un bosque
entre las rosas. Menos admirable
es la aurora en el seno del verano,
que eleva dulces claridades de oro
en horas luminosas de la siesta;
menos arrobadora que los libros,
menos reconfortante que el nocturno
sueño cuando la casa está cerrada;
más fugaz, más hermosa que la cara
frente a Narciso atento de Narciso.
Yo conocí otras caras ya olvidadas,
asistieron mis sueños, mis lecturas,
me acostumbré a estudiarlas sin mirarlas,
pero ninguna fue como ésta laberíntica
en su pureza atónita de estatua,
ninguna fue un jardín, un buen retrato
con todos sus contornos y sus sombras,
ninguna tuvo tantos argumentos,
tantos silencios tercos, tantas faces,
ninguna fue tan vívida en su ausencia.

8- Hay otros poemas titulados “Las caras”, véase pág. 326 de *Poesía Completa* I. Véase aquí “La cara apócrifa”.

Los pueblos

A Dominga

Me habitan muchos pueblos. Como sueños están
en mi provincia, en mí, son recuerdos de pan

de sus panaderías o luz de un almacén,
o tardes en las plazas viendo llegar el tren.

En las salas de espera, durante muchas horas
que tienen la virtud quieta de las auroras,

vislumbré entre los muros la oscuridad de un pino,
las siestas del verano, el tibio olor a vino.

Melancólicamente, vislumbré muchas veces,
en la acera en verano, sentados feligreses

o niñas como estrellas sabiamente acodadas
a la baranda clara de un balcón admiradas.

Me asomé a las lagunas del sol que disminuye
en el poniente rojo con el caballo que huye,

me asomé con mil vidas a los campos que yacen
como mares a orillas de esos pueblos que nacen:

(norte, sur, este, oeste, sin advertirlo fui
naciendo en cada una de las casas que vi).
Con afán inocente de tarjeta postal
los he coleccionado o dentro de un fanal

como esos con la Virgen de Luján con destellos.
Presiento que algún día moriré en todos ellos,

a la par de la tarde, sin discriminaciones
para amarlos, ubicua, con muchos corazones.

El incendio

A Enrique Anderson Imbert

(En 1871 una norteamericana escribe esta epístola a un argentino, mientras Chicago se incendia.)

Empezó ayer el fuego, lo estoy viendo;
a ejemplo de la lluvia, en mi ventana
su imagen me consuela. Están creciendo
los corrosivos pétalos de grana.

Nada como un incendio se asemeja
al amor. Lo que fue goce mata.
Me pregunto si habrá dicha sin reja
que encarcela y corrompe y arrebata.

El fuego que recorre mi ciudad
entra en el teatro, en las confiterías,
salta los ríos y en la claridad,
con ojos que jamás olvidarías,

mira los monumentos y edificios,
y el antro innominado. En su locura
destruye las viviendas de los vicios
y los jardines, con igual premura.

Su ardiente prisa es mía, la contemplo.
Desconoce los sitios hipotéticos
donde juntos quisimos huir, el templo
con frontones de mármol tan patéticos.

Al Misisipi llegará tal vez

y en los cajones negros y violados
de la noche, entre harapos y ciempiés
guardará sus rubíes colorados.

Han entrado ladrones en las tiendas,
cortesanas impávidas los siguen,
como en los escenarios. Por las sendas
corren caballos, sin que los hostiguen.

Las aves se desploman de los nidos,
iluminadas por la luz intensa;
el viento con enfático silbido
las empuja. Y nadie en ellas piensa.

Con su almohada amarilla y con su chal,
la curandera negra llega al puente,
donde cayó la azúcar y la sal,
robadas en los carros, por la gente.

¿Y yo qué hago perdida entre las llamas
que protegen el crimen y la huida?
Como una esposa fiel tiendo las camas
de mi familia y sirvo la comida.

Cenizas del color del alelí
invaden mi alma con su extraño efluvio:
No pensarás como en tu madre en mí,
la noche que bajaste del Vesubio.

Ignoras que las cartas desdeñadas
son el mayor peligro de la ausencia,
que la pueblan de noches desveladas,
de venganzas y de odios, de impaciencia.

Mujeres han quedado sin sus casas,
pero mis lágrimas no caen por eso.
Recogería con mis manos brasas,
que sentiría frías como el yeso.

Arde el pinar y huele más que el pan,
a mi infancia. Me acuerdo del ombú
inútil, de la higuera de San Juan,
porque la tierra para mí eras tú.

Si este fuego que brilla me destroza
sabrás que el frío, precursor del fuego,
me quemó en una muerte escrupulosa
y que esta hoguera fue un alegre juego.

Un retrato habla a otro retrato

(Galería de los Oficios, Florencia, 1949)

“Si tuviste diversos corazones
como artificios hay en tu reposo,
si fuiste como yo, que soy celoso,
regido por las íntimas pasiones,

si ajeno a ti como un lacedemonio
o un criminal actual en un santuario
aviesamente fuiste tu adversario
y de la ubicuidad el testimonio,

si fuiste lo que no supiste ser,
el verdugo y la víctima violada
en el umbral de piedra complicada
porque temiste acaso perecer,

si muchos años fueron sólo un día
y siglos transcurrieron en dos meses,
si oyendo música advertiste a veces
duendes de carne en la carnicería,

si una mano tus manos enamoran
que pusiste en la noche de tu huida
en tu boca, y tu boca fue una herida,
si ahora muerto al fin te conmemoran,

si nada llegó a ser lo que buscabas
e hiciste lo que el hado te ordenó,
sin tratar de salvarte, si te habló
el escuerzo en el barro que aspirabas,

si llevabas veneno en tus bolsillos
y pareciendo triste y aun hermoso
un acto cometiste delictuoso
moviendo entre los dedos tus anillos

es porque te he seguido y escuchado
en esta galería en que te miro,
es porque duermes y que yo conspiro,
es porque mi existencia te ha acuñado”.

Primer encuentro (9)

Me acompañaba un niño y durante el trayecto
del aire y de la luz lo distinguía apenas.
Crucé bosques, murallas, inevitables lagos,
avenidas de dióspiros, tropillas de caballos,
invernáculos, grutas donde moran los ecos
de indescifrables voces, en fragmentos, desiertos,
distintas estaciones, sin odio ni amor, rostros,
nieve y hielo, diez ríos, tropicales olores
a barro y a basuras, e incongruentes especies
de animales salvajes, toscos, inverosímiles.

Crucé jardines dentro de jardines mayores,
cada uno era un plano del palacio infinito
dibujado con flores purpúreas, naranjadas.
No quería perderme. Los estudié con calma.
Penetré en el palacio para verte aquel día.
Entré por las cocheras: de ese modo evité
la infranqueable barrera de los grandes porteros.
Entre bustos y cuadros, crucé las galerías
pobladas de retratos de tus antepasados,
los hondos dormitorios que el silencio y los lechos
agrandan a la hora querida de la siesta.
Crucé los comedores, las cocinas solícitas,
los alimentos célebres en descomposición.

Penetré en el recinto de porcelana azul
donde cantan los pájaros mecánicos y lúcidos,
crucé los habitáculos de esclavos y los baños
donde la suciedad al jabón adherida
labra monstruos con pelo sobre los lavatorios.
Entrando en los jardines de invierno, temblorosos,
atravesé el segundo patio con hojas lúbricas,

subí por ascensores a otros pisos con música,
al primero, al segundo, me asomé a las terrazas
donde pude entrever innumerables patios
de instructivos mosaicos y fuentes con espejos
que hacían doble el agua y las enredaderas.
Atravesé las salas abrumadas de estatuas
que los embajadores te habían regalado.
Crucé las bibliotecas cubiertas de cristales,
los cuartos de betún e hileras de zapatos,
los cuartos de costura, los negros lavaderos,
las piscinas volubles, verdes, iridiscentes,
las salas principales, las salas de los cirios,
de los ritos sagrados, de olor a trementina.
Por fin caí a tus pies con los ojos cerrados,
mas cuando los abrí para verte no estabas.

Entonces comprendí que ese niño desnudo
que me había guiado sin que yo lo mirara
eras tú: minucioso repetiste la infancia
los años anteriores al día en que te hallé,
entrando en el palacio. Desde hoy toda la vida,
desde el primer momento, la recorrimos juntos.

9- Hay otro poema con este título, véase pág. 107 de *Poesía Completa* I.

La casa natal

Como aquellos palacios todos de hielo en Rusia
o como esos relojes transparentes de astucia
yo veo las entrañas con todos sus diseños
de mi casa natal que es ubicua en mis sueños.
Una planta en el patio, lejos del sol mostraba
el temporal y el cielo que en soledad miraba.
Las gotas de la lluvia sobre las claraboyas
urdían en los vidrios lilas, fugaces joyas
y en el jardín de invierno giraba con el viento
una estatua de mármol con verde movimiento.
Acuáticos espejos multiplicaban mundos
de miniaturas, libros, cortinados profundos
con flores que debían de ser hermafroditas.
Un extraño vestíbulo recibía visitas
—algunas con las caras verdes, otras azules—,
con monederos negros con plumas y con tules,
con uñas y con voces estridentes de gatos,
con hijas que miraban mi pelo y mis zapatos
que no tenían alma para mí como objetos
encerrados y tristes en vitrinas secretos
pues sólo me gustaba todo lo que era pobre,
los harapos, los pies desnudos como el cobre.
Mi dilección volaba en busca de ese niño
que la indigencia ornaba de pulcro desaliño.
Ese niño mendigo y hermoso que pedía
azúcar, un pancito o un bol de leche fría.
Un espeso tapiz recubría las sillas.
Asfixiantes maderas de ascensor amarillas,
ascendían, bajaban, con su prisión de espejos.
El ruido de la calle llegaba desde lejos.
Yo huía de las salas, de la gran escalera,
del comedor severo con oro en la dulcera,

del mueble, de los cuadros, de orgullosas presencias
porque a mí me gustaban sólo las dependencias
que estaban destinadas para la servidumbre.
Trasladada a aquel último piso sin pesadumbre
entre maderas claras y desechadas cosas
me aproximaba a un mundo de prendas milagrosas,
a la blancura nueva de la ropa lavada,
al cuarto con baldosas donde espera planchada,
al vidrio sin cortinas brillante como el hielo,
estaba allí más cerca de Dios porque en el cielo
los avisos eléctricos de toda la ciudad
cubrían la azotea de ardiente oscuridad.
Yo amaba sólo el pan con sabor a arpillera,
azúcar de la bolsa, no de la azucarera,
y en las tardes perfectas el ruido de las tazas
ordinarias encima del mármol y las casas
que adornaban los platos de sopa en la cocina,
y aquella palangana con flores de glicina
donde yo me lavaba las manos a escondidas
y ultimaba mis íntimas muñecas preferidas.

TRADUCCIONES

Abrazo

de Jean-Paul Toulet (10)

En un negro relámpago abrazados
un solo ser nos creemos ya mezclados,
en el mismo sudario de repente
los dos juntos nos vemos frente a frente.

10- Paul-Jean Toulet (1867-1920). (*N. del E.)*

El enterrado vivo

de Gottfried Keller

Yo que fui su alimento he comido la rosa
que ella puso en la palma de mi mano ya fría:
yo que jamás pensé que pudiera una rosa,
en este mundo de hombres vivos, nutrirme un día
ahora me pregunto cómo era de esa flor,
que fue en la oscuridad mi sustento, el color.
El pan de cada día dánosle hoy, también
líbranos si lo quieres del mal, Señor. Amén.

Himno a Cristo

En el último viaje del autor a Alemania

de John Donne

Cualquiera sea el barco destruido en que navegue
ese barco será un emblema de Tu Arca,
cualquiera sea el mar en que me hunda, ese mar
será el emblema mismo para mí de tu sangre.
Aunque nubes de ira te sirvan de disfraz
en tu rostro, en la máscara, reconozco esos ojos
que a pesar de tornarse a veces tan lejanos
jamás despreciarán.

En tu honor para ti sacrifico esta Isla
todo lo que allí amé, todos los que me amaron.
Cuando esté nuestro amor puesto entre ellos y yo
extiéndelo, te ruego, entre mi culpa y tú.
Cual savia de la planta en pos de la raíz
en medio del invierno, hacia mi invierno voy,
donde sólo sabré de ti, raíz perpetua
del Amor verdadero.

Tu religión, tú mismo, no saben dominar
ese amoroso amor del alma que es armónica.
Mas ansías poseer ese amor. Como tú,
Señor, que eres celoso, estoy celoso ahora.
No has de amarme bastante si no me liberaste
de amarte tanto. Dar es tomar libertad
y si habrá de tenerte sin cuidado a quien amo
será porque no me amas.

Sella este documento: me divorcia del mundo
donde cayó el destello más débil de mi amor.
Recoge esos amores, fueron desperdiciados
en ingenio y en fama, en esperanza, en todo.
Las mejores iglesias para orar son oscuras.
Para ver a Dios sólo eludo las miradas.
Y al salvarme de días tormentosos elijo
la noche sempiterna.

Himno a Dios Padre

de John Donne

¿Absolverás la culpa con la cual comencé
ese pecado mío que fue ya cometido?
¿Absolverás la culpa que tanto he repetido
y sigo repitiendo por más que lo deplore?
Cuando lo hagas verás que no lo has hecho aún
porque aún queda más.

¿Absolverás la culpa con la cual he inducido
al prójimo a pecar? ¿y a ser puerta mi culpa?
¿Absolverás la culpa que traté de rehuir
durante un año o dos para saciarme el resto?
Cuando lo hagas verás que no lo has hecho aún
porque aún queda más.

Temo, es otro pecado, que al concluir de tejer
la postrimera hebra perezca yo en la orilla.
Promete por ti mismo que en mi muerte tu hijo
brillará como brilla ahora y para siempre
y tú al haber hecho eso que ya has hecho Dios mío
yo ya no temeré.

Jardín de Twickenham

de John Donne

Cargado de suspiros, y cercado de lágrimas
he venido a buscar aquí la primavera
y a través de mis ojos y a través de mi oído
recibir estos bálsamos que pueden curar todo.
Mas, oh traidor, yo mismo he traído también
aquel amor-araña que transubstancia todo,
que puede convertir el Maná en amargura.
A este jardín que puede ser sólo comparable
al verdadero Edén, yo traje la serpiente.
Sería saludable para mí que el invierno
pudiera oscurecer la gloria de este sitio
que una helada profunda pudiera prohibir
la risa de los árboles que en mi cara se burlan
que no tuviera ya que soportar afrentas
ni, por eso, no amar. Déjame pues, amor,
ser un inanimado pedazo de este sitio,
transfórmame en mandrágora que aquí pueda llorar
o en la fuente de piedra que llora todo el año.
Que vengan los amantes con frascos de cristal
para beber mi llanto que es el vino de amor,
que prueben en las casas de enamorados lágrimas,
que si el sabor no tienen de las mías, son falsas.
El corazón no brilla adentro de los ojos.
La mujer por las lágrimas no se puede juzgar:
tampoco su atavío se juzga por su sombra.
Oh sexo tan perverso en que no hallo ninguna
verdadera salvo ella cuya verdad me mata.

Sueño

Elegía X *de John Donne*

Imagen de ella a quien amo más que a ella misma,
cuya impronta perfecta en mi corazón fiel
me trocó en su medalla logrando que ella me ame
cual rey que en las monedas ha estampado su efigie
para darles valor; toma mi corazón
hoy demasiado grande y bueno para mí.
El poder pesa al débil, los objetos brillantes
embotan los sentidos; más hay, menos los vemos.
Cuando me hayas dejado junto con la razón,
sólo la fantasía que es alma, es reina, es todo,
podrá darme alegrías más mezquinas que tú,
convenientes tal vez y más proporcionadas.
De modo que si en sueños eres mía, lo eres:
todas nuestras venturas son fantasmagorías.
Puedo rehuir por eso de la pena que es cierta;
el sueño traba el juicio y todo lo demás.
Después de una perfecta fruición despertaré,
y al despertar de nada tendré que arrepentirme;
al amor en sonetos diré mi gratitud
en multiplicación de penas, pompas, lágrimas.
Amado corazón, dilecta imagen, queda;
la verdadera dicha también es como un sueño;
aunque aquí te demores, ah, qué raudo es tu paso,
de igual modo se tornan en pavesa los cirios.
Mas henchido de amor yo prefiero estar loco
con tanto corazón, que idiota y sin ninguno.

Aparición

de John Donne

Cuando me hayas matado con tus burlas
y creas, oh asesina, que estás libre
de mi persecución,
¡vestal falaz!, se acercará a tu lecho
mi espectro y te verá entre peores brazos.
La luz de tu candil parpadeará
y aquel de quien estabas ya cansada
que para despertar pellizcarás
te esquivará y haciéndose el dormido,
creerá que pides más.
Y tú, tiemblo, infeliz, abandonada
con mercurial sudor yacerás fría
más espectro que yo.
Hoy lo que te diría no diré
por no ayudarte. Exhausto está mi amor.
Quiero la contrición más dolorosa,
no tu inocencia frente a mi amenaza.

El aparecido

de Charles Baudelaire

Como ángel de ojos leonados
he de volver a tu alcoba
sin ruido, deslizándome
en las sombras de la noche;
y te daré, mi morocha,
lunares besos de hielo
y caricias de serpientes
que reptan en una fosa.
Y al llegar lívida el alba
verás mi sitio vacío
hasta la noche con frío.
Como algunos por ternura,
en tu vida y juventud,
quiero reinar por espanto.

Circunspección

de Paul Verlaine

Dame la mano, no hables y siéntate a mi lado,
bajo este árbol enorme donde perdura el suave
suspiro de las brisas, en las ramas y el ave,
que acaricia el fulgor de la luna plateado.

Inmóviles cerremos nuestros ojos, mi amado,
y soñemos dejando que la tarde se acabe,
mezcle nuestros cabellos y que en su luz más grave
vuele nuestra ventura y el amor agotado.

La esperanza olvidemos. Con discreta virtud
que nuestras almas dóciles demuestren gratitud
a esta muerte, a esta calma que del astro deriva

y quedemos tranquilos. ¡Oh noche persuasiva!
No rompamos el sueño, esta quietud nocturna,
de la naturaleza feroz y taciturna.

XVIII (11)

de Paul Verlaine

Te acuerdas en el fondo del Paraíso, mi alma,
de la estación de Auteuil, de los trenes de antaño,
que te traían cada día de *La Chapelle*.
¡Antaño ya!, mas cuánto rememoro y qué bien
al pie de la escalera rápida mis demoras
esperándote siempre sin poder olvidar
tu gracia al descender los escalones, ágil
cual ángel a lo largo de la celeste escala,
tu sonrisa amistosa y filial a la vez,
tu mano que estrechaba la mía con nobleza,
oscuros y translúcidos, dulces y vivos, tus ojos
que penetraban hasta mi corazón, sus sombras.
Después de la primera palabra de acogida
con tu brazo en mi brazo de aquel barrio partíamos
y bajo la arboleda, con música feliz,
solían nuestros diálogos volverse metafísicos.
Tus argumentos ¡ah! ¡Tu candorosa fe!
a la incredulidad esa tendencia a veces
que al paso de la duda muy pronto desechabas,
y lentos por las sendas más tarde regresábamos,
como los colegiales, a mi casa, a la nuestra,
a almorzar casi nada, a fumar un momento
y a hacer vagos trabajos largo tiempo de prisa.
¡Ah, tu voz en el bosque, mi hijo, mi pobre niño!

11- Este fragmento pertenece a la serie de veinticinco composiciones del poema “Lucien Letinois”. (*N. del E.*)

Parsifal

de Paul Verlaine

Parsifal ha vencido a las muchachas ávidas
de bullicio y festiva lujuria y al afán
que tienen los varones vírgenes por la carne
que los senos ligeros y los juegos encantan.
Vence a la mujer bella de corazón sutil
que ofrece abrazos frescos y pechos excitantes,
vence al infierno y entra en la tienda llevando
un trofeo pesado en su brazo pueril,
con la lanza que hirió el flanco del Señor.
Pudo sanar al rey y él mismo es rey ahora,
sacerdote supremo del tesoro divino.
Reverencia vestido de oro la gloria, el símbolo,
el vaso puro donde brilla la sangre ilustre.
¡Ah, la voz de los niños que cantan en las cúpulas!

Arrullo

de William Yeats

Pueda tu sueño ser profundo, amado,
en este pecho donde te saciaste.
¡Qué fueron las catástrofes del mundo
para Paris, el héroe, cuando halló
en una cama toda de oro el sueño
en los brazos de Helena amanecido!

Amado, que tu sueño se asemeje
al que Tristán bebió en el amoroso
filtro cuando en la tarde compartida
corrió la corza, el ciervo retozó
bajo el ramal del roble y de las hayas
y corrió el ciervo, y retozó la corza.

Un sueño tan profundo como aquel
que desciende en la orilla del Eurotas
cuando el ave sagrada en ese sitio
cumple su voluntad predestinada,
de los miembros de Leda se desprende
mas no de su cuidado protector.

Del mismo período de *Lo amargo por dulce*

A Victoria (12)

Les fleuves m'ont laissé descendre où je voulais.

Victoria, como yo te acordarás
en el arcano fondo de la quinta
del muro del portón de la distinta
paz de invernáculos, mas no sabrás
que ese verso primero penetró
en un párvulo oído, hasta las hojas,
mi corazón, las nervaduras rojas.
Un ritmo mágico tu voz le dio:
me hizo enunciar sin duda oscuramente:
Lo que no tengo es mío si lo quiero.
No es mío lo que tengo si no quiero.
Con luz de caramelo lentamente
entró en mi corazón estupefacto
como Sigfrido en el segundo acto.

12- En *Testimonios de Victoria Ocampo*, Buenos Aires, La fleur, 1962.

AMARILLO CELESTE

- 1972 -

En todas partes

Vamos dejándonos en todas partes
en camas, en cuartos, en campos, en mares, en ciudades,
y cada uno de esos fragmentos
que ha dejado de ser nosotros, sigue siendo
como siempre nosotros, inspirándonos
celos y antagonismo.
“¿Qué hará que yo quisiera hacer?”,
pensamos. “¿A quién verá que yo quisiera ver?”
Solemos recibir noticias casuales
de aquella criatura...
Entramos en sus sueños
cuando sueña con nosotros,
amándola
como a los que más amamos;
golpeamos a sus puertas
con las manos ardientes,
creemos que volverá en la ilusión a pertenecernos
equivocada como antes
pero seguirá siendo inalcanzable y pérfida.
Como a nuestros rivales la mataríamos. Podremos vislumbrarla
sólo en fotografías. Nos ha de sobrevivir.

Sinmí

Qué hace la casa cuando se queda Sinmí
(amarga promiscuidad de la ausencia).
Qué hace con sus ventanas
con sus habitáculos con sus rumores
con la luz de cada tarde
que cruje en los muebles de anochecer
en el jeroglífico del cielo raso.
Qué hace el jardín Sinmí
sus rosales desmedidos
y el mirto paciente
esperando agua.
Qué hacen la tierra y la sombra
de la plaza, el gomero que utiliza
cuando llueve sus hojas como cucharas
para beber.
Qué hace la playa
el mar Sinmí
cuando cruzan los delfines
y la espuma inventa
raudos gatos, lauchas, liebres
que corren en la arena
y el mar se pone azul
como la flor de Santa Lucía.
Oh Narciso estúpido,
imprevisto Narciso.
Qué hace por favor Sinmí el caballo negro comiendo alfalfa,
y la flor de la tumbergia de enero tan fragante,
si se le acercan mujeres con pelucas, enormes dedos gordos.
Frágil cirio de enero encendido en su pedestal.
Qué hacen dos, tres, cuatro, cinco, una persona y media
que quiero Sinmí
señor mío como si no viviera del todo

o demasiado para lo que puedo anular.
¿Qué hago yo Sinmí?

Y el mundo sufre y el mundo se mata
y es hermoso el negro y el blanco
y el amarillo celeste
y todo se incendia y todo se desgarra y todo se confunde y todo se oblitera
y mueren los libros porque tienen hojas como los árboles
que caen y se renuevan vestidos de papel.
Señor de los Ejércitos cuando hay niebla en la ventana
sol ardiente, invierno, infierno, primavera;
yo a mi lado no en mí
yo a mil leguas de mi mano, de mi lengua, de mi origen,
de mi pie de mí mismo
acá donde me pusiste quedo aunque no quiera:
Yo Sinmí.

Los espejos (13)

Inútil sería tapar los espejos
para que no salgan de su interior
las personas que se han alojado en él
esperando que alguien se refleje
y puedan, inadvertidos, ominosamente o piadosamente
salir de la morada
luminosa en donde viven,
atacarnos o protegernos o pervertirnos.
Una corte celestial y diabólica me asiste
desde que recuerdo sus primeros albores:
Cuando mi niñera Celestina se abotonó la bata
(es cierto que estaba tiñéndose el pelo
y que para sorprenderla me aventuré junto a su reflejo)
cuatro libélulas revolotearon
anunciando lluvia, una me rozó la mejilla y salieron
del recinto donde se reflejaba;
me siguieron siempre o la siguieron a ella
con su muerte desaparecieron,
salvo las vísperas de una tormenta.
Cuando mi madre se vistió de baile para ir al teatro
y anudó la cinta del cinturón de terciopelo violeta
un ángel salió con ella al apagarse la luz
la acompañó hasta el coche
y por eso creo que volvió aquella noche
en que temblé de miedo por su muerte.
Cuando la profesora de baile
hizo una reverencia dentro del marco de ébano, tres enmascarados
salieron cantando y me visitaron en un sueño.
Cuando el médico subiendo en el ascensor
se arregló la corbata
cincuenta caras con delantales blancos,
que no pude examinar, furtivamente salieron

de aquella exigua luna perfectamente iluminada.
Cuando Susana me dijo en la confitería
estoy muy despeinada,
se miró en la tapa de la polvera
imprudentemente le dije “Déjame ver”
me incliné en el círculo brillante:
un turbulento diálogo nos asombró
tres jóvenes con collares,
delgados, por haber estado encerrados en un círculo diminuto,
malignos
se sentaron a nuestra mesa.
Desde aquel día interfieren todos
en nuestras comunicaciones telefónicas.
El perro mío, que se admiró una vez atentamente,
ladró con insistencia,
más sagaz había visto cierta corporalidad
que salía del espejo:
un conejo blanco y suave que me visitó una tarde.
Pero no enumeraré los gatos,
los caballos, las gacelas, las tortugas,
los necrófilos,
los antropófagos, los nonatos,
los gnomos, los gigantes, los onanistas,
que salieron de los espejos donde imprudentemente
me asomé junto a otras personas que no los vieron
cegadas por su propia imagen.
Ahora ya no comparto un espejo con nadie
porque si aprovecha mi reflejo
para dejar libres, ejércitos de otras personas,
un mundo demasiado numeroso
estará formándose aunque sería difícil detenerlo
porque el espejo dirá “creced y multiplicaos”
hasta desalojar el universo
lo que secretamente está esperando
después de haberlo repetido tanto tiempo
en el agua, en la obsidiana,
en los metales y en los espejos subsiguientes.
Tampoco hay que creer que todo es horrible.
Los desalojados se albergarán

en el interior de los espejos
(nunca habrán vivido en sitios tan luminosos)
saldrán a su vez
cuando los que fueron reflejo
se contemplen olvidando su experiencia.

13- Hay un poema titulado “El espejo”, véase pág. 42 de *Poesía Completa* I.

Oraciones

En qué aposentos, en qué jardines de mi vida
aprendí, sueño, a perder tus favores,
para recordar con tanta claridad
mi precoz abandono
entre vírgenes y oraciones
en tus cóncavos espejos
cuando creí como hoy que nunca te recuperaría.
Por qué cuando te espero y no llegas
ahora en las penumbras sádicas o en las oscuridades variables del cuarto
tengo a veces razón, una razón de fuego
y tengo valentía
como San Jorge ante el Dragón,
fe como Santa úrsula entre las manos de los Bárbaros,
apasionado olvido como Palinuro
perdido en la noche del mar,
o infatigable destino de recorrer el mundo como Ulises
o de bordar como Penélope el lienzo intranquilo de mi paciencia.

De prisa doy lo que tengo. Me mudo de mundo,
hago del suelo, mi cama,
de un pancito, que daría en migajas a los pájaros, mi único alimento,
del agua de algún río que bebo en el hueco de mis dos manos juntas
un filtro de amor.
Mi corazón de impaciencia late
(del mismo modo late el corazón de dos enamorados),
prometo contemplar sólo tus sendas de árboles,
contar una por una tus ovejas blandas,
si me dejas entrar en tus dominios;
pero no te conmueves ni cumplo mi promesa.
Hay diminutos, raudos, ubicuos ejércitos
que miro de soslayo en las tinieblas;
con ellos entraría en tu reino, mi sueño,

si me lo permitieras.
En llamas o en hielo me arrepiento.

Me arrepiento de todo, también de arrepentirme
esperando que llegues,
haciéndote creer, monstruo benefactor, que he muerto
para que me abraces.

Para una orquídea

Las orquídeas vanas, vestidas de alambre,
adornadas de helechos y de papel plateado
huelen a género o a falsa humedad
en los escaparates de las florerías
dedicadas a las bodas y a las muertes
y a los amores lujosos.
Ahora que las conozco
desnudas escuchan
con pétalos atentos los arpegios del piano
al morir
vierten una gota de sangre del color del rubí
que resplandece, ínfima parcela del Santo Grial,
las quiero como si en el fondo de mi memoria
en una selva artificial donde me hubiera perdido
me ayudaran con sus colores
a reencontrar el camino
de la íntima y natural belleza
a orillas del río enorme del Amazonas
solitario a ejemplo de tu alma, Pedro,
revestido a veces de alambre y de helechos,
como ellas cuando yo las aborrecía.
Y ya que la muerte de una me hace pensar
en las que han quedado
no podría ahora imaginar un mundo sin orquídeas
que no fuera vano.

Advertencias vanas

Ten cuidado con tu imaginación.
En algún sitio de la tierra queda, todo el tiempo nos sigue
poco a poco se vuelve realidad grosera o delicada
lo que el hombre o la bestia, las plantas o las piedras imaginaron.
Los enfermos con fiebre, los que tiemblan, los que quieren y no pueden hablar,
en las salas de espera, entre papeles de diarios, naranjas,
los que miran el techo o bien el sol, lastimados,
los que se abrazan delictuosamente, sin saber por qué
o en el recinto azul del matrimonio, los desfigurados por las carcajadas,
los niños, los esclavos, los injustos, los que hacen compras, manosean la carne,
los prisioneros, los soldados, los tiranos, con caras de cantores,
los nadadores, los verdugos ávidos, los que blasfeman,
los que piden o dan, los misioneros, los anarquistas,
los sometidos, los soberbios, los solitarios, los que no entienden,
los que trabajan incesantemente,
los que después de no hacer nunca nada se cansan
vuelven a no hacer nada sin descanso, irreductiblemente, los nonatos,
los que llevan en su pelaje signos, letras, dibujos,
misterios que nadie ha descifrado,
los que lavan todo el día todo como el osito lavandero,

los fétidos que buscan osamentas o excrementos,
y se revuelcan para ser más fétidos,
los que parecen simplemente espirituales, o musicales, o poéticos,
los que devoran a sus semejantes
o a sí mismos por estar enfurecidos,
los veteados, con pintas, con escamas de plata y colas,
los feroces y los domesticados, los que aman,
los que mutuamente se comen para fecundar,
los que se nutren sólo de hierbas o de leche preciosa
o los que necesitan comer carne podrida
los que se arrastran o los más hermosos, con plumas de príncipes

los que el agua atesora entre sus vidrios, verdes claros o negros
en los moldes oscuros de la tierra, enterrada,

los que tardan muchísimo en morir tanto que no mueren
y que parecen plantas o bien piedras, con los aditamentos del tiempo
los que viven apenas de milagro, de suicidio, de nada
todo lo que han imaginado
y lo que imaginamos los mortales
forman la realidad del mundo.

Amor con amor

Sometido fui siempre a tu rigor
y después de destruirme incauto vuelves.
Te amé hasta en las mentiras. Me devuelves
el prístino y ardiente resplandor.

Tu espejo fui, tu dédalo anterior,
tu mosaico, tu lecho. No me absuelves.
Fui tu álgebra, la suma que resuelves,
el combate sin fin del desamor.

Para lograr mi fe me pervertiste.
Me diste al despojarme la pureza.
Con mis brazos, mi lengua y mi cabeza

quiero ultimarte a veces; mas persisto,
ese hábito ritual del corazón
que renace o que mata sin razón.

El ángel de la guarda (14)

porque somos hechos espectáculo al mundo, y a los ángeles, y a los hombres.
I CORINTIOS, IV, 9

Artilmán, Zelibeth, Rosalm, Tur,
todos tus nombres suenan en mi memoria juntos,
asimismo eras y serás un solo ángel de mi guarda.
“Artilmán”, te llamaba a la hora del poniente cuando bañábamos
y dábamos de comer en bolsas de arpillera afrecho a los caballos del río
cuando cruzábamos el Sarandí
y en otras orillas juntábamos damascos híbridos.
Tenías monedas de chocolate nuevitas y un vestido de azúcar
en tu mirada multicolor joyas deslumbrantes, luz.

“Zelibeth”, te llamaba en el desierto del cinematógrafo
cuando la caravana se detenía muerta de horror
ávida de sed a beber agua
y por no hallar otro sitio para amarnos
las imágenes del paisaje se volvían reales
con fragancia con aire con espacios.
Eras silencioso, voluptuoso como la noche. Llevabas anteojos azules.
¡Por qué no pude fotografiarte!

“Rosalm”, te llamaba cuando el desencanto ató mil brazos
alrededor de mi garganta que tragaba saliva, aterrada,
sobre el pasto verde transformada en lebrel, en pez, en sierva que espera el alma.
Me mirabas con curiosidad
con rubor de manzana.
Te asemejabas a las personas queridas.

“Tur”, te llamaba en la torre de humo fría
que forman las casuarinas húmedas

cuando creía que eras como una estatua,
o como *El ángel triste* de Filippino Lippi o el desesperado de Jerónimo Bosch
o como el que acompaña a Tobías en un cuadro del Tiziano.
Tenías una camisa de hilo blanca.
¡Ah, qué pobre eras!, pobre y prestigioso.
Comíamos pan, el que se guarda para rayar
en la cocina en los íntimos cajones.
De tanto mirarte se perdió tu forma en mis ojos.
Yo creo que nadie sabe amar y crear si no es a tu lado.
Te amo como te amaba. Todavía. En la multiplicación de tus nombres con dicha de alas.

14- Este poema fue publicado posteriormente en Silvina Ocampo, *Breve santoral*, 1984.
Hay otro poema con este título, (véase).

Rezo

Una criatura reza. No advierte que reza al pensar
en el anhelo de morir o de matar.
Frente al tedio o al gran entretenimiento, reza.
Al ser odiada y al odiar, reza.
Amada o cuando no es amada,
en la subrepticia velocidad,
en la lentitud extrema,
frente a la idiotez,
al esperar
y cuando al fin se hartó de esperar,
frente a la belleza, a la inteligencia, reza.
Porque se lo enseñaron, tal vez
y, si no se lo hubieran enseñado, lo aprendería al enseñárselo
a otro, reza.

Con frases ancestrales
indescifrables o desesperadamente improvisadas
en el futuro
con impropios gerundios
adulando
sin tregua reclamando
con las manos, con los ojos, con las rodillas,
con admiración servil
con falso desprendimiento
presa de presentimientos
repitiendo hasta perder el sentido una palabra,
con intrépida esperanza
con todos los tropos
que le parecen pocos
con los ojos cerrados también
como cuando jugó al gallo ciego
o para pedir una fruta con fervor

cuando jugaba a Martín pescador,
con el cortaplumas
en la mano, abierto, con premura
furtivamente, fumando
en la calle,
en posición incómoda reza
y acostada también
en la arena enorme o en la cama de bronce.

Cuando arde su corazón como una antorcha
o se vuelve, corazón prestado, de hielo
que mata o de piedra.
Frente a quien le dice no
o le dice sí cuando espera que le digan no.
Sobre el trozo de pan que cae al suelo
y que devora el gato o el perro.
Esperando la luz de un ascensor que nunca llega
o el semáforo verde.
Frente a la imagen amada
frente a nada
a un resplandor
imperceptible, a un aroma,
al pedestal vacío
al tránsito, con furor, dividida,
sin rumbo. En un resumen
de animal, de piedra, de planta
de agua de palma,
de nube
de espuma
de distintos olores del aire
de distintos resabios.
Cuando no la entienden
o entiende demasiado a quien la entiende apenas,
o la insultan.

Cuando insulta.
Cuando miente.
Cuando se pierde.

Cuando quien recuerda la olvida.
Cuando se detiene o sigue.
Cuando rememora algo que jamás vivió
y que está segura de haber vivido.
Cuando un primer encuentro no parece el primero.
Cuando la realidad le da más miedo que un sueño.
Bajo la lluvia
entre la turba
abrasada por el sol,
sola, sola, sola,
o acompañada,
desaforada
dentro de una gruta,
oyendo voces que ululan
o voces de animales que hablan
y discurren sabiamente.

Asistida por ángeles
o por diablos.
En todo lo importante
y en todo lo que no tiene la más mínima importancia
tirando a cara o cruz
en plena luz
como los criminales, deslumbrada,
mirando nada.

Un tigre camina incesantemente
sobre ese corazón que reza
y a veces se arrodilla
brilla
y sabe lo que él no sabe en ese momento
pues no es él mismo a veces el que reza
sino después, mucho después
otro, que lo sustituye.

Trenza

Trenza trenzada tantas veces,
variada como el destino, trenza: a veces
en la pretérita oscuridad
de un cuarto
entre todas las noches recuerdo
que dormí a tu lado una vez.
A ejemplo del poema,
más bien del tiempo,
tejido ondulante de mimbre,
que vuelve y que se hinca,
en el nido, en el moño, en la alhucema,
en la madreselva, en la cadena de oro, en la hiedra,
en la enredada rosa,
en la soga,
en todo lo que se trenza te veo
hasta en el canto del benteveo.

La vida se resume en unas pocas horas
como el taponcito perdido que no se pierde del perfume,
la libélula repetida que se esfuma
o como la diminuta, la íntima, la última,
la que no tiene cara de las muñecas rusas
amarilla, azul, colorada, la que el niño guarda brillando en el
hueco de la mano
temiendo no encontrarla, por ser tan importante e ínfima, nunca nunca más.
El vestido de fiesta, los guantes de cabritilla,
las guindas del sombrero, la efímera sombrilla,
venían del verano a descansar
adentro del armario
(ni pobreza, ni lujo,
ni llaves, ni muros)
sola,

en el día de la creación
atada contigo misma con el pelo hecho cintas
resplandecías, trenza, con tu belleza vívida.

Despojada de tus vestimentas,
yo de mis juguetes
(pero ¿qué era yo? como ahora
nada o casi nada entonces,
el piano, sus candelabros,
la oscuridad)
en un barco, en un tren o en una isla desierta
compartiríamos el sueño.
Algo insólito pasaba
algo triste tal vez en la casa.
¿Por qué no estaba sobre la mesa como siempre
el frasco redondo de caramelos verdes?
¿Y por qué otro motivo cambiarían
mi cama que era tan importante de sitio?
La arena de las playas estaba lejos
pero no sus fortalezas de mi pensamiento,
yo trataba de dormir o de no dormirme tal vez
ignorando lo que otras noches me inquietaba:
la posible, la aterradora, la intolerable orfandad.

Una inquietud que no fuera esa, cualquier otra,
era para mí una inquietud maravillosa.
Liszt, tal vez Schubert,
Chopin o Schumann,
el zigzag de su voz,
el corazón
que late en cualquier sitio
dentro de la distancia rítmica
resonaban como dedos divertidos en los bordes de los vasos de cristal,
en el espejo exánime
golpeando los barrotes de bronce de la cama
con sonido santo de campanas.
Dije “tengo miedo”
o pensé o sentí ese único secreto

semejante a otros secretos lacerantes subsiguientes
que disipaste igualmente.

Una forma sedante de lirio
me volvió feliz:
sobre el bordado frío de la sábana
venías a mi encuentro y me buscabas.
Y supe esa noche al asirme de tu madeja, trenza perfecta,
que ni los asesinos de la muerte, ni las tormentas
podrían acecharnos
porque dormías a mi lado.
Y seguirías viviendo,
y seguirás viviendo.

Emblemas del sol

Rompen la oscuridad con grito de júbilo
y siguen anunciando el sol antes del alba.
Valientes, embisten al enemigo;
ultimándose los ultiman.
Cobarde, o ávidamente tímido, señalado por la turba,
uno de ellos huye, despavorido
se esconde detrás de un árbol de la avenida Montes de Oca.
No asistí a las riñas: imagino el rito.
Enumero nombres; tienen plumajes, crestas, espolones:
“Violín”, que recibió aplausos por ser salvaje;
“Asesino de Balvanera”, ovaciones por ser cruel;
“Gaucho Cenizo”, éxito por ser loco;
“Naranjo Barbucha”, insultos, imprecaciones por ser tímido.
¡Pero qué diré de aquel antiguo extranjero
sin nombre pero más célebre
que oyó Jesús en el Monte de los Olivos
en la presciencia de la traición!
Diré que a veces conturbada he oído entre sueños ese canto
como de un recuerdo, al alba, que fuera mío.

Después

Después, cómo será después la rosa
o la crueldad que el tiempo perfecciona
o el amor que el amor vano pregona
a ejemplo de la noche tenebrosa.

Después, cómo será, no será hora
de buscar el amor que nos prepara
el porvenir ardiendo de luz clara.
¿Todo después, nada antes, nada ahora?

¿No serás, tiempo, una estatua de sal?
“Si te vuelves atrás, allí está el mal
y Sodoma y Gomorra están en llamas”

nos dice Lot huyendo entre las ramas
del tiempo que se incendia de contritos
pasados y presentes infinitos.

Despedida (15)

Vine a sentarme al pie de la escalera
de la casa donde antes habitábamos,
esa casa que ahora está vacía.
Ya no hay muebles, ni lámparas, es cierto,
ya no hay jabones en los lavatorios,
ni vinagre ni pan en la cocina.
No hay objetos caseros caprichosos
con los que muchas veces dialogamos
de esos queridos que al atardecer
contemplan el poniente a nuestro lado.
Ah, cuántas azoteas y palmeras
siempre las mismas vi en estas ventanas,
cuántas azules y ortodoxas cúpulas
vi recibiendo luz de los avisos,
cuánta sombra atrevida vi labrando
para mí un ángel negro en la avenida,
cuánto ruido de tránsito y bocinas
de propaganda política oí
entre tangos y zambas y boleros.

Y ahora en estos cuartos incesantes
esas personas que hemos suscitado
han quedado ¡extrañísimos nosotros!
Mas no sólo habrá gente: ha de haber plantas,
perros, un pez que vivió cinco días,
flores que beben agua en los floreros,
un insecto dorado que amaestré:
surgirán muchas veces solitarios,
ansiosos, cada uno de estos seres,
o se reunirán en ocasiones
como ésta, ubicuos en su extraña fiesta.
Han de quedar sin mí en estas ventanas

con dibujos, dibujos y dibujos
durante tantos días proyectados
por las miradas sobre el cielo raso.

15- Hay otro poema con este título, véase pág. 70 de *Poesía Completa* I; allí mismo véase también “La despedida”, pág. 355.

Tarjeta postal

No sé por qué me duele que una estación se muera,
que enmudezca el jilguero, que invada los recintos
la escarcha aunque palpiten por vivir los jacintos.
Pero si aquí es otoño, en Francia es primavera.

Y tan cerca la siento que altera mi país.
Por el aire me llega el prístino recuerdo
de un vario y permanente jardín en que me pierdo
entre estatuas y fuentes y un rumor de París.

En el Parque Lezama o en la Plaza Lavalle
lo intuyo, y en Boedo, en esquinas nocturnas
y hasta en Palermo cuando llovizna y taciturnas
voces pregonan frescas bebidas por la calle.

Sólo en aquel jardín nació mi devoción
primero por la música, después por la pintura
para llegar por fin a la literatura
donde inflamé con letras un terco corazón.

Un corazón como esos de tarjeta postal
en relieve de raso, con barcos recortados,
dos manos, nomeolvides, pensamientos morados
unidos por un férvido amor elemental.

Fauré, Debussy, Proust, Racine, Renoir, Ronsard,
¡quién puede precisar o enumerar encantos!
Los que me adoctrinaron: los héroes y los santos,
en un libro de fábulas, hecho para cantar.

La cara apócrifa (16)

Sin hacerse ver por mí pero mostrándose a los demás
como una máscara
que jamás se quita,
me sigue.

Fue espejo de quien la miraba,
amiga o enemiga de sí misma
revelando, ocultando secretos
desmentida por las palabras.
Aborrecida por las emociones.
Horrible para sus detractores
y hermosa para los que la amaban.
Tiranizada por sus continuas contradicciones.
Pensó a veces “Qué cómodo sería que fuera hermosa.
Que pudiera expresar cualquier sentimiento impunemente”.
Pensó también “Arrojaría entonces el color de sus ojos al mar
como Polícrates su anillo para ser feliz”.
Ventana donde se asoman los ojos.

Deseaba a veces que no fuera mía
o por lo menos no siempre aparentemente mía.
Asimismo, siendo menos mía que otras más amadas,
que corresponden exactamente a mis sentimientos,
tuve que sobrellevarla como si fuera realmente mía.
Ah, qué lejana en aquel tiempo, en cualquier tiempo está
lejana como un campo añorado y los árboles.
Ah, cuánta sonrisa simulada
cuánto odio y amor
cuánto celo y terror, piedad y curiosidad
sin contar el asombro
marcan todas las facciones
con tatuajes que nada ni nadie puede borrar

del sitio donde están grabadas.
Queda y aún me sigue como las manos que puedo ver.
Luego en días más largos que el resto de la vida
modifica notablemente su propia y extraña invisibilidad.

La conocí diminuta
adentro de una luciente cuchara de plata
abría y cerraba la boca
cuando yo no sabía quién era.
Como a un simio curioso la contemplé.
Di vuelta la cuchara: la vi al revés.
¿Por qué al revés?
Para mirarla dejé de comer el dulce que la empañaba.
Después la busqué ansiosa,
como un perro busca un hueso,
en cuchillos, vidrios, agua, ojos, fondos de aljibe,
en un botellón monstruoso.
Fue entonces que se volvió espejo cuando le faltaba un espejo.
Finalmente con más claridad y proporciones normales
en un verdadero espejito la arrinconé
o más bien ella me arrinconó con su mirada aviesa.
En otros espejos verdaderos, más importantes, volví a encontrarla,
en el cuarto de vestir de mi madre, por ejemplo;
junto a un vestido de baile adorado,
cinturones de terciopelo,
largos guantes de cabritilla,
flores de plumas,
subiendo o bajando por los ascensores, en los trenes,
en las tiendas, en las confiterías, perturbada, desdichada, feliz,
a veces más, a veces menos que yo.

Nadie sabe cuánto me esforcé por imaginarla preciosa
como una actriz de cine en boga
o la heroína de una novela leída por una institutriz
antes de llegar al espejo donde cambiaba mis subterfugios
pasando de la belleza perdida
a la inteligencia subrepticiamente hallada,
de la imagen de mármol que inspira un solitario amor

a la imagen sensible que da amor
de la reina coronada de papel plateado
a la esclava rebelde con tintineo de pulseras de cortina.

La corregí en vano, minuciosamente
juntándole las cejas
agregándole lágrimas
adornándola con levísima sonrisa
tirándole la lengua para volverla graciosa
mordiéndole los labios para volverla cruel
alejándola inclinada para volverla misteriosa.
Entonces, sólo entonces
creía encontrar la más conveniente,
la cara de Bindo Altoviti
(¡qué importaba que fuera un varón si parecía un ángel!)
o la de Pavlova reclinada, vestida de cisne.
(¡Qué importaba que fuera fea si bailaba!)
Cuando un brusco “¿Qué hacés?” fatídico
me arrancaba de la representación:
porque era un pecado
para la dueña infantil de una cara
mirarse demasiado en un espejo.
Tal vez Narciso temblaba en aquellos ojos
y profería secretos eróticos
que la comunicaban inocentemente,
cuando la luna se empañaba,
debajo del mosquitero
con el diablo,
o tal vez ya iba urdiendo
las líneas que después, mucho después,
desearía ardientemente borrar.

Anheló penetrar en el mundo del esteroscopio
donde su madre paseaba en misteriosos jardines
pero no se lo permitieron las frías instantáneas de papel
a las cuales se sometió urgida por el tiempo.
En la primera fotografía toda rosada
aprendió con mucha facilidad

la preocupación que puede expresar la boca mirando una mano
en el acto de lanzar una pelota
sin desanudar el moño cariñoso del peinado.
En la segunda aprendió
con una muñeca de frondosa cabellera
la postura que requiere el incipiente amor maternal
para iluminar un retrato impuesto por la familia.

En la tercera
el ademán absorto que inspira la soledad
del mundo de las personas mayores
la crueldad secreta de los niños
en un patio de un hotel a la hora de la siesta.
En la cuarta
la falaz inocencia
del tul de la primera comunión
el peinado recogido
el éxtasis del rosario de perlitas junto a la boca
herida por los guantes de hilo blanco.
En la quinta
el rubor que se revela hasta en blanco y negro:
los ojos escondidos
debajo del ala del sombrero
y el pelo, el único esplendor visible, escamoteado
adentro de la copa alta de fieltro.
En la sexta
el incómodo atuendo de los quince años,
la organza del vestido tieso, sin gracia
a causa de la moda inconstante,
los zapatos de charol mordoré que modifican la sonrisa,
el polvo que vuelve opacas las mejillas
y los ojos fuera de foco.
En la séptima entre las piedras
vista a través del agua de una cascada su originalidad preconcebida.

En la octava el mar
y la irisada luz del sol la acompaña ¿dónde está? No se ve. Por eso está bien.
En la novena, dos leones en Roma

escupen agua en una fuente acompañando sus primeras arrugas.
No. Miento. No son sus primeras arrugas.
¿En qué momento nacen? Nunca se sabe. Pero muchas acuden a la ceremonia de la fotografía.
En la décima ¿dónde está? Ya tomó la costumbre de esconderse.
Entre las máscaras del barco, vestidas de odaliscas, de cocineros o de gitanas, se pierde al pasar la línea.
Sus oídos escuchan la música de un piano destemplado.
En la onceava, en Zürich, hojas de un bosque la esconden.

Cruzando tanta belleza, ¿cómo no se embellece?
¿No existe acaso el mimetismo? Existe, y es fugaz como el relámpago.
Mas el que ve ese relámpago no lo olvida,
(como no olvida el lago Trasimeno
ni las desoladas cumbres de los Apeninos).
Y en otra, en la que ya perdí la cuenta
la llanura apenas la muestra.
Y en otra, la sierra.
Y en otra ¡cuánta indecisión!
la policía marca su culpabilidad en un pasaporte
¿víctima o asesina?
Y en otra, superpuesta: se recuesta contra ella misma,
con un título que podría ser “hermafrodita”
o “retrato de un espíritu”.
Y en otra. No, no quiero otra. Basta.
Demasiadas fotografías son culpables.

Buscándole un parecido
con los perfiles egipcios
como de animales
que han quedado grabados
en algunas monedas antiguas,
pudo morigerar a veces su antagonismo:
llegué hasta a quererla
porque fue espejo de quien la miraba.
¡Cuchara, vidrio, cuchillo, aljibe, espejo!
No quiero más fotografías de esa cara
que no es la misma cara que estaba adentro de una cuchara

ni en el vidrio, ni en el cuchillo, ni en el aljibe,
ni siquiera en el espejo.

16- Este poema se publica con variantes bajo el título "La cara" en Sara Facio y Alicia D'Amico, *Retratos y autorretratos*, Buenos Aires, Ediciones Crisis, 1973. (*N. del E.*)
Hay otros poemas titulados "Las caras" y "La cara", véanse pág. 326 de *Poesía Completa* I y aquí.

El crimen (17)

Lleno de muros, de ángulos y de prismas,
de horrores primitivos y de espejos
el corazón del criminal está
sobre su víctima inclinado un día
cuando blande el cuchillo o el revólver
o el veneno la mano que asesina.
Mientras el viento barre las ciudades
y la gente en las casas busca amparo
él solo está velando su pecado
acompañado por algo que grita,
un animal adentro de su sangre
silencioso y preciso, inevitable.
El barro azul si hay barro, la madera
del piso que se aleja del zaguán
si está en el interior ya de una casa,
todo le anuncia lo que va a perder.
Todo le anuncia lo que va a encontrar:
el sueño que su víctima soñaba,
ese sueño que hereda y que lo nutre
y que después le servirá de muerte.

17- Hay otro poema con este título, véase pág. 100 de *Poesía Completa* I.

Lamento de un paisano

(Acusado de un crimen en la provincia de Buenos Aires.)

Morados son los cardos,
grises los pajonales,
las llanuras iguales,
miserables los nardos.

Son perversos los muertos:
debajo de la tierra
el alma se les cierra
con los ojos abiertos.

Por eso cuando sueño
soy más malo que un perro,
con un collar de hierro,
atado siempre a un leño.

Sueño que soy la sombra
del galpón, que se cansa
mi voz sin esperanza,
y que el diablo me nombra.

Sueño que soy el fondo
del pozo donde suelo
ver mi boca y mi pelo
y un espejo redondo.

Sueño que soy el barro
del sendero, en verano,
las moscas y el pantano
donde pasa este carro,

mi cuarto que se llena
de noche de gallinas,
todas las cinas-cinas
del cerco, y de esta pena.

Me da miedo la aurora
porque es gris y celeste
del lado del oeste,
me asusta cualquier hora,

la noche, la quietud,
el tiempo, que ha borrado
mi cara y me ha dejado
sólo la esclavitud.

Ni esta huella segura
es misericordiosa,
ni el agua, ni la rosa
ni el sol, ni mi locura.

Todos mis metros a la naturaleza

¿Acaso no te amé más tiempo que a cualquiera?
¿Y no fuiste además lo que yo amé primero?
¿No olvidé, traicioné, gocé, fui abandonada
recorriendo tus reinos deslumbrantes y arcanos
frente a ti demorada como frente a un espejo
terriblemente hermoso, terriblemente cierto?
¿No me detuve extática, de amor maravillada
a tu vera corriendo como corren los ciervos,
los leones o los tigres ardiendo en tus vertientes
para encontrar en ti la ubicua faz de Dios?
Podrá el encierro oscuro de un lecho y el amor
haberme seducido, mas preferí tu espacio
y deleitarme siempre en ti ¡naturaleza!
Dentro del corazón como la almendra estás:
todo lo que te envuelve, se vuelve suave y fresco.

¿No me inventaste caras con tu solo perfume
que amé para olvidarte desesperadamente
las cabelleras suaves que tocaron mis manos
la emoción que sentí que no fue compartida,
en un cinematógrafo no busqué tus imágenes
rotas en una playa o en la orilla de un bosque?
Y no creí aspirar tu olor en salas fétidas
porque te vi en las plantas y en las hojas que tiemblan.
¿No fuiste acaso mi hambre, mi saciedad, mi sed
el olor de racimos, de enjambres y de miel?
¿La mirada que amé porque la acompañabas
con tu canto de grillo o tu luna glacial?
¿Y no me arrodillé, madre mía, a tus pies,
para que le pidieras a Dios que no haya guerras
ni maldad ni codicia ni pobreza y dolor
aspirando en tus árboles tu milagroso olor?

No me abandonarás como los que llamé
mis mejores amigos, ni te abandonaré
como los abandono. No desencantarás
mi ilusión ni mi amor, muerta me abrazarás
con ímpetu que nada desgasta, ni el deseo
ni el hartazgo, ni el miedo ni el temor de haber sido.

Palabras oídas en una plaza

—Iré en busca de un sitio donde existe más tiempo,
donde el reloj no late con su corazón lívido
ni apunta con sus dos flechas aceleradas
a la vida del hombre, a su corazón ávido.
—Los canarios ya son rosados, no amarillos,
y las puestas de sol no rojas sino lilas.
No se paran ya en fila los soldados de plomo
y los trenes eléctricos son menos misteriosos
que los trenes que tienen una locomotora.
—El durazno no tiene ya sabor a durazno,
ni la rosa a la rosa ni el damasco al damasco.
—Los niños no son niños, lo dicen ellos mismos,
tienen dientes postizos y se tiñen el pelo,
y los adultos miran el sol atroz con tedio,
tienen caras horribles trasnochadas de viejos.
—La pereza opulenta con cara blanca y fofa
nos tienta con promesas, disfrazada de hada,
habla con los infantes que juegan a la mancha
y tira los papeles de propaganda al aire.

Hotel Jardín

¡Circundado de noche y de pantanos
qué misterioso es el Hotel Jardín!
Solas las puertas se abrirán con manos
que nos llaman. El patio y el jazmín

exaltarán su olor a acaroína.
En el zaguán inspirador del asma
puntual y sicalíptico un fantasma
repetirá los pasos de estearina.

Y el relente opalino seguirá
irrigando enredaderas murales
y la sonámbula hotelera irá

durante los períodos menstruales
a revisar llorando por sus males
todos sus biblioratos y rosales.

Espera (18)

Cruel es la noche y dura cuando aguardo tu vuelta
al acecho de un paso, del ruido de la puerta
que se abre, de la llave que agitas en la mano
cuando espero que llegues y que tardas tanto.
Crueles son en las calles los rumores de coches
que me dan sueño cuando estoy junto a tus ojos.
Cruel es la lluvia suave, furiosa que fascina
las enormes tormentas, las nubes con sus islas
cuando espero que llegues y que el reloj enclava
sus manecillas de oro en el corazón ávido.
Cruel es que todo sea precioso hasta el retorno
de la espera, y el lento padecer del amor.
Cruel es rezar sin tregua la promesa olvidada
de volver a ser buena, de sentir que redime
estar bien preparada sólo para la dicha.
Cruel es la luz, perfecta, de la luna y del alba
el alma de las horas sobre el campo y el mar
y crueles son los libros, la voluptuosa música,
hasta la anomalía de las caras etruscas.
Y es cruel aún después tener que ser humana,
no convertirme, al verte, en perro, de alegría.

18- Hay otro poema con este título, (véase).

Amor (19)

Quisiera ser tu predilecta almohada
donde de noche apoyas tus orejas
para ser tu secreto y ser las rejas
de tu sueño; dormida o desvelada

ser tu puerta, tu luz cuando te alejas,
alguien que no trató de ser amada.
Huir de la ansiedad que está en mis quejas,
poder a veces ser lo que soy, nada,

no tener nunca miedo de perderte
con variación y honda infidelidad,
jamás llegar por nada a concederte

la tediosa y vulgar fidelidad
de los abandonados que prefieren
morir por no sufrir, y que no mueren.

19- Hay otro poema con este título, (véase). Existe también un cuento titulado “Amor”, véase Silvina Ocampo, Las invitadas 1961, *Cuentos Completos* I, Buenos Aires, Emecé Editores, 1999.

Lamentos de un rey

Mis equivocaciones
no están jamás en mí
sino en los que al principio
de mi incesante reino
aquí me conocieron
y creyeron en mí.
Ellos son los culpables.
Tendría que apresarlos,
torturarlos, matarlos.
Lo que parece fácil
en el primer momento
suele ser muy difícil.
Después de exterminar
a esa voraz gentuza
que es peor que mi conciencia
los hombres que a su vez
conocieron a aquella
gentuza seguirían
alimentando al monstruo
de mi equivocación.
Ultimarlos a todos
sería necesario.
Perdería mis súbditos
a menos que por mi orden
sobrevivieran niños
cuidados por los Monos
hasta la pubertad.
Y durante ese tiempo
en mi reino de infantes
me quedaría Dios
con sus huestes aladas
pero es tan exclusivo

que me ha desencantado.

Los delfines

Los delfines no juegan en las olas
como la gente cree.
Los delfines se duermen bajando hasta el fondo del mar.
¿Qué buscan? No sé.
Cuando tocan el fin del agua
despiertan bruscamente
y vuelven a subir porque el mar es muy profundo
y cuando suben ¿qué buscan? No sé.
Y ven el cielo y les vuelve a dar sueño
y vuelven a bajar dormidos,
y vuelven a tocar el fondo del mar
y se despiertan y vuelven a subir.
Así son nuestros sueños.

Habla un tigre

Yo que me muevo como el agua
sinuosamente
como el agua conozco
secretos vergonzosos.
Oí decir que existen cementerios de perros,
con inscripciones serias
conmemorando la amistad humana,
y que existen caballos tan estúpidos
que se arrodillan ante sus amos,
bueyes que son esclavos de labriegos,
gatos que son adorno de señoras,
como un sombrero o como un abanico,
osos que bailan al son de una pandereta
de un hombre o de una enana,
monos que adulan a sus dueños,
elefantes que el público degrada,
focas abyectas que hacen gárgaras
para entretenimiento de los niños,
vacas que se dejan arrastrar, maltratar,
que dan su leche a cualquiera,
ovejas amaestradas
que donan su lana
para hacer ropa o colchones,
serpientes que acarician
el cuello y la cabeza de los locos.

Nunca nos pusimos de acuerdo
sobre la verdadera naturaleza del hombre,
algunos insensatos piensan
tal vez en agradecimiento
por los que nos deificaron
en otros tiempos

que el hombre es un dios,
pero yo y ciertos compañeros míos y enemigos
pensamos que es comestible.
El hombre comestible
es siempre trémulo y tímido,
sin garras y sin pelo o con muy poco pelo:
el hombre-dios distribuye
según me han dicho, alimentos con sus manos,
tiene un látigo en la lengua y en los ojos.
Antiguamente, cuando se apostaba en la arena de los circos,
o en el desierto, llevaba una aureola
o una varita mágica,
una larga melena semejante
a la de los leones, que se enreda entre los dientes.
Todo esto me perturba:
a veces sueño
con una alfombra cuyo pelaje
se asemeja al mío, y lloro
echado sobre mi propia piel.
Es extraño. Inconcebible.
Pero hay cosas más extrañas:
¿Acaso no existen pájaros
que se entretienen cantando,
palomas irrisorias, y una serie infinita de peces
y de coleópteros que ignoro
pero que me fastidian?
¿Acaso no hay un poeta que piensa en mí continuamente
que cree que en mi piel hay signos que revelan
el destino del hombre dibujado por Dios
en un poema?

Tedio disfrazado de mujer

En una reunión

Llegó con guantes verdes, con vestido de seda,
se reclinó en los brazos de un sillón amarillo.
La tarde apaciguaba las rosas con su brillo,
ventanales, mamparas, las personas en rueda.

Su pelo era lustroso, invisibles las cejas,
lívidas las mejillas con venas azuladas.
La punta de los dedos con las uñas pintadas
marcaban cada sílaba. Movía las orejas.

Bajo la luz infausta y sensual del verano
devorábamos restos del banquete concluido:
debajo de las fuentes el dulce envejecido,
los manjares informes que ensuciaban las manos.

Los perros no me espantan, hacen las mismas cosas:
en lugar de hablar ladran y comen lo que sobra.
Se atragantó exclamando: ¡Admiro tanto tu obra!
—¡Es muy inteligente! —dije y le di las rosas.

Timidez disfrazada de jirafa

Todo el mundo miraba su alto cuello,
su cintura y su pecho, su cabello.
Como adentro del agua se movía
en la neblina azul de su miopía.
Sus piernas y el silencio eran muy largos,
los pensamientos que inspiraba, amargos.
Para ocultar su turbación mascaba
su propia lengua; atenta, no escuchaba.

Diálogo de médicos

—Dijo alguien que olvidamos al enfermo,
que amamos sólo las enfermedades.
—¡Qué desagradecido! ¡Qué ignorante!
—El enfermo es un arma de dos filos:
si se le quita la dolencia, muere.
—La enfermedad en cambio se conserva:
es más agradecida que el enfermo.

Canción de cuna feroz

De la tribu dormilona

Duérmete niño mío
que vienen las palomas
a comerte los ojos;
que viene el tigre, el león
a comer tus bracitos.
Duérmete, corazón.

A mi tierra

¿De dónde provenía tu desdicha?
Pensé en cada palabra dicha,
en tus trabajadores, y en tus calores,
en tu sudor y fragancia de flores,
en tus caudillos, con desesperanza,
en tu amor que no se cansa.
Pensé en tu historia
que obliteré en la infancia, de memoria,
y vi tu sol con su cara de león amarillo
y te reconocí en un grillo,
solo, cantando en la noche,
en la amatista de mi madre, en un broche,
en la lluvia de ayer
sobre tu ímpetu de reverdecer,
en tu ceibo rojo y tu picante aguaribay
convertidos el domingo, en *caravanserai*,
en tu ala de picaflor iridiscente,
en el clamor de River, de Boca, de Independiente,
en el agresivo salivazo,
en los caballos que huyen en esplendores del ocaso
en la tumbergia cual candelero
de árbol de Navidad de enero,
con cara y cruz en una moneda,
en tu amor que nos enreda.

Recorrí tus caminos cabizbaja en mi sueño
como los perros que no tienen dueño.
Oí voces que hablaban sólo de plata,
de la ambición que mata
y del temor que es como la polilla,
y vi el cardal azul, la retama amarilla,
y a niños delirantes sobre un patín descalzos,

y a adultos que de sufrir se vuelven falsos,
y oí tu voz de tango, de milongas, de marchas
lustrar tus grises calles de invierno con escarchas
y vi lo que se borra y se vuelve a escribir
con tiza en las paredes como el gusano para revivir,
y lloré al despertar
porque estabas ardiendo como el mar.
Pensé en tus hombres que no están conformes.

Vi tus campos enormes
y vi en cada pecho
dentro de cada techo
brillar en miniaturas
una a una, tus desventuras
a través de tus días,
como símbolos de las mías,
con estandartes y con gritos,
con insólitos ritos,
te descubrí, Argentina,
en cada esquina,
como si no te conociera
a fuerza de conocerte a ejemplo de esa enredadera
ciega adherida a una planta
o del zorzal insistente que canta
sobre el barro azulado y mío
de la costa del río.

Todos los árboles

Árboles del bien y del mal,
de Porfirio, de los cien caballos,
de la noche triste de México, de los nativos,
de la ambrosía, de los Vedas,
antropogónicos, cosmogónicos, genealógicos,
del huerto de Gethsemaní, de Jicinoves,
como los mapas de los ríos
llevando diminutos autorretratos en cada hoja
como yo en mi corazón
desde el tiempo de las piedras y de los helechos.
Cuando eran templos
para vivir en ellos,
cuando hablaban
y les hablaban.
Cuando eran elefantes, tigres o Dioses,
múltiples como la sombra
que remeda el cuerpo humano
con años marcados en círculos
que los embellecen.

Los árboles de Buenos Aires (20)

LAMENTACIÓN

Oh cruel ciudad de olvidos y desaires
hachan los árboles de Buenos Aires
para agregar un metro a una avenida,
lucir la estatua conmemorativa.
Mataron los que más me conmovieron
los de la plaza San Martín, murieron
tipas con copas como enredaderas
de la vehemente calle de Las Heras,
y de la plaza de la Recoleta
la procesión de tarcos, violeta,
y algún gran eucalipto maltratado.
Los onanistas los habrán amado
más que los intendentes de jardines;
más que las flores y los querubines,
eróticos amantes perdurables
adornaron las ramas admirables.

VENGANZA

Anaranjados, verdes, amarillos,
en una noche con rumor de grillos
pensaba en ellos viendo arder un leño
para llenarme de árboles mi sueño:
Entraron en las casas y en las camas
derribando a familias con las ramas
como serpientes, con furor, felinas,
paraban los relojes con espinas.
Se desplazó todo un monte de acacias
no dejó entrar a nadie en las farmacias.

Se bebieron el agua en los depósitos
y murieron de sed niños expósitos.
La gente que quería conversar
sólo podía a veces ulular.
No dejaron un vidrio en las ventanas,
desmembraron sin causa a dos enanas.
Clausuraron portones de hospitales
y propagaron misteriosos males
salidos del polvillo enardecido
de cualquier flor de aromo inadvertido.
Las maderas labradas de las puertas
despertaban y ya no estaban muertas.

INICIACIÓN

No entendía en mi infancia aquel respeto
del hombre por el árbol en secreto,
mas sabía que siempre sobre el piano
la purpúrea begonia era el verano,
que dentro del espejo repetidas
plantas del invernáculo traídas,
junto a la estatua fatua deshojaban
pétalos verdaderos que temblaban,
que aunque sangrara amarga mi rodilla
la retama era dulce y amarilla,
que del jardín la flor del plumerillo,
cuando cantaba enardecido el grillo
dentro de una jaulita de cartón,
copiaba el pulso de mi corazón.
Me llenaba de tedio oír hablar
de esas plantas que había que cuidar
como a la gente con enfermedades,
con diversas pasiones, con edades.
Tristes me parecieron los viveros
los ejércitos de árboles austeros
al humano capricho sometidos
con tanta disciplina divididos.
Mi madre quiso que amara las plantas:

las colocaba al pie de algunas santas,
hablándoles a veces como a un niño
las regaba con íntimo cariño.
Cuando las visitaba en los jardines
se ponía un encaje con jazmines
envuelto alrededor de la cabeza,
y las miraba como alguien que reza.
En un vaso de vidrio con rayitas
juntaba un ramo sólo de ramitas:
las hojas que postergan el calor
le gustaban tal vez más que una flor,
pero a mí me gustaba masticarlas,
morderlas, en mis manos estrujarlas.
Todos los árboles la conmovían:
me enseñaba los nombres que tenían.
Me asombré que tuvieran apellido,
que otros fueran propensos al olvido.
(Nombrado como virgen de algún templo,
Grevilea Robusta por ejemplo).
¿Por qué no se llamaban como un gato
o como un niño, Juan, Pedro, Renato?
¿No jugaban de pronto ellos conmigo?
¿No les hablaba como a algún amigo?
Bocas eran los frutos, brazos las ramas,
de los troncos el pie, sensuales camas.

CATÁLOGO

Más importantes que si fueran hombres
hoy recuerdo árboles con muchos nombres.
Con fragancia de miel, de rosas, de higos
qué buenos eran para los mendigos.
Yo pensé: *Son mejores que la gente*
que les cierra las puertas y que miente.
Me deslumbró en las ramas el rocío,
como pisapapeles sobre el río,
caballos que en las sombras reverberan,
cosas que son y que serán porque eran:

el Sarandí multiplicado, el bagre,
los yuyos que sabían a vinagre;
el columpio en delirio que volaba
sobre el follaje que lo consagraba;
y el amor, la esperanza y el secreto
simbolizados por un simple abeto;
la lavandera que acunaba ropa
y aquel vidente reencarnado en opa
unidos por la sófora, callados,
lamiendo afrodisíacos helados,
viendo pringosos brillos en los tilos
de la baba del diablo con sus hilos.
¡Cedro, recuerdo de mi infancia intacto,
como si hubiera entre él y yo algún pacto!
¡Ombú, que fuiste casa de muñeca,
elefante, andador, armario, Meca!
Amé el aguaribay y los castaños.
Me asombran, me asombraron durante años
esos impúdicos palos borrachos
con el sexo desnudo y los lapachos.
Las casuarinas que ya nadie quiere
por sucias, mi memoria las prefiere.
Y el olmo, el pino, el timbó pacará,
el ceibo, el plátano, el jacarandá.
Los quiero ahora y siempre, los quise antes.
Hay rojos, hay violetas, hay fragantes.
El álamo y el árbol de caoba,
la lamberciana y el gingko-biloba,
en cada uno reconozco un mundo
de verdes experiencias en que me hundo.
Y las bétulas albas y el gomero
y las catalpas en el mes de enero
que asocian el calor a las chicharras
junto a la íntima sombra de las parras.
Y las tipas que escupen y el ciprés
con las piñas que brillan como un pez.
El fénix que atesora cantos, alas,
entre sus palmas, de palomas malas,
y las magnolias con flores fragantes,

marchitas si las tocan, exultantes.
El naranjo, la acacia, el paraíso,
con ramos que al caer forman un friso
o bien un dulce e ilusorio cauce
de agua en el sol despótico. Y el sauce...
el de *Las Rubaiyat*, el de Argentina
el que me hizo olvidar que soy Silvina.

20- En 1979, Silvina Ocampo publicó el libro *Árboles de Buenos Aires*, (véase).

El plátano de Jerjes

Jerjes marchaba a Grecia con su ejército
y en Lidia se detuvo de pronto frente a un plátano.
Jerjes contempló el árbol: herido en su corteza era perfecto.
¿Oscuramente vio en la hendida cicatriz del tronco
la herida mortal que le asestaría Artabán en Persépolis?
Aquellas divinatorias formas
no eran tan importantes como el árbol mismo para Jerjes
cegado por la belleza:
olvidó a su hijo Artajerjes, el de la mano larga,
a sus tres hermanos desterrados,
al cruce del Helesponto,
a Egipto, a Persia, a todo lo que no era el árbol.

Hasta la noche extático como en una miniatura
quedó al pie del tronco bajo las grandes hojas.
Los soldados de ojos oblicuos dormían
en el polvo pesado del sueño.
Colgó de las ramas collares, pulseras, anillos de oro y de piedras preciosas.
“No eres un animal ni una hembra y me voy
como aquel que abrazó a su amor en la noche”
y al pensar estas palabras movía los labios el rey como si hablara.

El árbol respondió como responde el amor,
como a Ulises
las nunca adivinadas palabras de sirenas.

Los pinos

No escuchaste latir el corazón de un árbol
apoyada en el tronco mirando hacia arriba,
no viste el follaje que se movía
como el latido de un corazón,
no sentiste el estremecimiento
sobre tu cuerpo de las ramas que se mecen,
no escuchaste el corazón de los pinos
cuando los mueve el viento y caen esas hojas
que son como verdes
alfileres fragantes, y cuando pasan las nubes,
no viste que giraba el mundo, el mundo entero
y no sentiste que el cielo se acercaba,
se metía adentro de los pinos,
y que desaparecías y que penetrabas con él
adentro de los pinos para ser en él otro árbol.

La Recoleta

He imaginado el tigre inesperado
que del río llegó a La Recoleta.
Lo acompañaba aquella luz violeta
del antiguo poniente iluminado

sobre la gente de la romería
que, hacinada, a sus casas regresaba:
obediente rebaño que bajaba
por las mesetas tristes si llovía.

El oscuro bandido o el fantasma
lo he imaginado oculto en un arbusto
con un cuchillo, y desnudo el busto
jadeante de emoción como con asma.

Y aquellos niños que querían ver
al monstruo miserable que degüella
con tanta habilidad sin dejar huella
de un crimen que cumplió como un deber.

Ese mismo lugar tiene hoy gomeros,
río de coches y confiterías,
ferias y cementerios, florerías,
monumentos, iglesia y pregoneros

que venden globos, caramelos, diarios,
en días rojos de calor, helados,
café y flores con pétalos pesados
que se regalan para aniversarios.

Del viejo asilo el paredón oscuro

ampara novios, onanistas, perros,
mendigos que se abrazan entre hierros
y una estatua abismal de rostro duro.

El tiempo es aquel tigre; se perfila,
va renovando historias en la tierra,
y otra vez, otro espectro acá se aferra
a los arbustos de follaje lila.

Quiero echarme en el pasto y hay basuras
entre las hojas de papel de diario;
con devoción paciente de rosario
hay emociones en la noche puras.

Todo salvo lo inexplicable miente.
El Río de la Plata resplandece.
Todo lo humano y frágil estremece
nuestra impronta en el polvo. ¡Y tanta gente!

Persea gratissima

Fue cómplice de raptos y de novios,
de esos buscados por la policía
en sus campañas moralizadoras
porque se desnudaron en el día
o porque reclinados en el suelo
a su pie se dijeron un secreto
adentro de una oreja subrepticia.
Ni histórica ni exótica ni espléndida,
vecina de simbólicos azahares
sueña con Tucumán y sus naranjas.
¿Pertenece a qué sexo? No lo sé.
Mas sé que en soledad no da su fruto,
ni crecerá a su lado otro individuo
hermano, compañero de su estirpe.
Un banco sin respaldo, de mayólica,
con dibujos azules andaluces,
una selva de gatos, un camino
de polvo de ladrillos y de piedra
la rodean: podrán caer las hojas
de su follaje ardiente vanamente,
caerían vanamente los carozos
de la pulpa entreabierta desprendidos,
vanamente en el banco de mayólica,
si Dios le permitiera tener frutos.

¿Qué enfermedad, qué simbiosis la salva?
A veces soñará con el color
para siempre indeciso de sus flores,
oirá besos de ramas y de gente
y todos concertados excepto ella
sin amor solitario, sin ternura.
Yo no sé si conviene hablar a un árbol,

a la patria, a un jardín, a los jazmines
como a una persona, mas yo le hablo
porque me salen hoy a mí del alma
palabras con vehemencia. “Si pudiera
llevarte hasta la orilla de este lago
en donde nada un cisne todo blanco,
belicoso, y un cisne negro, manso,
que alejados circulan sin mirarse,
por lo menos verías sobre el agua
en trémulos reflejos de codicia
como Narciso tu belleza estéril,
y enamorada de ti misma, al fin
humana llorarías como llora
en su esplendor un árbol mitológico.

Ah, por qué no serás hermafrodita,
como cualquier begonia que procrea
en la soledad roja de sus hojas,
por la arena ayudada solamente.
Tal vez un cataclismo que conmueva
el mundo será tu única esperanza.
Vislumbrado en la tierra removida
con escombros y luz inmemorial:
tu fruto verde o negro brillaría
sobre la rama para que lo pruebe
un habitante pálido de Marte.
Y en qué me habré yo transformado, dime,
cuando el milagro para ti se cumpla
¿quedará acaso en una de tus hojas,
hoja de árbol feliz y no de libro,
algún reflejo de lo que hoy te digo?”

A mi infancia

Si pudiera llevarte de la mano
a ese lugar que más te ha ensombrecido
verías la alegría que ha existido
y lo maravilloso de antemano.

Si pudiera llevarte a ese lejano
lugar, donde sufriendo has aprendido,
te enseñaría aquello que has perdido
en temer, en mentir, en huir en vano.

Mas si no he de llevarte a sitio alguno
ni darte nada iré adonde tú quieras
me mostrarás tus juegos uno a uno,

tu persistente crimen, tus quimeras,
el precoz nacimiento de tus celos,
el incestuoso amor, en mis desvelos.

El duelo

Pusieron cintas negras en mi pelo,
me vistieron de blanco y colocaron
en mi cintura un cinturón que ataron
con un moño que era de terciopelo.

Como un espejo, la ventana, el cielo
mi figura enlutada reflejaron,
las nubes y los ángeles cantaron
una alegre canción que era de duelo.

Y cuando me llamaron a la sala
para que saludara a las visitas
imaginé el color azul de un ala

y al ver aquellas lágrimas contritas
el beso absurdo que no quise darte
me permitió teatralmente llorarte.

Por la calle Viamonte que iba al puerto
celeste como el agua era estar muerto.

El miedo

Durante cuánto tiempo perseguiste
mi paso errante en busca de esperanza
con tus guerreros grises y tu lanza
en tus jardines y en tu bosque triste.

Durante cuánto tiempo me dijiste
que te agradaba sólo la venganza
y la rosa abismal que no descansa
dentro del corazón que me ofreciste.

No fue por valentía que dejé
de ver tus rostros en cualquier esquina
atisbándome entre la cinacina.

Un día descubrí que me engañabas,
que a fuerza de engañarme te ultimabas,
y en un final desprecio te besé.

El escenario

¡Qué extraño era el crepúsculo y el canto
de las chicharras que no se cansaban,
con los remordimientos que bordaban
como Penélope un continuo manto

esperando al ausente, al desencanto!
Los agrios benteveos que volaban
de rama en rama, en el jardín amaban
la oscuridad, las sombras y mi espanto.

Con los ojos de un dios cruel ese día
como en un escenario me veía
jugando en las entrañas del ombú.

¡Pobre sin mí yo misma! ¡Qué hacías tú
con tu primario amor sobre esos lechos
yaciendo entre las rosas y entre helechos!

El jabón

Habla una hija a su madre

Con un jabón veteado verde y rosa
como de mármol suave con fragancia
me lavabas las manos en la infancia
en una palangana azul de loza.

Merecían mi fiebre la preciosa
atención que esperaba yo con ansia,
y el hábito ritual de tu constancia
mi devoción ya casi religiosa.

Debió de ser humano ese jabón:
no en vano el agua ahora lo disuelve,
late en mis palmas aún su corazón,

y en más amadas manos me devuelve
en su perfume y su papel de plata
esa íntima ternura que me mata.

¿Qué es amar?

¿Qué es amar? Como antes lo sé ahora.
No se ama sólo estando enamorada.
¿Qué es el amor? Una luciente espada
que entra en el corazón a cualquier hora.

Me basta recordar la resignada
pureza de tu rostro que no llora,
tu oración en la misa promisora
o en la glorieta china perfumada.

Recuerdo haber querido a una niñera,
más que a nadie a su voz tan lisonjera.
Recuerdo haber querido a tres muñecas,

la luz de la fogata, ramas secas,
el álamo, la urraca, el macachín,
sólo porque era tuyo, aquel violín.

El violín

Quise ver el violín y aquella piedra
purpúrea y transparente que servía
para alisar sus cuerdas: yo insistía.
(Desde un grabado me miraba Fedra.)

El mundo entero era un presentimiento,
y el piso de madera que crujía
arcano en el silencio presidía
la dulce gravedad de ese momento.

Una cuerda tocaste con el arco:
junté mi oído a la madera lisa
y prorrumpí en incontenible risa.

En el río leonado pasó un barco.
Cuando yo lo miraba susurraste:
"Dame el violín", qué triste, y lo guardaste.

Sobre un mármol

Tantos recuerdos juntos en el viento,
tantos jardines juntos que recuerdan
sin nadie nadie ya que los recuerde,
tantas fuentes con ángeles, sirenas,
tritones o cupidos o pescados,
tanto mar en el sueño hecho de mármol,
tantas flores de caña ya perdidas
detrás de las mareas de los ríos
y un “moriré o no moriré muy pronto”
que dicen deshojadas margaritas
en lugar de “me quiere” o “no me quiere”.

Amar

Adivinaba todas tus mentiras
pues sin quererlo eras como las cajas
de cristal para mí con sus alhajas
monstruosamente impúdicas. —¿Qué miras?

A mi pregunta tonta contestabas:
—Nada, esa mancha gris en la pared.
—¡Miras tan fijamente! —Tengo sed.
—Agua te di. Bebiendo ¿qué mirabas?

Ah, me hubiera gustado ser la helada
agua tragando tu garganta ardiente
como un ángel sin furia, puramente.
¡Heroica ambición de ser tragada!

Exvoto

Como los otros no aman
tal vez para olvidar,
el tormento de amor
sin conmiseración
para la íntima pena
sin cálculos ni rumbo
como si no importara
que te amen o no te amen
aseveradamente,
con humildad de perro,
contento con las sobras
de la comida de otro.
Como en un claustro arcano
que encierra enormes patios
con naranjos y hierbas
que perfuman la noche,
como la dura hiedra
a sí misma en la tierra,
o como las raíces
al agua que la riega,
como la madreselva
a los troncos que besa
ciegamente apretada,
sin lamentos cuando algo
de su sitio la arranca.
Como tú y yo hemos visto
que aman los animales
a sus hijos que amparan,
o bien hora por hora
como santa Teodora,
que expiando sus pecados
de hombre se disfrazaba.

Como ama al hondo sueño
la persona que duerme
cuando piensa dormida,
o como los acróbatas
que no ven el peligro
aunque suene el tambor
de la prueba mortal.
Con lúcida mirada
de lince y sin vergüenza,
con heridas que tienen
labios para besar,
a cualquiera, al que nadie
dio un beso de cariño.
Aunque no llegue a ser
un objeto admirado
tal vez por lo que falta
y no por lo que sobra,
dar luz y darle brillo
para hacerlo perfecto.
¿Acaso no se lustra
una manzana opaca
pasándole la mano?
Como el ávido niño
al brazo que lo acuna
o a la leche que bebe
o al primer pan que prueba.

Como incesantes noches
aman al sol que nace
o el sol rojo a la noche
cuando le quita el día.
Siempre como si fuera
una primera vez
cuando nada es bastante,
y un poco, demasiado.
A una palabra sola
como se ama un abrazo,
a una mirada como
si fuera el cuerpo entero.

Aunque la cruel ausencia
destruya cada imagen
que hemos atesorado.
Aun cuando detestemos
la bestia que era un hombre
o la hiena mujer.
Aunque el rencor funesto
se disfrace de santo
y nos muestre su máscara
pérfida en cada calle.
Transformar un minuto
en mil años de dicha.
Encerrarse con llave
en un cuarto creyendo
que ya no puede entrar
por esa puerta el mal
y ya de tanto creerlo
que no se atreva el mal
a entrar por esa puerta.

No sentir el lugar
donde están los riñones
ni el hígado ni el bazo,
saber que el corazón
se mete en todas partes.
No sentir el cansancio
y no sentir el frío,
y no sentir la angustia,
mas sentir hasta el grito
de un cristal en el alma
y la voz de los muebles,
el ímpetu del género
de la ropa abrazada
o de los trajes quietos
que traman subterfugios
en la percha colgados,
y creer a cada rato
que nada es imposible,
y que lo horrible es bueno

y lo bueno perfecto,
y verse en el espejo
con cariño sincero
o acaso con un poco
de simpatía a veces.
Aun cuando nos den
ortigas por colchón,
en lugar de agua, hiel
y en vez de paz, horror,
de todos, todos modos
como una criatura
no sabiendo por qué.

Como creí y aún creo
que uno es capaz de amar,
como los santos saben
caminar sobre brasas
sin sentir que nos queman,
ofrecer los dos ojos
para que los arranquen,
o dormir sobre espadas
clavadas en el cuerpo,
dejar que a uno lo entierren
mucho antes de haber muerto.
¿Acaso una traición
no hace sufrir lo mismo?
¿O la separación
no es más intolerable?
Y siempre aunque haya muerto
la esperanza y nos clave
sus cuchillos tan fríos
la belleza que pasa
con fe y aunque desgaste
secretos de los goces
el tiempo voluptuoso.
Como las bordadoras
con hilos de colores
bordan figuras mágicas
mejores que las reales,

como las zurcidoras
remiendan una colcha
volviendo más precioso
que la colcha el remiendo.
Como el reflejo al agua
que repite sus líneas
o la estrella a la luz,
o la Virgen al niño
por el que ha de sufrir,
después de haber sufrido.

Endecasílabos frente a la iglesia de San Miguel

Hubo un desierto alguna vez, aquí,
y la bignonia y luego el colibrí
trepando juntos por la primer casa
hacia la luz que a San Miguel traspasa
con la espada de piedra en el abismo.
Aquí donde estudié mi catecismo
hubo hombres de a caballo, galopaban;
nubes de polvo, arbustos que arañaban;
figuras con paciencia lenta en coches
con zigzag de murciélago en las noches;
hubo plantas y patios numerosos
como en Pompeya en sitios voluptuosos.
Si tanto vértigo me da el pasado
como el futuro mundo imaginado
es porque se construyen mutuamente
en las caras y voces de la gente,
en el aviso que parece antiguo,
en el insulto del transeúnte ambiguo,
en la locomotora de maní
lila y naranja y de color rubí,
en los semáforos y rascacielos,
en los dibujos del avión, sus vuelos,
en el verde edificio con figuras
vecinas de la iglesia y ya tan puras
como si hubieran algún día entrado
en el atrio y furtivas, meditado.
Aquí, detrás de vidrios con alfombras,
terciopelos y sábanas en sombras
ortigas hubo, alguna vez, mucho antes,
indios con plumas y ojos de diamantes,
luego lo inexplorado, el brillo incierto
en un mapa elucubrado para un puerto

de antemano confiado a la fortuna:
lo que es para nosotros hoy la luna.

Querer ser

Te veré un día mundo, como hoy a Buenos Aires.
Me será familiar el Tibet o la China,
las ciudades que vi en los mapas pintados:
Egipto, el Nilo bíblico, el hielo de los polos
con osos y pingüinos, con olas congeladas,
el trópico, el desierto barrido por los tiempos,
África con leones, toda América, Europa
con ríos y montañas y veré como veo
las plantas de Palermo, cada árbol gigantesco
que atesoran tus selvas como en un invernáculo.
Cruzaré como un ave tu cielo con relámpagos
y como un pez tus mares, tus numerosos lagos.
Serás mi patria llena de razas diferentes,
libro de geografía, donde aprendí a quererte,
con tus distintos pájaros y tus distintas lenguas,
todo este padecer, ansia de querer ser
ubicua llegará a realizarse un día.

Evocación de Consuelo

Parecida a Minerva
en la quietud de enero
del lejano sendero
cruzaba el mar de hierba.

Observando los ritos
más tediosos llegaba
con su voz que encantaba
las noches y los gritos.

Ni el clavel colorado
le agradaba ni el blanco
alelí junto al banco
ni el árbol admirado.

Sabía que en el fondo
de los ojos existe
sólo Dios que persiste
en un marco redondo.

Lamentos de un acróbata

Volaba como un ángel con un vuelo anhelante:
acróbatas más diestros eran menos hermosos,
menos fuerte un caballo, menos duro un diamante.
Sobre la red volábamos, sobre el tigre y los osos.
No nos hablamos nunca tomados de la mano,
como en el agua hendíamos las ondas del espacio.
En la fugacidad de su cuerpo de hermano
adiviné el poder del amor muy despacio.
Bebíamos el aire en vasos invisibles
y como las barajas teníamos dos caras,
la mía boca abajo. Siempre eran previsibles
las distancias marcadas por nuestras pruebas claras.
Saludando el aplauso parecíamos dioses.
Redobles de tambor en las mortales pruebas
rompieron mi alma un día con dolores atroces.
“Que no caiga” a la Virgen la ofrendaba mis pruebas.
Me persigné y recé sólo en mi mente:
“Que en lugar de caer se eleve hasta perderse”.
Las músicas lloraban en mi presentimiento.
No cayó: en el espacio pudo desvanecerse,
irse. ¡Sin mí! El abrazo que yo le hubiera dado
y que hubiera salvado mi alma ahora perdida
en el circo persigue mi corazón helado
si enfrento en el trapecio la prueba terminal.

Mis lejanos pies

Dónde quedaron mis lejanos pies
y esos ríos celestes de las venas
tan cuidadosamente distribuidos.
Como si fuera un cofre oscuro, hermético,
los médicos se inclinan y me miran.
Dónde quedaron mis rodillas solas
mellizas del asombro, conmovidas,
dónde quedaron, dónde si no he muerto,
las alas quietas de mis movimientos,
aquellas vestiduras tal vez vanas
por mi alma requeridas, tan queridas.
Dónde quedaron si respiro aún
las galerías limpias del reposo,
con sus catálogos tan luminosos,
dónde. Ya no me aterran los retratos
ni la voz de los hombres que se acerca.
Dónde quedó mi cara repartida
entre las caras que no fueron mías,
entre querer morir y no morir,
entre saber que existirá la muerte
o la vida de siempre para siempre.
Dos calandrias golpeaban en los vidrios
de la ventana donde te esperaba
oh luna y Venus, Venus en el cielo
que ascendía en las noches, cada noche.

La voz

Tiene un cuerpo la voz: su alma se adhiere
como la brisa ardiente del verano
a mis orejas cuando la fiel mano
íntima del follaje me refiere,
con suavidad, deleite de los baños
en la concavidad azul del mar
con gusto a sal, a rosas para amar
con inocencia párvula y sin años.
En el teléfono, en las estaciones,
en las estampas, en el sueño sola,
en el tigre, en el árbol, en el violín,
en el jabón está y en la garganta
que traga silenciosa lo que escucha.

Hablan las estampas (21)

SANTA ROSA DE LIMA

La soñé. La soñaba en las orillas
de un provinciano arroyo. Era una santa
adherida a su fe como la planta
que extiende la raíz bajo gramillas.
Ni de madera, ni de porcelana,
todo de oro un relámpago en el cielo
me la mostró con luz de caramelo
en tormentas de agosto, casi humana.
Supe después que era paciente y fiel.
Cuando nació una india vio una rosa
sobre su rostro y la llamaron Rosa;
mas su nombre de pila era Isabel.

En la cintura se anudó cadenas,
cerró el candado y arrojó la llave
al aljibe del patio; ¡ah, nadie sabe
del dolor de su carne y de sus venas!
Quemó su mano demasiado hermosa,
cortó su cabellera deslumbrante,
bebió hiel y no el agua refrescante,
cavó para recluirse una honda fosa.
Decía en el silencio de las piedras
que era grato el rumor de los mosquitos.

Nada la distraía de sus ritos:
impertérrita, oraba entre las hiedras.
San Francisco de Asís como ella amaba,
con ademanes mágicos y suaves,
a los pobres, los árboles, las aves,
y en coro loas al Señor cantaba.

Yo creo que en su anillo estaba escrito
por Jesús: *Rosa de mi corazón*
sé mi esposa, y en llamas la pasión
dibujaba un minúsculo espejito.

SANTA TEODORA

> *Os digo, que así habrá gozo en el cielo de un pecador que se enmienda,*
> *más que de noventa y nueve justos, que no han menester enmendarse.*
>
> LUCAS, XV, 7

Con disfraz de hombre, yo, Santa Teodora,
entro en un monasterio para expiar
mis culpas, mas difícil es borrar
lo que ocurre en secreto, cada hora.

Dentro de mí la culpa ya no mora,
mas algo en la mirada como un mar,
en los labios un sello sin cesar
el semblante me da de pecadora.

De haber violado a una muchacha pura
me acusaron, mas yo con gran ternura
cuido al hijo del cual me creen el padre

como si fuera verdadera madre.
Revela Dios, sólo después de muerta,
mi santidad como una abierta puerta.

SAN ARSENIO

Por qué Arsenio viniste a este desierto
se pregunta a sí mismo ardientemente.
Quiero alejarme ahora de la gente,
quiero entregarme a Dios, mas no estoy muerto,

le contesta su propia voz y es cierto.
Las horas de delicia son la fuente:
la aridez lo contempla tiernamente;
cada aurora para él es como un puerto.

La corte del emperador Teodosio
con su riqueza y ditirámbico ocio
se aleja hecha de polvo y en la arena

solícito recuerda a Arcadio, a Honorio,
y ese momento alegre de la cena,
presos de un bienestar tan provisorio.

SANTA SERAFINA

Jamás reniego de la fe. Una vez
dos hombres que pretenden ultimarme
y en el tumulto tratan de violarme,
fulminados, caen muertos a mis pies.

Me acusan de ser maga y resucito
a esos dos muertos que no entienden nada
de la luz tan profunda y deslumbrada
de mis ojos tranquilos. Yo no grito

y el tirano no sabe qué castigo
infligirme: llevándose consigo
esa tortura de tramar torturas
que no hieren a víctimas tan puras.
Llora porque no puede hacerme mal,
llora, decapitándome al final.

SANTA INÉS

Esposa del Cordero del Señor
burlando las caricias y amenazas
de Diocleciano, guardo como en brasas

un corazón que ofrezco en el amor.

Sempronio ordena que en un antro impuro,
hombres intenten deshonrarme unidos:
hacen morir a aquellos pervertidos
ángeles que vigilan mi amor puro.

Me echan dentro del fuego y en la llama
Jesús ha de salvarme porque me ama.
En el año trescientos cuatro para

tronchar mi cuello una luciente espada,
el alma de mi cuerpo me separa:
no está en el cuerpo mi alma aprisionada.

SANTA LUCÍA

Los ojos siempre pueden ver sin ver,
pues lo que vieron todo está en los sueños:
las formas, los colores, esos dueños
del presente y del futuro en nuestro ser.

Retratos de la luz son fiel cristal
de una esperanza que jamás se apaga
pues la naturaleza los embriaga
y los conserva dentro de un fanal.

Ha de buscar la vida en sus espejos,
como en el agua azul la enredadera,
transformaciones mágicas que espera.

Los ojos que no ven verán más lejos
cuando vuelvan a ver la claridad:
la luz perdura, no la oscuridad.

21- Los poemas “Santa Rosa de Lima”, “Santa Teodora”, “San Arsenio”, “Santa Serafina”, “Santa Inés” y “Santa Lucía” fueron publicados posteriormente en Silvina Ocampo, *Breve santoral*, 1984.

Hablan las estaciones

INVIERNO

Para que no haya muerte que renueve
inscripciones, ni flores, ni letargos,
ni basura, ni insultos tan amargos
conservo mis objetos en la nieve.

Para que no haya envidia que se eleve
en las llamas o niebla repentina
ni mentiras con ojos de adivina
como sal, como azúcar, es mi nieve.

Soy de piedra desnuda, soy un friso.
Tiene mi cántaro blancura leve
y a veces me parezco al paraíso.

Hay relámpagos, viento, truenos, llueve
bajo mi luz celeste. ¡Que me abreve
todo lo que me falta y me conmueve!

OTOÑO

Cuando se cubre el dióspiros de frutas naranjadas,
cuando se cubre el mar de guirnaldas de espuma
que avanza por la arena y en el aire se esfuma
lamida por las lenguas de las olas saladas,

cuando se pone azul el agua del Atlántico
y tiembla y reverbera un vaho bajo el cielo
que sale de la tierra y el sol hunde su pelo
amarillo en las nubes de un poniente romántico,

he llegado de nuevo, soy tu estación dilecta.
Que no parta me pides en un tono de queja.
¡Por qué sólo tres meses te quedas y se aleja

tu esplendor lentamente, dando y perdiendo vida!
¡Dorada y adorada! ¡Prestidigitadora
que la estatua con símbolos de piedra conmemora!

PRIMAVERA

Con sus leopardos el verano me ama
y se acuesta a mis pies pacientemente
para esperar que muera mi presente
y se marchite mi adornada cama.

Mi llegada del campo bruscamente
en la ráfaga de aire que proclama
un cielo azul convencional que me ama,
me inunda de perfumes entre gente.

Sólo alguien que está triste y que me estudia
detrás de las persianas me repudia
en desvelada siesta: esconderá

la cara entre las manos y verá
a través de los dedos como rejas
hórridas flores y torcazas quejas.

VERANO

Como un tigre amarillo es mi calor.
Mueren de sed mis aves y mis frutos.
Hay helados, tinieblas, sustitutos,
cinematógrafos para mi amor,

hedor de flores y de sahumerios,
prolongaciones que al poniente dejan

pornográficas voces que se quejan
y niños destructores de adulterios.

Intimidad continua, intimidad,
de insectos que se besan, un sin fin
de ruidos y de olores, de maldad

y ese grito entreabierto de matraca
que tienen las chicharras del jardín
entre cantos nostálgicos de urraca.

Le hablo al sueño

¿Por qué no dormiré?
Porque en la oscuridad
hay ubicuos ejércitos
que llegan de mi infancia.
Colorados y azules,
no distingo uniformes
ni formas de armamentos,
sólo un brillo de lluvia
que vigila mis ojos
porque quiero dormir.
Con ellos entraría
en tu reino, oh mi sueño.
Hay figuras geométricas
dispersas que se juntan
como en calidoscópicos
jardines laberínticos
cuando cierro los ojos
o cuando no los cierro.
El compás y la regla
que mide cada línea,
la goma de borrar,
también la tinta china
y la terrible pluma,
la pluma que no escribe
porque es como un anzuelo.
Las arterias de ríos
nítidos en sus mapas,
inmóviles y duros,
contradictorios, raudos,
y las líquidas piedras
de corazón celeste
no las puedo olvidar.

¡Cuántos nombres de piedras!:
la obsidiana, el coral,
la amatista y el jaspe,
con todas sus estatuas,
sus tumbas, sus consolas
pueden ellas también
no dejarme dormir.
Porque en tu expectativa
hay muchas torres altas
de Ilión o de Babel
en las puestas de sol
de arena iluminada
con algas y con sal.
Y el sueño irresistible
de Palinuro, el mar
enorme que se pierde.
Hay tigres y leopardos,
sirenas, querubines
y el ángel de la guarda
con la cara cambiada
que entró ya en tus dominios.
Hay demasiados gatos
que cantan en la luna,
cuyo paso de elástico
va matando los pájaros
que podrías salvar.
Porque en la oscuridad
hay muchos mares verdes,
innumerables hordas
con manos de demonio
que desordenan todo
lo que estoy ordenando.
Porque en la oscuridad
hay nombres sin personas
y personas sin nombre;
indescifrables hojas
de papeles que vuelan,
y las genealogías
de árboles deshojados

que se abrazan desnudos,
en los libros de historia,
que te dibujaría.
Porque en la oscuridad
vienen hasta mis manos
prominentes y vivas
las rosas todas rojas
del papel de mi cuarto,
blandas como de trapo,
fragantes como rosas
y tengo que juntarlas
y después entregártelas.
Porque no sé por qué
durante dos veranos
de mi vida futura
no aspiré ni admiré
tumbergias florecidas
en su árbol como cirios
que quisiera mostrarte
y me pasa lo mismo
con alguna otra flor.
Porque no rememoro
las palabras arcanas
que dijeron mis perros
en ti estarán guardadas
los días de tormenta
cuando me contemplaban.
Porque en la oscuridad
se han abierto ventanas,
sobre la luz siniestra
de mi cuarto cerrado,
y estás en otros sitios,
sueño adorado mío,
abrazando a cualquiera
que no te necesita
ni te ama como yo.
Infiel como los hombres,
en dársenas o puentes,
en trenes o desiertos,

en los ojos de niños
que rezan al dormirse,
o en los de las mujeres
o del hombre acostado,
o con un solo azahar
en la mesa de luz.
Porque el viento que mueve
la cortina que cae
sobre los vidrios suena
como si la golpearan
fantasmas que me quieren
porque me abandonaste.
No dormiré. ¿Por qué?
Será que te pregunto
tratando de dormir:
“Si morir es dormir
¿por qué quiero dormir
con desesperación?
Si morir es dormir
¿por qué le tengo miedo
a la muerte, mi sueño?
¿Ese apócrifo sueño
o tal vez sueño auténtico
me agradará algún día
tanto como me agrada
el verdadero sueño?”

Para el agua

Estoy hablando al agua que es espejo:
“Como a una madre yo amo al universo
que me hubiera abrazado al despertar,
que me trajera cestos de duraznos,
caminos y estaciones y abanicos.
Dentro de algunas piedras muy preciosas
veo brillar tus ínfimos paisajes,
tus personas que mueren o que nacen.
Hasta el crimen por eso me da lástima
y la insolencia misma me enternece.
Te contemplo alejándote en el río.
¡Y daría mi vida por la tuya
imaginando tu llegada al mar
desnuda, impersonal y aun tan mía
formando parte como yo del mundo!”

Elegía para un domador

Recordaré la noche en que te fuiste,
oscuro y serio. Fue tu único robo:
las riendas y el bozal de plata. Huiste.
Eran tuyos, tocaste el algarrobo
que ampara el sueño de las comadrejas
y de las aves silenciosas. Vino,
barro, lunas y alambres como abejas
con púas, detuvieron tu camino.
Eras un domador del sur, que lleva
el caballo con íntimo respeto;
no hay para ti un Edén, ni Adán, ni Eva.
Existe para ti sólo un secreto
ese que une el caballo con el hombre.
Hermosa y alta en el silencio oías
crecer tu ausencia junto con tu nombre,
te decían que nunca volverías.
Se alejaba con tu sombrero roto,
lisa y convexa como una cuchara,
que parecía pintada por Giotto,
tu ingenua, antigua, inconmovible cara.

El amor perseguido

Creíste que en la noche
hay lugares remotos
donde puede esconderse
el amor para siempre,
pero el día persigue
la noche y se termina
la oscuridad con lechos.

Hidra dormida

A veces cuando veo
en los vidrios relámpagos
quisiera que la lluvia
penetrara en mi cuerpo,
que de cada arbolito
de mis venas naciera
un árbol y formara
un bosque impenetrable
y que de cada trenza
que hay en mi cabellera
salieran esas víboras
que por tu culpa llevo
sobre mi corazón,
y en piedra te conviertan.

Inscripción

En la nalga de una estatua
escribiste nuestros nombres,
la estatua era toda blanca
y tu cara colorada.

Inscripciones que leyó Caín en el ojo de Abel

Fuimos los dos primeros hermanos,
fui el primer muerto y tú el fratricida
primero. Pasarán los veranos.
La luna menguará inadvertida,
pero jamás, en ti, mi recuerdo.
Como una híbrida estrella en el cielo
te seguiré siempre. No me pierdo.
No podrá el sueño poner un velo
en mi retrato, lleno de amor
y de querubes. Como una mosca
verde que vuelve, como un error,
como una víbora que se enrosca,
podrás verme; no me verán otros.
Seré el primer fantasma del mundo.
No temerás el león ni los potros,
ni tu fatiga de vagabundo,
ni la tormenta, ni los eclipses,
ni a nuestra madre siempre enseñándome,
a dibujar con ramas elipses.
Me temerás a mí sólo, odiándome.

Habla la sibila a sus consultantes

Creo que en todas partes está nuestro destino:
el lápiz en la mano donde vamos nos sigue
con su garganta abierta, con su lengua que es látigo.
Como un maestro que tiene malos discípulos
a veces se enardece, nos odia y nos castiga;
ellos como los niños que no saben aún leer,
miran pasar los signos pensando en otra cosa
y vienen a pedir que yo se los enseñe.
¡Árbol, casa, montaña, rompiente de las olas,
huellas del barro negras, insecto entre las rosas,
guantes sobre la silla olvidados, arboleda,
dársena del adiós, pámpanos y tormentas,
manchas en las paredes de la demolición,
monedas de cincuenta centavos, lunas pérfidas!
En vosotros están los retratos variados
del tirano futuro que asolará la patria,
del ángel encendido que habrá de protegernos,
de la misteriosa casa que ocuparemos,
de la cara de nuestro rival o del amante.
Soy la sierva que mira lo que me enseña el amo,
la sierva que trasmite sus mensajes divinos
con mi mano y mis ojos vigilantes y absortos.

TRADUCCIONES

Elogio de una mosca

de Lucilio de Samosata

El tiempo no se mide con relojes de arena
ni de sol. No se mide tampoco con clepsidras.
Los relojes que tienen un rubí siempre engañan.
Los relojes eléctricos no sirven para nada.
Mis golpes en el vidrio de la ventana marcan
el tiempo necesario que no conoce el hombre,
son del color del pavo real azules mis alas,
damos asco a los hombres, dicen que somos malas,
que nos gusta comer basuras delirantes,
las materias fecales, detritos repugnantes;
¡si nos exterminaran, no sé qué pasaría!
Mejor es no saber que es necesario el asco.
El tiempo es misterioso: un minuto es eterno
y una vida no ocupa a veces ni un minuto.
¿Por qué hablaré del tiempo? Porque he de ser el tiempo.

La colina

de Rupert Brooke

En la ventosa colina jadeantes
nos echamos sobre el pasto precioso riendo y besándonos al sol.
Dijiste “Extasiados, gloriosos pasamos
el viento el sol la tierra permanece y las aves aún cantan
cuando estamos viejos, viejos, y morimos
todo lo nuestro termina; y la vida sigue quemando
otros amantes, otros labios”. Y yo dije
“Corazón de mi corazón éste es el cielo que hemos conquistado
somos lo mejor de la tierra. Aquí aprendimos la lección.
Nuestro grito es la vida. Conservamos la fe”. Dijimos
“Bajaremos con paso firme
de rosas coronados a la oscuridad”
orgullosos reíamos de tan valientes palabras
pero de pronto lloraste y te fuiste.

Vivo, muero y ardo

de Louise Labé

Yo vivo, muero y ardo; yo me ahogo,
tengo calor cuando me asedia el frío:
mi vida es blanda y demasiado dura,
en mis penas se mezcla la alegría.
A veces río cuando estoy llorando,
es goce algún tormento que padezco;
mi bien se desvanece y siempre dura;
de súbito me seco y reverdezco.
Amor variadamente así me lleva,
y cuando mi dolor es más ardiente
sin advertirlo de mi pena salgo,
mas cuando creo que mi dicha es cierta,
que he llegado a la cumbre de mi anhelo
vuelvo a caer en mi primer desdicha.

Lamento de Guilgamesh

Escuchadme señores de Uruk:
Lloro por mi amigo Enkidu,
amargamente, como una mujer enlutada, me lamento.
Lloro por mi hermano.
Oh, Enkidu, el asno montaraz y la gacela
padre y madre
cuadrúpedos los dos
que en tu compañía se alimentaron, lloran por ti,
el mundo salvaje, las llanuras, y las praderas
las sendas que amaste en el bosque de los cedros
noche y día se quejan.
Dejad que los señores de Uruk, la de los fuertes muros,
lloren por ti.
Dejad que los dedos de la bendición
se extiendan en la mañana.
Oh, Enkidu, mi hermano
eras a mi lado el hacha,
el vigor de mi mano, la espada en mi cintura,
el escudo que me protegía,
mi deslumbrante vestidura, y mi precioso ornamento.
Escuchadme, suena el eco de toda mi tierra.
Como el duelo de una madre.
Lloran todas las sendas que recorrimos juntos
y las bestias que cazamos, la pantera y el tigre,
el león y el leopardo, el ciervo y el íbice,
el toro y la liebre.
La montaña que escalamos
donde matamos al guardián,
llora por ti;
el río cuya orilla recorrimos,
llora por ti.
Ula de Elam, el querido Eufrates

donde sacamos agua para llenar nuestras botas de cuero,
los guerreros de Uruk, la de los fuertes muros,
donde el toro celeste fue muerto,
llora por ti.
Toda la gente de Erida
llora, Enkidu, por ti.
Los que siembran, los que cosechan
y los que te regalaron las mieses
ahora se lamentan;
la sirvienta que untó tu cuerpo,
se lamenta ahora por ti;
la prostituta que untó tu cuerpo de aceites perfumados,
se lamenta ahora por ti;
la mujer del palacio que te ofreció una esposa
con un anillo que elegiste,
se lamenta ahora por ti.
Los jóvenes varones, tus hermanos,
como si fueran mujeres, enlutados
llevan largas cabelleras.
La cruel fatalidad me ha robado todo.
Oh, hermano, amigo dilecto
¿qué sueño te apresa ahora?
No puedes oírme, en la oscuridad perdido.

ÁRBOLES DE BUENOS AIRES (22)

-1979 -

La edición original de este libro, con fotografías de Aldo Sessa, lleva un prólogo de Manuel Mujica Lainez, con el título “Los árboles de Silvina y Aldo”, fechado el 26 de marzo de 1979, que no se recoge aquí.

22- Hay un extenso poema titulado “Los árboles de Buenos Aires”, (véase).

La morada de los árboles

En el Jardín Botánico a la hora en que cierran
los portones he visto con luces irisadas
que a veces bailan, árboles y estatuas contagiadas,
y no es una ilusión, no es la brisa ni el viento
que les mueve el follaje y el pliegue de las túnicas.
Se toman de las manos, se bañan en la fuente,
penetran en la luz de grandes invernáculos
hasta que el alba llega con su hábito celeste.
Ah, quién podrá saber lo que dicen las plantas.
"Somos hermafroditas" confesarán algunas;
"Sólo de amar procreo" susurra otra enigmática.
Lo que realmente dicen no puedo repetir.
¿Suponer es matar o bien será crear?
Si todo es un milagro que proclama la luz,
si todo es un secreto que pronuncian las hojas,
¿en la selva tal vez se podrá descifrar?

Dormirse en algún banco inmóvil de una senda,
sentir que muere lenta la noche enamorada
es lo que siempre he ansiado desde que existe este íntimo
jardín donde copulan los árboles de noche
y de día levantan su esperanza los hombres.
Haber vivido siempre en un jardín quisiera
para ser de noche árbol, y árbol también de día.
Que me dejen morar en sus recintos hondos
para poder vivir la vida de los árboles.
Esto es lo que han de oír las plantas con sus hojas
cuando se aleja el paso de alguien que las adora,
de alguien que vive en ellas como viven las algas
del yodo, de la sal, de la espuma y del agua.
No tratan de evadirse, de llegar a la calle,
de bajar hasta el río donde zarpan los barcos.

Saben que Dios es siempre el mismo en todas partes.

Llueven flores en Buenos Aires

No sólo el árbol es árbol, Aldo,
el empedrado es árbol, árbol el pedregullo,
las flores caídas, el banco, sobre todo las flores,
lo que ha quedado del rocío cuando aparece
el sol, lo que nadie advierte hasta
que en su retrato se vislumbra
como una joya en el fondo del mar
de luz y sombra.
¿Son flores éstas de jacarandá?
El violado reflejo apenas se insinúa;
más que violado es rosado,
sobre el pedregullo anaranjado.
Son ángeles, palomas, cencerros angelicales, cupidos
de azúcar en miniatura.
Así extiende el jacarandá su alfombra
de imágenes diáfanas.
Quisiera que mis sueños se adornaran
(aunque fueran terroríficos) de estas flores.

Lapacho

¿Estamos en el Paraíso?
¿Por qué hay tantas flores?
¿Por qué tan rosadas?
¿Por qué tan deslumbrantes y felices
después de las tormentas?
A veces la primavera inventa figuritas
para los cuadernos de los colegiales,
adornos para los mosaicos de las cocinas,
tarjetas postales para los novios.
El lapacho nos regala felicidad
pero no todas las dichas son felices.
Inventa nostalgias intolerables.
“Dichoso el árbol que es apenas sensitivo”
dijo Darío, yo suprimiría el “apenas”
y diría “dichoso el árbol que es tan sensitivo”
aunque cambiara el metro.

¿Será la memoria
de aquel efímero paraíso lleno,
lleno de flores
que los árboles quieren conmemorar
en cuanto una estación lo permite?
Prefiero las hojas pero,
los ojos que miran
estas rutilantes flores,
¿qué prefieren?

Gomero

Debajo del gomero que mató
a una palmera para ser gomero
hay solitarios siempre enamorados
que han compartido esas mismas costumbres;
saben meterse adentro de lo que aman,
devorarlo, vivir en lugar de él.
Perfecciona el gomero su homicidio
embelleciéndose de haber robado
virtudes que al crecer le pertenecen
pero el mortal amante no hallará
belleza para su rapacidad.
Por qué será que en cualquier parte existe
también ese Narciso entre los árboles.

Nadie habla de la fragancia del gomero
(si fuera rosa o junquillo hablarían).

Fragancia

Yo que vivo a su vera
doy fe que a ciertas horas
de la noche o del día
inunda los recintos de la plaza en que vive,
entra por las ventanas de las casas vecinas,
es más importante que la belleza
corpórea del árbol porque hasta los ciegos lo pueden ver
a través de la ilusión del perfume;
como a través de una música.
Muchas veces a cualquier hora
como un sabueso busqué de dónde provenía
esa paradisíaca fragancia y llegué a la conclusión
que es simplemente como el alma
que en ninguna parte y en todas se aloja.

Mujer dormida bajo un gomero

Borró su nombre el árbol del sueño,
ni sabe cómo se llama.
Sueña que toca el arpa
y que es muy joven,
que está vestida de reina
con un sombrero de cerezas.
El paisaje se ha iluminado
con fulgores dorados.
A medida que avanza
por un sendero celestial
del sueño, le sirven postres
en fuentes brillantes, más y más deliciosos.
Cuando termina de comer los postres
hasta la saciedad
bebe licores traídos por ángeles
que se los sirven en copitas diminutas.
Cuando termina de beber los licores
que le dan tos por ser dulces
empieza a comer lentamente
las cerezas del sombrero.
Con el gusto de la última cereza, despierta
se levanta, recorre el camino de la vigilia
que la lleva al trabajo
soñando con su sueño,
reina a su modo.

Siesta (23)

Duermen los jardineros la siesta en la sombra.
Duermen más que de noche
porque el día los mece y el sol los embriaga.
Los árboles los miran dormir y tal vez canten
una canción
que les gusta cantar.
Es hipnótico el cansancio.
Nada los despierta
ni un tábano ni una avispa,
ni un balde derramado, ni una pala
que cae, ni un rastrillo que rasca.
Duermen como si tocaran
el fondo más profundo del cielo
en donde se elaboran
los sueños más sutiles,
tan sutiles que al despertar
no saben lo que han soñado:
así es la felicidad.

23- Hay otro poema con este título, (véase); véase también “La siesta”, pág. 44 de *Poesía Completa* I.

Palta cautiva

En una casa, alguien que no me amaba
cercenó mis ramas
y me refugié en el sitio opuesto
donde alguien que me ama en otra casa
me contempla.
Me recliné en la ventana
de mi bienhechor
llenando de color verde
el vidrio.
Y ahora espero que el alba
de una fotografía
inmortalice mi ademán secreto.
Qué ingrato sería el mundo
sin fotografías,
sin frutos, sin fulgores colorados
entre las hojas de una Persea gratísima.

Tormenta (24)

Un relámpago azul
anuncia la tormenta
sobre el rosedal tranquilo.
El viento espera
una señal del aire
para derribar las plantas.
Mares de follajes se agitan
cuando empieza el huracán.
En las montañas de los Alpes
hacían ruido de metal los truenos
aquí hacen ruido de cataratas.
Los troncos sangran,
los troncos mueren
tejiendo jaulas involuntarias
para los pájaros
que han quedado huérfanos.

Son estos mismos árboles que me hablan,
éstos que están heridos y acostados
en el barro caliente de las sendas
improvisando en vano largos puentes
sobre los hormigueros de la tarde
sobre la enredadera que se salva.
Si no son hombres los que os han matado
para hacer edificios o avenidas
os mataron ciclones o los rayos.

24- Hay otro poema titulado "La tormenta", véase pág. 46 de *Poesía Completa* I.

Aguaribay (25)

Cae del aguaribay una lluvia,
gris y celeste apenas verde
cuando no llueve. Es el follaje.
¡Lánguido follaje! que si se prueba
hoja por hoja es picante.
¡Hermano del sauce criollo!
Dicen que fue árbol sagrado de los Incas.
Lo llaman Bálsamo, Terebinto, Gualeguay.
Puntillas de sus hojas
teje el cielo
tenues en el poniente.
Hay que acercarse al tronco y tocarlo
para confirmar que es el árbol que buscamos
y no la aparición de ese árbol.
Entonces en la sombra más transparente que otras
nos detenemos
envueltos en la luz tamizada de espejos.

25- Hay otro poema titulado "El aguaribay", véase pág. 249 de *Poesía Completa* I.

Cortina verde

Un solo aguaribay no es hermoso como varios.
Varios se acercan en la aurora, se alejan en la noche,
violetas van poniéndose
como nubes o pechos de palomas,
que arrullan con anilladas plumas.
Varios no valen lo que vale uno solo;
uno solo penetra en las nubes de la tarde
siembra en el sol de enero
su gusto de pimienta.
Cortina da al mendigo,
que cocina su carne,
cortina da al amante,
en postura acróbata,
cortina umbrosa da al que sabe gritar
gol con voz de tigre
y que se echa a dormir con el pelo revuelto.
Un solo aguaribay no seda como varios.
Un solo aguaribay es nuestro.
Varios son más nuestros. Serán casi nosotros.

Palmeras

Con tu cuello anillado de jirafa,
palmera, otorgas un mundo al cielo
y si el vuelo de un pájaro acaricia
las palmas de tus hojas predilectas
¿sentirás el dominio del espacio
en tus racimos de oro anaranjados?
Añoras el desierto, el río, el mar
la iridiscencia de las mariposas
para una imagen de tarjeta postal.
Las nubes y el enjambre de tus hojas
edifican las bóvedas del aire.
También existe una amistad entre árboles:
proteges a tu frágil compañera
entre demoliciones de edificios
entre pórticos y patios amputados.

Palmera reflejada

Hay árboles que suelen mirarse en los charcos:
ésta es una palmera que añoraba el desierto.
Todo se transformó en la arena de su imagen:
puede ser su epitafio esta fotografía.

Palmeras del lago

En la bruma las palmeras altas
se miran en el lago de Palermo.
Se peinan cuando hay viento.
Se acicalan cuando hay sol.
Hay muchos lagos
hay muchas palmeras
reflejadas en el mundo
pero no habrá entre sauces
suavizando las palmas
el beso de una pareja
de mármol repetida
en el agua que la besa
ese doble Narciso que es el amor.

Palmeras de las antiguas prisiones

Que nos devuelvan el desierto, la arena, el silencio,
gritan las palmeras. Que nos lleve el viento a Arabia,
que nos queme el sol.
Que nos devore la noche cada noche.
Temblamos.
Ante los muros de antiguas prisiones
nos reclamaban sombras.
En las demoliciones está nuestra esperanza
aunque de cada arcada
salgan tres o cuatro ratas
que intentan por equivocación
subirse a nuestro tronco.
Podríamos ver tal vez el río
si llegáramos hasta el cielo con nuestra altura
pero ni subidas sobre jirafas
llegaríamos.
De tanto esperar hemos crecido:
esperar milagros aquí en la inmovilidad es terrible.
Hay que amarte, Buenos Aires,
para ser árbol y no morir de miedo.

Palmera en la ventana

En la ventana con memorias del mar
con reminiscencias de los ríos
de la Biblia y de los desiertos
balancea sus palmas una palmera.
¿Ella también sufre de vivir en la ciudad
o se eleva tan alto en el cielo
que pierde la angustia de esta civilización?
Tal vez ignora lo que sucede a sus pies.
Lejanos perros ladran, no la inquietan;
palomas baten sus alas en las palmas,
no las siente;
niños le arrojan piedras, no las mira;
músicas, aviones, rompen el silencio, no los oye.
Si duermen los árboles dormirá ella también.
Al cerrar las persianas
en su tronco
se cierran miles de párpados
por la noche cuando se acerca
el azul laberinto de una tormenta.
Pero yo sé que navega a favor del viento
por encima de las plantas y de los pájaros
asustados como una diosa enamorada
y que despertará con esplendor de los cataclismos.

Ombú

Ombú, que fuiste casa, teatro, circo,
mingitorio, ávido templo de amor.
En tu rugosa piel de paquidermo
nacen flores ebúrneas, perfumadas;
amantes se recuestan en tus brazos
en los días más tórridos de enero,
como en la India paseaban los príncipes
con palmas en los grises elefantes.
Si fuiste un animal, fuiste una casa,
si alojas el recuerdo fuiste olvido,
olvido de la ingrata penitencia,
de la mentira y la desobediencia.
¡Hierba, más importante eres que un árbol!

Ombumano

¿Qué quieren decir los árboles,
o Dios a través de ellos?
Qué quieren decir cuando nos miran
con la oreja, los ojos,
con la boca y las manos,
pues tienen también manos.
Esta mano es de un ombú,
hay quien dice que no es completamente cierto.
Busca algo para darnos
un secreto que nadie
descubrirá jamás,
salvo tal vez la nube
amarilla de la tarde.
Impertérrita mano,
nadie verá su palma, nadie leerá sus líneas
mas yo las adivino.
Ombú del escondido amor que no volvió;
ombú de tanta sombra
que remeda la noche.
Ombú de la guitarra del amor inventado,
que vuelve y que no vuelve,
que quiere y que no quiere,
que espera y desespera,
que huye cuando ha llegado,
cuando nadie lo llama que llega muerto de hambre
con una honda en la mano
y una rosa en la boca.

Hueco de un tronco

No es un templo pero pueden entrar
no hay un altar pero pueden rezar
no hay música pero se puede oír algo mejor
no hay flores pero hay un perfume
que embriaga
no hay sol pero brillan reflejos
más ardientes que una estrella
no es de noche pero la oscuridad es inmensa
no hay mentiras pero el misterio es total
no hay espejos ni horizontes ni frutos
no hay ni una sola persona
ni un gato ni un perro hay sólo silencio
el respetuoso silencio de las formas arcanas
que Dios ha regalado a un árbol
para que sea nuestro siendo de cualquiera.

Magnolia

¡Quién diría que esta magnolia
fría, blanca, tiene en cada pétalo un perfume que embriaga!
Quién diría que el aire se impregna
de este perfume hasta formar un muro
y el aire un cielo raso.
¿Quién diría que no es un bajo relieve?
Uno podría implorar:
“Vuelve a ser flor, magnolia,
expande tu ternura, no te vuelvas
soberbia como la estrelitzia
que en lugar de ser blanca
es naranjada y azul.
No seas tan delicada.
Si te tocamos te abres, te oscureces
y dejas caer tus estambres
como una caja de fósforos.
Para ser flor hay que tener ternura
y no ser como la cala vanidosa
o la célebre azucena.
Magnolia, te estoy hablando:
Hace bien a las flores hablarles.
¿Por eso el mundo tendrá tantas flores
y los hombres tantas palabras?
Estoy hablándote, en una fotografía
en la que no te marchitas
y en donde, por una asociación
de misterios,
entra tu perfume, por la ventana”.

Cortejo insólito

¿Nada te despertará,
estatua, de tu encantamiento?
Se diría que guías un cortejo,
el cortejo de la soledad
que es infinito, en la orilla del río.
Tus raíces te siguen,
son tu cédula de identidad.
Como en un gran museo
de perdidas estatuas
he podido admirarte.

Las tipas

Cuando te descubran
estarás floreciendo. Ya no serás estatua.
Felicidad y tristeza andan juntas.
¿Implorarán en vano al cielo?
¿Se llenarán de hojas un día
en esta orilla del río
y volverán a llamarse como las mujeres graciosas o pícaras
(lo que parece una irreverencia): tipas?

Estatuas anónimas

No son estatuas fenicias, ni de la edad de piedra,
ni del año dos mil, ni amputadas, ni enteras.
Son heroicas,
funerarias, eróticas.
Hay que acercarse.
Contemplarlas,
comprenderlas.
Son dramáticas. Muy antiguas
como todo lo antiguo muy modernas.
Son troncos de árboles que imploran al cielo
vivir de nuevo, respirar de nuevo,
beber de nuevo.
Ser lo que eran.

Palo borracho - Yuchan

Una tarde
cerca del río
vi un cortejo de animales prehistóricos
tan pesados que no avanzaban.
Otra tarde
cerca del río
vi un cortejo de cántaros prehistóricos
tan solitario que no avanzaba.
“Sin flores y sin hojas, sin semillas,
árboles, ustedes no parecen árboles”.
“Esperen que demos flores”
protestaron los animales prehistóricos
poniéndose muy negros.
“Arboleceremos como nuestro hermano el Samohú”.
Y florecieron y arbolecieron
más que todos los árboles
y se llenaron de copos blancos
e inventaron un paisaje tierno
de nieve, con cuarenta grados.

Palo borracho - Samohú

¿Tus troncos reproducen las grandes
esculturas que durmieron
durante siglos bajo el mar?
¿Existen?
¡Qué nostalgia te impulsa
a recordar en tu madera de piragua
los cuerpos que se amaron
en otras edades!
¿Por qué estás cubierto de ojos?
¿Esperas que vuelvan?
¡Pero no vuelven!
Cuántos nombres atesora tu tronco.
Cuántos corazones que atraviesa una flecha
y dos iniciales enlazadas
por la herida de un cortaplumas.
Nadie reemplaza a nadie. No vuelven.
Tus ojos me dan miedo.
Quisiera pintarles una pupila
para ver lo que miran.

Palos borrachos

Nostalgia de los árboles
que viven nuestra vida.
En la plaza los vemos.
Al llegar, al partir.
Les decimos ¡adiós!

Mensajes grabados

Las palabras
grabadas en los árboles
persisten:
escriben una historia
de amor, de crimen, de incesto, de inocencia.
Las palabras
grabadas en los árboles
parecen telegramas
escritos con pluma delirante,
de amor o de amenaza,
en el correo.
A veces nadie
descifra la letra
ni comprende el sentido de algún nombre
pero siempre se contempla
como un cuadro importante,
un jeroglífico oscuro.
En la escritura de esos troncos
que sirven de pizarra
va tejiéndose la vida
de los hombres tan tristes, tan felices,
y tan atroces,
como los vuelve el mundo.
Un carpintero a veces
la borra a picotazos.
La ternura vuelve a brotar
con cuchillos románticos o salvajes
para inscribir el corazón
hecho de nombres.

Monumento

Un rayo amputó sus ramas,
le retorció el tronco,
le quemó las hojas
pero labró un monumento
que celebra hoy su vida.
Lo que antes fue trapecios
de acrobacias y de risas
hoy es sombra juiciosa.
Un periodista pasa
como si oyera una música,
se detiene y contempla
esas raras figuras del árbol
que esculpieron las tormentas
con tanta pasión.

Mora

Tejes sin lana una tapicería
sin frutos y sin flores: pediría,
a tantas primaveras que te esperan,
que siempre en los jardines te alojaran
y que el canto más suave del zorzal
en tu follaje se anidara y cuando
las gitanas llegaran con sus lienzos
a recoger tus frutos que te dieran
como samaritanas de beber.

Jacarandá

Discreta la luminosidad tenue del jacarandá
aquí se esconde entre el vulgar verdor
de otras plantas y de un farol sin luz.
No trata de mostrarse, de lucirse
de imponer su belleza.
Casi azul no es azul.
Casi violeta no es violeta
pero cuando caminamos sobre sus flores
caminamos sobre el cielo.
Si existieran santos entre los árboles,
jacarandá, serías mi santo
y depositaría a tus pies
la ofrenda
de tus propias flores.

Color ubicuo

Tal vez hubiera cautivado Cornelio Agripa
en su espejo
esta luz violeta de amatista
que juega en el aire arrepentida
que penetra en la sombra
que no tiene forma
porque es cambiante
difícil de cautivar
como pétalos en el viento
por ser espíritu
flameando en la faz del mundo
con alas de ningún pájaro
semejante a la misteriosa
vehemencia de este color ubicuo
que huye quedando
y huyendo queda.
Sin ser piedra
con la fantasmagoría de la piedra,
sin ser flor con la ciencia de la flor.
Lluvia, nube, espacio, nada más.

La avenida violeta

Y pensar que esto fue un bañado,
campos anegadizos,
junto al río,
una luz que redime hasta el barro
donde se oye
el áspero quejido de los bagres,
entre juncos,
movidos por el viento
de las apasionadas
y violentas mareas.
Y pensar que había sauces,
un martín pescador sobre una rama,
un picaflor los días de calor
sobre el olor del barro
buscando la ilusión
en una flor de sapo amarilla
o de Santa Lucía celeste.
¡Esta belleza, de tarjeta postal!
Con un “te pienso, te amo”
este banco de mármol
para los besos,
estas rosas tan rosadas
para el arrobamiento,
esta avenida violeta
que lleva al rosedal.

Oleajes de cielo

Aunque el ceibo se jacte de ser flor nacional
amo al jacarandá por sus hojas de encaje,
por sus flores violadas. Remedan perspectivas
de una noche profunda con un sol especial.

Vuelca una tenue sombra en la estatua de mármol
y al suelo un mar de pétalos con oleajes de cielo;
el ceibo es puro día, su flor se acerca al sol.
Jacarandá es la noche, jacarandá el amor.

Ceibo

He visto tantos ceibos,
he amado tantos ceibos.
Mírenlos en el lago
tratando de abrazar
los ávidos narcisos
que beben en el agua
sus formas reflejadas;
podría dibujarlos
con los ojos cerrados,
sus durísimas flores
arrogantes y rojas
parece que no nacen
para morir como otras.
“Arbol, ¿qué hombre serías
si no fueras un árbol?”,
le he preguntado a un ceibo.
“Aldo, ¿qué árbol serías
si no fueras un hombre?”
le he preguntado a un hombre.
“No me importa ser árbol”.
“No me importa ser hombre”,
contestaron los dos.
El canto de los grillos
no me permitió oír
lo que después dijeron,
pero sé que hasta el alba
enumeraron nombres
en una letanía
que aún no concluyó
porque no están inscriptos
en su genealogía.

Bote sobre el lago

En un bote
detenerse a mirar las flores de un ceibo
verlas brillar sobre el agua del lago
y alejarse lentamente
con el ritmo de los remos.
Ver el vuelo delirante
de un martín pescador
que pesca un pez plateado
y se posa sobre una rama
siempre a la misma hora,
cuando el sol ilumina
las flores coloradas
que se adueñan con violencia
de todos los colores...

Todo parece muy teatral:
los ceibos y los palos borrachos
llueven flores de distintos rosados
y el sauce llora
fiel a sí mismo
sus lágrimas legendarias
en el sitio predilecto.

Arboreciendo

Quisiéramos saber qué piensa
esa chica inmóvil, trepada a un ceibo.
¿Estará arboreciendo?
Le crecerán hojas en el pelo,
ramas en los brazos,
troncos en las piernas.
Está sola, tan sola que parece
una muñeca vestida por ella misma.
No le molestan las miradas
de la gente que pasa.
Su vida entera es este momento.
Su voz cayó en el agua,
su mirada la siguió
inmóvil, en el irisado lago.
Si vuelvo a este sitio y no la encuentro
trepada a un ceibo como hoy
pensaré que este árbol no es el mismo
y que la chica no fue una aparición.

Una mirada

El tronco de los ceibos también tiene ojos,
cabezas de animal o de demonio
pero uno no lo advierte siempre.
Hay que mirarlo en la sombra
o en una noche de luna.
De la contemplación saltan imágenes
que no vemos habitualmente.
Nos mira un árbol con ternura
después de habernos fijado con su ojo de demonio.
Éste fue un rinoceronte, que soñaba ser árbol
para coronarse de flores coloradas.
Cuando llegó a ser árbol
quiso volver a ser rinoceronte
pero era tarde, se acostumbró a ser árbol,
para la eternidad
con fidelidad de rinoceronte,
en un cuento para niños.
Todos somos niños,
frente a un árbol.

En la Plaza San Martín

Paloma de la Plaza San Martín
que bajaste a beber del bebedero.
Te alejaste volando pero aquí
quedarás para siempre aprisionada
para siempre bebiendo y contemplando
y contemplada.
Seguirás siendo símbolo de paz
aunque sea feroz tu intimidad
y seguirás inmóvil aunque vueles
porque te retrataron aquí un día,
bajo la sombra del follaje verde.

Árbol herido

Esas enredaderas que tanto te aman
están matándote.
Sin saberlo ya está herido tu corazón.
Esas enredaderas tan preciosas
con flores que caen como cascadas lilas
son crueles.
Florecerán con ternura
pero las raíces
serán tejidos implacables
a tus pies.
Crecerán como crecen las llamas,
con la alegría de los pétalos.

Metamorfosis (26)

¿Sentiste al desprenderte de la rama,
paloma,
que eras un gajo de cedro?
Cedro,
¿sentiste al quedarte sin la paloma
que eras toda la paloma?
¿No te bastó ser cedro,
quisiste ser paloma?
¿Fuiste el cedro que vuela,
la paloma que queda?

26- Hay otro poema titulado “La metamorfosis”, véase pág. 221 de *Poesía Completa* I.

Apología

Yo no quise hablar de los árboles
como si fueran personas,
ni atribuirles mi sensibilidad,
tan superiores los considero.
Yo no quise tampoco hablar en nombre de los árboles
como si yo hubiera sido uno de ellos,
ni darles el tono de mi voz,
tan inefables los juzgo.
Yo pretendía asumir otro título que el de una persona
para hablar de ellos.
Olvidarme de cómo siento,
de cómo escucho, de cómo veo
pero es tan imposible
como pedirle a un árbol que no tenga frescura en sus hojas,
ni crecimiento en sus raíces,
ni sombra, ni fragancia,
ni el vaivén de sus ramas en el viento.

Del mismo período de *Árboles de Buenos Aires*

El pensamiento (27)

A Borges (28)

Llegó su pensamiento mucho antes que su voz,
mas por ser invisible nadie pudo asombrarse.
Como tigre buscando, entre las piedras, agua,
o como un marinero en el tatuaje, orgulloso,
como algunos espejos, en el poniente, luz.
Llegó su pensamiento pero él quedaba afuera.
No agita el llamador en la puerta de calle,
intruso en el portal, la mano vacilante.
Invadía la casa sin él su pensamiento
intentaba sentarse en la silla de mimbre
como cualquier persona invisible, obstinada.
El sofá de la sala, subrepticio tendía
los brazos y en la estera murmuraba una rosa
el futuro, el presente se mezclan en mi aroma.
La estatua deshojaba perpetuas margaritas,
yo tengo para hablar una boca de mármol,
no digo lo que pienso ni pienso lo que digo,
yo no guardo secretos, como caja de música,
no puedo ocultar nada, ni en abstrusas palabras.
—¿Por qué no abren la puerta?
Alguien está esperando.
—Alguien a quien le gusta estar afuera a veces.
Dejar su pensamiento en poder de una casa.
—¿Cómo sabes? —Lo sé. Soy el Ángel guardián.
Golpeaba el llamador en la puerta de calle.

27- En *Clarín*, Buenos Aires, 23 de agosto de 1979. Hay otro poema con el título “Los pensamientos” en pág. 160 de *Poesía Completa* I.

28- 1Silvina Ocampo escribió especialmente este poema para los ochenta años de Jorge Luis Borges.

Buenos Aires ubicua (29)

¿Es ésta mi ciudad natal, mi cuna,
mi ama de leche, mi rosado ajuar?
Me lo pregunto ahora, tan extraña
me parece de pronto Buenos Aires.
Se me antoja que es una gran sirena,
sirena de nostalgia, de esperanza
y también de profundas pesadillas,
de sueños enlazados recurrentes,
que fascina, que asombra, que deleita,
¡el río, el puente, el aire entre sus brazos!
¿Qué hago yo en Buenos Aires, si estoy harta?

Del mismo cielo quisieras huir.
Pero después hay algo que te falta,
no se sabe bien qué: ¿amigos, tierra,
animales, montañas, ríos, cielos?
¿Una calle? Florida o Esmeralda,
Viamonte o Tucumán, en cualquier parte,
o el canto de algún grillo o de un zorzal.
Y sin embargo, siempre declaraste
que tu patria es el mundo en este mundo.

¡Qué íntimamente me oye y me responde
la ciudad, con sus calles y sus nombres,
cuando el ruido del tráfico se aleja,
cuando puedo internarme en sus jardines,
en Palermo, el Botánico, el Zoológico
o en el Parque Lezama, de memoria!
Sitios como éstos no hay en otras partes.
Los pájaros rebalsan de los árboles
y plagian los mecánicos, tristísimos
cantos de incomprendidos ruiseñores,
entre los paraísos y las tipas.

Sólo el silencio de la noche anuncia
que sigue siendo un puerto Buenos Aires.
Cuando las hojas del invierno caen,
sentimos de repente un aire extraño,
con corazón ajeno, de turista.
Las cosas habituales nos asombran:
un llamador de bronce en una puerta,
sobre un globo terráqueo el beso eterno
de dos estatuas tiernas, que enarbolan
una rama, en la mano, de laureles,
la máscara de un león que nos contempla
del increíble marco de una puerta,
o los interminables vidrios verdes
de un galpón que jamás sabré qué encierra,
porque me acostumbré ya a no saberlo.
En Buenos Aires, muchas son las cosas
que vemos siempre por primera vez.
Es Buenos Aires la ciudad ubicua,
se extiende a ejemplo del violado río
que deshoja la luz de los ponientes
y el campo está muy cerca en todos lados.

¡Cuántas veces, oh ajena ciudad mía,
me parecieron flores tus papeles,
me parecieron árboles tus sombras!
En el reloj de los ingleses, la hora
sigue dando sus fieles campanadas
y penetra el secreto repentino
de esa nostalgia de irse y de quedarse.
Buenos Aires se parece a Buenos Aires:
todo la cambia y nada la ha cambiado,
porque es la de hoy, la de antes, la futura.

29- En *Buenos Aires y nosotros*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1980.

BREVE SANTORAL

- 1984 -

La edición original de este libro lleva prólogo de Jorge Luis Borges, fechado el 25 de mayo de 1984, que no se recoge aquí. Se excluyen también los siguientes poemas: “El ángel de la guarda”, “Santa Rosa de Lima”, “Santa Teodora”, “Santa Serafina”, “San Arsenio”, “Santa Inés” y “Santa Lucía”, publicados en *Amarillo celeste*, véanse págs. 111 y 182 a 185.

San Martín de Porres

En un convento de Perú
de mucha luz,
de mucha sombra
donde había ratones
grandes como gatos,
Martín de Porres era el lego
que siempre escoba en mano
mantenía todo limpio.
Martín oye un día las quejas del sacristán:
los ratones destrozan
la ropa de la sacristía.
Martín trae una enorme capa,
la despliega en el suelo
y convoca en ella a los ratones.
Echa después la capa al hombro
y sale al jardín donde los suelta.
Les dice "Les traeré el sustento diario
si me prometen no volver a la sacristía".
Los animalitos cumplieron.
Por eso a San Martín de Porres
lo llaman el Santo de los Ratones.

Santa María, La Egipcíaca

Tú que has ardido en fuego de pasiones,
que fuiste escándalo a los doce años,
que tuviste un sosía
y por capricho quisiste ir a la fiesta
de la Exaltación de la Santa Cruz
en Jerusalem y entrar en el templo
¿qué fuerza invisible te lo impedía?
Fue al levantar los ojos y ver a la virgen,
que lloraste
y por fin pudiste entrar en el templo,
allí sentiste la inspiración divina
de huir al otro lado del Jordán.

La sombra enamorada escribió notas
con su pelo en el viento musicales,
quedaron en la arena, son preciosas,
las nubes más rosadas las escuchan
cuando el sol del poniente la contempla
y yo desde tan lejos la imagino
y Norah (30) atentamente la dibuja
en el fondo desierto del desierto
con ángeles divinos que la escoltan.
¿Un tigre durmió a tus pies en el desierto?
¿Se enredaba el viento en tu larguísimo pelo?
¿Una tempestad te arrastró a distancias
inacabables en busca de agua
infinita como el océano?
Abandonaste todos tus hábitos
hasta que San Zosimas te halló
y te dio la comunión.
Sabia fue tu muerte
en tu cuerpo inerte,

delirante quedó en los vitrales
de las grandes catedrales.

30- Se refiere a Norah Borges, que ilustró la edición original de este libro. (*N. del E.*)

San Cristóbal

(plegaria)

San Cristóbal, protégenos en este mundo
en que somos incesantes viajeros
en coches, en bicicletas, en trineos, en trenes,
en barcos, en helicópteros, en automóviles,
en aviones, en sueños o en la realidad
de nuestra casa, inmóvil.
Llévanos como llevaste a aquel niño
que pesaba tanto porque el niño era Jesús
cuando cruzaste el río.
Cruzamos ríos nosotros también, y mares
y desiertos, bosques, montañas, lagos,
infierno y cielo, llevándonos a nosotros mismos,
con el peso de nuestras culpas.

Santa Melania

Una medalla de ópalo
podría ser la luna
cuando miro su cadena
rodeando, constelada
un cuello atento.
Aunque no pueda de ella despojarme
como de la pulsera de oro simbiótico, pálido,
o del anillo de rubí ardiente,
si un pedazo le falta
no me lamentaré,
si algo la desfigura
no buscaré su integridad perfecta.
Me dormiré en su luz para siempre
para siempre si el para siempre existe.
Y me cortaré el pelo
cuando esté creciente
y sembraré violetas y pensamientos
cuando mengüe.
Conoce mi amor designios.
Aunque digan algunos pérfidos
que es pura costumbre la belleza,
demasiado variable la cara
mis ojos la verán cuando los cierre
entre los animales
en la tierra y en el mar.
Seré su deslumbrada.

San Jorge

La Furia, el Estupor, la Bienaventuranza
San Jorge la advirtió cuando clavó la lanza
en las bocas abiertas del dragón. Del caballo,
el estupor, la furia rauda era como un rayo.

¿Cómo se llamaría el caballo obediente
con ojos casi humanos, amaestrado y tordillo?
¿Era negro, azulejo o blanco de repente
como son los circenses con plumas y flequillo?

Y ¿cómo era la lanza que buscó el corazón
en los ojos del santo que contempla al dragón?
¿Y cómo era el terror mudado en alegría

y esa luz de la noche que se asimila al día?
Hoy quién guiará mi mano al dibujarlos:
cuadros almibarados y un sueño para amarlos.

Del mismo período de *Breve santoral*

Un prisionero le habla a Dios (31)

Tengo en mi mano una invisible pluma
si yo pudiera ser un animal
tal vez con más responsabilidad
besaría la palma de tu mano
o la planta tan tersa de tu pie
para decirte lo que no te dije
ni te diré jamás pues no hay palabra
que no sea una desfiguración
escrita por la cruel pluma habitual.
¿Qué puedo escribir hoy? me lo pregunto,
salvo de mi prisión la descripción.
Apenas me he asomado al sol sensible
que por su luz parece del otoño
con palomas que rigen la memoria
para anunciar las próximas tormentas.
Qué puedo decir hoy que ayer no dije
qué puedo si no dije ni el asombro
de estos continuos días, la existencia
de la infancia, su oferta de misterios
la adolescencia insobornable rito
con sus escatológicos insultos
por no asistir al acto del amor
cuando otorga la suerte invitaciones
tan tentadoras como parabólicas.
En un poema hay algo que declina
algo que nunca se dirá mientras exista
el inconmensurable y solo diálogo
de este silencio inserto en una pluma.
La realidad es para mi ilusión

lo más inconcebible de la vida,
prevalece por eso el único ángel
que se despertará en cualquier momento.
La sirena no sufre porque no habla,
sufre porque habla a veces con los ojos.
Yo no hablo ni siquiera con los ojos
soy prisionero, para no ser libre
mudo para no ser tan elocuente.
Soy un lugar común. Soy un intruso.
No saber y de tanto no saber
ser sabio como son los animales.

31- En *Páginas de Silvina Ocampo seleccionadas por la autora*, Buenos Aires, Editorial Celtia, 1984.

POESÍA INÉDITA Y DISPERSA

- 2001 -

La selección y las notas de *Poesía inédita y dispersa*, 2001, fueron realizadas por Noemí Ulla, quien escribió también un prólogo que no se recoge aquí.

POEMAS BREVES

La esfinge

El *ser* más inesperado es uno mismo:
hasta las esfinges nos miran con ojos asombrados.

Rubor

Existe una tristeza
de estar triste y también
existe una vergüenza
cruel de tener vergüenza.

Dibujos

Junto al agua, los grillos
con su canto dibujan
formas de las estrellas.

Sacrificios puros

Le basta a la mentira, la mentira.
¡Pero cuántas mentiras la verdad necesita
para que la comprendan!

Celos y vanidad

Toda audacia de la timidez
despierta la envidia de los vanidosos
como toda conquista o belleza de un muerto
despierta el odio de los celosos.

Contradicción

Por no querer sufrir sufrí muchísimo.
Por no buscar la dicha fui feliz.

Única sabiduría

Lo único que sabemos
es lo que nos sorprende:
que todo pasa, como
si no hubiera pasado.

Perpetuidad

¡Qué hermafrodita es el remordimiento!

Dilección

Con preferencia siempre recordamos
los queridos defectos de la dicha;
recordamos también con preferencia
de una persona amada los pecados.

Cuadro apócrifo

La santa se convierte en prostituta;
el león, el mono, el ángel, el pez en un jardín;
cuatro niños que juegan a la mancha, en una playa.
Con las vicisitudes del tiempo o casualmente
aparece en la tela de un cuadro otra pintura
que fue la original ¡como nuestros recuerdos!

Consecuencias

Amamos en un ser
a todos los demás
cuando ese ser nos ama.
Odiamos en un ser
a todos los demás
si ese ser no nos ama.

Vanidad de vanidades

Vivimos para una casa
que no podremos construir,
para un viaje que no haremos
y para un libro que nunca
llegaremos a escribir;
como un dibujo trazado
en una hoja cuyos límites
exiguos no han permitido
la inclusión total de un plano.

Nocturno (32)

Sueñan las casas que son barcos cuando
de noche hay viento, oscuridad y lluvia.

Estado de gracia

Con qué bondad nos escuchaba Dios
cuando aún no sabíamos hablar.

32- Hay otro poema con este título, véase pág. 215 de *Poesía Completa* I.

Inocencia

Conocí la lujuria
dentro del catecismo
blanco de mi primera
comunión, con la pura
prematura lujuria.

Imitaciones (33)

Nunca el zorzal cantó su canto
definitivo porque canta
el canto de los otros pájaros:
él no lo sabe y cree que inventa
siempre la misma melodía,
que otro pájaro siempre imita.

33- “Imitaciones” presenta marcadas semejanzas con su homónimo, publicado en *Lo amargo por dulce*, aunque en aquél sea la calandria el sujeto del canto (*N. U.*), (véase).

El agua

El agua de la lluvia
y el agua del arroyo
no son tan persistentes
como ella cuando llora.

Apremio

Nuestra impaciencia por morir proviene
de tener que morir sin remisión.

Perplejidad

Por qué si me arrodillo
rezando, siempre pienso:
“Qué hacen mis pies, ahora”.

Estar desesperados

Algunas veces en nuestra tristeza
estar desesperados nos consuela.

Soledad

En algunas personas
amamos a personas
que no existen ya;
en otras, amamos a nadie,
ni a esa misma persona.

DIVAGACIONES

La llave maestra

La luz de su cuarto me habla de él cuando no está,
me acompaña cuando tengo miedo,
y siempre tengo miedo porque soy valiente;
oye su paso sobre los mosaicos de la entrada
va a su encuentro cuando abre la puerta lentamente
cuando lo espero, y siempre lo espero;
lo mismo es para la luz eléctrica que para la luz del sol,
lo mismo para el sol que para la luna o la estrella.
Un tapiz forma la luz complicada
es la vida y siempre la vida.
Si me quedara ciega la vería con mis patas
o tal vez con mi frente cuando llega.
El tapiz no lo forma la luz sino su llegada, el sonido
que cambia de oscuro en claro.
El tablero de la luz tiene varias llaves
pero una que gobierna el resto:
se llama la llave maestra.
Del mismo modo el tablero de mi luz
tiene una sola llave que gobierna las otras
la llave que está en sus manos.
Apagaría todas la luces si quisiera
pero yo cierro los ojos para no ver
la oscuridad que podría ser luz
para no herirlo.

Le hablo a Alejandrina (34)

Con el pincel sin miedo dibujabas
las formas atrevidas, los colores;
recreabas los mágicos candores
de tus imágenes, que regalabas.

Alejandrina, tu sabiduría,
ese conocimiento tan profundo
prenatal no sería de este mundo:
con él te fuiste donde muere el día.

Con tu uniforme azul y tus cuadernos
buscabas otro espacio y otro cielo,
y como no quisiste entristecernos

lograste sonreír en nuestro duelo
dentro del nimbo de la primavera.
Una paloma canta pues te espera:

Es ésta que pintaste gris y azul
con la rama del biombo de abedul.

34- Le hablo a Alejandrina", publicado en *La Nación*, Suplemento literario, Buenos Aires, 19 de octubre de 1975. (*N. U.*)

Sextina

Ni un canto se oye en ella de palomas
en un recinto oscuro de violetas
ni se escuchan las plácidas distancias
de un jardín con memorias y con pasos
que ha recreado en sus diversas formas
la fortuna oscilante de las horas.

La imagen adorada por las horas
que acaricia en su vuelo la paloma
no se aleja alabando tantas sombras
con olor a junquillos y a violetas
renaciendo en el ritmo de los pasos
la melodía sola en las distancias.

Con la rimada espera de los pasos
cantando lentamente entre violetas
se acerca y se divide en varias formas
la muda relación de las distancias
que huyeron en las nubes de las horas
con vuelo enamorado de palomas.

En un museo

En un museo vio unas caras,
unos torsos, unas manos,
unos pies de yeso que le gustaban tanto
que de noche soñaba con ellos
y los miraba en el sueño
para retenerlos mejor.
Alguna vez quiso ser de hueso o de mármol
nunca de bronce,
me decía, porque le daba miedo.
Nos veíamos frecuentemente en Palermo,
en el lago junto al embarcadero
pintado de blanco
que tanto nos gustaba.
Nos sentábamos en uno de los escalones
para dar de comer a los cisnes blancos y negros
que en aquellos tiempos
vivían en el lago
y se alimentaban del pan que les llevábamos.
Ella no me quería.
Yo la quería.
Era tan mala que siempre se despedía de mí
diciendo en lugar de “hasta pronto”, “hasta nunca”.
No era muy bonita
pero no necesitaba serlo.
Celestes eran sus ojos
pero no del todo
porque se parecían al color que la rodeaba.
En nuestro tiempo
había frondosos arbustos
bordeando el lago cerca de la pérgola,
con glicinas.
Era la maldita primavera.

Quedaban flores de lonicera fragantísimas.
Tan tupido era el bosque de arbustos
debajo de la arboleda
que adquiría el día color de la noche
y la noche color del día.
Yo la deseaba.
Ella no me deseaba.
Se le ocurrió un atardecer
desvestirse totalmente
en el lugar más sombrío de la arboleda.
“Te apuesto que me desnudo”.
“¿Qué dirá el guardián?”
“Dirá que soy una estatua”.
Junto a unos azahares florecidos,
como si no le importara,
cuando la miré estaba desnuda.
La ropa a sus pies,
parecía un pedestal de piedra.
Alguien se asomó entre las ramas y dijo:
“¿Qué es esto?”
“Es una estatua de la Venus de Milo.
Mañana la van a poner aquí
o no sé dónde.
Es preciosa sin duda”.
El hombre se puso a llorar con angustia
y me dijo:
“Siempre me pasan estas cosas.
Tengo que irme ahora a mi casa”.

Camas que no olvidaré

Horizontal como el desierto oscuro,
como el trigal con mieses en verano,
como el fondo del mar y silencioso,
en cuartos con espejos y goteras;
en dormitorios que nunca más veré
y que han quedado en la senda de algún viaje;
en aquellos que la dicha nos depara;
en aquellos profusos como bosques
y que son dedicados al asombro;
que tienen claraboyas, mosquiteros,
armarios con cabezas de sirenas;
en los que persistieron con rumores
de chicharras con lunas delictuosas
y que parecen no tener salida
sino en noches de luna misteriosa;
en aquellos que son meros pasillos
que nos adjudicaron en la infancia;
en los trenes que mecen nuestro sueño;
en aquellos que son toda una playa
con las mesas de luz hechas de arena;
sobre las rocas que salpica el mar;
en los barcos anclados al adiós
con un ojo de buey que encuadra el sol
estableces tu reino irresistible;
en un patio con sol por accidente
o sobre el pasto que recorre el viento,
en las baldosas rojas de algún patio
o en la azotea ardiente de una casa;
sobre la piel de un león embalsamado
tuve una cama que nunca olvidaré.

Olvido total

El olvido total
nos entrega las llaves de los secretos
más inextricables.
Si perdemos algo,
busquemos con urgencia otra cosa:
inmediatamente aparecerá lo que buscábamos
multiplicado por lo que buscamos.
Encontramos algo, sí,
pero, oh desencanto,
ya no existe en ninguna parte del mundo
lo que buscábamos hasta ese momento.
Cuando miro retratos
siento que la vida se me escapa.
La vejez tiene sus artimañas:
pierde lo que necesita perder
de su vitalidad
para no morir de angustia.

Cumulus nimbus

Yo he aprendido a leer
el lenguaje del cielo al alba,
en el silencio absoluto,
que jamás existe.
En las nubes que pasan y se cruzan,
se mezclan y se desgarran,
se juntan a contratiempo,
encuentro el secreto de la vida.
No trato de saber si va a llover, en su densidad;
si hará calor o frío, en su color;
si el tiempo dominio del sol
extenderá sus redes en su intensidad;
si habrá inundaciones o sequías.
Hay algo que me indica el curso del destino.
Cada nube es un mapa,
un naipe barajado,
sin manos que la muevan,
sin orden que la requiera.

Tu nombre

Nadie consigue pronunciar tu nombre.
Sólo yo conozco la inflexión perfecta.
Fáltales la ternura en que fluye
y la dulzura en las consonantes.
No saben distinguir el color
de la nota musical exacta.
Por eso yo respondo cada día
inventando un nombre:
azul, pájaro, brisa, luz.
Palabras comunes
que se pueden decir sencillamente
aun sin conocerte y sin amarte.

El caballo blanco

¿Te interesa saber cómo me relacioné
con la pintura o el dibujo?
Fue en la infancia.
Mis hermanas tomaban clases de dibujo
con una profesora francesa
cuya cara se ha borrado
pero no la mano ni el sexo,
ni esa goma de borrar o de no borrar.
Tal vez hago un *trait-d'union:* prosa-verso;
para mí prosa equivale a pintura (femenino),
verso (masculino) al dibujo.
Debajo de una mesa
recogía los restos de dibujos rechazados
y los examinaba a hurtadillas
y hasta robaba alguna lámina
que servía de modelo.
Había ojos, bocas, orejas sacadas, creo,
de alguna estatua griega.
La oreja era mi preferida
porque parecía un caracol;
era algo independiente que no se asociaba
demasiado a lo que era,
no una oreja para oír sino para adornar,
para placer o adorno,
de donde colgaban aros o piedritas,
cuanto más grandes las señoras
más grandes las piedritas.
Sin embargo me seducían las sombras
más que un juguete,
las líneas más que un caramelo.
Cuántas veces dejé de chupar
hasta el fin un "sucre d'orge"

por entusiasmarme ante alguna de estas láminas
que provocaron alguna reprobación
por haberla tocado
con las manos pringosas o destructoras
y no tan respetuosa como requería mi corazón
gobernado en aquellos tiempos
por mis ojos.
Entre tanto papelerío
se encontraban esas imágenes menos clásicas
que esas cabezas francesas:
dos bailarinas y un caballo
(así lo recuerdo al menos).
Una bailarina que calqué
con papel carbónico,
porque ya me habían dado como juguete
un lápiz maravilloso.
La bailarina fue aplaudida por toda la clase
que se componía de tres personas,
lo que me hizo sentir
en el pináculo de la gloria.
Pero no fue lo mismo con el caballo.
Ciertas protuberancias
demasiado evidentes pero reconocibles
escandalizaron a alguien.
Recuerdo el rubor de ciertas caras jóvenes
que reían
escondiendo la risa detrás de un papel,
coqueto, como abanico improvisado.
Las menos jóvenes, impávidas,
controlaban la infidelidad del dibujo.
La implacable goma de borrar comenzó a destruir
la parte más importante de mi dibujo
porque era la que más
me había costado armonizar con el resto del dibujo
por ser insustituible.
Estaba a un paso de ser una niña prodigio,
el rubor me cubría la frente
pero la goma de la modestia me lo impedía.
¡Esas gomas de borrar variadas!

Entonces fue revelada la belleza
“me dio falicidad”
de esperar la pintura en un museo
que me dio la facilidad de la esperanza.
Fue en un museo que descubrí
la presencia de aquel caballo.
Entré por la escalinata de mármol
de aquella construcción tan preciosa
y me detuve frente a un caballo de mármol.
Me quedé sin moverme,
mirándolo un rato,
las personas grandes que me rodeaban
consideraron un siglo.
No me alcanzaban los ojos
para descifrar el misterio
de este caballo tan parecido
al que había dibujado aquella tarde.

Éxtasis (35)

“San Roque, San Roque,
que este perro no me toque”.
Supercherías, pensé,
pero ya lo había dicho
al descubrir la imagen del santo,
a unos pasos de los bancos que ocupábamos.
El hombre volvió a abrir los brazos
como con desesperación
y volvió a cerrarlos
con brusquedad de espantapájaros.
Qué cosas pediría a la medalla milagrosa
con esa vehemencia,
cuando los hombres la poseen
suele ser otro tipo de vehemencia,
tan diferente a la femenina,
del mismo modo que su devoción.
De estar en mis manos,
yo hubiera querido darle lo que pedía:
su pedido era casi una exigencia
y deseé que se lo escuchara.
Yo, en cambio,
estaba ahí tan serena,
observando con atención
la quietud de la basílica
a esa hora de la tarde,
olfateando los restos del incienso
que ya casi no existía
y concentrada en mis cosas,
de las que me había sacado el hombre con su pasión.
Volví a ellas y me di cuenta
de que había pasado la vida mirando a los demás,
como inventando una película

a la que intencionalmente
le había suprimido sonoridad.
Salvo algunas voces
que se metían sin pedir permiso,
fuertes, decididas,
yo había tratado de no escuchar mucho
lo que no convenía a mi silencio.
Las mujeres formaban algunos grupos
para organizar las tareas de la iglesia,
conversaban despacito,
daban la impresión de conocerse
desde hacía mucho tiempo
y de estar resolviendo juntas
cosas que difícilmente se habrían decidido solas.
De sus ropas
se desprendían olores limpios,
como si hubieran planchado las prendas que llevaban,
poco antes de ponérselas.
Detrás de ellas
se adivinaba el gesto de empolvarse,
de aspirar y repartirse la colonia
detrás de las orejas,
en el cuello y en el pecho,
para recibir con demorado lucimiento
las cadenas de plata,
los aros de falsas perlas
y la flor en lo alto del escote
que volvía a usarse
y que ellas prodigaban
como una novedad para sus ropas antiguas.
El hombre se levantó del banco
donde había estado reclinado
y pasó cerca de mí
cubierto por la protección
que acababa de solicitar,
aunque no lo habían abandonado
ni la vehemencia ni la brusquedad,
que parecían ser emanaciones
propias de su apasionada nerviosidad.

Volví a pensar en mis cosas.
El reflejo pálido que daban los vitrales
me recordó otros,
aquellos en donde yo perdía la mirada,
a mediodía,
loca por el sol que los atravesaba
devolviéndoles sus azules y naranjas
sobre las cabezas inclinadas
de las mujeres que esperaban,
sin ansiedad, como canturreando,
la hora de otro encuentro.
Los deseos son incontrolables desatinos
que nos asaltan donde estemos.
“Insensata”, pensé
e inmediatamente supe
que era una palabra poco habitual en mí,
una de esas palabras que habían venido
traídas por la corriente de la poesía,
una solemne traducción de Racine:
“Oui, prince, je languis,
je brûle pour Thésée”.
No había apagado en mí
el fuego de Fedra
después de un invierno malo,
en que las mañanas
sucedían a las noches
con la prolija rutina de la vida.
Un chico de unos cuatro años
terminaba de soplar una vela
en el altar de la medalla milagrosa,
la madre le había dado un fuerte sacudón
y el chico se alejó
doblando exageradamente las rodillas,
hizo una sonrisa mirando a su público
y volvió sobre sus pasos
hasta esconderse en un confesionario.
La madre,
con su niño en brazos,
no podía andar detrás del chico.

Una de las mujeres del grupo
de flores en el escote
encendió la vela con energía
y le echó una mirada severa.
El grupo volvió a reunirse
y una de las mujeres
recibió de alguien que no vi
un enorme ramo de claveles blancos,
otra tomó un florero con unas rosas mustias
que había sobre el altar
y desaparecieron ambas por la puerta lateral,
con paso silencioso una,
con ruido de tacos la otra.
Cada iglesia tiene su silencio:
en ésa,
la amplitud de la nave
hacía que los ruidos se escucharan nítidos,
pero lejanos y altos.
Otros templos eran más propicios
para distinguir los roces que producían
las faldas de las mujeres,
en otro tiempo tal vez,
otras mujeres, otras telas,
para otros oídos,
quizás en aquella capilla
donde los exvotos
fueron las primeras deformaciones que vi,
los primeros despedazamientos que me fascinaron,
por lo terrible de su evocación.
Quién hubiera podido sustraerse
al encanto de la ausencia:
el brazo imaginario
que estaba detrás del bracito de plata,
la pierna detrás de esa piernita.
Entonces el sol
dibujaba encajes en el piso de tierra
con las hojas de sombra de la higuera,
que perdía así
su natural aspereza,

tocadas por la maravilla de una ilusión:
lo que eran, y no eran.
En la basílica,
el mosaico entregaba
otras cosas virtuales;
en la provocación de la luz de una vela
estaban los perfiles,
las aristas de la gente
y de algunos objetos voluptuosos
que abarcaban
la oscura entraña de la nave
y el contacto con una hora sin tiempo.

35- Silvina Ocampo escribió el poema “Éxtasis” a partir del relato “Éxtasis” del libro de Noemí Ulla, *Ciudades*, Buenos Aires, CEAL, 1983. La edición francesa (publicada con el título en español), *Ciudades*, Toulouse, Éditions Ombres, 1994, reproduce la versión en francés del poema de Silvina Ocampo. Inédito en español, “Éxtasis” fue recogido por Noemí Ulla en *Poesía inédita y dispersa*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2001. (*N. del E.*, según datos de *N. U.*)

El ángel de la guarda (36)

No conozco tu cara, está en mi pecho,
a una cara de santa se asemeja.
¿Llevarás en tu pelo algún helecho
y en los brazos el aire que es tu reja?
Te sonrojas si miento o si me enojo
o si desobedezco o si soy cruel,
tu falda es el lugar en que me alojo.
A fuerza de bondad me vuelves fiel.
Los vasos en que bebo son tu mano,
recoges mis secretos en tu oreja
y en tu aliento mis dichas de verano
en tus cuentos que tienen moraleja.
Estás siempre despierto en sol y sombras,
apartas del camino las arañas,
el veneno de víboras, que asombras.
Oh ángel de mi guarda, me acompañas.

36- Hay otro poema con este título, (véase).

Lecciones de metamorfosis

Nube que miras en lo alto del cielo
mi condición humana y modificas
las formas de tu cuerpo y de tus caras:
si alguna vez he visto deshacerse
tu cuerpo de caballo o de sirena,
tus ojos y tu pelo cruel de Erinia,
tus vírgenes perdidas con un ángel
entre las sombras de una playa inmensa,
el velero que se hunde en la tormenta
o un frágil ciervo entre las rosas de oro
de un antiguo poniente indescifrable;
si alguna vez he visto desmembrarse
un reino donde no gobierna nadie,
un templo en que quedaron mis rodillas
prosternadas al pie de un muro blanco,
tan blanco que hasta el sol pierde su faz,
sabrás que sos mi lecho cuando duermo,
que tus lecciones de metamorfosis
he querido seguir hasta la muerte
entregándote toda mi esperanza.

Como siempre (37)

—Il faut que tu l’appelles marraine— (38)
me dijo una vez mademoiselle Bonnemaison
señalándome en aquel lejanísimo París
blanco de mármol y de nieve.
Esa palabra apareció para mí
después en los cuentos de hadas.
En ese momento lo que existía
era la palabra *reine*
que no quería decir para mí *reina*.
Cuando lloraba, mi niñera que era española,
(la que fue tu sirvienta maravillosa),
solía llamarme *mi reina* para consolar
los llantos más desvalidos.
Cuando mi llanto no era tan importante
bastaba que me llamara *mi muñeca*,
de modo que así comprendí la jerarquía
de las palabras y de los consuelos.
Pensé que ese *marraine* equivalía
a decir *mi reina* en francés,
con algunos retoques ortográficos
preparándome ya antes de saber escribir
a mis futuros asiduos errores ortográficos.
Pero nadie como vos, nadie,
hasta en tu nombre con alas,
reclamaba, a mi juicio, un consuelo,
en cambio la palabra *reina*
no me parecía tan ajena a tu carácter,
diría más, diría que te cuadraba perfectamente.
Yo te veía cara de reina,
secretamente lo pensaba cuando veía tu perfil egipcio
que después apareció en una tarjeta postal
con el nombre de *Nephertiti*.

De frente tu cara era más vulnerable,
hasta la vi llorar un día.
Duele tanto no llorar
y hace tanto bien consolar a alguien
que a veces me hubiera gustado consolarte
aunque siendo la dueña de ese perfil
siempre me parecía que no lo necesitarías
ni lo permitirías porque
como buena reina
tu cara sería labrada
de un material insobornable,
y tus lágrimas de mercurio huidizo,
imponderable.
Ese mercurio que vivía en el interior
de los termómetros,
que parecía existir sólo
cuando los termómetros se rompían
y dejaban caer esas lágrimas plateadas
como grajeas menudas o municiones.
Uno se equivoca tanto por pudor
que en vez de aprender
a fuerza de vivir
uno desaprende los secretos profundos de la vida.
Tal vez la palabra pudor
no sea la más adecuada
para designar mi sentimiento.
¡Se habla tanto de la experiencia!
El que la tiene ha nacido con ella.
Nacimos con ella.
Ese privilegio no sirve para nada.
En una carta
se puede divagar ¿verdad?
Es lo que hago.
Facilita, poder no decir nada,
las probabilidades de poder decir algo.
No comprendo muy bien esta frase
pero siento que he querido decir algo profundo
que vos entre todas las personas del mundo
comprenderás y aplaudirás tal vez

para darme confianza,
lo que más se necesita en la vida.
Volviendo a la palabra *madrina*
diré que esa palabra
se volvió importante para mí
cuando supe que llamaban “madrinas”
a las yeguas que guían
con un cencerro colgado del pescuezo
las tropillas de caballos,
y también “madrinas”, en los cuentos,
a las hadas,
que llegan siempre al bautismo
del futuro príncipe o princesa
trayendo regalos que nadie regala
porque no son objetos
sino virtudes o privilegios
como la belleza
(qué cómodo ser hermoso, yo pensaba,
no hay necesidad de peinarse),
la inteligencia
(qué cómodo, yo pensaba,
no hay necesidad de ser hermoso),
el talento para tocar el piano o cantar,
(qué cómodo ser admirada, yo pensaba,
el piano tocará solo,
con manos de ángeles);
la promesa de un gran amor.
El gran amor
era la mejor promesa para mí
pues desde la más tierna infancia
sentía el amor
como algo imprescindible.
Que sirva para algo la inteligencia,
la hermosura y el talento.
Aunque no vivamos en un cuento de hadas
llegaste a mi bautismo,
y llegaste con un regalo que nadie regala:
un misterioso amor lírico.
No me hubiera molestado

recibir otros obsequios
menos originales
pero el que me trajiste
es más importante que todo el resto.
Tu voz y tu mano
me lo prometieron, sin saberlo,
en aquella ceremonia en que no sabrías
qué hacer conmigo entre los brazos.
Nada más incómodo que un bautismo
para una madrina
que sostiene en sus brazos
el recién nacido,
que tantos besos ruidosos recibe,
con su vestidito almidonado
de novia o de primera comunión.
En una pantalla
con la que te abanicabas sabiamente,
tan sabiamente que me parecías ya vieja;
después, porque hay suspenso en mis recuerdos,
como en el cine,
en los días de verano en San Isidro,
escribirías estos versos
con una preciosa letra azul o bien violeta,
un violeta elocuente.
Recuerdo que la pantalla tenía rayitas
de color marfil
y que el texto francés se perdía
por momentos entre las rayitas,
con un perfume a flores de níspero.
Ésta es mi traducción:
“Del África ardorosa al Asia voluptuosa
”todo el mundo distante, hondo, casi difunto
”vive en profundidades de bosques aromáticos
”como algunos espíritus moran en la música,
”¡el mío, oh mi amor, nada dentro de tu perfume!
”Pelo azul pabellón de tinieblas tendidas
”me devuelves el cielo celeste, inmenso y curvo.
”En el borde con plumas de tus ondas rizadas
”me embriago ardientemente de olores confundidos,

”de almizcle, de alquitrán, y de aceite de coco”.
Si te encontrara ahora por milagro, te diría:
—Tengo una carta que escribí,
pero no te la mandé...
—¿Por qué no me la mandaste?
—No sé.
—No me gusta.
—Vacilé pero después
pensé que te la mandaría
para que supieras que pensaba en vos.
Tengo los cajones llenos de cartas
que nunca te mandé.
Pero ahora como un castigo
de no haberte mandado
las que podía mandarte
no encontré tu dirección...
No la encontré en ninguna parte.
Te digo la verdad.
Y me contestarías:
—Como siempre...
Pero esta vez, Dios mío,
no me ofendería.
No tengo tu dirección ahora tampoco...
¿Es de una playa,
entre árboles de un bosque?
¿De un jardín parecido al tuyo?
En Francia, en Inglaterra,
en Alemania, en Norteamérica,
en la Argentina, a la orilla de un río
extraño como el nuestro.
¡Dios mío, si con una dirección ubicua
pudiera orientar esta carta
de modo que llegara a su destino!
Tampoco te la mandaría
y oiría tu voz
como en un eco contestarme:
—Como siempre.
Oigo en este momento un avión
que pasa por el cielo.

Pienso en los minutos de permanencia
que hay en este mundo, son pocos.
Y moriría, ya muerta no me lo creerías;
volvería a morir al oírte
porque existen muchas posibles muertes
como existen muchas posibles vidas,
la vida de las cartas,
la vida de los sueños,
la vida de las imágenes,
la vida de las palabras que no se dijeron...
como siempre.

37- Como siempre", publicado en *Diario de poesía* Nº 38, Buenos Aires-Montevideo- Rosario, invierno de 1996. (*N. U.*)

38- Tienes que llamarla madrina. (*N. U.*)

El ramo (39)

Era tarde y la luz de las barrancas
hasta el río bajaba atentamente.
De aquel ramo te di sólo un jazmín.
La flor primera que junté, una rosa
no abría más de dos o cuatro pétalos
y la segunda un agapanto azul
no era del todo azul sino violeta.
La tercera una flor desconocida,
no conocer su nombre la borraba.
¡Qué dicha otorga un incipiente ramo!
Hojas de malva-rosa lo envolvían.
Cada flor agregada lo colmaba.
La cuarta parecía un arlequín
con guirnalda de mudos cascabeles.
La quinta aquel jazmín del Cabo, exiguo
de una blancura de algodón lavado.
Por mirar otras flores en las plantas
no miraba ya el ramo entre mis manos
hasta que lo miré y lo vi marchito.
No fue el calor que pudo marchitarlo.
Las flores no querían avenirse.
Vanamente estudié yo aquel ramo
cambié de posición tallo por tallo.
La flor que perduraba era el jazmín.
Y me reí. ¡Ah, por qué me reí
de aquella incongruencia tan humana!
Todo es humano y duele hasta en las flores.
De no entenderse o demasiado a veces.
Todo muere de ser, de sed y de hambre,
todo lleva a vivir de varias muertes.
Oscuramente lo pensé aquel día:
en cada día están los otros días

que ya pasaron o que sobrevienen.
Quedan después estatuas y retratos
palabras y la fiel metempsicosis.

Te regalé el jazmín pero rodeada
estabas ese día de jazmines:
uno en tu broche, otro dentro de un guante,
montones en tu mesa de trabajo
miles y miles rodeaban tu casa.
No conocías las vicisitudes
del jazmín de ese ramo malogrado
que a su virtud agregó mi sentimiento.
Yo no te conté nada. Sabías todo.
Reinabas sobre el mundo más adverso
como si no te hubiera lastimado.

Nos une siempre la naturaleza:
el árbol una flor las tardes las barrancas
misterios que no rompen la armonía.
¿Lo habrá sabido aquel esquivo ramo
color de mar de mármol y de rosa
color de sol de verde y de naranja?
Andará en busca de su integridad
en busca de esa tarde con nosotros,
pobres nosotros, sin nosotros mismos
en los actuales días, bajo el sol
bajo la luna, en la orilla del mar
con músicas que ya no puedo oír
sin dedicarte lágrimas Victoria
cada una con nombres diferentes
como las cuentas de un collar sin fin.

39- “El ramo”, en *Sur*, Nº 346, Buenos Aires, enero-junio de 1980, número de Homenaje a Victoria Ocampo, y en *Páginas de Silvina Ocampo seleccionadas por la autora*, Buenos Aires, Celtia, 1984. (N. U.)

Muerte de mi padre

Afuera me llamaba un zorzal enjaulado
que yo había traído de Córdoba esos días.
El caluroso enero entre persianas frías
mostraba con pasión su filo iluminado
y miré con asombro sintiéndome una extraña
las plantas, los espejos, los retratos, las sillas,
los ancestrales géneros, las frescas esterillas,
la lustrosa quietud trémula de la araña,
como si yo a mí misma entre objetos me viera
desertando lo humano. Sin duda me enajena
de un modo misterioso, imperioso, la pena
y me vuelve insensible como un mármol cualquiera.
Ni la noche ni el día en la casa variaban
mas yo reconocía el día por los cantos
de tantos benteveos y la noche por tantos
grillos que en el silencio incesante cantaban.
Horas oscurecidas, con las costumbres diurnas
entreabrían las puertas para que las cerraran
penumbras y moría como si le clavaran
a mi padre, en el pecho, una espada. Esas urnas
de agonía llenaban la casa de pasión.
Lo imaginé luchando hasta una aurora inerte
contra ejércitos, fuego y hielo hasta la muerte.
¡Llovió por fin! La lluvia cayó en su corazón.

Plátano

Plátano, orgullo de las calles,
sobrellevas enfermedades
en cada rama semejantes
a alamares de pasamanería.
Te asomas a las ventanas
de la ciudad para vernos
en el interior de las casas
y nosotros nos asomamos
para ver tus hojas de otoño
combinando los colores rojos,
marrones, amarillos,
y las dejas caer ¡prestidigitador!
nadando, flotando,
aleteando en el aire
buscando unas manos
que de pronto te atesoran,
las manos del otoño.

Ausencia

Por el crimen que esconde sus rostros en las calles
y trama subterfugios debajo de los puentes,
por tus cuchillos fríos y el agua de las fuentes
donde escuchan las aves el verano en Versailles;

por tus germanas músicas y tu literatura,
por tus iglesias góticas y romanas con santos,
por España e Italia donde retumban cantos
de niños en las cúpulas, por toda tu pintura;

por tu oriental dulzura con lagos y con hiedras,
con cipreses y pinos, palomas parecidas
a las nuestras que son mensajeras perdidas
entre los continentes, antiguas como piedras;

por la luz que anticipa la primavera azul
y baña los jardines rituales de Inglaterra;
por el Arno y el Rhin y el Tíber; por la tierra
con las brumas que envuelven el trémulo abedul,

entre dalias con nombres de señoras que han muerto,
por todos los poetas que en el tiempo se imitan,
por los caballos verdes de bronce que visitan
el cielo de la tarde como si fuera cierto;

por la cara del hombre que quedó retratado
con precisos follajes y terciopelos rojos;
por Diana y por sus perros con fabulosos ojos,
en mi América, sálvame: ¡por haberte olvidado!

Homenaje a Jorge Luis Borges (40)

Yo que tanto soñé con tus espejos
con tus dioses tus rosas y tus tigres
que me interné en los versos argentinos
por el acento justo de los tuyos
o el engañoso amor de la metáfora
te voy a dedicar este poema,
quise evitar el terco endecasílabo,
como esas indias que al bordar imprimen
los colores que gustan a los otros
y no a ellas mismas, tengo que aceptarlo:
Hay demasiadas cosas en mi vida,
no puedo asirlas; ellas me poseen
como posee el hambre a los hambrientos
o a los enamorados el amor,
y así transito entre los versos tuyos,
intervienen de Quincey o bien Rossetti,
el delirio sin fin de Piranesi,
Lope, Darío y subrepticiamente
versos en alemán que me explicaste,
y Baudelaire y Shakespeare que atacaste,
Emerson y Almafuerte que ataqué,
y menores poetas Wilde y Poe
que conservamos como los colores
de algún calidoscopio en la memoria,
y aquello que te gusta y no te gusta
por sencillo que sea o por abstruso.
Nunca te ha empalagado la poesía
y ella como una lumbre te acompaña;
a mí suele dejarme en las tinieblas.

40- “Homenaje a Jorge Luis Borges”, en *La Nación*, Buenos Aires, 30 de diciembre de 1973, y con el título “A Borges”, en *Páginas de Silvina Ocampo seleccionadas por la autora*, Buenos Aires, Celtia, 1984.

Tumbergia

Aquel que no conoce la tumbergia en enero
no conocerá el árbol más precioso del mundo.
Sus flores como cirios se abren en cada punta
erguida de las ramas,
el fruto gris rayado embellece el follaje.
La flor perfuma el agua donde está sumergida
cuando la colocamos en un vaso.
Es la única flor que conserva el perfume
muchos días: los tallos no se pudren
aunque no se le cambie el agua
que podría beberse como elixir.
Apasionadamente florece, luego caen las flores
como guantes blancos de primera comunión.

La sombrilla

Por el jardín pasaba tu sombrilla,
lucía el mango una cabeza de ave
con las plumas de plata y era suave
entre retamas su aroma amarilla.

Si eran las sombras como un agujero
¿por qué sólo la tuya era celeste
aun cuando soplaba el viento agreste
de las tormentas que inventaba enero?

Sobre el aire venían, detestadas,
a veces las visitas sin cabeza
bajo ingratas sombrillas a buscarte.

¿Por qué estarían todas disfrazadas?
Mas tu sombra celeste con destreza
te escoltaba. Morir era esperarte.

El cuarto severo

Un cielo decoraba el cielo raso
equiparado al verde de tus ojos.
Severos eran los gladiolos rojos,
duro y muy suave el almohadón de raso.

Penetrábamos mil noches de un abrazo,
de la inquietud los ávidos cerrojos
nos encerraban. Ya éramos los despojos
del olvido del mundo paso a paso.

Ni hablábamos, apenas respirábamos
para mirar el arbitrario cielo,
sobre nuestras cabezas que amábamos

como si fuera un verdadero cielo.
¡Ah! Cómo era de falso el verdadero
cuando salimos del cuarto severo.

El primer amante

Del mármol adoró la cruel ternura
del escondido rostro de una mano
cuya túnica al viento de verano
mostraba el hombro, el alma y la premura.

La imagen repetida era tan pura
que seducirlo era del todo vano,
de perfil o de frente era el hermano
de una helada persecución segura.

Si hasta el mármol llevó aquellas cerezas
coloradas que había en un sombrero
y grabó su apellido con un cero,

fue para consagrarse. Las estrellas
testigos fueron con su luz distante
del hielo cruel de ese primer amante.

Escenas de Palermo

Una mendiga imita con su cara quemada
la cara del busto de Alfonsina Storni.
Esto no impide que se pase la mañana
lavando ropa sin jabón,
con el agua de la fuente.
De las ramas de los arbustos
cuelga cuidadosamente la ropa lavada.
La ropa atada en las ramas,
parece una gigantesca floración.
Por eso la gente exclama,
no muy segura, en tono de pregunta:
“Ahora que hay menos gatos
¿no les parece que Palermo está mejor cuidado?”
—Es claro que puede ser. Los gatos son muy limpios.

Variaciones de un poema del enamorado

Muere de amor desesperadamente
labra su jaula con un junco de oro
declara el precio cruel de su tesoro
que aloja un corazón hasta en su frente.

Poseer no es lo que más desea, siente
en su cuerpo crecer la voz de un coro
que sin cesar repite “Yo te adoro,
mi jacinto de zafiro, mi fuente,

mi ratón, mi desmayo predilecto,
mi reclusión, mi acíbar, mi distancia,
el ejercicio sádico de mi ansia,

mi durazno, mi triángulo perfecto,
y todo lo que por tu amor inmolo
para poder besar cuando estoy solo”.

Palma frente al fuego

Oh destructor de la escatología
de la conservación y de la historia
que alumbra con furor cualquier memoria
que mata con belleza cada día.
Oh fuego, que tus llamas amarillas
pidan favor al cielo: vago herida
por todos los jardines adherida
a la naturaleza mientras brillas.
Lloro con el jazmín, con el rosal
pues no existe la paz para aspirar
sus esencias, ni el tiempo de admirar.
Brillante, delictuoso, elemental
con ansiedad de amor y de justicia
en tu paisaje inexpugnable muero
yo también y revivo y sola espero
el ardor que me ultima y su delicia.
¿Cómo se atreve el agua a sofocarte?
Se lo pregunto a veces a tus llamas
después de abanicarte y darte ramas
que no salvan sus flores para amarte.

A España

España fuiste para mí el laurel,
la madre de las horas misteriosas,
tacos y castañuelas tempestuosas,
cielo raso de frutas, pan de miel.

Fuiste el tejido con el punto fiel,
cosas que me contaron, malva rosas
para el amor, las manos generosas,
la arena, el río, el toro y el vergel.

Trébole para mí fue el *macachín*,
tu ruiseñor seráfico, el hornero
y tus lirios, disfraces de arlequín,

porque en mi tierra sí los vi primero.
Mudo es mi verso, alarde su envoltura.
¡Ah, quién verá la luz de mi ternura!

Mensaje del mar (41)

No verme, no buscarme es inhumano;
no ver mis metafísicas mudanzas
mis cada días delirantes lanzas
en mis cóncavas olas de verano.

De tierra en la prisión que hoy te circunda
y esos mismos jardines admirados
no te atraen, están desesperados
como estará la calle, que te inunda.

Te doy mis líquidas cobijas blancas,
que olvides quiero el pasto y las barrancas,
el río dulce, que al matar abrasa.

Te doy mi gusto a lágrima, sin pena
todo lo que al pasar por mí traspasa
tu corazón mortal sobre la arena.

41- *"Mensaje del mar", publicado en *La Nación*, Suplemento literario, Buenos Aires, 12 de febrero de 1984. (*N. U.*)

Antes del canto (42)

Lejos, muy lejos en la ruta de álamos
se elevará la voz melancólica
de un pájaro extasiado que propone
emitir la canción que hace zigzag
dentro del mecanismo del cerebro.
No llega a la garganta enamorada,
no llega, no, ni llegará tal vez
pues la distancia infinita del aire
no volverá jamás a su morada
y morirá ese pájaro infinito
como una lágrima en el lagrimal
sin haber pronunciado aquella frase
(¿será de Brahms, de Schumann, de Stravinski?)
transfigurará el cielo de las rocas
sin que el autor temblando de ansiedad
sepa lo que el cerebro ha transmitido.

42- Antes del canto”, publicado en *La Nación*, Suplemento Literario, Buenos Aires, 4 de mayo de 1996. (*N. U.*)

TRADUCCIONES

La tercera guerra mundial

de Graham Greene

Era una cuestión sin importancia.
No había oído hablar de aquella isla.
No pretendía morir ahí
por la gente que no conocía.

La radio hablaba de un cataclismo.
Moscú borrado, Londres en ruinas.
Tenía yo que patrullar la isla
por la gente que no conocía.

La guerra no tenía importancia
para mí, por aquella ignota isla.
De la ponzoña de un reptil muero
por la gente que no conocía.

Con sordina

de Paul Verlaine

Paz en el mediodía
que hacen las ramas altas.
Penetremos bien nuestro amor
de este silencio profundo,
corazón y alma unamos,
mezclemos nuestras almas, nuestros corazones,
nuestros extasiados sentidos
en languideces vagas
de arbustos y de pinos;
cierra los ojos,
tus brazos sobre el seno,
el corazón dormido,
rechaza todo propósito.
Dejémonos llevar
por el soplo mecedor
que viene hasta tus pies
en ondas de césped rojo.
Cuando la otoñal noche
caiga de los plátanos,
el ruiseñor cantará
nuestra desesperada angustia.

OTROS POEMAS NO RECOGIDOS

Tigre frente a un adolescente dormido (43)

De acuerdo con una leyenda de la selva,
el tigre mira a su víctima, antes de ultimarla,
a través de una hoja.

El sol iluminaba antiguos y húmedos
árboles tropicales abrazados
cuando sin arrancarla de su tronco
el tigre con sus garras perforó
una hoja en la sombra, blanda y verde,
que oscilaba en el aire suavemente,
y luego con sus ojos amarillos
vio en el centro horadado de la hoja
a un reclinado y dulce adolescente
que yacía durmiendo sobre el pasto
con la cabeza oculta bajo el ala
del sueño, dialogando con su amado:
—¿Te agrada el color negro de mi pelo?
—Es como una cortina y huele a incienso.
—Hieres mis palmas y mis dos rodillas.
—Para la gente somos como tigres
que se devoran en los marrotales.
—La gente es un reptil diverso, avieso.
No me toques. Tus manos me lastiman.
¿Por qué será que te odio en vez de amarte?
—Yo que te llevo en brazos como a un niño
atravesando alfombras y vestíbulos;
yo que te cubro con mi cuerpo amante
para que no te vean en los cuadros
ni los perros desnudo pues te celo

ahora me abandonas al deseo.
—Es tu fidelidad la que me espanta.
No me toques. Quisiera, Dios, que un tigre
me despedace y para castigarte
salpique tu camisa con mi sangre.
En el silencio abierto como un pozo
la hoja cayó al suelo entre la hiedra
y sin apuro el tigre obedeció.

43- En *Vigencia* Nº 49, junio de 1981.

Sueña con su muerte una prostituta (44)

¡Oh, solitaria rosa adentro de mi mano!
en mi sueño perdida y rodeada de arena.
Oh, alegría incesante que palpita en mi pecho
no sabías que éste era mi descanso final.

Antes siempre mentía pero, créanme, ahora
yo tengo que dormir vestida por los árboles.
Olvidadas coronas en mi peinado, lúbricas
quieren que los gusanos las amen. En el polvo

las cintas del vestido de un rojo de carmín
recuerdan el color de mi sangre feliz,
dilectas flores ávidas murieron en el día
de mi muerte. Los ángeles rezaban y cantaban,

ángeles verdaderos, veía sus cabezas
con desdén reclinadas las cosas que decían.
De qué abismos ocultos del deleite me hablaban
con dicha de alas tersas en la oscura caoba.

¿Hermafroditas eran? Despertaban terror.
Mal educados, rígidos susurrando en mi oído:
"Éstos serán los lazos que te atan; están muertos.
Tienes una corona marchita en tu cabeza,
es de papel y tiene adornos luminosos
¿de ese modo se visten las damas del infierno?
Podrías haber muerto como una pobre santa
pero eras rica. No. Eras triste y vendiste

tu cuerpo complacida". Ángel, rece por mí.
Yo he sido una sirena alejada del mar,

como aquellas que Ulises extasiado escuchó.
Yo pude transformarme en muchas otras cosas

Fui una lejana música, palabras que no dije,
yo fui varias personas, una noche de mayo,
un rostro reflejado en una miniatura
con ojos elevados al cielo, recatada,

una olvidada cosa, perdida, anfibia, oscura,
fotografías de ángeles y de alondras plateadas.
Permanecí tan quieta como está quieto el plomo:
estaba muerta ya mucho antes de morir.

Algunas santas me aman con párpados cerrados;
manos como oraciones, bajo la luna, anhelos
sin ninguna esperanza, ni velo, ni zapatos,
ojos en vez de joyas, que no temen perder,

extremadas vestiduras. ¿Oh, ángel mío, eres ciego?
¿Es porque eres tan puro que no tienes piedad?
¿Será porque pretendes ser idéntico a Dios
que no me reconoces? Qué extraño me parece

que yo siga esperándote durante tanto tiempo
cuando otras cosas hay más buenas de esperar.
Como Eva o como una árida reina lacedemonia
mi bondad fue un presente sobrio e inadverido.

Yo suelo ser modesta a ejemplo de la noche
que en el burdel me dio su resignada luz
tomen mi aro y mi anillo, mis marchitas guirnaldas,
de nuevo yo quisiera, ángeles, que me vendan.

Quiero tus rostros nuevos con celo dibujados
que alaben incesantes todos nuestros suspiros.
Como en la Biblia escucho tus amenazas. Lloro.
¿Este sueño tal vez será un sueño? Conozco

tu severa sonrisa. Yo sé que no perdonas
como algunos amantes. Yo podría vivir
pero no en el Edén en donde no podré
estrecharte en mis brazos para siempre jamás.

En un jardín de Italia, de azul toda vestida,
yo quería en verano pluralmente encontrarte;
hubiéramos oído un piano muy distante
o violines aquel inolvidable día.

En la orilla de un lago que alumbraban las luciérnagas
toda palabra dulce de amor desecharíamos.
Estatuas imitando al mármol llegarían
a sonreír entre hojas a un perdurable sueño

y cuando la alta luna fuera la única luz
quietos ascenderíamos con invisibles ruedas
entre perfumes lilas de jazmines reunidos
a tu éxtasis: podríamos por fin parecer tristes.

Pero me han engañado. Yo sé que no son ángeles,
son diablos disfrazados. No todo es vestidura.
Crueldad del castigo que hasta en la muerte llega
queriendo seducir la seducción final.

No me amó ningún hombre. No me amó ningún ángel,
mi alma buscó el amor de alas artificiales,
sin querer, en la túnica, mentiras de un disfraz.
Narciso devoró su imagen, yo mi sombra.

44- En Vuelta, Nº 95, México, octubre de 1984. Este poema fue escrito originalmente en inglés en 1946 por Silvina Ocampo, utilizando el seudónimo de George Selwyn, elegido al azar, sin saber que entre 1719 y 1791, según la *Enciclopedia Britanica*, vivió un inglés excéntrico del mismo nombre cuya afición era presenciar la ejecución de criminales y estudiar sus cadáveres. Silvina Ocampo escribió en español esta versión del poema, corregida y aumentada.

Habla Narciso (45)

Nunca encontré un Narciso en este mundo
distinto e idéntico a mí en el agua clara.
Tu pelo es más pesado, tu boca más hermética,
como en el Paraíso tu dulzura me alegra.
Acercándome a ti, aun cuando no quieres,
tu celosa virtud cambia los follajes.
Como el ala de un pájaro, misteriosa,
en tu lejana mano ¡qué feliz es la rosa!
Enajenado por ti, igual a ti,
cuánto hubieras amado conmigo el verano de
aquel tiempo.
Mi vergüenza, mi tedio, la libélula muerta,
las voces que escuchaba detrás de cada puerta,
las hubieras oído con mi rostro sin duda
tranquilamente iracundo y siempre grato.
Te hubiera regalado mis cintas y mi túnica,
mi doble identidad, mis angélicos nombres.
¡Oh! ángel, tú solo pudiste apaciguarme
en la noche, tú por quien he llorado
cuando el insomnio con su infierno
pesaba en mi voz en tinieblas.
Celoso de otro amigo que parecía triste,
junto a mí demasiado tierno o panegírico,
¿qué hacías aquel día en un momento de quietud
en que estábamos sentados a orillas del agua
diciendo secretos? Con la boca entreabierta
yo buscaba sólo las sombras, las ramas verdes,
el color de la hierba, y ver cómo los árboles
lentamente se unían en el agua lisa de mármol...
Y tú, casto divino, distraído como yo mismo
no me decías, soy yo, soy yo que te amo.
Cuando yo me alejaba de ti, en busca de otro cielo,

cuántas veces te dije “adiós”, pero era “ven
Narciso” para sentir más segura nuestra unión.
“Entonces ya no amas mis brazos”, decías,
“ya no amas estas manos, sin embargo las amabas
cuando sobre tus ojos abiertos yo posaba la mirada
con gotas de agua. Pero ya es muy tarde,
la noche llega hasta nosotros con su jardín negro
y sus ventanas de oro y su gran desesperanza.
Llámame mañana, mi hermano, no olvides
este rostro deslumbrado, porque el día volverá
por las hierbas húmedas, siempre con su corazón
de cordero trayéndome tu mejilla como una hermana,
y si no vuelve más es porque la muerte
que es tan deshonesta está de acuerdo con él”.
En mi memoria dos leones se devoraban
traté de alejarlos de tu lado
agitando mis velos celestes y rosados
pero el agua del estanque los rechazó
ahuyentados se alejaron sin mirarme
con los ojos de león casi dormidos.
Hablaban entre ellos en un idioma que no conozco
no sé lo que duró
ni el tiempo que tardaron
en caminar de nuevo como en la arena
hasta que la noche me protegió,
me llevó de nuevo a tu lado
y para descubrirte me hundí en el agua.
Un pájaro bajaba y yo te vi de pronto
por última vez; la sombra oscura de los pinos
dulcificaba el estanque para que el lento recuerdo
llegara al ávido, tembloroso porvenir.
Sobre tu boca tus manos queriendo conmoverme
se juntaban piadosamente para atraer la esperanza.
Pero ¿en qué pensabas tú? Yo estaba casi muerto.
Pálido signo atento para tu arrepentimiento que duerme,
tal vez yo parecía un mármol demasiado previsto
sobre el pasto en penitencia. ¡Ah! si te hubiera visto
hubiese escondido mis ojos para verte de nuevo,
pues esperarte, Narciso, era para mí verte,

yo que a veces te he visto como si ya fuéramos
un recuerdo... cuando nos abrazábamos.
Dame tus ramas para abrazarte,
dame tus pulmones para respirar,
dame el color azul de tu mirada,
dame la fracción de tu mitad,
dame tus dedos unidos como cuerdas,
para poder hablar dame tu lengua,
dame el tejido cruel de tu cabello,
dame el vaso de flores de tu grito,
el temblor amaestrado de tu fuerza,
dámelo con el ímpetu de tu espera.
Sepárate de ti mismo, mi amado,
que nadie te reclame, salvo yo
o la mitad de mí mismo.
Si naciste de dos ríos te amaré
como nunca amé a nadie,
y el día será triste y marchitas
las flores y melancólico el cielo,
las estrellas apagadas,
la voz de los pájaros, silencio.
Mi ausencia será mi presencia siempre,
todos viven de ausencia, yo, de presencia.
Ninguna sílaba saldrá del eco,
ningún grito de miedo,
ningún escalón de una subida al cielo.
El silencio será infinito,
también la oscuridad.
No existía la esperanza
ni el conocimiento
ni el recuerdo.
Una piedra será más lúcida,
una pluma más leve.
Lebreles de arcadia
vengan a consolarme,
saben que estoy solo.
Melampo, estoy solo,
Icnobate, Dorceo, Orisbano,
Poemenis, guardián feroz del rebaño,

Ladón. Tigris el negro, Harpale,
Agriode, hijo de un perro de Creta,
quisiera ser Hilator
para aullar hasta la noche
y que tiemble el mundo
como mi corazón demorado para siempre.

45- Este poema fue publicado por Alejandro Furlong Editor en 1987. Aparece junto a las fotografías de Carlos Caputo sobre la obra pictórica de Duilio Pierri, todas ellas inspiradas en el mito de Narciso.

Hablo con Borges (46)

Los ojos se parecen a las lágrimas
por la forma que toman al caer.
Míralas, tan atentas y visibles.
Te haré un collar de lágrimas alegres
y en cada piedra la fidelidad.
¿Por qué alegres? Hubieras preguntado,
y yo, siguiendo tus palabras, digo
para ser cursi, con una sonrisa.
No toques el collar: anida el mundo
con otras cosas que no morirán,
como los pensamientos que te mando.
No morirá el adiós que me dijiste,
ni tampoco “Silvina no me olvides”,
ni morirá mi “Nunca olvidaré”.
Estarás viendo lo que nadie ve,
lo que viste del mundo transmitido
por algunos cristales milagrosos
donde se ve lo que uno quiere ver,
lo que nos enseñaste a descubrir,
el tan rosado rosa de una rosa,
el cielo cuando se hunde en las tinieblas
sin tela, sin pintura, sin pincel,
llevándose el color verde del pasto,
la fuerza del silencio en la palabra,
esa palabra que no dice nada,
ese silencio que tampoco dice,
esa muerte que dice muchas cosas,
y así me pierdo en el inalcanzable
mar cruel de los reflejos ya sin fin
que hoy se miran, transmiten lo indecible,
la promesa tal vez de algún proyecto...

46- En *Borges*, Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1987.

El poema inalcanzable (47)

Yo amé como a una criatura
ese poema a la tierra natal,
sin duda.
Dios mío, dónde lo atesoraste,
en qué sitio distante,
en qué sitio ubicuo
desmembraba sus lazos,
perpetraba su lineamiento abismal,
hacía flamear sus ojos
de dragón, verdes y rojos.
Penetraba, se dividía como las hormigas
adentro de la tierra o de las plantas, en mi espíritu.
Se derramaba en sueños
como sobre el agua el aceite.
Se cubría de laberintos y de perfumes,
de urdimbres y de úteros.
No me dejó escribir otras cosas,
se introdujo en las frases de mi prosa,
en una horrible pieza de teatro
con un brillo metálico.
Con semblante de aborto
se tornó
subrepticiamente ajeno de modo inverosímil.
Fue mío, esencialmente mío.
Me hizo amar a quien no amé,
con desdén lentamente
me paralizó,
me apresó como a un amante
amado por equivocación.
Cuando apareció la torre de Babel,
el caballo, el estandarte, el ruiseñor
perseguido por el olvido íntimo

sin metro ni rima
ni lápiz ni mano que escribiera sus palabras,
ni en el margen exiguo de un papel de diario,
aunque fuera tan sólo para ser quemado sobre un montón
de hojas fúlgidas de otoño,
como un vidrio de aumento cóncavo
el tiempo lo redujo dándole precisión.
Su idea primordial estaba aún ausente
y para hablarle del amor ascendía las pendientes.
Lo sabré de memoria
un día una noche un silencio
un tiempo infinito.
¡Oh musas! ¡Será posible que no suenen
vuestros cascabeles,
que no brillen vuestros raros collares
para recibirlo!

47- En *Proa*, tercera época, Buenos Aires, Nº 4, enero-febrero de 1990.

Arquímedes y el sol (48)

Mejor que yo conocen a quien amo,
con más desprendimiento lo que yo odio,
mejor que yo conocen mi resumen,
sin espejo el rubor de mis pasiones
en la absoluta oscuridad del brillo
tanta memoria acumulando inventos,
la crueldad de la luz que no perdona
el detalle expectante de una cara,
el celo inerte sobre la esperanza,
la voz en la inflexión de cualquier música,
el sueño arrobador de los detalles,
las enumeraciones más ociosas
en colores del iris reflejados.
Me conocen, habrán de conocerme
a mí más que a los otros. No me veo
ni veré sino en mínimas fracciones,
yo, sólo yo, que en mis hábitos los llevo
naturalmente como si no fueran
un milagro aparentemente frágil
como el fuego que supo destruir
desde lejos las naves enemigas
con espejos, Arquímedes, y el sol.

48- En *El grillo*, Nº 4, marzo-abril de 1992.

Mensaje en el agua (49)

Con temblorosa pluma te escribí.
La gente lo hace en el papel.
Ésta es mi carta. No sé escribir
pero la fuerza del amor es tan grande
que pude sin saber cómo
escribirte en el elegido papel;
el único mensaje que existe
en el agua es el mío.
Sin amor nadie puede vivir.

49- En *El grillo*, Nº 4, marzo-abril de 1992.

Referencias bibliográficas

OBRA POÉTICA:

Enumeración de la patria, Buenos Aires, Editorial Sur, 1942.
Espacios métricos, Buenos Aires, Editorial Sur, 1945, Premio Municipal de Poesía.
Poemas de amor desesperado, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1949.
Los nombres, Buenos Aires, Emecé Editores, 1953, Segundo Premio Nacional de Poesía.
Lo amargo por dulce, Buenos Aires, Emecé Editores, 1962, Primer Premio Nacional de Poesía.
Amarillo celeste, Buenos Aires, Editorial Losada, 1972.
Árboles de Buenos Aires, Fotografías de Aldo Sessa, Prólogo de Manuel Mujica Lainez, con el título "Los árboles de Silvina y Aldo", fechado el 26 de marzo de 1979, Buenos Aires, Librería La Ciudad / Editorial Crea, 1979.
Breve santoral, Dibujos de Norah Borges, Prólogo de Jorge Luis Borges, fechado el 25 de mayo de 1984, Buenos Aires, Ediciones de Arte Gaglianone, 1984.
Poesía inédita y dispersa, Selección, prólogo y notas de Noemí Ulla, Buenos Aires, Emecé Editores, 2001.

TRADUCCIONES:

Traducciones de la revista *Sur*, Buenos Aires, Año XVI, Nº 153-154-155-156, julio-agosto- septiembre-octubre de 1947, en un número especial dedicado a la literatura inglesa contemporánea.

POEMAS DISPERSOS:

“Esta primavera de 1945, en Buenos Aires”, en *Antinazi*, Buenos Aires, Año I, Nº 40, 29 de noviembre de 1945.
“No siempre”, en Silvina Ocampo, *Pequeña antología*, Buenos Aires, Ene Editorial, 1954.
“Testimonio para Marta”, en *Sur*, Buenos Aires, Nº 237, noviembre-diciembre de 1955.
“A Victoria”, en *Testimonios de Victoria Ocampo*, Buenos Aires, La fleur, 1962.
“El pensamiento”, en *Clarín*, 23 de agosto de 1979.
“Buenos Aires ubicua”, en Silvina Ocampo - Aldo Sessa, *Buenos Aires y nosotros*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1980.
“Un prisionero le habla a Dios”, en *Páginas de Silvina Ocampo seleccionadas por la autora*, Buenos Aires, Editorial Celtia, 1984.
“Tigre frente a un adolescente dormido”, en *Vigencia*, Buenos Aires, Nº 49, junio de 1981.
“Sueña con su muerte una prostituta”, en *Vuelta*, Nº 95, México, octubre de 1984.
“Habla Narciso”, en el catálogo de pinturas de Duilio Pierri, Buenos Aires, Alejandro Furlong Editor, 1987.
“Hablo con Borges”, en *Borges*, Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1987.
“El poema inalcanzable”, en *Proa*, tercera época, Buenos Aires, Nº 4, enero-febrero de 1990.
“Arquímedes y el sol” y “Mensaje en el agua” en *El grillo*, Nº 4, Buenos Aires, abril de 1992.

OBRAS QUE NO SE INCLUYEN EN ESTOS VOLÚMENES:

ANTOLOGÍAS:

Sonetos del jardín, con dibujos y una témpera de Héctor Basaldúa, Buenos Aires, La Perdiz, 1948, cuyos poemas pertenecen a *Enumeración de la patria*, 1942 y a *Espacios métricos*, 1945.
Pequeña antología, con un dibujo de Miguel Ocampo, Buenos Aires, Ene Editorial, 1954, cuyos poemas pertenecen a *Enumeración de la patria*, 1942, *Espacios métricos*, 1945 y *Poemas de amor desesperado*,1949.

Canto escolar, Buenos Aires, Editorial Fraterna, 1979, poesía para niños.

TRADUCCIONES:

Poemas, de Emily Dickinson, selección y traducción de Silvina Ocampo. Prólogo de Jorge Luis Borges, Barcelona, Tusquets, 1985.

POEMAS:

"Anamnesis", de *Los días de la noche*, 1970, publicado en *Cuentos Completos* II, Buenos Aires, Emecé Editores, 1999.

"La cara", en Sara Facio y Alicia D'Amico, *Retratos y autorretratos*, Buenos Aires, Ediciones Crisis, 1973, publicado en *Amarillo celeste*, 1972, con el título "La cara apócrifa".

"La fiesta de hielo", de *Y así sucesivamente*, 1987, publicado en *Cuentos Completos* II, Buenos Aires, Emecé Editores, 1999.

"La alfombra voladora", "Arácnidas", "Los enemigos de los mendigos", "Leyenda del aguaribay" y "La begonia china", de *Cornelia frente al espejo*, 1988, publicados en *Cuentos Completos* II, Buenos Aires, Emecé Editores, 1999.